Martha Molina



El HADA del LOBO

Sinopsis

Anna ya no tenía excusas para mantenerse lejos de Alaska, la boda de Camila y el señor Spencer, la obligaban a posponer su tesis de postgrado. El retorno a la lejana frontera del país, suponía tener que afrontar lo que ella dejó abandonado en el camino, por ideales que aún la encandilaban. Estaba aprensiva de volver a ver a su primer amor; años han pasado y muchas cosan cambiaron. Ella ya no era una chiquilla asustadiza y él hacía planes de boda para unirse a otra loba.

Jevrem se juró arrancarse del corazón lo que sentía por Anna, si deseaba seguir adelante con su vida y formar su propia familia. Se había cansado de esperar por ella; lo dio todo para salvar la relación, fue el único guerrero y el que salió derrotado. Seguiría los consejos de su padre: solo los tontos se enamoraban, el poder debía pesar más sobre los sentimientos.

Aun así, ¿habrá chispas de emoción o los rencores aumentarán la brecha entre los dos? Él comenzaba a odiarla por haber faltado a su promesa de no dejarlo de amar.

El encuentro es invitable.

Derechos de Autor

El Hada del Lobo
Copyright ©Martha Molina
Amazon Kindle Primera Edición, 12 de agosto 2024

Imagen portada:
Lobo: No. 552226110 - SHArtistry - Adobe Stock.
Hojas doradas: kawacreative de kawacreative - Canva Pro.
Tipografía: Canva.

IMPORTANTE: Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio; ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, pdf, por grabación u otro método, sin el permiso previo del autor.

Prólogo

Los cuerpos desnudos se entrelazaban.

Creaban un caos de deseos y ansias incontrolables. Las piernas se enroscaban alrededor de caderas ardientes, los pechos se agitaban con fervor, los senos se balanceaban en un baile sensual y los gemidos impúdicos llenaban el espacio. Desde la distancia, *la mirada onírica* de aquel que observaba, se nublaba de rabia y tristeza al ver la escena que se desarrollaba ante sus etéreos ojos. Su corazón se oprimía con la certeza de que sus esperanzas estaban rotas, su amada se había entregado a otros brazos y él tendría que resignarse a perderla para siempre; la desilusión y el dolor se apoderaban de su ser, marcando el fin de una historia de amor truncada a causa de la pasión de otro querer.

Él ya no debía esperar por ella, todo había acabado.

Capítulo 1

Jevrem se asombró de la repentina visita de su padre.

Lo tomó desprevenido, al salir de la casa para despachar a la sexy loba que lo sedujo en el evento anual –de la noche anterior– con el fin de recoger fondos para el desarrollo de la comunidad. Un guiño de ojo, una sonrisa coqueta, y él por ella estaba dispuesto.

—No te esperaba. ¿Por qué no avisaste de tu llegada? Nada tengo preparado para ti… —expresó a la vez en que le pedía con la mirada a la rubia para que se esfumara de allí, la cara de pocos amigos de su padre indicaba que sería grosero con esta, del cual Jevrem retozó hasta el amanecer. Los preservativos quedaron llenos y esparcidos en el piso alfombrado, de las veces en que él se descargó en dichas *fundas* que lo salvaban de preñar una hembra antes de lo planificado. Su amante ocasional le hizo olvidar muchas cosas y disfrutar hasta la saciedad.

—Me gusta dar sorpresas —contestó, avinagrado, siguiendo por el rabillo del ojo a la trepadora que subía a toda prisa al taxi que aguardaba por ella desde hacía cinco minutos, y del que ni siquiera la descarada esa se reverenció ante su presencia. Damir era de los que programaban sus viajes o salidas, con la intención de ser recibido por los demás con propiedad y también para evitar conflictos en su estricta agenda. La gobernación de Alaska requería su máximo desempeño: reuniones con empresarios de alto nivel que deseaban invertir en el estado, así como también la administración de manera rigurosa de los bienes públicos, atender a líderes comunales y escuchar sus problemáticas, y una infinidad de deberes que ejecutaba como Alfa Regional, muy al norte del país.

Fue propicio que Damir se ausentara de su despacho a causa de las habladurías levantadas por los kenayenses, quienes cuestionaban al alfa que a ellos los comandaba. *¿Por qué aún no escogía pareja? ¿Qué tanto esperaba?*

—Entonces, ha sido grata —Jevrem replicó a lo espetado por el estilizado hombre de imagen pulcra, en cuanto lo rodeó en un fraternal abrazo—, bienvenido. —Desde el Fin de Año pasado no se veían, él tenía que trasladarse hasta Anchorage para pasar dicha fecha festiva con su familia; Damir, su madrastra y su media hermana soltera, Jelena, poco lo visitaban por estar estos más apegados a la ciudad que a la península. Le preocupaba que su padre llegó sin compañía, indicaba que no venía en plan de descanso, las veces en que lo hacía era por asuntos diplomáticos o por temas de seguridad—. ¿Cuánto tiempo permanecerás en Kenai? —Miró por sobre los hombros del recién llegado hacia el tropel de guardaespaldas desplegados, luego de bajarse de los todoterrenos dispuestos para los Brankovic; el jefe de seguridad –Vernon– debió comunicarse con Castell, de pasar por ellos al aeropuerto, manteniéndose él en la ignorancia por estar bajo las sábanas con su reciente conquista. Qué infortunada era su clarividencia de no alertarle los movimientos de su padre, le habría ahorrado la molestia de ser pillado desprevenido, pero así era su don, a veces le mandaba destellos del presente oculto cuando menos lo esperaba.

—Estaré por un par de horas y me marcho —dijo en la medida en que Jevrem lo escoltaba hacia la puerta principal de la majestuosa mansión blanca de altas columnas griegas. El taxi de la rubia bordeó la rotonda a baja velocidad y se perdió de vista al final del camino de la zona residencial. Enseguida, los hombres de Damir se mimetizaron por puntos estratégicos de la propiedad, y, los de Jevrem, reforzaban la vigilancia por los rededores. La mitad de estos cambiaron su fisonomía a una que los haría desplazarse en cuatro patas por los amplios terrenos

que no eran amurallados ni enrejados para evitar que desconocidos se acercaran a curiosear o a atacar.

—¿Y qué te...?

—Sígueme.

Jevrem se detuvo *ipso facto* ante el contundente pedido de Damir, quien continuó hacia el despacho, sin percatarse de la preocupación de su hijo. El hombre, cuya apariencia para cualquier humano sería la de unos «cincuenta y tantos años», solo tenía en mente un propósito y lo haría cumplir a cabalidad, ya sea por las buenas o por las malas; su paciencia se acabó, su nivel de tolerancia llegó a cero, debía ser tajante por el bien *del primer ser* que él engendró y amó con sinceridad apenas lo vio nacer.

Ataviada en su sobrio vestido negro hasta debajo de la rodilla, Briserka se acercó para preguntar a su joven amo, sobre qué preparar para el almuerzo, ya que se enteró a través de los sirvientes que corrieron la cotilla sobre la llegada del señor Damir. Pero Jevrem esbozó una sonrisa acartonada y le respondió al ama de llaves que no se molestara en preparar comida para un batallón, los visitantes pronto se marcharían.

Previniendo que le *jalarían* de las orejas por algo que ni sabía qué provocó en el otro un disgusto, arrastró de mala gana sus pies hacia el despacho, preparándose para la increpada que habría de sufrir.

—Siéntate —le ordenó en cuanto Jevrem cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia los sillones blancos donde el hombre se hallaba cómodamente sentado y con sus piernas cruzadas con elegancia.

Ay, caramba… El hecho de que su padre prefiriera el sillón a situarse detrás del escritorio de ébano, le presagiaba que la conversación a sostener sería más seria de lo que suponía.

Obedeció y se sentó justo al frente, con la mesita central manteniendo conveniente las distancias entre los dos.

—¿Para cuándo piensas formalizar tu relación con Roxanne? —Damir inquirió al instante, clavando los ojos severos en los aprensivos de su hijo—. Llevan tres años de amoríos y aún, tu madre y yo, nada sabemos de los motivos por los que aún persistes en no darle a tu novia un anillo de compromiso.

La demanda fue para Jevrem como un balde de agua fría que le arrojaron repentino a la cara, no se la esperó, él ya era un hombre formado que ha superado contratiempos y demostrado su valía como para que cuestionaran las razones de mantener su soltería.

—Hay que esperar.

—¿A qué?

—A ver si nos llevamos bien. —Ni quiso pensar en lo que en realidad lo afligía. Aún no superaba esas visiones, lo amargaban a tal punto de que hasta perdió el apetito.

La respuesta ocasionó que el progenitor esbozara una sonrisa desdeñosa, los jóvenes buscaban la manera de desligarse de los compromisos; todo era fiesta y pasarla bien, pero eso debía acabar.

—¿No les basta el tiempo que llevan juntos? Ya debes conocerle las manías a esa Chandler —increpó muy consciente de que aquella era la mejor candidata para ocupar el puesto de Primera Esposa de su distinguido primogénito, y no *la perdedora* de Abby Rose. Sobre esta pesaba la vergüenza de haber sido apaleada por la ordinaria de Isabel, en un reto sangriento de disputarse al *cavernícola* de su hermano menor. La inestabilidad emocional y la *reciente aventura* de Jevrem con la infame hija de Elías Obrenovic, los perjudicaba a todos, pues se empecinaba en

sabotear su relación más perdurable.

—¿Y a quién le afecta? —Su garganta seca sentía la necesidad de ser hidratada con licor.

Posó la mirada en el minibar ubicado en una de las esquinas del despacho. ¿Era temprano para beber?

—¡A nosotros! —exclamó el otro en un engrosamiento de voz—. Y no me hables de esa forma o te doy un bofetón. Ya tienes treinta y un años, y sigues soltero. ¡Eres un alfa, por Licaón! Los que estamos a cargo de clanes y manadas debemos alejarnos de la vida disipada, se presta a habladurías que después nos perjudican. Y, sí…, Jevrem… —leyó su mirada ceñuda, soy el que menos moral tiene para aconsejarte por los errores de mi pasado; debido a ello te lo expreso de corazón: contrae nupcias con una hembra de buena casta. Si no deseas que sea Roxanne, hazlo con otra, pero ¡hazlo ya! Los Ancianos del pueblo te ven con malos ojos, dudan de tu capacidad de mando, porque dejas todo tirado por irte de putas. —Cada mañana Damir se miraba al espejo y recordaba su propio infortunio, por lo que haría lo que fuese para que su amado hijo no pasara por lo mismo. Lo presionaría a que centrara en una hembra *lo que desperdiciaba* en otras en esas noches desenfrenadas que lo catalogaban de empotrador.

Ahí va la cantaleta de siempre, Jevrem pensó cansino.

—¡Se equivocan! —Se levantó del sillón, cabreado por esa constante duda que a menudo recaía sobre él, por habérsele otorgado un cargo del que muchos consideraban inmerecido, a causa de su edad e influencias familiares. Los Ancianos eran los que esparcían la cizaña entre su gente; estos: alfas retirados de otras regiones, por enfermedad o vejez, y empresarios jubilados, vigilaban las acciones de los nuevos líderes y recordaban las leyes a los demás para ser obedecidas a rajatabla—. El hecho de acostarme con otra mujer, no me hace un irresponsable de mi clan —agregó mientras se dirigía al minibar que lo llamaba silenciosamente desde hacía rato: «Ven, toma un trago, nubla tus sentidos»—. Mi compromiso con… —ni la quería mencionar— se dará cuando considere el momento apropiado.

—Se dará ahora.

—No, papá. —Destapó la botella de cristal tallado y se sirvió un poco del whisky en uno de los vasos de corte bajo.

—Te lo ordeno como tu superior —se impuso sin levantarse de su asiento y a la vez en que observaba el afán por beber de su hijo, que ni siquiera a él le ofreció—. Anunciarás tu compromiso para el fin de semana; telefoneé a tu madre y ella está de acuerdo en que des el siguiente paso. Prepara un buen festín e invita a los más selectos ciudadanos de Kenai y de las comunidades aledañas. Nada de *amigotes* o *damas de compañía*. Sé inteligente. —Las veces en que recordaba su primera impresión, después de la coronación de Everett, sobre que los lazos con la Corte ya eran de índole consanguínea, otorgándoles en aquel entonces una ingenua seguridad de estar fijos en sus propios tronos, ahora le causaba risa, ya que en la actualidad muchos esperaban verlos caer—. Extiende invitación a Villa Dorada. —Su hermano pasaba más tiempo en Montana que en Denali, pese a su preferencia de estar rodeado de bosques y montañas nevadas.

Una segunda ración de licor requirió Jevrem para calmar su enojo. Y ya ansiaba el tercero…

—No estoy preparado. —Lo presionaban a casarse con otra y no con *aquella* que se escurrió de entre sus dedos.

Muchacho necio, Damir gruñó para sus adentros. La soltería de un lobo macho era celebrada al principio por su juventud, adquiría experiencias sexuales para mantener satisfechas a sus hembras, y, con esto, el desenvolvimiento de su personalidad. Sin embargo, si se aferraba a la

perenne coquetería de las que solo buscan su billetera, iba por mal camino.

—Hazlo.

—¿Por qué me obligas? —insistía en llevarle la contraria, aún parado frente al minibar—. En la actualidad, las leyes permiten que un metamorfo, sea macho o hembra, considere el matrimonio por libre albedrio.

Damir se carcajeó.

—Las leyes se crearon para el vulgo, no para la realeza —espetó con frialdad—. En ti, tu clan verá a un líder incapaz de desposar hembra. Cásate, procrea un linaje numeroso de cachorros machos y edúcalos para que sean exitosos. Te respetarán más como patriarca que como eterno solterón. —Él tuvo que limpiar su propia imagen, después de su quiebre emocional a raíz de la traición de Andrey. El mundo se enteró del amorío que sostuvo con el alfa del Clan Makarov, enfrentándose repetidas veces de manera verbal con algunos que cuestionaron su cargo por ser homosexual y por la desconfianza generada, como si fuese su culpa que Alejandro Cortázar –el anterior Supremo– haya sido asesinado.

Casarse…

Eso acabaría con sus esperanzas.

—Yo no…

—¡LO HARÁS! ¡Te lo ordeno! Y si consideras recurrir a Everett —alineó sus ojos, amenazantes—, ni te molestes en pedirle ayuda para que te libere del compromiso. Él está de acuerdo conmigo: debes casarte y acallar a tus detractores.

Jevrem quedó de piedra.

Su tío también lo ordenaba.

El silencio del primogénito fue interpretado por Damir como «resignación», por lo que, satisfecho de haberlo puesto en cintura, se levantó del sillón, dando por concluida la reunión. De telefonearlo no habría tenido el mismo impacto que en persona; los asuntos de esa índole se trataban cara a cara y sin consideraciones. Era mucho lo que estaba en juego: prestigio, dinero, poder… Los Brankovic se patentaron como la familia más poderosa del continente americano; de hecho, se alzaron como monarquía. Everett lideraba miles de clanes, al igual que Damir, quien avanzó un peldaño más de lo que antes pretendió, al ambicionar Kenai y Denali. Si bien, Alaska era fascinante, no se conformaba con llevar las riendas de un estado lejano; ansiaba más, ¡la nación completa! Y, para ello, idearía el modo de apartar del camino a esa cucaracha narcisista de Abraham Crowell. Deseaba ser Alfa Mayor.

Con su habitual elegancia, estiró las mangas de su chaqueta sastre de color gris plomo, a través de la empuñadura, y la abotonó, satisfecho del ultimátum. Para estar en la cima, se debía hacer sacrificios. Una esposa era un peso que hasta él mismo sobrellevaba. Aunque, gracias a los santos lobunos, una de sus dos mujeres lo abandonó. Radojka se refugió en Vrasne, en casa de la maldita de su suegra. Estaría él por siempre en deuda con esta última, por la orientación que ejerció en Jevrem, en ese penoso tema de su don sobrenatural, pero era mejor que ambas permanecieran en aquel pueblo recóndito de Serbia. Su mamá y Vesna eran más que suficiente para tolerar la intromisión en su vida.

Pese a esto, acallaba voces; su *desliz homo* fue la excesiva «amistad» que sostuvo con el menos indicado.

—Ya verás que no es tan malo como parece —mintió para animarlo, pese a que él mismo odiaba estar atado a un ser que para nada le atraía de manera sexual—. Te acostumbrarás a esa compañía diaria y sabrás tolerar sus quejas —lo que era cierto, según su punto de vista—.

Edúcala a ser sumisa, dale la dosis necesaria de *afecto* y mantente firme cuando te haga pucheros. Suelen ser manipuladoras… —rio como si sus dos tortuosos matrimonios hayan sido divertidos—. Si empleas el dominio y la mano dura, tendrás paz mental.

—Gracias por el consejo —masculló. Su madre se contaba entre las quejicas de las que su padre se refería.

Damir posó cariñoso, la palma en la mejilla de su hijo, y le sonrió con ese amor que a menudo solía profesarle.

—La recompensa a tu obediencia serán los cachorros que a tu compañera le engendres —expresó afable; en sus ojos, el orgullo que por este sentía—. Hasta ese momento, sabrás lo que es la paternidad —volvió a sonreír y sin dejar de acunarle el rostro—. Comprenderás mis consejos y los sacrificios que he hecho por los míos; tú también lo harás con los tuyos; te preocuparás por ellos y te ganarás unas cuantas migrañas. Aun así…, serán el centro de tu existir. No tomes esta orden como una esclavitud impuesta; más bien, como un crecimiento de tu alma.

Jevrem abrazó fuerte a Damir, conmovido por sus palabras. ¡Él una vez albergó esos sueños! Por desgracia, *su hada* prefirió *hacer su magia* con otro querer.

Capítulo 2

Anna se mantenía distante.

La cobardía la embargaba de enfrentar la mirada del guapo hombre con el que ella se desinhibió hacía unos días, rindiéndose a este que era un lobo alfa que profesaba palabras dulces y promesas de llevarla al cielo mientras follaban. Su armadura a prueba de galanes fugaces dejó de protegerla, de tantas *flechas* que estos le lanzaban, para llevarla a la cama como tantas otras que caían en sus elaboradas mentiras. Además, para empeorar su situación de perpetua soltería, su vibrador no la satisfacía como antes, del cual ella se lo metía en su vagina hasta que se descargaba. A parte de este, en su equipaje mantenía oculto un masajeador de clítoris y un consolador de doble penetración, costosos y de alta calidad, pero ya inefectivos para sus propósitos. El hombre con el que ella se acostó, obtuvo su premio a la paciencia y la caballerosidad, después de meses de tratar de conquistarla.

En la antigua ciudad incaica de Machu Picchu, Anna bajaba una pendiente lodosa debido a las lluvias desatadas, para mortificación de los que allí se asentaron. Las suelas de sus zapatos montañeros a duras penas lograban afianzar sus pisadas sobre los escalones de piedra, que representaban un peligro latente para el que no tenían la pericia de caminar en superficies resbalosas por el musgo. Y, ¡hay si tenía que cruzar suelos libres de construcción!, sus pies se hundían centímetros en los charcos de agua y barro, ocasionando que más de una vez tuviese que ser socorrida por los lugareños que trabajaban allí de manera ocasional como excavadores. Si bien, la lluvia no arrecía con fuerza, era constante como para fastidiar las labores de esa fría mañana. Anna usaba un impermeable transparente que compró en Aguas Calientes, la aldea ubicada en las laderas de esa montaña, y del que ella y el equipo de trabajo se hospedaban en un modesto hotel. Llevaba un año internada en tierras peruanas, como aprendiz del arqueólogo en jefe, en las excavaciones que realizaban en las montañas del cuzco. Las perneras de sus vaqueros estaban sucias y húmedas, sin importarle a la muchacha lucir un aspecto andrajoso frente a los demás, su trabajo allí la apasionaba; tal vez para otros que eran ajenos a esos oficios, les parecería extenuante y aburrido, aunque no para ella, que absorbía con facilidad los conocimientos del Dr. Arnold Jackson. Este y dos de sus hábiles colaboradores se abocaron en pulir con sus suaves brochas, el polvo en las paredes laterales del foso, protegido de las lluvias por un techo de lona de los utilizados en diversas celebraciones. En la medida en que avanzaban con la extracción de tierra, se ampliaba y daba forma a una recámara subterránea. Estaban en la etapa final de la excavación, doce metros de expansión durante esos meses, del cual comenzaban en el alba y terminaban pasada la medianoche, gracias a los permisos obtenidos con las autoridades competentes, pues más allá de la hora indicada la noche tardía era vetada para todo el mundo. La seguridad del entorno le ha costado algunos miles de dólares al arqueólogo; uno que otro robo de sus pertenencias o implementos de trabajo que desaparecían en un abrir y cerrar de ojos, y luego los veía en tiendas de la localidad a precios irrisorios al valor que él pagó para adquirirlos como nuevos.

No obstante, él compensaba la penosa inversión económica con el prestigio que obtendría después ante la comunidad arqueológica mundial, si lograba dar con el tesoro de los primeros pobladores de esas tierras misteriosas.

Tantos años buscando…

La piel de la joven se erizó en cuanto ella escuchó a unos pasos de su ubicación, a Édgar, quien hablaba con uno de los pobladores cusqueños contratados para el trabajo arduo de cargar los miles de sacos o cubetas de tierra que minuto a minuto sacaban del foso. La llovizna no lo fastidiaba, tenía las ropas y el cabello húmedo, mientras que el otro se mantenía abrigado con un suéter. Anna ni se molestó en parar la oreja sobre qué charlaban, solo quería desaparecer, aturullada de lo que le tendría que decir a Édgar, que la ha estado llamando sin cesar a su móvil desde que ella lo invitó a la cama, y no precisamente a dormir…

A Édgar Ruíz lo conoció tras presentarse ella ante el Clan Inca. Este se encargó de custodiarla, pedido anticipado por el Soberano, para resguardarla de los que pretendieran poseerla, pese a que dos gorilas oriundos de Montana, la seguían a todas partes, así Anna protestara. Isabel –la reina– temió que algo malo le sucediera, por lo que, una negativa de su parte sería rechazada por los regentes.

Es lo que querías, ¿no?, se increpó a sí misma. Ella así lo quiso, no valía el arrepentimiento, supo las consecuencias y no le importó sostener ese tipo de relación. Se tragaría las lágrimas por el terrible sentimiento de culpa que la golpeaba al acostarse con Édgar, se comportó como una desvergonzada.

Esbozó una sonrisa sarcástica, la cuidaban de otros, pero no de ella misma. Durante cinco años fue incapaz de dominar su creciente lívido. El ciclo estral lo pasaba encerrada en la habitación que la señora Camila preparó, financiada por el señor Everett. El primer diseño apenas tenía barrotes, pero los aullidos estruendosos que ella emitió, los obligaron a ser más cautelosos. El segundo diseño fue construido en el sótano de la casa del difunto padre de la señora Camila. La habitación se insonorizó y fortificaron las paredes y las puertas con titanio, ahorrándoles infinidad de problemas con los vecinos. El señor Spencer conocía todo al respecto de Anna y de los seres nocturnos que merodeaban la ciudad. No supo si la señora Camila se lo reveló o él lo sabía de antemano; lo cierto es que el señor Spencer tenía sus secretos. Aun así, le agradecía su apoyo, y, más a Camila, del cual Anna contaba en la casa paterna con un dormitorio permanente en sus días de lucidez y una celda oculta para cuando estaba desatada.

La primavera era una temporada anual que solía afectarle a diferencia de otras lobas que perdían la cabeza durante el invierno. Por desgracia, Anna se hartó del celibato y buscó los servicios del macho más atractivo que tuviese al alcance. Édgar era del tipo de lobo que a toda hembra le encantaba para la fecundación: viril y fuerte, garantizando en sus genes una camada sana. Aun así, Anna no lo buscó con el fin de preñarse sino en su afán de que la hiciera gemir hasta el cansancio. Por esa vez quiso abandonarse a los placeres carnales, revivir el disfrute de sentirse poseída por un macho vigoroso: la succión en sus pezones a causa de los hambrientos labios de este, el magreo en su piel por sus manos calientes, el estremecimiento por los orgasmos…

Tratando de aparentar estar concentrada, se enfocó en lo que hacía en la pared norte, removiendo concienzudamente con las finas hebras de su brocha, cada cuadro de polvo que cubría la mampostería autóctona. Sus «ventajas» con respecto a los humanos, no la hacían inmune al cosquilleo en su nariz. Estornudaba a menudo, ganándose las miradas hoscas del señor Baxter y el señor Sears, mecenas de la labor del equipo estadounidense, pues Anna aparentaba ser una chica frágil del cual, para ellos, ella enfermaría y acarrearía muchos inconvenientes. Había otros equipos de investigación presentes de Inglaterra, España y también los que velaban por los tesoros precolombinos de la nación. Cada uno de estos con intereses particulares, asignados a los diversos sectores donde tenían la plena seguridad de que allí alguna máscara

mortuoria de oro macizo les cambiaría la vida para siempre.

Solo el Área 142 ocasionó animosidad en los demás.

La de ellos.

Las partículas de polvo revoloteaban el aire en torno a la muchacha en la medida en que ella limpiaba el grabado en las paredes. En una parte, a unos cuarenta centímetros del suelo y estando ella de cuclillas, se paralizó al observar la imagen cincelada de un arbusto en fuego.

Jadeó. ¡¿Ese era el que tantas veces escuchó de los labios del doctor Jackson?!

El Arbusto Dragón…

Vacilante de su descubrimiento, pasó suave la brocha y luego le sopló para despojar más rápido el barro pegado en la figura. Hasta ese momento, solo era reseñado en libros que se deshacían al tacto por viejos, y también en pergaminos desenterrados en otras latitudes no correspondientes a las que ellos han estado investigando desde que abandonaron la universidad. Barría y barría con su brocha, afanosa de terminarle de dar forma, pero teniendo cuidado de no remover los pigmentos anexados a la imagen tallada en la parte inferior de la pared, dando relieve a las ramas y las lenguas de fuego que las envolvían.

Sonrió.

En efecto era el famoso arbusto.

Y ella lo descubrió.

—Oh, por Licaón… —musitó pletórica de felicidad, esto confirmaba un hecho: las leyendas eran historias verbales no registradas en papel.

Se puso en pie y echó un paso atrás para estudiar con mayor amplitud el conjunto completo hasta ahora visible para ella, la escena representaba la naturaleza silvestre del cuzco. Se podía observar la ciudadela que, en otrora fue grandiosa, en diversas tonalidades de mostaza, rojo, verde y azul. Los incas de aquel entonces le rendían culto a un ser que consideraban superior a ellos y, del cual, convivían en armonía con felinos y aves, un tanto extraños, que fungían como espíritus protectores.

Retrocedió otro paso, pero al pretender alejarse más de la pared, tropezó con el torso duro de un hombre.

—Lo sient… —enmudeció al fijarse que era Édgar quien se había acercado, también dándose cuenta de las múltiples siluetas antropomórficas que le causaban curiosidad; en especial, el arbusto que ardía en medio de dos árboles.

—¿Qué significa? —preguntó en una aparente meditación interna. Sus ojos marrones se alzaron hacia la muchacha, quien tuvo que huir de su intensa mirada para recobrar la compostura. No sabía lo que sentía, tal vez vergüenza o reproches de sí misma por sus flaquezas.

—Lo más probable, alguna referencia a la bendición de los alimentos —dijo sin revelar lo que en realidad sabía—; se solía ofrecer los mejores frutos o animales a los dioses para que el resto de las plantaciones dieran buenas cosechas. Aunque… —enmudeció, la imagen del Arbusto Dragón se repetía por toda la pared—, puede ser alguna palabra específica o un nombre.

—¿Nombre? —Se pegó a Anna, como si le interesara lo que le explicaba: La verdadera intención de Édgar era la de entablar conversación con la joven, sin que los demás estuviesen con un ojo pegado sobre ellos, pues sospechaban que andaban juntos. La primera advertencia que Anna recibió por parte de la asistente principal del doctor Jackson, se refería a no confraternizar de manera romántica con los lugareños o con los compañeros de trabajo, todo sea para evitar discusiones ridículas de enamorados o filtraciones de información a la prensa.

Sintió arder su espalda.

Le dio calor y se quitó el impermeable.

—Como el dios Ra, en las tumbas egipcias: se lo representa con un disco solar. El arbusto —las yemas de los dedos de la joven se pasearon a milímetros de tocar las líneas cinceladas—, tal vez sea un dios.

—Y… —la cercanía de Édgar, más apabullante—. ¿Será de la abundancia o la fecundidad? —Los dedos del lobo deslizándose atrevidos por la curvatura de la cintura de la muchacha, celebrando para sus adentros que la alasqueña dejara de cubrir su figura, de ese modo apreciaba el bonito culito que llenaba muy bien esos vaqueros ceñidos que usaba—. El fuego… —habló enronquecido, muy pegado al lóbulo de la oreja de su última amante—, es sinónimo de pasión, de lujuria…

Anna tuvo que carraspear para poder replicar.

—*T-también* es guerra.

—En la cama se desatan las mejores batallas —declaró socarrón—. Es la confrontación que más me gusta librar. Doy buenas estocadas…

Anna sentía la dureza de Édgar en su trasero. Intentó escapar por un costado, pero este se lo impidió al bloquearle el paso con su brazo.

—¿Por qué me evitas?

—No es buen lugar para coqueteos. —Sus ojos alzándose abrumados hacia arriba por si algún excavador los pillaba. Desde hacía semanas se corría el rumor de un posible romance entre la «bestia» y la «gringa».

—Lo haces desde que estuvimos juntos —le reprochó—. ¿Te arrepentiste? Porque yo no… —bastó haberle metido el pito en sus orificios, para él querer repetir después más de una vez. Le gustó tanto cómo ella amaba, que aquella fogosa noche se juró desposarla.

—Tampoco yo —en realidad sí—, pero he estado ocupada.

—¿Ni para contestar tu móvil? —Hizo que lo mirara, al girarla hacia él—. ¿Te causa angustia que lo hayamos pasado tan rico? Eres soltera y adulta. Goza de tu cuerpo y de tu libertad. ¿Tus padres te han comprometido? —No era un inconveniente, llegaría a un acuerdo con el sujeto en cuestión, y, si este se negaba, lo liquidaba.

—Respetan mis decisiones.

—Si es por el celo, por la que pasas —la olfateó, aún se aplicaba en exceso su perfume—, feliz estoy de ser usado de nuevo como un pedazo de carne. Úsame lo que quieras.

—Ay, Édgar…

Rio.

—Anna, soy estable en mis finanzas y *muy dotado* como te has habrás cuenta. Te ofrezco estabilidad, serás feliz siendo mi mujer y procrearás mis lobeznos.

Parpadeó, atónita, vaya declaración…

Otro más.

Con Édgar, era el tercer hombre desde que se marchó de Alaska en que le proponían una vida marital. «Yo te mantengo», «yo te cuido», «llenaremos la casa de risas infantiles y todo será alegría». Palabras que a la traducción de una chica desconfiada serían: «te prohíbo trabajar», «en casa has de estar siempre», «tu trabajo será parir». Ninguno de los que conocía; ni siquiera el señor Everett –con sus nuevos reglamentos que empodera a la mujer– era de mente abierta. A ella le aterraba perder el terreno que ha conquistado. Los consejos de la señora Camila la mantenían pisando la realidad: por ningún hombre debía dejar su vida atrás. Nunca agradecían.

En vez de confrontar al cuzqueño, Anna optó por mandar a llamar al doctor Jackson, con uno

de los excavadores, para notificarle el hallazgo y así explicarle lo que las figuras significaban. Édgar no captó la esquiva actitud de la muchacha, permaneciendo él allí como otro más del equipo, a lo que el anciano lo saludó, creyendo que era parte del cinturón de seguridad; miró la pared y se acomodó sus anteojos para estudiar mejor lo que la aprendiz le señalaba.

—¡Santo cielos! ¿Acaso mis ojos cegatones me engañan?

—Es el que usted comentaba: el de la leyenda griega —Anna se sentía orgullosa de sí misma por aportar esa información. ¡Qué momento tan sublime experimentaba!, en ninguna tumba descubierta ni templos explorados se encontró algún vestigio de que ese ser fue idolatrado.

El anciano rio nervioso.

—No lo puedo creer. ¡Esto es maravilloso!

—Es el Arbus…

—¿Usted por qué sigue aquí? ¡Vaya a resguardar la zona! — interrumpió a Anna en el instante en que el arqueólogo-historiador notó la presencia de una tercera persona.

—Ya está siendo vigilada —Édgar de su sitio ni se movió. Su ceño fruncido, su sangre bullendo en sus venas por el trato recibido por parte de un espécimen inferior.

El doctor Jackson encorvó un poco su espalda, intimidado por el imponente sujeto de unos treinta y cinco años y de dos metros de alto, que de repente le inspiraba temor. Desistió de echarlo de allí; en cambio, su emoción se renovó por lo acabado de descubrir.

—¡Señor Baxter, señor Sears, vengan, hay algo que debo mostrarles! —llamó a los dos hombres que se hallaban en lo alto del foso y refugiados bajo el techo de lona que se extendía por un metro más del borde excavado. Los mecenas se despojaron de sus impermeables grises para no dificultarse al bajar por la escalera colgante, demorándose unos minutos en el proceso, y acudieron entre pisadas fangosas, al llamado del anciano—. ¿Se acuerdan de lo que conversamos en Irlanda? Ahí lo tienen: otra prueba más de que estamos por buen camino. —Su dedo índice apuntaba hacia la pared que Anna, hasta hacía poco, estuvo limpiando—. Es Xylon, guardián de Mundos y de incontables tesoros. Me pregunto…

—¡Enhorabuena, doctor Jackson, por su descubrimiento! Como siempre usted arrojando luz a la oscuridad.

—Gracias, solo amo mi trabajo.

Anna tuvo que respirar profundo para controlar su enojo. Ella descubrió esa sección y a este le atribuían el mérito. Ni siquiera fue considerado en reconocer su colaboración.

Se excusó con Édgar y continuó su labor, estaba para asistir, no para llevarse la gloria.

—Me parece que se olvida de la señorita Morris, doctor Jackson. Ella fue la que identificó a ese fulano guardián.

El anciano quedó helado en el sitio ante la impertinencia del aldeano, y Anna se volvió hacia Édgar, bastante impactada.

—¿La señorita Morris? —Arnold fingió estar extrañado por la sugerencia. En cuanto se marchasen sus dos mecenas, despediría al maldito por pretender dejarlo mal frente a los otros—. ¿Por qué, es mi aprendiz? Ya con eso debería agradecer, ¿no es así, señor Baxter?, ¿señor Sears? A los jóvenes en la actualidad hay que elogiarlos por todo, o les dará una crisis nerviosa.

Los hombres rieron.

Édgar apretó los dientes.

Anna profundamente apenada. Sus lágrimas pugnando por desbordarse sobre sus mejillas.

—Disculpe, doc…

—¿Acaso no fue ella quien localizó el sitio exacto de las tumbas? —Édgar interrumpió a la

muchacha que intentaba disculparse para evitar meterse en problemas—. Al menos, comparta el mérito.

—¡¿Localizó?! —La riza del anciano fue sardónica—. Ella no fue, sino una de las mulas, de los guías turísticos que cayó accidental en un pozo poco profundo, del cual los aldeanos la rescataron. —A esas alturas de la vida, se suponía ya no había nada resaltante por descubrir en las montañas de Machu Picchu, pero el pozo resultó la entrada a un complejo subterráneo donde resguardaban huesos apilados de reyes ancestrales y murales coloridos que narraban hechos aún no contados en los libros de historia; de ahí en adelante, la zona al cual la prensa bautizó como «la Tumba de los Reyes», trajo un alud de curiosos que fue difícil de alejar por lo que implicaba el hallazgo—. Me extraña, señorita Morris —la reprendió —la consideraba honesta. Aquí la que tiene el «mérito» es la mula.

—Entonces, debemos felicitar al animalito —Theodore Sears comentó en una actitud propia de su estatus—. Nos ahorró años de investigación.

Édgar meditó con resquemor que, más bien, gracias a ellos les permitían estar allí, profanando la ciudad, para obtener dinero a cambio; porque, de lo contrario, aún estarían persiguiendo leyendas.

—Fue Anna la que se fijó que *el pozo no era un pozo* ni las bases de una antigua casa —resaltó ese hecho—. Ella lo buscó a usted y le comentó lo que descubrió. Si lo hubiese dejado pasar, ahora, los españoles estarían aquí excavando en lugar de su equipo.

El anciano contuvo las ganas de mandarlo al quinto infierno, pero sonrió desdeñoso.

—Al parecer, soy un buen maestro.

Risas engreídas por parte de los mecenas.

—La mula y la chica: unidas por siempre en la disputa del descubrimiento… —Theodore Sears lanzó otro de sus «jocosos» comentarios. Anna apenas estiró las comisuras de sus labios en una sonrisa acartonada, con esas ganas fervientes de desfigurarle el rostro al imbécil de un zarpazo.

El doctor Jackson la azuzó a que continuara trabajando, y se marchó junto con los mecenas, para él no tener que reconocer la labor de la joven, del cual parecía una esponja que absorbía todo lo que leía, nada se le olvidaba. Mientras subía por las escaleras colgantes, después de los elitistas señores, idearía el pretexto para reemplazar al ignorante entrometido que se las dio de caballero. No lo despidió en el acto, porque podría haberse ganado un puñetazo.

—Eso estuvo mal —Anna reprochó a Édgar en cuanto estuvieron a solas.

—¿Dime en qué?

—¡En todo! No debiste… Ahora me tratarán peor por «querer» robarle a aquel el «mérito».

—Entonces, les borro la memoria.

—¡No lo hagas! Es importante que mis avances sean logrados por mis propios esfuerzos, no porque a mis jefes les manipularon la memoria en mi beneficio.

—Las ventajas siempre son buenas.

—No para mí.

Suspiró, cansino.

—Está bien…

Ella sonrió, a pesar de la intención de Édgar, se sintió halagada por su preocupación.

Lo compensó con un casto beso en los labios a lo que este pretendió prolongar, pero Anna lo empujó un poco para que se detuviera, los silbidos de los excavadores y los cargadores de costales que se percataron de sus cariñitos, la cohibieron de dejarse llevar por un instante por la

pasión. Además, si lo permitía, sus feromonas enloquecerían a Édgar, quien le bajaría los vaqueros allí y le daría por atrás hasta que el sol se ocultara.

Mejor dejarlo para más tarde.

¿Por qué no disfrutar de su juventud y soltería?

Capítulo 3

La sonrisa de Abby Rose se extendió en su rostro, tan pronto atendió al timbre de la puerta de su apartamento. Gritó de júbilo en su fuero interno, porque se renovaban sus esperanzas con respecto a su sorpresivo visitante masculino. Le permitió pasar, sin un reproche de por medio, por cómo la despidió la vez pasada, que ni la telefoneó después para disculparse. El hecho de que estuviese allí, con expresión cansada, la animaba a seguir adelante con sus planes.

Lo besó y notó enseguida que él le correspondió menos efusivo. La inquietó un poco, procurando no hacerlo evidente porque de allí él se marcharía. Tal vez la buscaba para desahogarse de la toxicidad del padre. Ese sujeto ruin provocaba que cualquiera se quisiera cortar las venas para no seguir tolerándolo. Ahora, ¿quién lo aguantaba si era el que ocupaba el puesto de Nathaniel Reid. Ese hipócrita, doble moral, se comportaba peor que un prior que va por ahí señalando escandalizado la algarabía de los demás. A ella –en su huida de la mansión– la miró de un modo que casi la hace cagar en los calzones por el temor que le causó. Bien que todo el mundo sabía que el señor Damir era capaz de matar a un ser querido. La cabeza de su amante rodó frente a muchos testigos. Una paria como ella sería eliminada en el acto.

—¿En qué puedo complacerte? —preguntó en un matiz sensual que le confirió a su voz, aunque sospechaba que no la visitaba para divertirse.

Jevrem se dejó caer en medio del sofá tapizado de rosa y soltó lento el aire de sus pulmones. Él solo quería la compañía de una loba cariñosa y no la de una quejica que solo pide…

—¿Me dejas pasar la noche? —El alma y los recuerdos le pesaban. Ya todo estaba listo para anunciar lo que cambiaría para siempre su estilo de vida. Así que, aprovecharía la libertad que aún gozaba y lo pasaría con la que a más de uno le causaba disgustos.

Abby le sonrió y asintió. ¡Por supuesto que lo dejaría pasar!...

—Ven a *dormir* las veces que quieras —expresó mientras se sentaba sobre él a horcajadas—, mi cama siempre estará reservada para ti—. ¿Qué deseas hacer: charlar o abrazarnos?

—Me gusta la segunda opción.

Abby se despojó de su camisón de seda, por encima de su cabeza, en un movimiento tan sensual, que Jevrem enseguida se excitó.

Las manos de este en el pecho de la rubia.

—Eres buena hembra. —Ella solo ofrecía. De no haber sido repudiada por los suyos, por lo de Everett e Isabel, él la habría hecho su pareja.

—Soy sumisa para mi macho —ronroneó, sus curvilíneas caderas contoneándose suave sobre el miembro duro de este—, obedezco a todo.

Él sonrió ladino.

—Ninguna hembra es tan obediente. —Ni la más tímida de las omegas.

—Yo sí. Imponme una orden y verás que obedeceré sin rechistar. ¿Qué deseas que haga para ti? Dime, tu palabra es ley…

Pulsaciones en el pene.

Deseos carnales perversos.

Muy perversos…

*****

El albornoz cubrió la desnudez de Anna. Su amante yacía dormido, boca abajo, en la cama de la habitación del hotel. La acompañó hasta la ciudad de Lima, en su idea de convencerla de quedarse. Pese a recurrir al sexo y a sus promesas de amor, no tenían la efectividad deseada, porque Anna ya estaba marcada por otro para su desgracia.

Descalza se dirigió al diminuto baño, a ducharse, sin atreverse a mirar por sobre su hombro hacia Édgar, quien le aplacó las ganas de retozar una vez más. Aunque, la satisfacción fue momentánea. Esto a Anna le parecía extraño, se suponía que el celo le duraría de tres a cinco días, ya iba para la semana, y seguía acalorada. Restregó con vigor su piel, para borrar todo rastro de los fluidos íntimos de su pareja y los de ella. ¿Por qué seguía así si lo pasaba bien con Édgar?

Dos días después del hallazgo en el foso, el doctor Jackson y su equipo abandonaron Aguas Calientes, para dirigirse a la capital, pues en la aldea ya no les permitían permanecer. Si bien, la temporada de permisos para la comunidad arqueóloga había terminado, yéndose todos a sus propios destinos, ella, la señora Francis y el doctor Jackson debían continuar con el trabajo en el museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, para clasificar y analizar las reliquias de mayor importancia. Los periodistas entrevistaron a sus jefes; los hallazgos en Machu Picchu revelaron una riqueza histórica invaluable, ya que, aparte del mural, se encontraron estatuillas y jarrones precolombinos en oro, piedras preciosas y bronce, piezas clave para comprender la cultura y el pasado de Perú. Anna, a lo largo de su investigación, ha contado con la guía del doctor Jackson, quien la ha asesorado en su tesis, siendo él un historiador inigualable del arte rupestre y otras ramas de la arqueología. Lástima que era un imbécil. Los humanos solían tratarla como una chiquilla, su apariencia aniñada la perjudicaba, ya que algunos subestimaban su intelecto, su aguante para soportar las altas temperaturas o el rigor de estar metida hasta el cuello en las tumbas antiquísimas. Por supuesto, ignoraban su especie, salvo los que eran como ella.

Fue sigilosa en vestirse rápido y empacar sus ropas, sin hacer ruidos, y abandonó la habitación, antes de que Édgar abriera los ojos, ya que a Anna no le apetecía una incómoda despedida. Las odiaba, se sentía miserable, costándole después la recuperación emocional. Afuera se aplicó bastante perfume y luego apuró el paso por el pasillo de la segunda planta, calculando que serían más de las ocho de la mañana; su móvil guardado en el morral –terciado a su espalda– se mantuvo apagado para que nadie la molestara mientras tuviese coito. No se explicaba por qué actuaba de esa manera, sintiéndose mal… Era adulta, tenía veintitrés años y libre de compromisos. Antes de conocerla, Édgar le manifestó que él solía gozar de su soltería; el matrimonio lo tenía previsto para cuando sobrepasara los treinta, pero a ella la conoció y enseguida observó que era una hembra que considerase para él, perfecta.

Sacudió la cabeza por la impertinente imagen que se colaba a su mente, de un joven de cabello oscuro y ondulado, hincándose ante ella; sus ojos brillantes, reflejando la propuesta de un futuro que forjarían juntos, para luego ser opacados por la decepción del rechazo.

¡Olvídate de él!, sacudió la cabeza para alejar dichos pensamientos que la afligían.

Así ella lo quiso.

—Cielos, Anna, ya iba a aporrearte la puerta. ¡*Uf*, cuánto perfume te aplicaste! ¿Acaso pretendes asfixiarnos? Es mucho…

—Lo siento, señora Francis, se me pasó la mano.

—Con una atomizada, bastaba. ¿No te bañaste?

—Sí lo hice, me levanté temprano.

—¿Y por qué tardaste tanto?, ni respondiste a las llamadas.

—Las *cervezas* de ayer golpearon mi estómago… —explicó apenada y eludiendo la mirada escrutadora de la mujer de mediana edad que no se tragaba sus mentiras. La vio acaramelada con aquel sujeto extraño que le inspiraba inquietud, por tener la apariencia de ser alguien que no se mediría a la hora de ajustar cuentas con el que lo cabreara.

—Debes ser más responsable —la increpó, ambas de camino hacia la salida—, tu deber es no terminar hasta que lo disponga el doctor Jackson.

—Sí, señora.

—¿Empacaste todo?, ¿los informes?

—En mi morral.

—Procura un maletín más apropiado para la próxima ocasión —desaprobaba el modo en cómo la joven transportaba lo referente a la información recopilada en las excavaciones—, así los cuadernos de apuntes no se maltratan.

Anna no le replicó «el morral está diseñado para este tipo de equipaje»; más bien, asintió con una sonrisa dibujada en sus labios estirados; llevarle la contraria a Francis Butler, le valdría que, para futuras exploraciones no la tomaran en cuenta.

Se acomodó en los asientos posteriores del taxi, la señora Butler compartía espacio con ella; el doctor Jackson en el asiento del copiloto sin haberse molestado en devolverle el saludo a la muchacha, por estar él hablando al móvil.

Volger y Sanderson los seguía en un vehículo que la manada inca dispuso para ellos. Solían recordarle que la obligación de estos era de transportarla, pero Anna prefería pasar desapercibida. Su jefe le haría muchas preguntas si la observaban subir y bajar en una enorme camioneta negra, blindada. Causaría desconfianza en el equipo, ¿quién es esta que requiere tal seguridad? ¿Es de alguna agencia del cual ellos ignoraban? ¿Para quiénes realmente trabaja? Lo más probable, la acusarían de ser una saqueadora de tumbas que esperaba la oportunidad para llevarse el botín. Así que, por regla general, entre sus compañeros, la reserva debía mantenerse a cabalidad, para evitar que los rumores corrieran antes de lo previsto y los saqueadores los invadiesen en un abrir y cerrar de ojos.

Simulando rascarse la nuca, Anna echó un vistazo a través del cristal que se extiende detrás de ella y observó la camioneta negra que los seguía de cerca. Volger manejaba y Sanderson lo acompañaba en el asiento del copiloto. Estos notaron que ella los miraba de manera furtiva y la saludaron socarrones, a lo que la joven enseguida acomodó su espalda en el respaldo de su asiento. Tontos… La cuidaban, pero constantemente era objeto de burla. Aunque Anna debía admitir que sus guardaespaldas fueron buenos para mimetizarse entre los lugareños y así cuidarla sin que nadie notara su presencia.

Esto la hizo meditar: ¿cómo lograban pasar desapercibidos si eran tan fornidos? Detrás de un árbol no se escondían ni permanecían dentro del todoterreno, aguantando los estragos de las elevadas temperaturas de esa zona geográfica, sus llamativas complexiones se divisaban a lo lejos, y Anna meditaba que, lo más probable, a más de uno le dejaban la mente en blanco.

Ella en la hipnosis era pésima.

No obstante, lo aprendido en la universidad y el posterior postgrado la mantenían entre los eruditos de ese campo.

Pensando en estos, reparó en la señora Butler, quien aún tenía el ceño fruncido y su atención puesta en las calles de la capital, sin ninguna expresión de que le gustara el entorno. La hosquedad en esta saltaba a la vista, no era conversadora ni cálida como persona; más bien, a

Anna le recordaba sus anteriores patronas que la mangonearon y la increparon por todo. La señora Butler solía ser dura, a menudo con una crítica en sus labios de hiel, nunca un buen consejo, siempre una advertencia.

Tras cruzar el semáforo en rojo y faltando poco para llegar al aeropuerto, Anna se mortificó. ¿Hizo bien en no despedirse de Édgar? En el tiempo en que estuvieron en Aguas Calientes, él fue amable con ella; no la acosó, ni le rogó por cariñitos, fue paciente en esperar a que a ella se le alborotaran las hormonas; puede que se haya aprovechado de esa circunstancia, pero él no brincó a su cama, sino cuando obtuvo por su parte una invitación.

«Eres fogosa. Lástima que las subastas se hayan abolido, habría ofertado por ti o pagado una buena suma de dinero a tu padre para poseerte siempre», Édgar expresó entre empellones en su trasero, teniéndola a gatas sobre la cama, con la tosquedad propia de su masculinidad.

«Trátame como si me hubieras comprado», replicó ella, entregada a la desbordante pasión que el celo la azotaba. Los deseos primarios nublaron el raciocinio y la desinhibían, teniendo como único pensamiento, la penetración. Horas antes, Anna solo veía *penes*, fantaseando con hombres desnudos que se topaban en su camino. Casi le coquetea al doctor Jackson, ¡sentía que le palpitaba todo!, su corazón bombeaba acelerado y el sudor de su cuerpo humedecía sus ropas. Volger y Sanderson no se acercaron, comprendiendo ellos que tenían prohibido traspasar la raya del mandato real, para nada arriesgarían su cuello por una omega lujuriosa.

«Entonces, eres mía», apretó fuerte las caderas femeninas, su pelvis impactaba más rudo contra las nalgas de la muchacha.

Anna jadeaba, sus labios entreabiertos, sus manos aferradas contra la almohada, su rostro posado sobre esta…

Las cohibiciones morales por las que solía regirse se derrumbaron en cuanto la etapa del celo llegaba a su punto álgido; no pensaba, no la apabullaba que su amante temporal se fuese de cotilla: *«la alasqueña es una zorra que lo hace bien rico, le hice tragar hasta las bolas»*.

Se obligó a enfocarse en lo que había del otro lado del cristal de su ventanilla: autos, sujetos increpando a otros por la lentitud al manejar, humo tóxico expulsado de los tubos de escape de algunos autos que parecían chatarras andantes; varias personas montadas en una misma moto, vadeando a toda velocidad en su afán de llegar a un lugar determinado. Suspiró silenciosa, fue una buena noche; por desgracia, seguía agitada.

El taxi aparcó frente a la entrada principal del aeropuerto y los pasajeros se apearon, cada uno portando su equipaje.

—Ve al mostrador para que chequeen los boletos y luego vas a…

—Hazlo usted —Anna contradijo en un tono de voz casi gutural a la mujer que le asignaba más deberes de los que sobrellevaba. Voló hacia el baño de las damas, quedando los dos humanos atónitos por la urgencia de la muchacha. El doctor Jackson asumía que se la llevaba el diablo por alguna diarrea, mientras que la señora Francis se dirigió, sin levantar hoscos comentarios, hacia los mostradores de las aerolíneas.

El cubil más alejado del baño, alojó a la loba, esta les gruñó a las pasajeras que se hallaban allí para descargar sus necesidades fisiológicas; ninguna protestó, todas salieron obnubiladas de esa área, olvidando momentáneo a dónde se dirigían.

Anna depositó el morral en el piso del cubil y extrajo su consolador; gotas de sudor se deslizaban por sus sienes, qué calor, ¡qué ganas por ser tomada una vez más!

Desabrochó sus vaqueros y lo bajó hasta los tobillos, junto con la braga, y, estando sentada sobre la tapa del inodoro, abrió las piernas para recibir el aparato a baterías.

—¡Oh!... —Arqueó hacia atrás su torso, extasiada de su *consolador*. Aumentó la velocidad de la vibración; en sus lascivos pensamientos era un «hombre» que la había seguido hasta allí e introducido al cubil para ultrajarla. Estaba desamparada, nadie la ayudaba a liberarse de ese monumental *miembro erecto*. El hombre la desvistió; aquí Anna, con su mano libre, subió su camiseta y el sujetador, sus senos quedaron visibles a su *asaltante*. «Te lo haré por horas y luego llamaré a mis amigos, para entre todos violarte a la vez», era lo que *este* le *decía* en su guarra fantasía.

—Sí… —el orgasmo a punto de alcanzar. El hombre la apaleaba, quien hasta ese momento carecía de rasgos. La sombra del anonimato se disipaba, en este unos ojos negros y unas cejas pobladas, enmarcadas por una cabellera corta y ondulada, cobraba forma. No era Édgar ni los guardaespaldas, sino un alfa que le quitaba el aliento.

«Te poseeré así sea en pensamientos».

—¡Oh, sí… ¡Sí, Jevrem! ¡Sí! ¡Sí! —exclamó en una marejada lujuriosa que la envolvió de forma súbita. Esta vez su amante la satisfizo, debido a que «el anterior», el que entró allí a las malas, no tuvo aguante. Su orgasmo explotó en un «sí» sonoro que la motivó a recostar la espalda contra el tanque del inodoro, entre leves espasmos que sacudían su cuerpo y en una pose digna de ser retratada para una revista de adultos libidinosos por la imagen tan pornográfica que brindaba. Su pecho subía y bajaba agitado, sus perversas fantasías pasaron del +18 al +21 y subía y subía hasta llegar una clasificación que ni un ninfomaníaco sería capaz de llevarle el ritmo. «Jevrem» lo hacía, ¡él sí que la llevaba al cielo las veces que quisiera, eran tan fuerte, tan resistente…

Soltó una respiración larga y pesada, poco a poco recuperaba el ritmo pausado de los latidos de su corazón. Qué bien, qué placer, ya estaba más calmada…, pasó su lengua por sus labios resecos, sus pulmones volvían a efectuar la inhalación y exhalación acostumbrada; sonrió, ya era «normal», el consolador cumplió con su cometido. Fue un buen rato.

Abrió los ojos y una mueca entristecida se dibujó en sus labios, al recuperar la lucidez. Un buen… Un…

Rompió en llanto.

El «amante» que por fin la completó no se hallaba allí, sino en los brazos de otra, por ella haber tenido la genial idea de terminar la relación al no querer matrimonio.

Capítulo 4

—Esfuérzate por aparentar «felicidad».

Damir susurró lo más bajo posible para que los invitados no escucharan lo que a Jevrem le increpaba.

—No puedo aparentar lo que no siento. —De un manotazo se apoderó de una de las copas llenas que Amelia portaba en una bandeja, y dejó la otra vacía en su lugar.

—Pues, trata, porque luces como si todos te debieran dinero —lo increpó a la vez en que observaba que no se medía al beber. Para colmo de males, él tuvo que sonreírle a Greyson Hill, edil de la comunidad de Adak, quien reparó en la animosidad del muchacho. Para evitar sospechas de parte de este, Damir alzó su copa de champaña y, desde su sitio, brindó a su salud y también para expresarle silente que la bebida espumosa estaba deliciosa. A ver si con ese gesto curioso el edil captaba la indirecta de «mira para otro lado».

Jevrem esbozó una sonrisa desabrida y Damir puso los ojos en blanco por esa perenne muestra de animosidad. ¿Tanto le costaba fingir un poco de felicidad? A la gente le gustaba observar las miserias en los demás.

Un trío de violinistas tocaba en un extremo del vestíbulo, siendo la parte más acorde para no entorpecer a los invitados que paseaban por la planta baja mientras charlaban animados. Los sillones de la Sala Azul, la Sala Roja y la Negra permanecían todos ocupados. El personal de servicio, con su elegante uniforme negro, a menudo deslizaban sus bandejas a fin de que nadie pasara sed etílica. El ama de llaves comandaba en la cocina, allí se descorchaban las docenas de botellas, ya sean de champaña o whisky, pues no todos tenían los mismos gustos a la hora de beber. Sobre sus hombros recayó la responsabilidad de que sus empleados no robaran ninguna botella para «celebrar» por su cuenta, y la dejaran a ella con los nervios desechos por no ser capaz de atender a las exigencias de sus amos. Una vez, hacía veinte años, Wilfredo González –guardaespaldas de rango menor– tuvo el atrevimiento de zamparse un trago directo de un *Johnnie Walker Blue Label*. La señora Sebrenka lo descubrió en el despacho y ordenó a sus hombres a que lo azotaran.

Su espalda no pudo soportar una camisa por varios días y después del castigo fue degradado a sirviente.

Roxanne –de buenos oídos– forzó una sonrisa a la matriarca que conversaba con ella un tanto desdeñosa, a unos pasos de su prometido y el señor Damir. En breve se haría público el compromiso, sus padres y hermanos, y la élite de la región asistieron al llamado del Alfa del Clan Kenai, para celebrar la pronta unión entre un Brankovic y una Chandler. Trató de mantenerse relajada como si lo escuchado por su futuro suegro no la hubiese afectado. Procuraba que sus labios pintados de rojo oscuro reflejaran que prestaba atención a la señora Grubana, mujer déspota y madre del señor Damir, solía exigir le brindasen pleitesía a donde se presentara; parloteaba de sus viajes, sus joyas, las personas importantes que conocía, alabándose como la «madre» del Soberano; una reina sin corona, pues Roxanne era conocedora del trato que esta y su descendencia recibieron el día de la Boda Real entre el heredero del desventurado Alejandro Cortázar y la hispana que nadie conocía. Grubana solo era la madrastra despreciada por ser mala sangre.

Aun así, la joven era cauta en respetar a la abuela de Jevrem, esta influenciaba en las

decisiones del dirigente de Alaska.

—Qué maravilla que lo haya visitado —comentó—. Mi padre una vez…

—Me faltó conocer Versalles por falta de tiempo —la interrumpió, desinteresada de lo que la joven gamma le dijera de los viajes del progenitor. ¿Qué le importaba si Rudolf Chandler cruzó a cuatro patas el Sahara o si intercambió palabras con un jeque, cuando ella estuvo a punto de conocer a Domhnall Farrell, Soberano de media Europa? Nimiedades que cualquier lobo con una modesta tarjeta de crédito vacacionaba al extranjero cuando los patrones se lo permitían. Los Brankovic se daban el lujo de ir a lugares donde el noventa y cinco por ciento no podría ir. Ellos eran la magnificencia absoluta—. Es una pena, porque es un palacio precioso, del que no debería ser administrado por mortales —agregó—, sino ocupado por uno de *nuestros reyes*. Así como también es una *verdadera pena* que la Casa Blanca no sea la residencia de *nuestro* gobernante.

—¿Se refiere a Abraham Crowell? —preguntó, siguiéndole el petulante hilo de la conversación que llevaba la anciana ataviada de esmeraldas y rubíes.

Hizo un gesto de «¿quién otro es el que lidera la nación estadounidense?» No obstante, Grubana compartía la misma ambición de Damir: sustituir al inútil narcisista que ocupa Bardawulf. Dicho despacho era pequeño en comparación a la Casa Blanca, que a ella se le antojaba refinada, pero apropiarse de la imperiosa mansión atraería la atención del mundo humano y la crítica de la comunidad lobuna. Ningún alfa de rango medio o alto debía hospedarse en un lugar más suntuoso al que moraba un rey.

A Roxanne le inquietaba que Jevrem luciera como chimpancé aburrido en su jaula: mirada perdida, ojeras profundas… ¿Acaso lo obligaron a formalizar la relación? Esto sería un duro golpe para su corazón y su propio orgullo, ¿a qué mujer no le gusta que su «enamorado» se declare de la manera más romántica? ¡A ninguna! Más bien, todas ansían en secreto ese día: flores decorando el entorno, una deliciosa cena a la luz de las velas, palabras dulces, el anillo dando la sorpresa…

Jevrem no lo hizo, una simple llamada telefónica de «casémonos, ya tenemos mucho tiempo juntos», y eso fue todo.

A pesar de eso, a Roxanne la emocionó su «deseo» de pasar al siguiente nivel; se abrazó a sus padres y festejaron juntos con aullidos por haber logrado el preciado anillo de compromiso. Lo lucía orgullosa en su dedo anular izquierdo; un estupendo diamante de corte oval que debió costar ciento de miles de dólares. Si bien, era costoso, las banderas rojas ondearon en su fuero interno, porque Jevrem no le entregó una herencia familiar, lo compró en alguna joyería sin que ella antes lo hubiese aprobado.

Tú tienes el anillo, meditaba para sí misma; *no las putas que lo rondan. ¡Eres la que lo atrapó!*

Sus amigas le advirtieron que lo pensara bien, las hembras de esa familia eran dominantes con las recién llegadas, tratándolas como si fuesen mucamas. Ya vería cómo lidiaría con esa circunstancia, puede que se lo hayan dicho por envidia o tal vez sea verdad; por lo pronto, encargó al mejor diseñador del país la confección de su vestido de novia. Ella pronto se convertiría en la Primera Dama del círculo social de la comunidad, así que dudaba que la pisotearan de esa manera tan vil.

—Nuestro Alfa Mayor es más «refinado» que aquellos bípedos —Grubana, en su tosco acento serbio, elogió para evitar ser evidente en sus ocultas aspiraciones políticas—. Los lienzos, los mobiliarios —que son un asco— son tallados para la exclusividad del presidente. Admiro su —pésimo— buen gusto.

—He visitado la Casa Blanca y me parece…

—¿Han pensado dónde se van a casar? —la mujer volvió a interrumpir, causando animosidad en los parientes de la joven de melena castaña, pues estaban allí solo para escucharla.

—Aún no sabemos.

—En las tundras —Jevrem se adelantó a su prometida, al percatarse de lo que su abuela paterna a esta le preguntó.

Hubo jadeos y arqueadas de cejas.

—¡¿Las tundras?! Pero… —Grubana reaccionó con exagerado desagrado—. ¡Son tierras de salvajes!

—De gente honorable —replicó en defensa de los nativos allá asentados que han sido leales a ellos desde tiempos de su bisabuelo Dragan.

—Son perros pulgosos.

—Madre… —Damir la increpó con la mirada para que moderase el lenguaje, que desde que él asumió el puesto en Anchorage, a ella se le subieron los humos más de la cuenta a la cabeza. Un pésimo comentario sobre esos iletrados a él le traería inconvenientes con Everett, los yakaramath, los peaux noires y los cayuwall eran orgullosos de su linaje, por lo que su hermano no toleraría que los menospreciaran.

La anciana recompuso su pose y miró enojada a su hijo por encima de su copa de champaña, por hacerla callar, cuando lo que decía era cierto: cagaban, meaban y dormían directo en la tierra. Eso era de salvajes. Ni un libro leían.

—¿Has escuchado lo que acaba de responder Jevrem? Casarse en las tundras… —masculló—. El lugar es inadecuado para una boda.

El aludido tuvo que tragarse un «allá me siento libre»; en cambio, expresó:

—Es perfecto, abuela. No hay distinción de castas en una noche de celebración.

—Precisamente por eso me parece inconcebible: las mezcolanzas. Qué horror…

—Apoyo a mi hijo, madre. Si él desea la bendición de los ancestros, que así sea. —Si por él fuese, Jevrem se casaba en Villa Dorada, rodeado del lujo y la fanfarria de la monarquía. Pero los acontecimientos de los últimos años y las habladurías que recayeron sobre él mismo, a causa de su dudosa virilidad, no lo dejaban en posición de exigirle la boda del siglo. Que se casara y punto.

Grubana le costaba creer los disparates de su único hijo. Cómo hacía falta Stanislav para acabar con las idioteces de sus descendientes varones: Ranko murió por idiota y a manos de su medio hermano, este –Everett– se enamoró de una ordinaria, Damir con gustos extraños y, su nieto mayor, *de tú a tú* con pulgosos. Ese cáncer de pulmón se llevó a su marido antes de tiempo, su linaje no estuvo preparada para transitar la vida sin su guía.

Sorbió de su bebida espumosa y se tragó todo lo que tenía contenido en la punta de la lengua para evitar se le subiera la tensión por propiciar una discusión. Sonrió a Damir, como la madre «abnegada» que era ella y dejó que este creyera la había aplacado con su autoridad.

—¿Y la señora Radojka? Pensé que esta noche la conoceríamos. ¿Hubo algún inconveniente por su ausencia? —Deborah inquirió, alternando la vista del señor Damir, Grubana y Jevrem, en una deliberada pasivo-agresividad para desquitarse por la odiosa actitud de esa mujer hacia su retoño.

Damir se hizo el que tomaba un trago de su champaña, para dar tiempo de responder, pues ni se molestó en preparar con anticipación una mentira para justificar la ausencia de su primera esposa, de la que nadie, salvo la madre de su nuera, preguntaba.

—Mamá no pudo asistir, pero su corazón está presente conmigo —Jevrem respondió de manera escueta y sacando del apuro a su padre y a su abuela que se tragaba con la mirada a la señora Chandler por entrometida.

—Cuando hables con ella, le extiendes mis saludos —Deborah expresó, haciéndose la desentendida de la animosidad de la matriarca. Era una dosis de lo que obtendría si pretendía intimidarla, ellos también tenían cómo imponerse—. Se ha ganado mi respeto por educar a un hijo tan maravilloso.

¡Aduladora!, Vesna gruñó furiosa en su fuero interno, pugnando en girar sus tacones y subir a su otrora habitación, para no tener que escuchar más sandeces de los *besaculos* asistentes. La estúpida de Radojka seguía en Vrasne por lo que pasó hacía unos años; aunque si Vesna lo pensaba bien, era mejor que allá permaneciera; es más… aconsejaría a Damir de prohibirle volver, porque él sería la burla de todos: la esposa que lo abandonó al descubrir que a su marido *le gustaba batear para el otro lado*. No debía permitirlo por respeto a sí misma, que era la segunda esposa, y, del que, gracias a esto, pasó a ser la primera… Los beneficios por orden de casamiento recayeron en su persona: autoridad, comodidad, mayor reconocimiento. Solo tenía que encargarse de una piedra en el zapato, y la paz reinaría en su hogar.

—Es lo único bueno que hizo, porque en lo demás…

Jevrem comprendió lo que su abuela Grubana dejó colgado en el aire, que se tragó un improperio para no gritárselo a todo pulmón. El coraje le comenzaba a hervir la sangre; su abuela era más vieja y más venenosa, le divertía la confrontación en su aparente rectitud. Tomó el último sorbo de su bebida y dejó la copa vacía sobre la repisa de los malditos portarretratos que reflejaban un amor familiar que no existía, y luego se disculpó con los Chandler y con su padre, de allí se marchó para estar a solas en el despacho de su difunto abuelo Stanislav.

Al parecer, Roxanne tuvo intención de seguirlo, quizás preocupada por su malhumor, pero Damir la detuvo al ordenarle que lo dejara estar un rato a solas. En la medida en que se alejaba y en medio de la música instrumental, Jevrem escuchó que su padre lo excusaba por una «llamada importante que debía atender». Se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta sastre, para luego arrojarla de mala gana sobre uno de los sillones del despacho. ¿Por qué tenía que obedecer si era un alfa? Si se quería casar en la cima de una montaña o en la boca ardiente de un volcán, ¿quién se lo iba a impedir? ¿Sus padres? ¿Roxanne? ¿Los Chandler? ¿Su manada?

—El tío Everett —nada más y nada menos que el Soberano. Le daría una paliza por llevarle la contraria.

Agotado del brindis y de fingir a los que esperan de él, más de lo que es capaz de ofrecer, acomodó el cojín para su cabeza y se acostó en el sofá de tres puestos; sus largas piernas sobresalían a un lado para no ensuciar el tapiz blanco y en una pose que él adoptó meditabunda de lo que debía hacer con su compromiso. Suspiró apesadumbrado y cerró los ojos para apaciguar el enojo; qué incompleto se sentía… Le faltaba su mamá para charlar sin tapujos y escuchar los ánimos que le daba. De haber estado ella en Kenai, estaría allí, en el despacho, sentada a su lado, tal vez él recostado en su regazo como un niño que necesita del cariño materno.

Pensó en la otra que le hacía falta.

«Puede que me tildes de insistente, pero no me importa, Anna: te amo desde que me percaté de tu existencia. Es duro estar lejos de ti. Traté de alejarme y fallé, porque ni siquiera la posibilidad de ser “un sujeto que mata por placer”*, me impidió que te olvidara. ¿Te gustaría vivir conmigo? Viviríamos en un apartamento que compraría para estar los dos solos, sin que*

mis abuelas o mis padres se inmiscuyan en nuestra relación. Escogeríamos fecha para…

Y Anna lo agarró de las solapas y lo calló con un beso, dispuesta a hacerle el amor en el comedor de Villa Dorada, para que él no siguiera declarando sus sentimientos.

—Fuiste un idiota.

Más recuerdos tristes lo invadieron. Esta vez los ocurridos en los jardines posteriores de la villa; hasta allá Anna lo llevó para hablar de su propuesta matrimonial que él le expresó en el comedor.

«No quieres, ¿verdad?».

«Jevrem, yo te amo. Pero…».

«Aún no es tiempo, por lo visto…».

«No, no es… La Anna de hace un año atrás, habría dicho que "sí". Pero la Anna de ahora prefiere recorrer un camino que se abrió para ella sola. ¿Me comprendes?».

«Sí».

«Quiero recorrerlo y llegar hasta el final: se lo debo a mis padres y a mí misma. Pero esto no quiere decir que te dejo de amar, mi mente está puesta allá en Nueva York y mi corazón está aquí contigo. Y, mientras esté dividida, no podré ser del todo feliz».

El corazón de Jevrem se estrujó; lo que una vez lo hizo feliz, en la actualidad quedó en nada.

—¡Idiota! —se reprendió por confiado—. ¡Fuiste un idiota! —¿Cuántas veces se lo propuso? ¿Dos? ¿Tres veces? Al primer rechazo debió haberla dejado.

Sus manos entrelazadas bajo la nuca.

Vista puesta en el techo, pensativo de aquellos errores cometidos.

«(…) esto no quiere decir que te dejo de amar, mi mente está puesta allá en Nueva York y mi corazón está aquí contigo», volvió a recordar, como disco rayado que se repite.

«(…) mi corazón está aquí contigo».

Contigo…

—Jamás permaneciste, cariño. Te olvidaste de mí. —¿Por qué no fue un mierda de prohibirle estudiar?

Por estúpido.

Miró hacia minibar.

Voló hasta este y en menos de un minuto bebía una buena cantidad de whisky. Sonrió, qué satisfacción saciar su garganta, tras saborear el aromático licor. No requirió de hielo, le gustaba percibir ese toque añejo con notas equilibradas de naranja, vainilla y manzana. Pagaban bien por una botella premium, las almacenaban en el sótano para luego deleitarse en momentos como este, en el que se requería olvidar.

Tomó más…

Luego volvió al sofá y relajó el cuerpo, ayudado por el entumecimiento que el whisky provocó en sus sentidos. Procuró no pensar más en Anna, ella era su veneno, lo enfermaba cada vez que la añoraba.

Bostezó, su mente comenzaba a irse lejos, su tristeza se diluía en la bruma etílica. Por eso bebía con mayor frecuencia: los pesares, las promesas rotas, los desamores… desaparecían.

No previno que su audio incrementara.

—Caramba… —percibía con mayor claridad los sonidos que los invitados hacían al sorber de sus respectivas copas de vino o champaña; algunos reían, otros comentaban tonterías; su padre se integró al grupo de unos irlandeses que asistieron expresamente por el mandatario regional, gente que Jevrem no conocía, pero que su padre con estos estrechaba relaciones comerciales desde

hacía tiempo—. ¡Fuera, putas voces! —Cambió la posición de sus brazos al cruzarlas sobre su pecho para estar más cómodo, y de inmediato se obligó a «cerrar» el sentido auditivo; por desgracia, los sonidos en su cabeza adquirieron «visión».

Jevrem estaba en medio de todos los invitados y nadie lo notaba, se movilizaba con normalidad. Su clarividencia salió a flote, no lo provocó para husmear a «escondidas» de lo que otros hablaran a espaldas de él; sus percepciones extrasensoriales lo comandaban, pese a la experiencia adquirida durante esos años para dominarlos. Aún le faltaba mucho por aprender, ya que, de vez en cuando solían tomarlo por sorpresa, y el licor que ingirió lo dejaba a merced de sus dones.

—Razona con tu prometido, porque será una pesadilla que mis tacones se entierren en la tierra —la señora Deborah aconsejaba autoritaria a Roxanne, por el eventual desastre que ocurriría si a él no lo hacían cambiar de parecer. Desde la perspectiva de su prometida, siendo su voz, su estatura, sus modismos femeninos y sus pensamientos, Jevrem no lo soportaba.

—Esto es lo que él escogió. Así que, adaptaré mi vestido de novia para las tundras. —Pediría que el ruedo lo subieran hasta las pantorrillas, para no ensuciarlo, y usaría tacones gruesos que le permitieran caminar con facilidad por los pedruscos.

—Por esta vez estoy de acuerdo con tu madre: mis tacones de Louis Vuitton se estropearán —la abuela Grubana intercedió en su propio beneficio—. Es de una colección limitada y es muy cost…

Las percepciones de Jevrem saltaron de «ojos en ojos», una conversación más frívola que otra. Sacudió la cabeza y masculló para hacerse del control de su don, ¿acaso tenía que beber más? Experimentaba una desconexión de la realidad, la superficialidad de los invitados lo asqueaban. En esa pugna logró «saltar» al cuerpo de uno de los guardaespaldas que merodeaba en su forma lobuna por los alrededores de la casa, se daba cuenta al notar *la altura* con respecto a cómo observaba el entorno y el olisqueo de la grama, pendiente de captar aromas que ocasionaran alarmas.

Jevrem trató de poner su mente en blanco, su propósito era descansar y no estresarse por nimiedades. Respiró profundo y acomodó de nuevo el cojín bajo su cabeza y sin abrir los ojos para no romper su concentración y así conciliar el sueño, pues a la mínima distracción, estaría una vez más *posicionado* dentro de cada invitado, y esto le acarrearía después una severa migraña. Soltó una larga respiración.

Relax…

De manera paulatina «las voces» del otro lado de la puerta del despacho se fueron silenciando y su propio cuerpo se sentía ingrávido. Sus músculos se aletargaban, su corazón palpitaba cada vez más sosegado. Cuánta paz, en ese instante ni su padre ni su abuela o su prometida, lo presionaban para hacer lo que ellos quisieran; nadie lo solicitaba para resolver situaciones o inspeccionar trámites o negocios que el clan sostenía con otros en sus relaciones comerciales y políticas. Todo era quietud, tranquilidad…

Capítulo 5

Las llaves cayeron en el bol.

Anna por fin estaba en su casa, la soledad del entorno la recibió, sin que a ella le causara pesares. Amaba tener su propio espacio, era libre de andar descalza por la casa; si le placía, si comía a deshora, ya sea de pie en la cocina y mirando la televisión de la encimera, o si andaba todo el día en pijamas. Por siempre le agradecería a la señora Camila de permitirle vivir sola en la casa que esta heredó tras el fallecimiento de su longevo padre; la buena mujer le exoneró el pago del alquiler, salvo las facturas que muy puntual la joven pagaba de los diversos servicios que consumía en la vivienda. Camila se dejó convencer del señor Spencer, de hacer vida marital antes de unir lazos frente a un clérigo humano; convivían en Soho, donde ella tenía su apartamento, muy aferrada a sus pertenencias y a todo por lo que ella luchó al empoderarse como mujer independiente.

Dejó su maleta en el vestíbulo, tras cerrar la puerta principal de la casa, y depositó el morral en el sofá de la sala, yendo al patio para chequear las plantas y las flores que ya debieron florecer. Lucían muy coloridas y el follaje de un verdor brillante; por lo que observaba, hacía poco, quizás esa mañana, le echaron agua. La señora Leoncia –vecina y amiga de la infancia de Camila– recibía un pago por parte de Anna, para que se encargara de las plantas en su ausencia, por lo que, el robo o la invasión, no se contaba entre sus preocupaciones. Salvo sus ropas y libros, el resto eran pertenencias del difunto padre de Camila: muebles clásicos, lienzos de paisajes naturales, esculturas de arcilla… Eran corrientes, pero de un valor sentimental del cual Anna tenía inventariado para protegerlos.

—*No tiene mensajes* —la voz de la contestadora, resonó, tras oprimir el botón para consultar cuántas personas intentaron contactarse: nadie. Lo supuso, por obvias razones, por estar ella en el país andino. Pero igual consultaba; de sus padres, ellos la llamaban a su móvil y por las noches en sus horas de descanso. Su mamá pegó un gritito de felicidad al escuchar que Anna retornó a Nueva York; solo tenía que exponer su tesis de postgrado y luego disfrutaría de sus vacaciones.

Hizo un mohín al abrir la nevera y descubrir que ni una fruta tenía. Las tripas le gruñían desde que arribaron al J.F.K, la comida del avión le supo mal, y sus compañeros no le permitieron merendar en el aeropuerto, porque tenían que pasar por la universidad, para dar una charla de último minuto, del cual Anna debía asistir al académico.

—Tendré que comer pizza. —O un humano, eran más apetitosos.

Sacudió la cabeza.

Mejor una pizza.

Bastante que Isabel le advirtió de mantener la panza llena, a fin de evitar la tentación de arrancarle una extremidad a un humano, a causa del hambre. Si dejaba pasar el tiempo en esas condiciones, se tornaría peligrosa para esa especie débil, creando así un incidente de envergadura con los seres de la noche. Y Anna para nada pretendía la despedazaran por incumplir con el pacto entre lobos y vampiros. No cazar humanos.

Mientras llegaba el pedido de dos cajas grandes de pizza napolitana, terció el morral a su hombro y rodó la maleta a su dormitorio, para sacar sus ropas sucias y luego darse una ducha; fue un día ajetreado.

Enrojeció al extraer *su consolador y demás artículos*, y los llevó al baño para lavarlos. La

bruma del éxtasis de su autosatisfacción no la hizo consciente de lo que hacía. Los aparatos en su morral alertó el scanner de la puerta de seguridad al pasar al área de los pasajeros. Uno de los agentes aeroportuarios le pidió que extrajera todo lo que contenía el morral; saltando para su vergüenza, el que estuvo un rato atrás entre sus labios vaginales. La sonrisita maliciosa de este, las cejas arqueadas del doctor Jackson, la actitud escandalizada de la señora Butler, las miradas perniciosas de los pasajeros que aguardaban requisa. Anna deseó valerse de la hipnosis para idiotizarlos, pero apenas pudo con las neuronas de la vieja melindrosa cuando la mandó a chequear los boletos.

«Ruego que los informes no huelan *a ti, porque me encargaré de reprobarte»* —increpó la mujer a su oído, siendo ella una de las jueces presenciales para dar el visto bueno a su trabajo de investigación.

Con aquel penoso incidente martirizando sus pensamientos, Anna se duchó en menos de cinco minutos y ataviado en unos pantaloncillos de mezclilla y camiseta holgada; se recostó en la cama, para ver la televisión; no tardaría en llegar su encargo, distraería su mente para no tener que desear dar un paseo por Central Park. Desde que su celo se manifestó por primera vez, su apetito se tornó voraz, y esto siempre sucedía justo en *esos periodos* anuales.

Apesadumbrada por ese hecho que suele dominar a las hembras, esbozó un mohín. ¿Por qué no eran como las humanas que se acostaban con el hombre que deseaban y no por las hormonas que las enloquecían? Al menos, los genes lobunos «evolucionaron» en comparación a los antepasados cuando el celo se manifestaba en toda metamorfa con la menstruación. Un desmadre mensual.

Envidiaba a las humanas; en cierto modo, ellas eran libre de dicha circunstancia; si sentían «cosquillas» en la vagina, no saltaban sobre el primer varón que se les cruzara por el camino. Édgar fue su «consolador» de carne y hueso, enterró su pene dentro de ella hasta que sus fuerzas mermaron. Pero no lo culpaba; al contrario, él esperó su invitación y con gusto aceptó ante su insinuante mirada.

Extrajo su móvil del morral que dejó sobre la cama, mientras que en la televisión emitían una película que no captó su atención; el género de acción la aburría, muchos golpes y patadas, y pocos diálogos entre los protagonistas. Encendió la pantalla de su móvil, y la zozobra la agobió.

Cielos…

Doce llamadas perdidas, tres mensajes de texto, cinco audios.

Todos de Édgar.

—Debe estar furioso porque no me despedí —la cohibía escuchar los audios, insegura de si le reprocharía su frialdad o le expresaría *lo bien* que la pasaron juntos—. No… —dudó—; lo más probable, estaría dolido por no dejarle ni una nota de agradecimiento por su protección.

Casi lanza una palabrota cuando se fijó que un audio, sin identificar, también estaba en su bandeja de mensajería.

Ella sabía de quién se trataba y esto la preocupaba.

No era Édgar ni Jevrem.

¿Cómo se libraba de ese otro sujeto?

—Ya te dije que no. —Lo espetó al móvil, pero sin escuchar el audio mandado. Se ganaba muchos insultos por parte de este, por ella no aguantar su carácter volátil.

Dejó el móvil en la mesita de noche y se acomodó sobre su almohada para relajarse. El control remoto apuntó hacia la televisión, pasando de canal en canal: noticias vespertinas, telenovelas, doramas, más acción… En uno de estos cambios, su dedo quedó estático sobre el dial, un

vejestorio acosaba a su joven secretaria.

Asqueada por la escena, optó por apagar el aparato, enojada por lo sucedido en la cabina del avión.

«Vaya, Anna, me ha sorprendido el juguetito *que guardas en tu morral. ¿Siempre lo llevas contigo?»* —le preguntó el doctor Jackson, sentado él a su lado, mientras que Francis ocupaba el asiento del pasillo. A raíz de la requisa, su jefe le había pedido a su asistente principal de intercambiar asientos, puesto que él necesitaba tomar notas sobre las imágenes de las paredes recién descubiertas.

El susurro meloso del anciano, casi pegado a su oído, incomodó a la muchacha, atrapada entre este y la ventanilla a su izquierda. ¿Cómo librase de semejante situación?

«Eh…» —carraspeó. Sus mejillas rojas como un tomate.

«No te avergüences —la interrumpió para ahórrale el infortunio de excusarse—, *me gustó. Eso demuestra que eres sexualmente activa. Creí eras virgen»* —solía pedir a sus proveedores chicas adolescentes, de estrato humilde, del cual se les pagaba una suma de dinero a cambio del prieto culito.

«Doctor Jackson, por favor, no quiero hablar de eso».

El anciano, que hasta ese instante se había comportado con propiedad, ahora la miraba con otros ojos.

«Me gustan las jovencitas fogosas —expresó cada vez más cerca de su rostro—, *me calientan mucho. Y tú, Anna, me calentaste cuando vi* tu juguetito» —la mano del viejo se deslizó sutil debajo de la bandeja desplegada del asiento del frente, para que los informes sobre esta reposaran.

Anna se sobresaltó cuando le acarició el muslo.

«¡Cómo se…!»

«¡Shhhht! —la hizo callar sin hacer escándalo, para nada preocupado de que lo demandara por acoso. Francis dormía o fingía para poder parar la oreja de lo que su jefe decía—. *No cometas el error de mi anterior aprendiz que perdió su postgrado por tonta. Sé más astuta y ambiciosa, me gustan las chicas malas… ¿Lo serás conmigo?* —le sonrió malicioso, un leve apretada en el muslo femenino—. *Hoy, en mi despacho, me lo vas a chupar».*

Ella rodó los ojos severos hacia él.

Su mano moviéndose extraordinariamente rápido hacia el miembro de este, y lo apretó con fuerza por encima del pantalón.

«Se lo chuparé al que yo quiera —lo apretó más y el doctor chilló en voz baja, contenido de gritar su dolor—. *Me vuelves a proponer algo así y te arranco el pito. ¿Entendido?»* —El anciano asintió adolorido. La maldita era de temer.

Ante ese recuerdo, Anna consideró que el esfuerzo invertido en su tesis y en las excavaciones, perdieron valor al ganarse la animosidad de dos personas inescrupulosas. Así que se aovilló en su cama y se arrebujó con el cobertor que sobre este se hallaba recostada. Cerró los ojos, lamentándose no haber sido capaz de borrarle la memoria a ese vejestorio; qué desgracia tener que pasar de nuevo por algo como aquello, lo sufrió con Nemat, el libidinoso prestamista que hablaba de él, en tercera persona; casi la tuvo en su poder por la deuda acreditada por su padre.

«¿La casa? ¿Para qué Nemat…?» —el asqueroso sujeto dejó de hablar en cuanto se fijó en ella, escondida detrás de la pared que divide el área de los dormitorios y la sala, escuchando las amenazas de este a sus padres—. *«Tal vez podamos hacer un trato; después de todo, tienen* bienes *con que pagarnos»*, su actitud despreciable cambió a una que insinuaba el propósito de

poseer a una joven virginal.

A partir de entones fue una sucesión de amenazas, imploraciones para que otros los ayudaran a librarse de la deuda, discriminaciones, tragedias…

Bostezó, el sueño abriéndose paso.

Qué cansancio.

—El decano me exigió buscar una aprendiz seria, pero me equivoqué para mi dicha al escogerte —Anna olvidó aquella mala experiencia sufrida con Nemat y sus hombres, y volvió a pensar en el incidente en el avión; en esta ocasión lo que ella y el doctor Jackson discutieron se había tornado raro, ya no estaban allí, sentados en la cabina, sino que se hallaban en otra parte, del que a la joven le parecía era una habitación desconocida—. ¡Oh, Anna, querida, *tu culito* es bastante apretadito! —el anciano le daba duro en el ano, sudando este ante el esfuerzo de aguantar cada vez el ritmo de sus embestidas. Apretaba los dientes y fruncía el ceño, quizás esa tarde él se infartaría, era viejo y achacoso, pero con la suerte de que moriría feliz dentro del orificio de una zorrita ambiciosa. El viagra hizo efecto en un instante, estaría erecto lo suficiente para eyacular en su joven potranca, quien era la primera que disfrutaba de sus caricias, porque a las otras se les notaba el asco, pues cedieron bajo chantaje: *«te acuestas conmigo o despídete del puesto y de la universidad»*. La alasqueña aparentaba ser una mojigata, pero era toda una experta en la cama.

Anna arqueaba la espalda para respingar más el trasero hacia el anciano que permanecía de rodillas sobre el colchón, en un pobre aguante que dejaba mucho por desear. Para esa gracia, se hubiese quedado en Perú, Édgar lo superaba con gran ventaja, esas manos, esos pectorales, ese miembro…

—¡Oh! —gimió, no por el placer que le otorgaba su jefe, sino extrañando a ese lobo que dejó dormido en aquel hotel—. ¡Más rápido! ¡Más!

Arnold apretaba más los dientes. ¿Acaso deseaba su muerte? Su corazón estaba por salírsele del pecho, la respiración le fallaba; ¡cuánto sudaba!, lo tenía agotado; así que, obtendría su propio orgasmo y que ella se encargara del suyo por su cuenta, perdía resistencia en comparación a lo disfrutado en sus años mozos, sus setenta y dos ya no daban para más.

Sin notar la presencia de un tercero, Arnold recibió un zarpazo en su espalda que lo hizo chillar y arquearse hacia atrás del dolor. El coito con la chica se detuvo, alguien lo atacó a mansalva con un rastrillo o un conjunto de navajas afiladas. Se llevó la mano hacia la parte lastimada, ¿lo hirió con un guante de cuchillas a lo Freddy Krueger? Temió por su vida y cuando se propuso huir de allí…

—*¡Arrrrghh!* —otro zarpazo le desfiguró el rostro. Un ojo brotó y luego rodó por el piso, la sangre salpicando en su ser; su cuerpo inerte impactando violento contra la pared de la habitación. Un rival menos.

Anna jadeó al contemplar al perpetrador de su morada y enseguida su piel se erizó.

—No es mi culpa que sienta estas ganas… —se excusó, aún ella manteniendo la pose para ser apaleada por la retaguardia—. Él se ofreció y yo… *¡Ayyyyyyyy!* —chilló, la aplastó contra el colchón al caer éste furioso sobre ella y enterrarle las garras en sus caderas para sujetarla.

Le gruñó amedrentador en su claro indicativo de que no se le resistiera porque la dominaría con facilidad.

Siendo rudo, él la acomodó de costado y levantó el muslo superior, sosteniéndolo para, de esa forma, él desde atrás penetrarla. Era su dueño y mataría al que se le interpusiera.

¡Riiiiiin! ¡Riiiiiiinnn! ¡Riiiiiiiiiiiiiiiinnn!

Anna se sobresaltó, aún aturdida. Pero, ¡¿qué demonios…?! Miró hacia la pared donde se supone rebotó inerte el doctor Jackson y esta permanecía inmaculada, al igual que el piso donde el ojo del anciano no se hallaba por ninguna parte, y de inmediato se alivió al caer en cuenta de que tuvo un desconcertante sueño. *¡Rinnnnnn!* El ruido que provenía del intercomunicador que conecta con la calle, sonaba insistente. Anna saltó fuera de la cama, ¡caramba!, de repente se percató del repartidor que traía su pedido, ¡en mal momento le dio por aparecer! Ella no debía salir a pagar las pizzas, despertó excitada, aún con la sensación de que le dolía por donde fue «tomada»; hasta se revisó a sí misma, deslizando un poco hacia abajo su pantaloncillo para comprobar si tenía «arañazos» en sus caderas. Por fortuna, sus temores eran infundados, pero las sensaciones adoloridas seguían abrumándola.

¡Rinnnnnn! ¡Rinnnnnnnn!

El repartidor tocaba y tocaba el timbre, quizás con una palabrota contenida en sus labios por la tardanza de los propietarios de la residencia en abrir la puerta.

Anna se mortificó. ¡Mierda!, ¡¿qué iba a hacer?!, por nada del mundo ella podía recibir las pizzas; si olía el aroma del humano…

Contuvo la respiración y corrió hacia la cocina, donde estaba la puerta que da acceso al sótano. Desde el primer escalón, saltó las escaleras hacia abajo y ni se molestó en encender la luz de la bombilla del techo. Allí se hallaba la puerta que da *al Cuarto de Contención*; el timbre seguía martirizando sus tímpanos; mejor así, huiría del aturdimiento sonoro. Lamentaba no pagar su pedido, pero era preferible esto a que ella abusara del repartidor. Puede que este lo disfrutara en primera instancia; una joven desinhibida ofrecía sus encantos a cambio de las pizzas, pero después querría marcharse, para cumplir con sus otras obligaciones o volver a casa, y, ella molesta por la rapidez de sus actos amatorios, lo destrozaría para devorarlo.

Con rudeza deslizó a un lado un estante pesado que oculta una puerta metálica. Marcó a la velocidad de la luz la clave en el tablero alfanumérico a un extremo de dicha puerta. Un sonido seco y un pitido agudo alertó que los cerrojos se descorrieron, permitiéndole el acceso al interior. Ingresó en un parpadeo; lo usual era que la puerta de titanio se mantuviese siempre abierta, pero como ella estuvo fuera del país y la señora Camila poco pasaba por la casa, consideró que debía estar cerrada y oculta para que la vecina no se encerrara por accidente. Una vez, atrapada, permanecería allí durante tres días.

Los cerrojos automatizados se descorrerían al término del lapso programado para dichas emergencias hormonales, siendo el encierro el único modo de proteger su dignidad y su integridad.

Dentro del cuarto había una segunda área que era la celda en sí; esta conecta con el baño interno; una seguridad extra para hacerle imposible a Anna de escapar. Las rejas, como los de una cárcel, la recibieron con sus fauces abiertas. Los cerrojos de esa parte también se activaron ante el violento cierre de la loba, tendría que derribar dos fuertes obstáculos si no soportaba el encierro. Lo primero que haría en cuanto pasara el tiempo prudente de salir, sería en hacerse una lobotomía con una maratón de películas de acción; la horrorizaba que su jefe –así sea en sueños– haya logrado su cometido. Al menos un macho de gran poderío le dio su merecido. Y ese no tenía intenciones con otros de compartirla.

—*¡Argh!* —¡¿Qué fue eso?! Las manos del muchacho tapaban sus oídos por el insoportable

ruido escuchado. Jevrem se incorporó en el sofá debido a esta circunstancia. ¿Qué fue lo que vio? ¿Una pesadilla? ¿Una visión?, se preguntaba sumido en un estado de confusión entre la realidad y los sueños. ¿Acaso era una fantasía o un instinto animal que despertaba en lo más profundo de su ser? La neblina etílica le impedía dilucidarlo, mucha champaña y whisky consumido lo hacía torpe con sus dones. No volvería a mezclar licor, fue como haber estado en el infierno, cuanta rabia padeció. Aun así, al despertar sobresaltado, notó sorprendido que su virilidad creció de forma considerable y exigía atención. Sin poderse resistir a la tentación, decidió explorar sus deseos más primitivos y se entregó al placer personal.

—¡Anna! ¡Anna! —Se recostó una vez más, llamando constante a la muchacha, necesitaba que acudiese a él, harto de continuar ambos así—. ¿Por qué, Anna? ¿Por qué?…

Le costaba llegar al orgasmo, le asqueaba pensar en dichas imágenes, del cual fueron nítidas para su cordura. Anna, ¿qué le hacía su hada para que él no dejara de pensar en ella, que hasta se colaba en sus sueños? Odiaba soñar, allí él carecía de voluntad, no podía controlarlas, pese a que muchas veces las imágenes oníricas eran una recapitulación de sucesos pasados o emociones escondidas del corazón, saliendo a flote de un modo u otro.

Esa no era su Anna, no su hada…

Esta joven desvergonzada e impúdica, se comportaba como una puta que le gustaba mucho el oficio.

«No es mi culpa que sienta estas ganas…».

Al menos, en el sueño, él se dio el gusto de rebanar al repugnante sujeto por saciarse en el culo de Anna.

Anna…

¡Oh, Anna!

¿Por qué le falló?

Pese a que aún su miembro le pulsaba, Jevrem abandonó la masturbación y se levantó del sofá, lo visto en «la pesadilla» le hacía recordar cosas que deseaba olvidar. Maldita pesadilla, maldita sea Anna Morris que lo importunaba una vez más. Esto le pasaba por haber sido idiota de a menudo espiarla a través del gancho de pelo que conservó cuando su madre y abuela lo ayudaron a desenvolverse con su don. Aunque esta vez no sostenía el gancho, solo quiso descansar del estresante día. Espiar a Anna, con o sin este; en la actualidad, no necesitaba de alguna pertenencia para estar en los ojos de la persona que él pretendía arrebatar sus secretos más ocultos, ya que, al contar con dichas pertenencias, la conexión era intensa.

Observar las acciones de su ex fue más que un castigo divino; en esos años separados, él ha respetado no vigilarla desde lejos, pero era inevitable la necesidad de saber de ella, si la protegían, si la cuidaban, si estaba bien… La curiosidad fue más grande, lo visto en aquel viaje astral que él hizo fue perturbador, porque, por un lado, Jevrem estuvo recostado contra una pared, observando como esta gozaba con su amante. Y, por el otro…, también estuvo *dentro* de los ojos de ella, soportando las embestidas del humano, recordando él los terribles momentos que soportó en su violación grupal.

Sin darse cuenta de sus actos, Jevrem se hizo de la botella de whisky, en el minibar esquinero que su abuelo y su papá solían tener al alcance para situaciones en las que requerían tragarse las penas o la rabia con un grueso trago del licor. Han pasado años y aún esa vejación que sufrió dos días después del cumpleaños de su tío Everett, aún lo martirizaba. No era frecuente, por supuesto, ha logrado olvidarse de ello por largos períodos; ha sonreído, celebrado y disfrutado, pero, para la fecha aniversario de tal infortunio o para situaciones como las que acabó de

padecer, el agobio volvía a él.

«¿Por qué no?, disfrútalo. Verás que… —Vladan expresaba mientras lo violaba—, *será lo mejor que hayas disfrutado en la vida».*

—Malditos…

Se zampó el licor, para ahogar ese vil recuerdo, y, justo cuando el fuerte líquido del whisky bajaba por su garganta, su vaso de cristal cayó al piso, quebrándose en el acto.

Jevrem quedó paralizado.

Sus ojos negros desenfocados en la nada.

Su alma en otra parte.

En otro cuerpo.

Esta vez no era un sueño que logró sumergirlo por segunda vez esa noche, sino que la clarividencia se había activado de forma caprichosa.

Capítulo 6

La joven loba se hallaba inmersa en un frenesí de deseos primitivos.

Su cuerpo, dominado por la urgencia del instinto animal, dentro de la jaula de barrotes de hierro y titanio, clamaba la satisfacción carnal con un macho. En medio de gruñidos y gemidos, su mente se nublaba y su racionalidad se desvanecía ante la fuerza avasalladora de la lujuria. Cada fibra de su ser ansiaba la unión con un macho vigoroso. Jevrem era el objeto de sus más profundos anhelos, su ausencia se convertía en un tormento que agitaba aún más los instintos fieros de loba en celo. Rodeada de frías rejas, Anna anhelaba con desesperación la presencia de aquel moreno. Mientras tanto, su naturaleza animal seguía siendo la dueña de su ser, dictando cada movimiento en una danza desenfrenada de deseos desbocados; ansiaba, más que nada, lo que solo Jevrem sería capaz de brindarle. Y, en su desesperación, la celda se convertía en su prisión, un recordatorio constante de la crueldad de la naturaleza y la intensidad de sus propios anhelos.

—¡Abran! —Anna se arrepentía de haberse encerrado, sacudía con fuerza los barrotes. ¡Que le abrieran para ella salir a comerse al mundo! ¡Cuánto deseo! ¡Cuántas ganas de hacer el amor!—. ¡Abran! —Su mirada reflejaba el deseo por desatar la promiscuidad de la que no sería consciente, impulsada por una genética que la situaba en la parte más baja de la escala social. Como omega, sus instintos sexuales eran su peor enemigo, incapaz de resistir la tentación en épocas de apareamiento descontrolado. A pesar de amar a un hombre, se vería arrastrada por una fuerza inconsciente de acostarse con el primero que se cruzara en su camino.

Gruñó feroz.

¡Que le abrieran la celda!

Sudaba a borbotones, su ropa hecha jirones en el piso, su piel ardiendo de calor. La sensación de claustrofobia y desesperación la consumía mientras esperaba ansiosa a que el sistema de seguridad se reactivara y le permitiera salir de ese encierro infernal. Cada segundo parecía una eternidad y el agobio la llevaba al límite de su paciencia, el aire viciado y sofocante dentro de la celda la hacía sentir como si estuviera al borde de un colapso. Anna necesitaba escapar, la sensación de opresión la sofocaba, y sus pensamientos se volvían cada vez más oscuros mientras luchaba por mantener la calma.

—¡Déjenme salir! —su voz gruesa, irreconocible para una joven de aspecto delicado, hallándose ella en un estado de excitación, tocándose con el mismo fervor en cómo lo hizo en el baño del aeropuerto. Sus manos apremiantes recorrían sus senos, la curva de su cintura y caderas. También se frotaba contra los barrotes, y, mientras lo hacía, sus pechos sobresalían entre estos como una invitación tentadora para el primero que atendiera a su clamor. En medio de su calentura, suplicaba que alguien la saciara y la llevara al éxtasis que anhelaba con desesperación, gritaba a todo pulmón para que la socorrieran, su cuerpo desnudo y ardiente, listo para entregarse sin reservas a la pasión que consumía su ser. Sus pensamientos eran un torbellino de lujuria, incapaz de concentrarse, salvo en el deseo abrumador del placer.

Cuando Jevrem fue consciente de sí mismo, abandonaba la propiedad a través del área de la piscina hacia la playa. Lo hacía con torpeza, dándose de tumbos contra todo lo que se encontraba por delante, mareado por su borrachera. Una vez más, Anna estaba en celo, no era una pesadilla,

la observó desde la perspectiva de la muchacha, que por un momento creyó era él que fue encerrado en aquella celda.

—¡Señor! ¡Señor! —Castell corrió detrás de él, en cuanto lo vieron macharse de allí a toda velocidad. Kai, el guardaespaldas más joven, alertó a Esdras y a Parker, ubicados estos en el techo de la mansión para tener una mejor perspectiva de las vías de acceso y de los autos aparcados de los invitados. Saltaron sin trastabillar y enseguida se abocaron a perseguir al amo. ¿A quién debían morderle el culo? No detectaron intrusos, los olores percibidos correspondían a todos los sujetos ataviados en traje y corbata, y ninguno de esos ha salido de la propiedad.

—¡REGRESEN! —Jevrem se detuvo *ipso facto* al percatarse de que lo perseguían. Estaba por matar, y no sería a ellos que pagarían por su desesperación.

—Pero, señor, ¿qué le suce…?

—Quiero estar solo —siseó con severidad a Castell, luciendo el hombre, pequeñito ante el otro, cuya estatura aumentaba considerablemente.

Los guardaespaldas se miraron entre ellos, dudosos de dejarlo marchar solo. Pero Langdon, el chofer particular de Jevrem, les aconsejó que no lo detuvieran, porque sería catastrófico para todos. Este ha demostrado que podría matar hasta a su propio padre cuando la ira lo sobrellevaba; lo obligaban a caminar hacia el altar con una hembra desdeñosa; por lo tanto, que quisiera echar un último polvo con las putas o lanzar putazos al cielo, que se diese el gusto.

No, otra vez no… Jevrem corría, playa abajo, en una infinita huida de sus propios pensamientos. Por el entorno nadie reparaba en él, a excepción de sus hombres que se quedaron en su sitio mientras él se alejaba. La noche se encargó de que los residentes de Kenai estuviesen durmiendo; solo la luna, blanca y robusta, lo seguía desde las alturas, cual benigna madre que vela por los que han traspasado el velo de la medianoche. ¿Cuántas veces percibió los cambios hormonales de su amada? ¿Cuántas veces se ofreció para aplacarle las ganas? A todas, Anna se negó a que la cuidara, empeñada en esa absurda insistencia de superar ella misma la carga de su género. Los rechazos a Jevrem le dolían en el alma, porque en vez de estar con él, que es su primer amor, ella prefería estar en los brazos de otros. ¿Estuvo con el viejo? Quién sabe, tal vez fue un sueño por parte de él, inducida por esa película vista antes de arreglarse para el anuncio de compromiso con Roxanne.

Corría tan rápido que sentía los músculos de sus muslos y pantorrillas a punto de reventar. Anna ha estado con otro y lo disfrutó en cada beso, caricia y penetración en sus partes íntimas por parte de aquel sujeto que Jevrem deseaba destrozar con sus garras.

A buena hora a Anna se le ocurrió encerrarse en la celda, para evitar que el ciclo estral la hiciera comportarse como una desvergonzada. Por desgracia, ya no controlaba sus impulsos. Su deseo intenso de recibir atención la hacía sentir cómo cada fibra de su ser se transformaba sin control en una criatura peligrosa y sensual. La fiebre que la invadía aceleraba el proceso, haciéndola vibrar con una energía primitiva que desbordaba sus sentidos. La metamorfosis de su cuerpo era inevitable, como si una fuerza ancestral la empujara hacia un destino inescrutable. Sus músculos se retorcían, su piel se erizaba y sus ojos negros brillaban con una intensidad devastadora. Sus células revolucionaban de manera dramática. Su rostro, sus brazos y piernas, su pecho de mujer, toda su anatomía delicada cambiaba al de una bestia consumida por el deseo animal.

—*¡Abraaaaaaaan!* —La situación en la que se encontraba era desesperante, trataba de obtener la libertad a cualquier costo, en su inútil intento de doblar los barrotes que también eran de

titanio. Rugía de frustración, los muros y el piso de la habitación se diseñaron para contenerla, aporreaba y aporreaba, y nada que lograba crear un hoyo grande por donde escapar. Cada intento aumentaba su agresividad. Ante tal situación, ella sabía que solo le quedaba una opción: esperar paciente a que algún vecino idiota escuchase sus ruegos; mantenía viva esa esperanza, pero el tiempo pasaba tan lento que cada minuto de cautiverio le parecía una eternidad.

Se decía que, a medida que una loba envejecía, aprendía a controlar sus instintos sexuales. Sin embargo, el fenómeno solía ser más evidente en las lobas veteranas y las ancianas, cuyo deseo sexual disminuía, pues dejaba de ser primordial reproducirse. En el caso de una lobata saludable, el instinto reproductivo continuaba poderoso. Sus entrañas estarían preparadas para albergar la virilidad del mejor macho disponible en su territorio; necesidad biológica que estas no podían ignorar.

Gruñidos.

Zarpazos.

Desesperación.

Jevrem reconocía el lugar, era la celda de contención que tantas veces observaba en sus visiones. En pocas ocasiones era ocupada, y, cuando lo estaba, él se angustiaba. Las paredes marcadas por largos surcos producidos por las garras de un metamorfo. En unas partes se desprendían fragmentos de metal y ladrillos, en los múltiples intentos de Anna de escapar. Ahí Jevrem meditó que dichas celdas solo contenían a las hembras, pues para un lobo de su calibre, derribarían las puertas con dos rudos impactos con el hombro.

Se consumía de rabia al imaginar a Anna en los brazos de otro hombre en sus visiones. La idea de que ella traicionara la promesa que se hicieron lo atormentaba cada día. Si tan solo pudiera materializarse en sus visiones, impediría que Anna cometiera semejante acto de deslealtad. A pesar del distanciamiento entre ellos, él aún se empeñaba en que ella le pertenecía, ¡era suya!, sentía que la conexión aún era irrompible. La sensación de posesión y la angustia de la pérdida, lo desvelaban, deseando cambiar el curso de los acontecimientos. Le dolía recordar el día en que ella rechazó su propuesta de matrimonio. Él habría dado todo, incluso su alma si fuese necesario. Pero Anna decidió seguir su propio camino lejos de él.

El compromiso con su novia era como una condena para Jevrem, sin poder escapar de Roxanne y sin herir a las familias involucradas. No amaba a su prometida, no deseaba pasar el resto de su vida a su lado ni tener hijos con ella, su corazón pertenecía a otra mujer, a una omega que se le escapó entre los dedos y que lo hacía sentir vivo como nunca antes. Cada momento que pasaba con su novia era una tortura, un recordatorio constante de la mentira en la que se había metido. ¿Cómo liberarse de esa prisión sin causar un escándalo que dejara a todos marcados para siempre? Jevrem se sentía atrapado en un laberinto sin salida, sin saber cuál sería el camino correcto para ser fiel a sí mismo y encontrar la felicidad verdadera.

La rabia que sentía era un fuego ardiente que consumía su interior, Anna decidió seguir adelante. Su indiferencia lo lastimaba y la distancia entre ellos solo parecía aumentar, dejándolo atrapado en un ciclo interminable de amor no correspondido. Cada día que pasaba, la rabia en él se mezclaba con la tristeza y la resignación, formando una tormenta emocional que amenazaba con consumirlo. A pesar de todo, Jevrem seguía aferrándose a la esperanza de que el destino los volvería a reunir, aunque sabía en el fondo de su corazón que quizás era hora de olvidar a Anna de una vez por todas.

Olvidarla…

Llevado por la furia, invocó a su ser interno y, en un instante, la transformación se llevó a cabo. Su sangre burbujeó en su torrente sanguíneo, su piel –suave y bronceada– comenzó a retorcerse y a estirarse, tornándose áspera y gruesa, con poros dilatados de los que emergían gruesas cerdas como largas espadas de acero, cubriendo de manera uniforme todo su cuerpo en una armadura aterradora. Los gruñidos de dolor y furia escapaban de sus labios mientras su cuerpo se transformaba más allá de lo imaginable. Sus músculos se expandían y se hacían el doble de poderosos, sus brazos se ensanchaban, sus piernas se estiraban y quebraban antes de reconfigurarse en una forma monumental. Jevrem gruñía mientras la bestia interna tomaba el control. ¡La olvidaría! Ya no tenía caso seguir esperando por Anna, la perdió para siempre cuando el camino que transitaban juntos llegó hasta una bifurcación en donde los dos extremos iban a destinos opuestos.

La metamorfosis llegó a su fin y Jevrem, convertido en lobo, se erguía esplendoroso en sus cuatro poderosas patas. Sus ojos brillaban feroces y sus garras afiladas preparadas a desgarrar extremidades. La bestia dentro de él rugía con satisfacción, lista para recorrer la península, donde cazaría sin piedad bajo la luna llena.

*****

A la mañana siguiente, la ventanilla de la puerta se deslizó a un lado. El hedor a orín y a heces humanas golpearon el olfato de Camila. Arrugó la nariz y contuvo la respiración, echando un vistazo hacia el interior de la doble celda. ¡Virgen santa! Alcanzaba a ver a Anna, la joven dormía a los pies de los barrotes o fingía para que Camila bajara la guardia y así esta poder atacarla; en dos ocasiones casi lo logra por su descuido, poco les faltaron a las garras de la joven-loba de arrancarle la cara. Por ese motivo, se empleó la celda como segunda contención, pese a que la puerta era de un sólido titanio, sugerencia dada por el señor Everett, para asegurarse de que Anna no escapara en sus días.

—¿Ya eres tú o sigues con las *tuercas sueltas*? —inquirió aprensiva de la respuesta de la otra; si aún el celo persistía, dejaba que el programa concluyera a los tres días, pero rogaba que no se prolongara por más tiempo o tendría que llamar refuerzos. La alarma en su móvil le notificaba que el Cuarto de Contención había sido ocupado, misma notificación recibida al mismo tiempo en el móvil de Isabel y de unos sujetos que estaban al tanto de los lobos residentes en Nueva York.

—Ya soy yo… —Anna contestó como si estuviese adormilada; su voz rasposa, cansada.

—¿Primer día o ya llevas varios? —De estar el ciclo iniciándose, a Camila no le quedaba más alternativa que mantener a la joven encerrada por más tiempo.

—Llevo una semana.

La expresión de sorpresa de la anciana se observó a través del hueco de la ventanilla.

—Se alargó, ¿eh? —rio—. ¿*Te comiste* a alguien durante esos días? —Y no se refería a devorar humanos como alimento—, porque luces como que no... —Rostro ruborizado, ojos esquivos por parte de Anna—. ¡Huy, como que sí! ¡Cuéntame, ¿te cuidaste o tendremos «cachorritos» en un par de meses?

—Me cuidé. Lo hice con uno… —los discursos de la señora Camila, los de Isabel y los de su progenitora, le inculcaron esa moralidad necesaria para después no lamentarse de sí misma.

—Esa es mi niña. ¿Hambre? —Camila aún tomaba la previsión de mantener distancia para evitar ser herida.

—Sí…

—¿Traje filete y pollo guisado? ¿Cuál deseas comer?

Del otro lado de los barrotes, se levantó la desaliñada y hedionda figura de la muchacha.

—Los dos, si no te importa, tengo mucha hambre.

—Aséate, enseguida te traigo la comida —la celda contaba con un «área de baño» para ducharse y descargar la vejiga. No había inodoro ni regadera debido a que serían destruidos por el salvajismo de Anna. El agua se deslizaba como cascada en una gruta diseñada para albergar su voluminoso cuerpo transformado, pensado por si deseaba aplacar la sed. Del piso, apenas una diminuta rejilla evacuaba los orines. De las heces…, la tarea de limpieza recaería en la joven. Eran suyas, las limpiaba.

Camila abrió la puerta de seguridad, pero no las rejas, depositó la bandeja en el piso y la deslizó hacia la celda donde se hallaba la «prisionera», que solo obtendría libertad hasta que se alimentara.

Al finalizar la tarde, Anna terminó de limpiar el cuarto de contención, y programó de nuevo la puerta de titanio para cuando los calorones la sofocaran el siguiente año. Tomó una larguísima ducha y se enjabonó dos veces, sintiendo que aún olía a popó. Salió al porche donde Camila fumaba apacible un cigarrillo, sentada ella en la mecedora que allí el querido papá, ubicó en otrora, para apreciar el ir y venir de sus vecinos por la calle del vecindario. Le sonrió al verla y apagó el cigarrillo en el cenicero pequeño que mantenía consigo para no esparcir las cenizas en el piso. Lucía pensativa, con un toque melancólico en sus envejecidos ojos, como si hubiese llorado, quién sabe por qué, quizás discutió con el señor Spencer o extrañaba a Isabel y sus cachorros; en especial, a Winona, de quien Camila era la madrina.

—¿Quedaste satisfecha?, no quiero ser tu cena —Camila expresó en su característico humor negro. Desde que acogió a la joven, mucho ha aprendido sobre los hombres lobo; la mayoría de la información aportada por Everett e Isabel, y en otras investigaciones efectuadas por ella misma. Aunque no se fiaba del todo lo que leía en la Internet, ya que solían ser mitos de literatura fantástica, como lo de la luna llena. Nunca le aullaban ni se transformaban cuando estaba en esa fase, lo hacían a voluntad y se comunicaban con los suyos para alertar un peligro o avisar de una posible presa.

—Fue suficiente por hoy —contestó igual de socarrona; sus manos posadas sobre el cerco del porche de color blanco. El aire fresco de la mañana era agradable. La melancolía de la anciana contagió a Anna, permaneciendo ambas en silencio sin manifestar sus pesares internos.

La conversación fluyó en lo vivido en Perú, Camila le formulaba preguntas de la que procuraba después ella misma no revelar lo que hizo en Nueva York. Si hablaba o si mentía, su voz quebrada la delataría; era mejor que Anna contara su aventura; debió ser genial ser parte de un grupo de arqueólogos, excavando la tierra para sacar a la luz esculturas u objetos invaluables, creados por culturas que dejaron de existir hacía muchos siglos.

Entonces, fue consciente de algo que dejó pasar por alto por estar lamentándose en su fuero interno.

—¿Tuviste algún percance con el celo? —Ella le comentó que «lo hizo con uno», pero no hubo esa picardía de enamorada en sus ojos. En los audios que Camila le mandaba a la joven, le preguntaba cómo lo afrontaba; los hoteles no eran conocidos por tener Cuartos de Contención, y esta seguía sin pareja que la ayudara a superar el ciclo estral.

—Gracias a Licaón, no —lo que era cierto; salvo las exageradas sudoraciones y el maldito de su jefe que se quiso pasar de listo. Aparte de esto, Anna consideraba que le fue bien durante el

tiempo en que estuvo en Perú; los machos la respetaron, no hubo vampiros que los atacaran ni humanos agresivos. La gente fue amable, llevándose Anna una buena impresión de los lugareños.

Lo de Édgar…, fue porque ella quiso. Mientras tuviese un amante, estaba controlada y protegida.

Pensó en Jevrem.

«Apenas serán unas horas de vuelo, no te preocupes por mí. Estaremos juntos hasta que tú quieras y luego regreso a Kenai».

La culpabilidad dándole de bofetadas.

Admítelo, Anna. Querías estar con otro hombre, se reprendió a sí misma.

—Entones, ¿estás en condiciones de viajar mañana?

La pregunta de Camila la sacó de sus atribulados pensamientos.

—¿Adónde?

—A Denali.

Anna arqueó las cejas, aún no era temporada de visitas a sus padres, por lo que la invitación la hacía sospechar que tenía que ver con la oculta aflicción de la señora Camila.

—Lo siento, se me complica: mi postgrado…

—¿Ni por un par de días?

La insistencia de la anciana preocupó a la muchacha, porque hacía poco, tenía entendido, esta estuvo en los bosques frondosos. ¿Qué la motivaba a volver?

—Tendría que excusarme con el doctor Jackson, pero solo será por unos días. ¿Qué vas a hacer allá? ¿Isabel, los cachorros?…

—Conroy adelantó la boda, pero quiere casarse donde haya naturaleza —comentaba mientras se mecía suave en la mecedora, sus zapatos de tacón los dejó cerca de la puerta principal, le gustaba estar descalza. Resabio aprendido de Isabel y Everett—. El Central Park no lo anima ni los herbolarios. Denali es lo que él está buscando: esplendor natural. Yellowstone es otro paisaje fabuloso, pero allá no están mis seres amados… Así no los molestaremos con los traslados.

Anna se inclinó para abrazarla.

—Será más pronto de lo que imaginé. ¡Claro que la acompañaré, cuenta conmigo! Qué felicidad que por fin se case con el señor Spencer, él la ama mucho, lo hizo esperar, ¿eh? —Al igual que ella con Jevrem. En seguida volvió a pensar en él, sintiéndose doble moral. Lo rechazó varias veces y puso mil excusas para evitar que *aquellos ojos profundos* la convencieran de abandonar su preparación profesional, para tener que convertirse en una eterna ama de casa.

Camila liberó un poco la tensión acumulada en sus hombros y sonrió a la muchacha de mirada diáfana, del cual a la anciana se le estrujaba el corazón de pensar en dejarla sola en esa ciudad de rascacielos y ciudadanos de mil especies distintas.

Capítulo 7

Desnudo y sin ánimos de volver a adquirir su forma lobuna, el retorno a casa ocurrió de manera diferente a cómo la noche anterior se marchó.

El espíritu de Jevrem estaba agotado y con una aflicción que le costaba ignorar. Por momentos deseaba una vida normal, apartado de todos, en una cabaña en la montaña más alejada de Alaska. El río donde asentaría cerca su hogar, le proveería de peces y agua, y las montañas, los animales que saciarían su hambre voraz. Aunque sería precavido de no desbalancear el equilibrio de la fauna silvestre al cazar, aprendió de su tío Everett: «cuidar de lo que se depende»; sin estos, el caos se originaría. Los lobos comunes serían sus amigos, estos no lo juzgarían por preferir ser ermitaño por su incapacidad de estrechar vínculos con su propia manada.

En la medida en que caminaba, Jevrem sentía el peso del cansancio acumulado. Cada tramo de la autopista le parecía interminable, ni móvil, ni ropa cargada consigo; sus bolas al aire y a la vista del conductor que pasara por allí. Aun así, caminaba tranquilo a un costado de la autopista, muchos kilómetros él tendría que recorrer a pie hasta Kenai, donde su gente debía estar a esas alturas buscándolo desesperados; ya pasaban de las tres de la tarde, y Jevrem ni se preocupaba por lo que aquellos pensaran. La noche fue tormentosa, no buscó una hembra para desahogar sus pasiones ni desafió a un macho para tener la excusa de descargar a los golpes sus frustraciones. Aulló en la lejanía de los glaciares, protegido bajo la densa capa de su pelaje grisáceo en su estado animal. Rastrilló con sus garras profundos surcos en el hielo, se dio de bruces contra estos, enloquecido por las circunstancias que siempre se empeñaban en hacerlo transitar. Pero fue mejor haberse hallado solo que lastimar a otros en su explosión iracunda.

El asfalto comenzaba a calentar bajo la planta de sus pies descalzos; soportaba la quemazón mejor que otros cuando, en diversas situaciones, se vieron en la precariedad de tener que devolverse al poblado por sus propios medios. Los autos que pasaban pitados a sus destinos, sonaban sus cláxones para advertirle de mantenerse a un extremo de la vía; sin embargo, ninguno se detenía a auxiliarlo, quizás pensando los conductores que era un loco de carretera. Los pensamientos de Jevrem hacían mella en su ser, ¿cómo es que llegaron a estar así? Anna, por un lado, él por el otro… El primer mes en que se separaron, hablaron a diario por teléfono o hacían videos-llamadas; para el segundo mes se comunicaban dos veces por semana; para el tercer y cuarto mes, una vez cada quince días, y, para el siguiente, los mensajes fueron nulos. En más de una ocasión estuvo a punto de subir al jet que tenía siempre a su disposición y surcar los cielos para estar con ella así fuese por unas horas, pero cada vez que él se esforzaba por acortar las distancias, tropezaba con barreras invisibles de terceras personas que requerían de su inmediata atención; situación que solía desgastarlo emocionalmente, pues su corazón anhelaba estar junto a Anna. Y es por esto que él tuvo muchas veces que postergar las visitas a su amada, su sentido del deber y la responsabilidad lo arrastraban en otra dirección. Hasta que un día las oportunidades se acabaron por que, ni Jevrem ni Anna fueron capaces de equilibrar el tiempo y las prioridades.

Si comparaban quién de los dos luchó más por salvar la relación, sería él.

—Feliz atardecer, Anna, que tu día haya sido mejor que el mío —expresó en su solitario recorrido. Ya no quería pensar más en ella, haría honor al juramento que la noche anterior se hizo de arrancársela del corazón. Se esfumó ese ideal de hembra que tanto le gustaba, sus aspiraciones eran ridículas porque comprobó que la Anna de antes ya no existía. Esta que observó en sus

visiones lo asqueaba, porque carecía de voluntad, se había convertido en una sombra de lo que solía ser, incapaz de dominar sus propios impulsos. Las omegas eran marionetas de su condición, convirtiéndose en las amantes predilectas de aquellos que desean una revolcada pasajera. Eran olisqueadas o vigiladas desde antes hasta que estuviesen dispuestas a abrir las piernas a todo el que quisiera montarlas. Las hembras de mayor linaje eran fogosas, pero más conscientes de sus acciones. Anna, no.

Por eso él comprendió que le convenía una loba más centrada y de mejor estampa, que una usada por terceros.

Se detuvo, no tenía caso avanzar de esa manera. Aguardó paciente a que apareciera un vehículo y lo detendría para que lo llevara hasta su casa. Vislumbró a lo lejos un Fiat gris que se aproximaba, y se plantó en medio de la autopista para detenerlo.

El hombre, que tarareaba una canción que escuchaba del estéreo del salpicadero, se sobresaltó al ver a un sujeto *en cueros* como si fuese fiscal de tránsito de una fiesta porno.

Frenó abrupto, pudo haber dado un volantazo y esquivarlo; sin embargo, se sintió obligado a detenerse por una razón que ni él mismo se explicaba qué lo motivo para ser un buen samaritano. Él no le daba un aventón ni a su madre.

—¿Lo asaltaron? —preguntó en cuanto bajó el cristal de su ventanilla, asumiendo que, lo más probable, cumplía alguna novatada universitaria.

—Lléveme hasta Kenai —ordenó. Sus ojos hipnóticos.

El hombre asintió sin rechistar. Perdió la voluntad de decidir, si llevarlo o no. Jevrem rodeó el vehículo y se sentó en el asiento de atrás; no pensaba manipular al humano, pero durante el trayecto tendría que dar explicaciones del porqué se hallaba sin ropas. Le pidió el móvil y se comunicó con Langdon, quien atendió desconfiado del número desconocido que lo contactaba, pero una nota de alivio se escuchó en su voz al saber que su amo se reportaba desde dónde sea en que se hallaba, pues estaba en camino y debía notificar a los demás que le aguardaban de que llegaría un poco tarde.

Tras un prolongado silencio en el Fiat, el obnubilado conductor dejó a Jevrem frente a la mansión que ahora era de su propiedad. Al bajarse, Langdon acudió rápido a él y le entregó el albornoz que tomó del dormitorio, envolviendo Jevrem su desnudez con la prenda de vestir. Despidió al humano, del cual recuperaría su voluntad tan pronto retomara su ruta; nada recordaría del pasajero que recogió hacía unas horas.

—Su señor padre está que echa chispas —el chofer le informó— y la señorita Chandler no ha parado de llamar a su móvil —lo extrajo del bolsillo lateral de su chaqueta sastre y extendió la mano a la espera de que el alfa lo recibiera.

Jevrem puso una mirada de «vaya lío en la que me he metido».

Suspiró cansino y luego revisó la cantidad de llamadas perdidas y audios que le ha dejado su prometida. Ni quiso escuchar ninguno, los intestinos se le retorcían de pensar que su papá aún permanecía en casa.

Briserka salió del área de la cocina y lo siguió hasta arriba por una de las escaleras blancas, tapizadas de alfombra negra, y del cual se curvaban como un par de serpientes en el amplio vestíbulo. El joven amo tenía prisas en arreglarse antes de que el gobernador reparara en la llegada del vástago. Le preguntó si deseaba comer o si ya había probado algo por ahí, pero Jevrem le respondió que estaba inapetente. La anciana se detuvo en el umbral de la puerta del dormitorio de su joven amo, por no tener permiso de ingresar. Aun así, desde su sitio le comentó que en el horno dejó para él una bandeja de venado por si le apetecía darse un bocado. Quiso

advertirle de la animosidad del progenitor, pero el señor Damir emergió de su antiguo dormitorio, ceñudo para mortificación del treintañero.

Jevrem se preparó para que explotara la bomba atómica.

Pasando por el lado del ama de llaves, quien el animoso hombre ni se molestó en mirar cuando esta se reverenció en señal de respeto, ingresó al dormitorio de su hijo y luego cerró la puerta en la nariz de la empleada, de la manera más grosera para que de allí esta se largara.

—¿Qué pasa contigo, Jevrem? ¿Por qué desapareciste sin avisar?, le has provocado un disgusto a tu abuela y a mí un severo dolor de cabeza —lo reprendió mientras este permanecía estático junto a la chimenea apagada.

—Lo sient…

La mano del progenitor en alto, en su altiva actitud de hacerlo callar, no era eso lo que deseaba escuchar.

—¿Son tus visiones que te molestan?

—No.

—¿Pesadillas?

—No, papá.

—¿Es *por lo otro*?... —Ya estaban por la fecha de su pasada desgracia.

—No.

—Explícame, ¿por qué razón te largaste? —observaba la facha de su hijo, siendo fácil determinar que anduvo de cacería por los bosques o atendió al llamado de apareamiento de alguna hembra alocada.

—Quise estar a solas —respondió lo más que pudo de acercarse a la verdad que contenía en su pecho, dolido por la lejanía de la chica que lo había conquistado.

—Si es para meditar sobre tu venidero matrimonio, hazlo en tu habitación, no desairando a los invitados.

—No hice eso.

—Desde mi punto de vista: salir por cinco minutos, con tu cara de aburrimiento, es pésimo comportamiento para un líder que comanda una región. Actúa con frialdad ante situaciones incómodas o estresantes. Juzgarán cada acción que realices, y, si das de qué hablar, tendrás a muchos señalando tus equivocaciones.

—Lo sé. —Sus pies yendo a encerrarse en el baño para ducharse.

Damir lo detuvo.

—Dime ¿qué pesa en tu corazón?, ¿necesitas a tu madre? Porque si ella te hace falta…

—A mamá la extraño cada día —dijo—, pero lo que me pasa no es asunto de nadie. Necesitaba estar un rato a solas, mucho ruido en mi cabeza.

La respuesta de su hijo fue como una bofetada para Damir que siempre estaba al pendiente de este.

—Si requieres de un guía espiritual, habla con Ma-cheil, ese nativo es bueno para escuchar los pesares de los demás. ¡No intentes engañarme! —alzó la voz en el instante en que Jevrem hizo amague de replicar—. ¿Crees que soy ciego para no darme cuenta de lo que te pasa? Sigues pensando en esa sirvienta.

—Y si es así, ¿qué?

—¡Sácala de tu mente! —gruñó—. De nada sirve amar, es perder el tiempo en alguien que será incapaz de corresponder a nuestros afectos. Esa sirvienta demostró lo que yo siempre pensé de ella, es una puta que le gusta follar hasta con los viejos. ¡La he investigado! —Se envaró para

que el otro ni se le ocurriera golpearlo—. Le gustó su libertad y enloqueció. Ahora es mujer de *uno* de esos clanes donde acampa.

Los nudillos de Jevrem se blanquearon por la fuerza que ejercía en sus puños para contener las ganas de sembrarle un golpe a su padre. Por más que odiara lo que este expresaba, tenía razón. Anna había cambiado y no por sus hormonas desatadas, sino por su modo de ser. Lo vio, ella estuvo con el viejo. Ya no estaba seguro si fue un sueño o el salto que hizo en el cuerpo de Anna. Le provocó gritar, destrozar el mobiliario y arrojarlo a través de las ventanas cerradas, quebrando así los vidrios; incendiar la casa y asesinar al que intentara detenerlo.

Cuánto pesar…

—Sácala de tu mente y de tu corazón —Damir repitió en un tono más conciliador. Sus dos manos acunando las mejillas de su hijo, cuyos ojos se inundaron de lágrimas. Lo comprendía, dolía en el alma, amar al que no lo merecía. Era como tragar carbón hirviente: quema y destruye por dentro.

Le dio un beso en la frente y otro en la mejilla, y luego abandonó la habitación, para marcharse a Anchorage, pues ha permanecido en Kenai más tiempo del que se propuso. Vesna y Yelena conversaban en la Sala Azul, y enmudecieron tan pronto él las llamó para que abordaran la limusina. La joven quiso despedirse de su hermano, pero Damir la increpó en que tenía prisas. Grubana bajaba las escaleras del lado izquierdo, del amplísimo vestíbulo, mientras Briserka ya subía por las escaleras del lado derecho, en su propósito de irle a avisar de la pronta partida. La desdeñosa anciana nada dijo a Damir de que le otorgara a ella cinco minutos para abrazar a su nieto; el enojo con este aún la avinagraba, ¿cómo fue capaz de hacerles ese desplante? Aún no superaba la vergüenza de tener que haber mentido para excusar su ausencia. Ella le había echado la culpa *al bastardo* de Winona, pero –según Damir– Everett jamás requirió de la presencia de Jevrem ni le ordenó hacer alguna diligencia que solo este debía realizar.

Tan pronto la matriarca y el Alfa Regional se marcharon de la casa, Briserka soltó con pesadez el aire de sus pulmones, por toda la tensión que estos causaban cada vez que los visitaban. El personal de servicio celebró sin hacer ruido que por fin los dejaran en paz; solo el joven amo era bueno con ellos.

Bajo el agua de la regadera, Jevrem soltó lo que para él serían las últimas lágrimas que derramaría por su hada oscura; que fuese feliz en su libertinaje; lástima que esa inocencia que él conoció de ella y del que lo enamoró, le duró poco. Ahora actuaba peor que Maya o Jasna, quienes vendían sus cuerpos al mejor postor; oficio que en sus primeros años de conversión las *escort* pertenecieron exclusivas a su abuelo Stanislav, como pago de la inmortalidad que les había otorgado. Anna nació loba, nada debía por ser parte de la especie más aguerrida entre los seres sobrenaturales, ni tenía deudas atrasadas que la orillaran a pagar con su cuerpo, como una vez Nemat pretendió al aprovecharse del padre que arrolló a un humano. Ella lo hacía por gusto. Era una maldita ninfómana.

Capítulo 8

El cinturón de seguridad se ciñó en la estrecha cintura de Anna.

El avión alquilado por el señor Spencer, despegó en la pista del aeropuerto LaGuardia.

Los mareos durante el vuelo ya no la afectaban como antes, perdiendo la cuenta de las veces en que ha surcado los cielos junto con sus compañeros de trabajo, que la han llevado de un punto a otro por el globo terráqueo, yendo de país en país, o ciudad en ciudad, por los continentes en el que una leyenda insinuaba la ubicación de un edén oculto desde hacía miles de años. Dormitaba tranquila, mientras escuchaba música en sus audífonos tipo-botón en sus oídos, agradeciendo el descanso que la boda de Camila y el señor Spencer le otorgaban. El compromiso de estos estuvo pautado desde el otoño pasado, sin un sitio especificado hasta que le informó que sería en Denali.

Esto la hizo remover inquieta en su asiento, ¿cómo reaccionaría ella al ver de nuevo a Jevrem? ¿Temblaría?, ¿lloraría? O…

Frunció el ceño, aprensiva de las emociones que despertarían en su cuerpo. Se excitaría. Sus párpados se cerraron para no dejar escapar las lágrimas, ella no tenía derecho a una segunda oportunidad con él, su momento pasó cuando ella se cansó de la relación a distancia. La cotilla se las apañó para llegar a sus oídos; por más que estuviese a miles de kilómetros de Alaska, no faltaba el que la ponía al tanto de la gente que conocía. La misma Isabel, de vez en cuando la telefoneaba: el cumpleaños treinta y cinco del señor Everett se celebró en Villa Dorada hacía una semana, junto con los gemelos que cumplieron cinco años, unos días ante que este; no fue una fiesta fastuosa, el Soberano no lo quiso así, pero asistieron las personas que apreciaba. Hasta Camila y el señor Spencer.

Anna fue la única que no asistió por estar escarbando tierra en otras latitudes.

—No estará allá, descuida.

Rodó los ojos hacia Camila, que se hallaba sentada al otro extremo de la aeronave, habiéndose percatado de la melancolía de la muchacha.

—¿Quién? —lo sabía, pero preguntó de todas formas por si se equivocaba.

—El sobrino de Everett: no estará allá. Tiene cosas más importantes por hacer que asistir a la boda de unos humanos.

—¡¿Él lo dijo?! —Quizás se encontraron y ella le manifestó su deseo, a lo que este declinó tajante la invitación. De ser así, la aliviaba no tener que hallarlo, pero también le molestaba su pedantería.

Camila sacudió la cabeza.

—Es lo que considero. Las veces en que lo he visto, ese muchacho es muy frío, ha cambiado mucho; antes preguntaba por ti, y ahora… —la mano de Conroy sobre el brazo de su prometida, le advertía de no seguir hablando. La expresión entristecida de Anna demostraba que la revelación la lastimaba—. Eh… —carraspeó la anciana—. No me hagas caso, soy prejuiciosa: quizás asista.

Anna no fue capaz de replicar, apenas esbozó una sonrisa, siendo evidente que no se había esperado esa otra realidad. A Jevrem le concedieron un cargo, del que solía heredarse por línea directa padre-hijo; no obstante, terminó por asumirlo, tras la coronación de su tío Everett. Al ascender este al puesto más alto y el posterior nombramiento del hermano para la gobernación de Alaska, el puesto como Alfa de Kenai estaba libre. Y solo Jevrem era el indicado para ocuparlo.

—Ni notarás su ausencia, serás asediada por los solteros de la región —el comentario del señor Spencer, aunque pretendía ser una broma inocente, desencadenó una ola de preocupación en la joven. La idea de ser asediada por aquellos no le resultaba en absoluto atractiva. ¿Y si alguno de estos convencía a sus padres de ofrecerla en matrimonio? Le preocupaba que, en un intento por asegurar su futuro, ellos accedieran. Algunas costumbres eran difíciles de erradicar.

Percibió las vibraciones de su móvil, en su bolso, y rápido lo extrajo para descubrir de que se trataba de Édgar.

«No renunciaré a ti».

Pálida por lo acabado de leer, escribió de vuelta un mensaje:

«Lo siento, esto tenía que acabar».

Apagó el móvil para no tener que leer, allí en la aeronave, lo que él le respondiera. Camila era muy intuitiva, estudiaba cada expresión en su semblante, y no tardaría en darse cuenta de lo que le pasaba. Así que elevó el sonido en sus audífonos, cuyo cable aún seguía conectado al móvil, y luego devolvió a su sitio dicho dispositivo. Las canciones de romance resonaban en sus oídos, para así olvidarse durante el vuelo de lo que enfrentaría al llegar. Rogaba que Camila tuviera razón, y Jevrem no se presentara en la boda; nunca fue allegado de la anciana ni del señor Spencer; más bien, Jevrem procuraba guardar las distancias con este como si le inspirara desconfianza; Anna nunca fue testigo de dicha reacción, pero atrapaba a Camila quejándose con el señor Spencer de lo que ella observaba.

El jet aterrizó en el aeropuerto de Anchorage, a las diez de la mañana, y, de allí, abordaron un helicóptero que los llevaría hasta las tundras, donde según Camila, los esperarían un vehículo. A Anna le encantaba volar en ese tipo de aeronaves rotatorias, era como vivir la aventura, mientras que la señora Camila le desagradaba por considerarlos inestables. Isabel sufrió por este hecho hacía unos años.

En cuanto llegaron al punto específico, Elijah salió al encuentro de Anna Morris y de los humanos. Los saludó respetuoso y luego abrazó a la bonita loba que se le hacía, la ciudad hizo maravillas en ella, estaba más hermosa, desenvuelta; la notaba más… mujer.

La hizo sentarse a su lado en la cabina delantera de un Mercedes todoterreno de seis ruedas, y, a la pareja de ancianos, en el asiento de atrás; de ese modo charlaba más a gusto con la chica. ¡Cómo le agradaba volverla a ver!, su corazón –y su pito– saltaban emocionados. Le preguntó si tenía novio, a lo que ella respondió que no, que su postgrado era su prioridad, y que, de momento, no estaba para enamoramientos. Camila y el señor Spencer intercambiaron miradas, comprendían por lo que pasaba la joven, permaneciendo ambos en silencio y admirando el bosque de coníferas que cruzaban en la carretera empedrada a moderada velocidad. El aire se respiraba más puro, el verdor de los árboles era más intenso, el cielo más azul y despejado, el *smog* inexistente. La belleza del entorno era mil veces más impactante a las fotos que años atrás Isabel le envió a Camila, a través del móvil. La anciana ha visitado muchas veces esa parte de la frontera más alejada del país y no se cansaba de sorprenderse de la majestuosidad del paisaje; siempre descubría algo nuevo que la dejaba sin aliento, ya fuese la danza de las auroras boreales en el cielo nocturno o el avistamiento inesperado de un oso pardo o un alce. La conexión con la naturaleza era revitalizante.

—¡Oh, Licaón!... —Anna expresó al divisar el techado de la cabaña del señor Everett, en el tope de la colina arbolada. Se llevó la mano al pecho, por la emoción que comenzaba a sobrepasarla; la primera vez en que estuvo en la gruta, fue cuando las nativas se refugiaron con los lobeznos de Isabel, precavidos todos de las personas que se acercaban a los predios. Pero resultaron ser Anna y su papá que pedían ayuda para librarse de la deuda con Nemat.

Por fortuna, para los residentes de la cabaña, fue un susto, pero sirvió para que Isabel se diese cuenta de que la jovencita de trenzas negras era excelente niñera. Anna sonrió para sí misma, los amaba como si fuesen su familia.

Las puertas del vehículo se abrieron y los pasajeros se bajaron enseguida. Anna descargó su morral en el suelo, desbordaba ella de alegría, el paisaje alrededor de la cabaña era idílico: el verdor de la grama, el aroma de las flores, los altos abetos que parecían abrazar el lugar con su sombra protectora, el viento que traspasaba sus ramas dentadas, el rumor del riachuelo en la lejanía...

—¡Bienvenidos! —Isabel, con su calidez habitual, abrió los brazos para recibir a los recién llegados. Las niñas corrieron sonrientes hacia «la tía» que hacía deliciosos pasteles de chocolate, pues la extrañaron cada día. Camila era juguetona, amable, excelente cocinera y una gran bailarina. Las veces en que ella los visitaba, los días eran mágicos.

El aire fresco llenaba los pulmones de Conroy, agradeciendo, este, en su fuero interno ese oxígeno que le inyectaba más energía y lo desconectaba de la asfixiante ciudad. La cabaña de paredes de cristal, prometía ser el sitio ideal para su eventual boda con Camila. Imaginaba los detalles de la ceremonia: múltiples ramos de rosas rojas y blancas decorando alrededor de la cabaña, luces cálidas colgando entre los árboles y el sonido de una guitarra llenando el aire del atardecer. Camila siempre había soñado con una boda íntima, rodeada de naturaleza y amigos cercanos, y Spencer sabía que ese lugar era perfecto para hacerlo realidad.

—¡Mis niñas! —la anciana las abrazó, tras ella haber correspondido al abrazo de Isabel. Conroy notó enseguida las facciones de cada niña. Erika y Winona –de tres y cinco años respectivamente– eran copias al carbón de dos líneas maternas. La primera correspondía a la de Isabel: morena, de pelo y ojos achocolatados, y de piel bronceada. Mientras que, la segunda –la mayor– a la abuela paterna, la difunta Winona Rogers: rubia, blanca, de ojos azules y sonrisa diáfana. Las niñas eran las únicas entre los cuatro hijos de Isabel y Everett, al que los Ancianos de la Corte consideraban princesas, puesto que estas nacieron dentro del seno del matrimonio. Requisito primordial para perpetuar la legítima realeza. Erik y Ángel nacieron en concubinato, por lo tanto, se les consideraban niños «plebeyos», pese a que sus padres eran reyes.

Anna abrazó a Isabel, olvidándose por ese instante de hallarse ante la reina; la emoción de visitar a su amiga la llenaba de gozo, ambas lloraban de alegría y se hacían mil preguntas a la vez, en una actitud cómica y jovial para los demás. Al fijarse en los varoncitos, quietecitos ellos en el umbral de la puerta de la cabaña, Anna jadeó impresionada. Ya no aparentaban tener «cinco años» como lucieron para la Boda Real de los padres, en el que apenas estos habían nacido unos meses atrás, y en ese entonces ya corrían, saltaban y causaban desmadres. En la actualidad deberían ser como Winona, del que esta al igual que Erika, crecían con «normalidad». Pero eso no sucedía con los gemelos, su crecimiento era acelerado.

—¡Qué inmensos están! —exclamó sin poder creer que el mayor tuviese el aspecto de un larguirucho jovencito de doce años, pero de un metro setenta aproximado de estatura. Ángel –menor a este por unos minutos de gestación– era mucho más bajo y rollizo, a causa de su síndrome de Down. El cachorro del que muchos aún hablaban…

—¡Anna! —los gemelos la abrazaron con cariño, recordando a la niñera que los cuidó cuando pequeños. Ángel la apretujó como si él fuese un inofensivo oso panda, recostando su mejilla bonachona contra la de la muchacha. Sus labios curvados hacia arriba en una sonrisa infantil, por fin llegó *la contadora de historias*, la que amaba cantarles y jugar a las escondidas. Esperaba que se sentaran bajo la sombra de un sauce, para escuchar las historias que ella les narrara y así transportarlos a mundos de fantasía y aventura.

Erik se quedó paralizado, incapaz de dar el paso adelante para abrazar a Anna. Observó con fascinación cómo su dulzura emanaba de cada uno de sus gestos y palabras. Había algo en su presencia que lo hacía sentirse como un niño otra vez, protegido y amado, ella era tan bonita en persona, incluso más de lo que recordaba. Los ojos de Anna brillaban con una calidez que parecía abrazarlo a distancia, y su sonrisa era un refugio seguro en medio de la tormenta de emociones que lo invadía.

—¿Y tú no vas a abrazarme?, ¿no me extrañaste? —Anna pedía con los brazos abiertos a Erik, para que correspondiera al gesto de igual manera. El lobato se ruborizó, logrando vencer por ese momento su timidez.

—Claro que sí —obedeció, su corazón palpitando fuerte. Sus manos temblorosas, sus mejillas como un tomate. Sí, ella era muy bonita… La abrazó, aunque menos efusivo que Ángel, por todas las miradas que se centraban en él. Winona le susurró algo al oído de Erika, esta se tapó la boca para contener la risa; al parecer, hasta ellas sospechaban del rubor del hermano mayor.

—To también te *extané*, Anna —Ángel le comentó, aún le dificultaba pronunciar la «ere» y la «eñe»—, ¿te vas a *quedá pada siempe*?

—Por unos días —respondió mientras deshacía el abrazo con un Erik muy ruborizado—. ¡Pero prometo volver pronto! —se adelantó a decir cuando Ángel hizo un puchero—, ya casi terminan mis estudios.

La muestra de cariño entre la antigua niñera y los gemelos, fue cálida, una reafirmación de los lazos que nunca se rompieron entre ellos, pese al tiempo y la distancia. Camila intentó alzar en brazos a la heredera al trono, pero el peso de la princesa se lo impidió. Expresó un comentario jocoso de que debería ser Winona, la que ahora tendría que alzar a la madrina, y esta agrandó los ojos y sacudió la cabeza, porque aún era muy pequeña. Conroy se inquietó de la palidez de Camila, y consultó con su mirada de si se hallaba bien, a lo que la expresión de «no te preocupes», lo calmó para que después no alarmara a los demás.

Tras los saludos y abrazos de bienvenida, Elijah y Colton bajaron las maletas del portaequipaje de la camioneta y siguieron a los anfitriones y los visitantes al interior de la cabaña. Isabel les ordenó de llevar las maletas a las habitaciones de huéspedes dispuestas para estos en el anexo nuevo de la segunda planta. La señora Blanka salió de la concina para saludar a Anna, de la que notó sus formas más llenas. La joven correspondió al saludo de la rolliza pelirroja, aunque un tanto seria, no olvidaba las veces en que la trató mal cuando ella también estuvo bajo su mando. Fue la que más la increpó por su torpeza o sus tardanzas de las labores que ejercía en la mansión en Kenai, y, por lo visto, el modo tan hosco en cómo la escaneaba, la hacía meditar en que la animosidad con ella seguía siendo la misma.

—¿Y Everett? —Camila preguntó por *el hombretón* mientras todos se dirigían a la sala, para sentarse. Las niñas abrazaron una vez más a los ancianos y luego corrieron por las escaleras, para jugar en la habitación que compartían, pues les aburría las conversaciones de los adultos. Ángel entrelazó su mano con la de Anna y la invitó a sentarse con él en el sofá. La dicha del joven contagiaba a todos de buena vibra, que los hacía como si caminaran en las nubes. Hasta Erik –

tímido por la chica– se hizo a la izquierda de Anna, ansioso por comentarle muchas cosas, sobre todo, lo que a él más le apasionaba.

—Tuvo que hacer un viaje a Nueva York —contestó Isabel; en su rostro cierta sombra…

Esto sorprendió a Camila y a Anna, aunque no a Conroy Spencer, él sabía el motivo por el cual el rey lobuno se presentaba en la Gran Manzana.

Estaba al tanto de lo que allá acontecía, había inquietud, temor, desesperanzas para muchos de los habitantes nocturnos, en especial, del *gran señor* a quien Conroy sirvió hasta hacía escasos días. Esperaba que su sustituta diera la talla y no se amilanara de su cliente.

—¿Y eso por qué?, pudimos retornar juntos… —Camila expresó sin ningún reproche en su voz—. ¿Viajó por algo confidencial o nos puedes decir? Muero de curiosidad.

La expresión de Isabel indicaba que no podía decir nada al respecto. Toda labor que requería el reinado, Everett lo ejercía desde Villa Dorada, siendo Denali el hogar indiscutible para descansar. La cabaña era el santuario; allí nadie molestaba con reuniones, dictámenes de leyes o negocios. Everett así lo dispuso, solía viajar casi a diario, pero cuando los niños tenían escuela, procuraba que todos estuviesen en la villa, donde se les brindaba a sus hijos las mejores instalaciones para el aprendizaje académico.

El «práctico», lo aprendían en los diversos ambientes naturales de Alaska.

—Pero estará presente para la boda, ¿verdad? —Camila no quería casarse sin que el propietario de los predios estuviese ausente. Pero, si no había de otra, proseguía con lo planeado.

—Me juró que te entregaría. Así que, cuenta con él, es hombre de palabra.

Camila agrandó los ojos e Isabel hizo una mueca de haber metido la pata.

—¡Ay, no le digas que te dije, porque me acusará de bocona! Iba a ser una sorpresa… Perdón, Camila.

La otra se carcajeó al igual que Conroy.

—Fingiré —sonrió—. Ya quiero que llegue el día. —Para dentro de tres días, Camila le daría el «sí» a su querido Conroy, y esperaba que ese tiempo en que estarían casados se prolongara mucho más de lo que les pautaron.

Qué así fuese…

Ángel se cansó de estar allí y haló de la mano a Anna, para que lo acompañara afuera. La joven consultó aprensiva a Isabel, a lo que la reina, con un asentamiento de cabeza le dio permiso. Erik fue con ellos, agradeciendo para sus adentros a su hermano de que tuviera la iniciativa.

Elijah no perdió oportunidad de pegarse al trío en cuanto cruzaron la puerta lateral de la cocina hacia la colina que da al riachuelo. Para allá se dirigían, a los gemelos les gustaba pasear por los predios durante horas. Anna estaba para chupársela toda, era un sabroso manjar que Elijah deseaba devorar. Los chicos no eran problema, se libraría de estos con facilidad, ya que se distraían por nimiedades; en especial, el menor que se quedaba estático mirando a la nada. El otro daba impresiones de que *batearía* para el otro lado por esos gustos tan afeminados. Eso de bailar en puntillas indicaba que sería como el tío Damir.

—¡No, vete! *Nosotos* con Anna. Tú lejos.

—También quiero estar con ella, es mi amiga —Elijah le llevó la contraria a Ángel, del cual parecía celoso.

—Tú, malo. Muy malo.

—Soy bueno —en la cama—, así que los acompaño. Además, ustedes no tienen permitido merodear por ahí solos.

Ángel masculló y Erik miró de reojo al guardaespaldas. Qué oportuno…

—¿Qué vamos a hacer, Ángel? —Anna le preguntó, las aguas del riachuelo se escuchaban cada vez más cerca.

—*Nadá*.

—Ella no comprendió.

—¿Nada?

—¡Na…! ¡Nadar! —se concentró para pronunciar correcta la palabra.

—Pero, no traigo traje de baño…

Ángel se encogió de hombros; su camisa en el suelo, al instante mostrando el jovencito las lonjas en su cintura. No le apenaba su sobrepeso, para él era natural desvestirse delante de otros.

A Erik le gustó la idea y a Elijah también.

Anna vaciló quitarse la ropa, no era apropiado nadar semidesnuda con dos lobatos y a la vista de un gamma que antes le propuso fuese su mujer. Aun así, en Ángel no había malicia y quizás tampoco en Erik, de los que Anna le parecía que ambos se asemejaban al señor Everett: cabello y ojos marrones, cejas pobladas, nariz recta, mirada fuerte. Erik, por su puesto, en cuanto alcanzara su madurez sería tan atractivo como el padre. Desde ya daba indicios de enamorar a las jovencitas de la región.

Lo único que amilanaba a Anna, de zambullirse en las cristalinas aguas del riachuelo y disfrutar, era Elijah que la miraba con un morbo que le erizaba la piel de manera desagradable. De habérsela pillado en la celda, no habría dudado en tomarla. Por ese motivo, rechazó bañarse con los gemelos, temía que sus hormonas se activaran y ocasionaran un escándalo que provocaría que Isabel la expulsara para siempre hasta del continente.

Se sentó en una de las grandes rocas mientras Ángel chapoteaba en la parte profunda del riachuelo. Erik –captando la cohibición de la muchacha– se dejó sus vaqueros y se hizo al lado de ella; carraspeó para aclarar la voz, la mirada severa puesta en Elijah para que se alejara. ¿Qué pretendía? Incomodaba a Anna.

—Tu mamá me ha dicho que te gusta el ballet —comenzó ella a platicar—, y que eres bueno.

Sonrió apenado.

—A mamá le gusta todo lo que hago, pero me esmero…

—¿Qué dice tu papá? —Si a un patriarca, el primogénito le revelaba dichas inclinaciones, sufría un infarto.

—Me apoya, pero… —enmudeció, su mirada se posó en Ángel que los animaba a nadar—. Parece decepcionado ¡No le digas a mamá! —se angustió de su revelación—, se enojará con papá si se entera—. Él… espera más de mí.

Como todos aquellos padres que esperan que sus hijos sean unos machos vernáculos, meditó Anna.

—¿Le has dicho lo que tú amas? —En las video-llamadas con Isabel, esta le comentaba orgullosa de la vena artística que su hijo heredó de ella.

—Sí.

—Pero no hay emoción, ¿cierto —Asintió entristecido—. ¿Te ha visto danzar?

—No. —Ahí el joven se zambulló al agua, con todo y pantalón.

Anna sintió pesar por Erik, aún era pronto para que la profesión de un bailarín lobo no fuese motivo de risa.

—¡*Ayyyyyyy*, no me lancen agua! ¡Ya van a ver! —fingió enojo con los gemelos. Se unió a la batalla, tirándose de pie y con todo y ropa al riachuelo; de niña le gustaba jugar con sus

amiguitos en las playas de la ensenada antes de que las necesidades económicas la obligaran a trabajar como empleada doméstica desde los trece años.

Ángel y Erik, la atacaban sin piedad, reían y gritaban de alegría, el agua le salpicaba hasta a Elijah que permanecía a poca distancia, relamiéndose los labios mientras fijaba su atención en cómo los senos turgentes se detallaban bajo la transparencia de la blusa húmeda de Anna. Pugnaba en lanzarse allí y sacar de las greñas a los dos mocosos, para él quedar a solas con la lobita de colita respingada. Su pene comenzaba a endurecerse en sus vaqueros, qué ganas tenía de hacerla suya, secuestrarla y atarla a su cama, abierta de piernas para que estuviese disponible cada noche en que él se acostara sobre ella. La imaginaba gemir en cada dolorosa penetración que él le hiciera; empujando duro hasta que todo el tallo de su virilidad estuviese dentro de sus pliegues vaginales. La preñaría; una vez que ella le pariera, nadie la disputaría, sería suya. *Hum*…, ¿por qué no? Planear el secuestro, no dejar pistas. Anna aprendería a tragar su leche como gata hambrienta.

Las risas de Anna y los jovencitos, llamaron la atención de un hombre que recién se bajaba de su vehículo. Se detuvo *ipso facto* a unos pasos de la cabaña; sus hombres se mosquearon por si algo pasaba, pero nada detectaban como para alarmarse. Los zapatos elegantes del recién llegado se dirigieron hacia el lugar donde procedían las risas; fue como un cántico, como un llamado, las risas femeninas lo habían hipnotizado.

La presencia del hombre captó la atención de Elijah, quien se tensó en el acto, al igual que Anna, paralizada y enmudecida, mientras Erik y Ángel seguían divirtiéndose sin darse cuenta de los ojos abrumados de Anna, teniendo esta, el infortunio de brindar una imagen censurable *al que ella* le rezó a todos los santos lobunos para que este no se presentara.

Jevrem.

Capítulo 9

Jevrem no esperó a que Anna saliera del agua a recibirlo.

Regresó por su camino, cabreado de que Elijah estuviese allí como si aguardara su turno. La tensión entre ellos se volvió palpable desde la vez en que el gamma quiso aprovecharse de Anna, en el sótano; la sensación de competencia era implícita, tanto en este como en Tyson y Colton, de quienes él siempre se cuidaba las espaldas.

—*¡Jevem!*

—¡Jevrem! —Ángel y Erik se percataron de su presencia y salieron del riachuelo. El primero corrió hacia el primo para abrazarlo y, el segundo, recogió su camiseta y zapatos, y se llevó consigo los de su hermano por habérsele olvidado a causa de la emoción. Anna enrolló su cabello y lo estrujó suave para escurrir el agua, salió con la ayuda de Elijah, quien se preparó momentáneo a recibir una paliza por parte del otro, por estar viéndole los pezones a la morena. Anna, avergonzada, se cruzó de brazos para taparse el pecho, porque Elijah se quitó su camiseta para que ella se cubriera; no era por caballerosidad, ya quisiera él verla siempre desnuda, pero le ahorraría la incomodidad a la lobita de mostrar sus atributos femeninos a todo el mundo. No estaba bajo ese influjo…

—Condenados mocosos, te dejaron abandonada —se quejó molesto por la descortesía que le hicieron a Anna.

—Son niños… —los excusó, igual de impactada que los gemelos, que, al parecer, admiraban a Jevrem como a un superhéroe. Ella vendría siendo el villano de la película: lastimó al protagonista con sus egoísmos.

—¿Niños?, *¡ja!* —Elijah rio displicente—. Ese par de locos ya tienen cuerpo para preñar hembra.

—¡Ay, no digas eso, tan típico de ti!

—¿Y de qué edad, crees tú, que comienza la sexualidad de los machos? ¡A los doce que es cuando les pica!

—¡Elijah!

El otro se carcajeó. Caminaba a paso lento junto a la escandalizada muchacha hacia la cabaña. Por él, bien que la escoltaba a donde esta quisiera, y que nadie se opusiera. La suerte lo favorecía, había perdido la esperanza de cortejarla, pero Licaón le daba una nueva oportunidad, aunque con un reto que debía sortear. El maldito de Jevrem Brankovic también se proponía apropiársela; por su linaje tenía derecho a poseer tres esposas, y, los de menos casta, apenas una. Anna estaba más bella que nunca y él quería engendrar cachorros con ella. Hablaría con los padres de esta, ofertaría una buena suma de dinero para que la cedieran; de negarse estos, el Soberano sería su salida. Anna se empeñaba en su soltería y no era aconsejable para su reputación, que de ella se escuchaban rumores. A él no le afectaban, su pito estaría feliz por estar en sus agujeritos, esta vez la tendría.

Anna trató inútilmente de mejorar su apariencia, al alizar con sus dedos su cabello greñudo, y sacudiendo su pantalón del inexistente polvo que tenía, porque era más la humedad que la suciedad. Los zapatos en la mano, aún ella, escurriendo agua a su paso. Entró a la cabaña, Elijah la escoltó hasta la entrada, pues tenía prohibido ingresar sin el permiso del Soberano, a menos que una emergencia lo ameritara, y esta debía ser una muy grave. La presencia de la lobita no

parecía justificar una excepción a esa regla, así que se limitó a permanecer ahí, mientras observaba con atención cada uno de sus movimientos. Anna se sentía nerviosa, consciente de la importancia del encuentro que estaba a punto de tener. Sabía que debía mantener la calma y presentarse con la mayor dignidad posible, a pesar de su aspecto desaliñado. Con un último suspiro, se armó de valor y cruzó el umbral de la cabaña, preparándose para lo que vendría a continuación.

Él la miró con tanta rabia…

—¡Por dios, muchacha, no me digas que estos loquillos te jugaron una broma pesada! —Camila exclamó escandalizada de la supuesta travesura de los retoños de Isabel. Ángel era tremendo, pero Erik era el demonio mismo.

—¡No es cierto, tía Camila! Anna quiso *jugá* con *nosotos. ¿Vedad, Jevem?* —Ángel pedía apoyo a su primo, quien ni se molestaba en echar un vistazo a Anna.

—Suban a cambiarse de ropas —les ordenó Isabel—. Miren cómo han dejado el piso empantanado. Vamos, ¡ya! —Sonó sus palmas y estos obedecieron al instante—. Espero que no hayan lanzado a Anna, de cabeza en el riachuelo, porque durante una semana pasarán la noche sin cenar —los increpó mientras los gemelos subían las escaleras hacia la segunda planta.

—Los chicos dicen la verdad, Isa —terció la «agraviada»—. Solo nos divertíamos.

—¡Hizo *chapazum*! —Ángel imitó el modo en cómo ella se arrojó al agua.

—¡¡Arriba!! —Isabel aún ponía en duda la veracidad de los hechos. Anna sería capaz de mentir para salvarlos de un castigo; a lo largo de los años esta se ha sacrificado en pro de sus seres queridos, pero Isabel meditaba que por muy buenas intenciones tuviese su amiga, el encubrimiento traía malas consecuencias.

La sonrisa despectiva de Jevrem indicaba incredulidad hacia Anna Morris. Camila lo notó y se molestó, porque, bien que era consciente de las penurias por la que ha pasado su protegida. Así que, la anciana cruzó la estancia y rodeó la espalda de la joven, para guiarla a la habitación de huéspedes. Anna se disculpó con Isabel, y luego siguió a Camila. Los gemelos las esperaron en la cima de las escaleras y, a partir de allí, estos a ellas le pisaron los talones. Ángel parloteaba animado, ya había agendado en su cabeza las diversiones con su primo y su niñera: hornearían galletas de vainilla con chispas de chocolate, jugarían pelota, verían películas y los llevaría a su lugar favorito en todo el bosque. ¿O haría esto primero y luego hornearían?...

Por otro lado, los pensamientos de Erik eran más sosegados, ¿qué era ese cosquilleo que sentía en su cuerpo? Volver a ver a Anna lo apabulló tanto que hasta le quitó el habla, le causaba palpitaciones y su mente se nublaba.

En la sala, aún en compañía de su tía política y del sujeto que no le terminaba de agradar, Jevrem hacía acopio de todas sus fuerzas internas para no salir de allí y partirle la jeta a Elijah. Anna usaba su camiseta, ¡apestaba a él!, como si este la hubiese marcado con antelación; de hecho, Elijah se había fijado en Anna desde que esta era menor de edad.

Isabel les preguntó a los dos hombres, si deseaban tomar algo, pero estos rechazaron el ofrecimiento. Aún parados los tres en medio de la sala, ella percibía cierta tirantez entre Jevrem y Conroy, del que Isabel imaginaba la causa. Vaciló en preguntarles, consideró que, tal vez, Jevrem actuaba del mismo modo que su abuelo Stanislav, en vida, que le tuvo aversión a los humanos por todos los problemas, contaminaciones y crímenes que solían cometer por intereses egoístas. Los invitó a sentarse en los sillones, pese a que ella estaba por marcharse para inspeccionar a las niñas que no podían estar mucho tiempo solas, porque se les ocurría cada cosa que terminarían por incendiar la cabaña. Aun así, Isabel permanecería con ellos hasta que Camila

y Anna estuviesen de vuelta.

—No vi que trajeras equipaje, ¿te vas a quedar o estás de pasada? —se dirigió a Jevrem, y este sacudió la cabeza.

—Hablaré un asunto con el Soberano y luego me marcho.

—¿Vendrás mañana? No le quedarás mal a Camila…

Jevrem se removió incómodo en su puesto, con la negativa a punto de salir de sus labios, pero, en esas bajaban a tropel las princesas y Camila. Esta última notó que tres pares de ojos se posaron sobre ella.

—¿Qué?...

Isabel le sonrió, a la vez en que Erika se sentaba en sus piernas. Winona se acomodó en el apoyabrazos del sillón donde la anciana se ubicó.

—Le preguntaba a Jevrem de si él iba a quedarse para la boda; al parecer, no va a estar presente.

—¿Y por qué? —Esto a la anciana la enojó mucho más—. ¿Hice algo para que estés así de cara-de-culo conmigo?

—Por supuesto que no, Camila. Son obligaciones que conlleva el cargo.

—¿Seguro? —dudó—. Hemos notado que estás, no sé, ¿molesto con nosotros? —le inquirió, sin pelos en la lengua, el joven había sido en otra ocasión más amable con ella. Pero no le pasaba por alto que el carácter de este cambiaba cuando un humano más se sumaba al grupo. Conroy.

—Son ideas infundadas; si les doy esa impresión es por las razones equivocadas. Les pido, me disculpe, he estado tenso estos días.

Conroy era prudente en no confrontar al joven alfa; las desventajas eran enormes y a favor del otro, y, en caso de una confrontación, el abogado neoyorquino las tendría de perder por su condición mortal. Los metamorfos eran temperamentales, desconfiados, arrogantes y supremamente territoriales. Jevrem Brankovic sabía muy bien quién era Conroy y para quién trabajaba. O trabajó… He ahí las reservas de este hacia ellos.

—Pues, *el que pone excusas* es porque no quiere asistir —Camila tenía la certeza de que seguía amargado por Anna—. Bueno, sobrará comida…

Pese a que Jevrem aparentaba frialdad, sus ojos negros irradiaban fuego líquido. Se aguantaba el hosco comentario de la anciana y el ceño fruncido de su pareja, y la decepción de Isabel y sus niños. Pero él no tenía el valor para soportar estar en el mismo lugar en que se hallaba Anna. Se embriagaría y le reprocharía. ¡No, eso no iba a pasar! Que las malas caras de los demás sea lo que tenga que pagar para librarse del dolor de soportar su presencia. Apenas la miró de refilón en el riachuelo y le bastó para gravarse en su memoria cómo lucía: su expresión azorada y pálida, sus labios llenos, levemente entreabiertos por la sorpresa, su cabello húmedo y pegado al contorno de sus delicadas facciones, enmarcando y resaltando más esa belleza que ha madurado para convertirla en una mujer magnética.

Mala idea pasar la noche allí, mejor partir. Prefería que lo llamaran «aguafiestas», sería un costo menor en comparación a pasar incomodidades. La etiqueta de poco sociable puede ser temporal, mientras que las malas experiencias le dejarían impresiones duraderas que lo lastimarían.

De lo que no esperó a que lo tomaran con la guardia baja en sus emociones, es contemplar a Anna descender las escaleras, de la mano de Ángel y Erik.

Sus intestinos se revolvieron.

¿Por qué se sentía así respecto a sus primos?

Estos eran unos chiquillos; por supuesto, más altos en comparación a los niños humanos. Ángel estaba igual de alto que Anna, y Erik parecía de más edad; a los «doce», su reloj biológico acelerado le estiró los huesos antes de tiempo. Ambos custodiaban a Anna, como si se hubiesen tomado la labor de ser sus edecanes.

Sus ojos perplejos, sin ser capaz de apartar la mirada del trio. Había algo en la manera en que se movían juntos, le hacía sentir un nudo en el estómago, como una sensación de ser excluido de ese pequeño círculo de confianza.

—¿Y estos qué…? —Camila le llamó la atención que los gemelos permanecían pegados a Anna como garrapatas.

—Soy su novio —Ángel no tuvo reparos en contestar, y esto desató risas en Isabel, Camila y el señor Spencer. Anna sonrió cariñosa, le pareció lindo lo que le dijo, y Jevrem permanecía serio, para nada divertido de los sentimientos del chico, ardiendo de rabia por no aprobar ese grado de confianza entre niñera y lobatos.

—¿Y tú, Erik? ¿También eres el novio? —Camila lo animó a contestar, los gemelos daban indicios de navegar por las lindes del amor. Era tan tierno observar las primeras ilusiones de los chicos, la hacía como mirarse en un espejo de cuando ella estuvo en la secundaria.

¡Uf!, los chicos que le gustaron…

Erik se ruborizó, e Isabel enseguida notaba que esto en él ocurría más frecuente. Aunque cada persona en la sala tenía una percepción diferente de lo que a Erik le pasaba. Las risas de Conroy y las de Camila no hacían sino aumentar el contraste con la seriedad de Jevrem.

—Si ella me lo permite…

—¡Soy su novio!

—No te enojes, Ángel —Anna intercedió para acabar la rivalidad entre los gemelos—, seré la novia de los dos. ¿Está bien?

El jovencito asintió, al mismo tiempo en que Erik sonreía dichoso de la vida. Con tal de que ella le enseñara a besar, a él no le importaría compartirla con su hermano menor. Ángel no era de besos, sino de juegos de niño; aún no comprendía lo que esto significaba, y cuando lo supiera su voz engrosaría.

Sin embargo, la buena disposición de Anna no era compartida por Jevrem, quien la increpaba con la mirada. ¿Acaso jugaba con los sentimientos de sus primos? A esa edad, una inofensiva declaración se tomaba en serio; cada palabra y cada gesto tenían peso, alimentaba esperanzas en los corazones de los más jóvenes que aún estaban en proceso de aprendizaje y con ganas de explorar la vida. Jevrem recordaba cómo, a esa edad, las palabras de los mayores influyeron en sus propias emociones y en la percepción que él tuvo del mundo. Si Anna no se andaba con cuidado, les causaría a sus primos desilusión y mucho dolor.

Desde el interior de la cabaña se escuchó la proximidad de un vehículo. Isabel y el resto de los presentes, miraron afuera, a través de los amplios ventanales, a ver de quién se trataba. Winona y Erika emitieron un gritito alegre y corrieron hacia la puerta principal para recibirlo. Isabel no se hizo esperar, yendo detrás de sus hijas; Ángel, Erik, Camila y el señor Spencer prosiguieron. Everett había llegado de su corto viaje, cargaba consigo algunas compras que hizo en Anchorage o Nueva York.

Anna ni siquiera fue capaz de moverse, Jevrem lucía tan sexy con su ceño fruncido y su cabello ligeramente largo, que cuando reparó en que él la miraba con cara de asesinato, la paralizó. A paso firme, él se acercó, y, destilando hiel en sus ojos, a ella le expresó:

—Por lo visto, eres novia de muchos.

Ni tiempo le dio a la muchacha de alzar la mano para abofetearlo por la insinuación que le escupió, Jevrem salió a recibir al Soberano, dejando detrás de sí a Anna sumida en la indignación. ¿Por qué le dijo eso?, ¿le guardaba rencor por haber roto la relación? Ella fue sincera con él: estaría lejos por algunos años, del que ignoraba si superaban los cinco o diez años; sus estudios, su trabajo…

Suspiró. Qué cansino era tener que repetirlo constantemente. A él lo soltó para que fuese feliz, no un desgraciado.

Obligándose a mover sus piernas, Anna atravesó el umbral de la puerta. El señor Everett le daba un casto beso en los labios a Isabel, mientras él cargaba en brazos a Erika. Sus hijas hurgaban en las finas bolsas, lo que les había entregado. Al parecer, regalos para cada uno de ellos. Ángel extrajo un libro de cuentos infantiles, las niñas, muñecas; pero el leve fruncido de ceño de Erik indicaba que la gorra deportiva no era de su gusto personal. Lo devolvió a la bolsa y se lo entregó a Ángel, quien enseguida le gustó el contenido. Mostraba la gorra a Jevrem y al señor Spencer, y luego muy contento se lo puso en la cabeza. La visera adelante, bien acomodada como todo un «jugador de baseball».

—Le pedí unas zapatillas —Erik masculló en voz baja a Anna; esperanzado deseaba demostrarle a su papá qué tan bueno era al danzar. Hacía unos días observó a su mamá en la terraza y esto causó un «click» en su cabeza. Seguro que su papá no reaccionaría mal, fue animado por su progenitora a que se las pidiera. Éste ya sabía de sus gustos, de esta manera habría un mayor acercamiento. Pero se equivocó. Un gorra… Accesorio para machos. En pocas palabras: sé un macho.

Anna lo reconfortó al sobarle la espalda.

—Tal vez no te entendió —lo que sería poco factible, el señor Everett tenía oídos muy agudos.

Se reverenció cuando el Soberano la felicitó por los logros obtenidos. Preguntó por el alfa de aquella región y por el trato que estos a ella le brindaron, a lo que Anna confirmó que la cuidaron como si fuese una de ellos. Volger y Sanderson se quedaron en el aeropuerto, quizás a la espera de la llegada del señor Everett, proveniente de la Gran Manzana. Por las inmediaciones de la cabaña había una treintena de hombres descamisados y otros aún en sus trajes cruzados. Estos últimos eran los de Jevrem, quienes permanecían por el área de las camionetas; Branimir la saludó a cierta distancia de donde ella se hallaba, y Maxwell y Colton lo hicieron con un asentamiento respetuoso de cabeza. Elijah le sonreía, teniendo cuidado de no ser pillado por Jevrem.

A continuación, sucedió algo que a los ojos de Anna fue extraño.

El señor Everett le pidió al señor Spencer y a Jevrem que lo acompañaran al despacho. Isabel intercambió miradas con su marido, quien lucía agotado y un tanto preocupado. Llamó a Blanka para que las muchachas prepararan un buen almuerzo que lo fortaleciera, el bisonte que tenían dispuesto para la cena, mejor que fuese degustado para el inicio de la tarde, de modo que esto le aplacara las nubes negras que ensombrecían su mente.

Jevrem miró por sobre su hombro hacia Anna y esta se hizo la desentendida, aún cabreada por la insinuación de que ella era una puta. Tal vez los ciclos estrales la enloquecían, pero era algo por lo que aún le costaba dominarse; de lograrlo, nadie, ni siquiera ese idiota, tendrían nada de qué acusarle.

Capítulo 10

Conroy palideció.

¡¿Murió?!

¿Cómo es que nadie lo llamó?

Se removió perplejo en su asiento. Ni siquiera Audrey –su reemplazo– le envió un mensaje de texto donde le comentara el nefasto suceso. La reina consorte de la Casa del León ahora estaría en serios problemas si no contaba con el apoyo de sus súbditos. Sus herederos peligrarían, porque habría el que ambicionara el trono. Esto lo consternó, ya que *al no trabajar más* para el que se hallaba apostado en Nueva York, lo dejaron de lado con la noticia.

Balbuceó unas palabras ininteligibles, incapaz de hablar con claridad. Sorbió de su whisky –servido amablemente por el Soberano– para aclarar su garganta. Todo iba a cambiar en adelante, se vaticinaban disputas entre las casas reales, pues algunos reyes, de aquel mundo oculto para los humanos, querrían ampliar las fronteras de sus reinos.

—Me aflige que David Colbert ya no esté con nosotros —expresó en un hilo de voz a los dos hombres que compartían el sofá de color terracota—, era un Grigori de fácil trato. Su viuda debe estar llorándolo…

Jevrem casi le espeta que «ellos no», pero la expresión ensombrecida de su tío, lo obligó a mantener la boca cerrada, ya que este lo conoció días después de la coronación efectuada en Montana, tras Alejandro Cortázar morir sin dejar heredero. Hubo un acuerdo entre David y Everett, de lo que nadie, ni siquiera Jevrem se enteró. En dicha reunión efectuada en el jet privado del vampiro estuvieron presente los ya mencionados y sus respectivas reinas consortes: Allison e Isabel. Asumía que, lo más probable, fue una especie de presentación y un pacto de «no te jodo, no me jodes», porque, en los cinco años siguientes del cual su tío ha liderado el continente, no ha tenido incidente con ningún *chupasangre*.

—Albergaba hallar mayor información con usted, porque Kerenor es una tumba —Everett comentó sin hacer réplica o secundar los elogios hacia el que pereció de forma extraña.

—¿Yo? —Conroy se sorprendió—. Mi buen señor de los lobos, hasta escasos días fui el enlace entre vampiros y humanos para el *señor en cuestión*. Me ocupaba de los asuntos legales de menor importancia, pero que requerían de una persona que se movilizara sin afecciones por los rayos solares. Si *él*, nada le reveló, se debe a su carácter reservado que a la desconfianza hacia su persona. Recuerde que los vampiros se mueven bajo el velo del misterio.

Jevrem no hallaba el valor de conservar la amistad de Conroy Spencer, fue desechado por viejo, estaba por cumplir los ochenta años; bien conservados, debía admitir, pero a punto de expirar su existencia mortal. Para Jevrem o para su tío, bastaría con dominar al hombre con la hipnosis; por desgracia, ambos descubrieron en varias ocasiones que, con este, era difícil hacerlo. Kerenor fue astuto en contratar a un sujeto de mente fuerte.

—En caso de una guerra, ¿hacia dónde se alineará usted? —preguntó en la posibilidad de que esos seres pretendieran romper las reglas impuestas por el extinto Grigori inglés.

Conroy se vio entre la espada y la pared. Lo que expresara sería juzgado: si escogía a los lobos, estos lo tomarían como un traidor, pues cambiaba de bando en las peores circunstancias. Pero si decía que seguiría fiel a los vampiros, ofendería a los orgullosos anfitriones, y, a partir de ahí, jamás les darían la bienvenida.

Con ademanes elegantes, que a Everett y a Jevrem, les recordaba a Damir, el anciano cambió de posición, al cruzar la pierna derecha sobre la izquierda. La decisión no era una simple cuestión de supervivencia personal, sino de identidad y honor. En ese juego de alianzas y traiciones, no se toleraría los errores, debía tener cuidado en lo que respondiera, el resultado de esto podría ser devastador.

—Hacia los humanos —dijo—, seríamos los que más sufriríamos. ¿Qué somos para ustedes? Los esclavos, el alimento…

—Nuevos ejércitos —Everett contestó con parquedad—. Servirían para el combate, para el espionaje.

El otro arqueó las cejas.

—¿Considera que eso soy? ¿Y qué información ofrecería de ustedes a los Nocturnos? Ellos no me conservarían si no les doy algo a cambio.

—Esperemos que nada, porque no repararé en arrancarle la cabeza, Conroy. He tratado con Kerenor Zakharov y a ese sujeto le gusta rodearse de serpientes. Si considero que usted es una de estas, Camila pronto se convertirá en viuda.

El elegante hombre asintió, y Jevrem lo miró con una expresión de «te tienen agarrado de las bolas».

—Por el amor que le tengo a mi futura esposa, le juro que le soy honesto. A usted lo aprecio, señor Everett, lo considero mi amigo; vela por los suyos y tiene una genuina preocupación por la naturaleza. Pero también aprecio a los que me han tendido la mano. El señor Colbert y el señor Zakharov, a pesar de la percepción negativa que ustedes tengan de ellos, han demostrado tener integridad en un mundo donde la duplicidad y la hipocresía es común. Son individuos de temple que se ganaron mi respeto, porque hablan con franqueza, como usted conmigo de frente. No son viles ni rastreros, pese a la fama de la oscuridad del vampirismo; el valor de personas como el difunto señor Colbert y el apreciado señor Zakharov han sido incalculables.

Jevrem esbozó un gesto de desprecio y se tragó el enojo con un grueso trago de whisky. No lo insultó, pero su animosidad hacia el anciano era tan elocuente que se leía su mirada. Mucho palabreo, y era un vendido.

Perdió el tiempo en tratar de hacerlos razonar, pensó Conroy. Vampiros y lobos: agua y aceite.

Dejó el vaso en la mesita esquinera y luego se inclinó respetuoso hacia el Soberano y su avinagrado sobrino, y abandonó el despacho sin esperar a que le dieran permiso. En su limitada calidad de un *ser de corta vida*, a menudo era objeto de sospecha y discriminación, estaba acostumbrado a no esperar un mejor tratamiento por parte de los lobos y los vampiros, pero esto lo agotó; por lo tanto, prefería pasar su retiro lejos de ellos; que se mataran entre sí, pese a que en dicha guerra se llevarían por delante a la raza humana. En cuanto se efectuase la boda, se mudaría a Japón.

—Si me ordenas que le parta el cuello, lo haré —Jevrem se imaginaba apretando sus manos en torno al cuello arrugado de Conroy Spencer. Siendo para él, el motivo de su desagrado, el hecho de que sea el *lamebotas* de aquel maldito prusiano.

—De momento le otorgamos el beneficio de la duda. Pero lo mantendremos vigilado. Conroy no solo fue «el enlace» de Kerenor, sino que este lo enlazaba con otros que son más peligrosos.

—Los Portadores —la identificación de los mismos apareció en la mente de Jevrem sin que se haya molestado en pensarlo—. ¿Desde cuándo son aliados?

—Desde que los vampiros tienen descendencia. —De muy buena fuente se enteró que la Grigori alemana le había dado una hija a uno de esos sujetos de grandes dones extrasensoriales.

Dicha descendiente híbrida envejecía diez veces más rápido a un crío promedio, manteniendo en la incertidumbre a los padres, que cada día temían que la muerte se la llevara antes de cumplir los cinco años de vida. Supo que la hija ya no era una niña, sino una anciana desdentada.

—Engendros abominables que ni entre los vampiros los aceptan —espetó Jevrem—. Quién sabe de qué medios tecnológicos o genéticos recurrieron para reproducirse; no es normal, no debieron… —La lozanía de aquellos se mantenía en la perpetuidad; en cambio, los metamorfos solo alcanzaban los trescientos años y del que al final sucumbían a la muerte. Pero ellos desde un principio han tenido el privilegio de formar sus propias familias; sangre de su sangre. Lo vampiros eran cosa del demonio.

Al cabo de un rato de conversar sobre estos aspectos, Jevrem se dispuso a marcharse a Kenai. Allí –en Denali– ya no se requería de su presencia, Isabel y sus hijos quedaban al resguardo del rey. Él también debía velar por su manada, cuidar de las fronteras entre las regiones, pendiente de las perturbaciones que estallaran en el sureste del país y más allá del océano Atlántico, a causa del deceso de David Colbert. Para su tranquilidad, ordenaría a su mamá y a su abuela Ava a que pasaran una temporada en Alaska; en caso de guerra entre aquellos reinos, estarían más protegidas con los suyos.

No obstante, Everett dispuso para este otro mandato.

—¿Cómo está lo tuyo con Anna?

Jevrem casi escupe el whisky que sorbió.

—¿Por qué lo pregunta? —se tensó.

El tío se levantó del sofá y, estando pensativo, se quitó la chaqueta sastre y la acomodó en el respaldo de la silla del escritorio, dando largas a responder la pregunta formulada por su sobrino. Luego se sentó allí y arremangó las mangas de su camisa blanca, cansado del día y de su indumentaria. Jevrem lo observaba, le enviaba de forma silente una señal autoritaria, y del que él enseguida captó que la curiosidad de su tío no era por simple cotilla.

—Anna es la más cercana a Spencer, después de Camila —dijo Everett.

—¿Y qué esperas de mí? —le inquietaba por donde Everett conducía la conversación.

—Reconcíliate con Anna.

Los ojos del joven alfa se agrandaron. ¿Acaso su tío se fumó un porro?

—Estoy comprometido. ¡No quiero nada con esa omega!

—Hasta que la marea alta, mengue —explicó—, te necesito cerca de Anna Morris. lo que ella sepa de Conroy, tú lo averiguas.

—¿Volviendo con ella? ¡No! —Su corazón frenético, angustiado.

—Tómalo como una misión de vida o muerte: de la información que le saques, dependerá muchas cosas.

La botella, sobre la mesa frente al sofá, le pedía a Jevrem que la destapara para volcar *su elixir* en el vaso que él sostenía. Él sabía que dentro de ese recipiente de vidrio se encontraba la respuesta a su anhelo de paz, prometiendo un alivio momentáneo a sus mortificaciones. ¿Volver con Anna, cuando ella se hartó de la relación? ¡Él tenía dignidad! No le mendigaría amor, así fuese por una misión de mierda impuesta por el rey.

Toma otro poco, lo necesitas, se dijo en su fuero interno, y ya su mano temblorosa se dirigió hacia la botella. Giró la tapa con algo de apremio; un suave *clic* rompió el silencio, seguido por el sonido reconfortante del líquido fluyendo hacia su vaso depositado en la mesita. El aroma embriagador, llenó el aire, evocando recuerdos de tiempos más felices y despreocupados para Jevrem. Se llevó el vaso a los labios y cerró los ojos, para disfrutar con mayor intensidad el

primer sorbo. Vaya peso que su tío depositó sobre sus hombros: volver con Anna…

—Disculpa, tío, no quiero ofenderlo al contradecirlo, pero ¿qué obtendría de ella que no podamos al emboscar directo a Conroy Spencer? Dudo que este comente sus asuntos con libertad, sentado en la mesa mientras desayuna junto a Camila y Anna.

—Pero sí en la cama con Camila, y Camila es muy unida a Anna. Ellas algo deben saber.

Jevrem consideraba que, de ser así, se ahorraría trabajo si sacaban los secretos que la anciana tuviese guardados en su mente; por desgracia, su clarividencia no funcionaba de esa manera, no era telépata ni retrocongnitivo donde veía el pasado lejano o cercano. A menos que consiguieran una prenda personal y de ese modo estar en los ojos de la anciana, y apoderarse de sus pensamientos. Entonces, ¿para qué volver con Anna? No era práctico. ¡Era torturante!

Se lo manifestó a Everett, pero este, muy consciente de la destreza de su sobrino, rechazó la propuesta.

—Camila está protegida —dijo este—. Los Portadores son buenos para crear conjuros bloqueadores. No podrías acceder a su mente, ni hipnotizarla.

—Entonces, Anna también debe estarlo.

—Así es. Pero las hembras todo se comentan, ahí no hay conjuro que las salven de la cotilla. Así que, busca la manera de volver a hablarle a la chica.

Apuró otro trago.

—Tío, voy a casarme, ¿cómo pretendes que vuelva a enamorar a Anna, si ya no hay nada entre los dos? Esto me causará problemas con Roxanne. —La prefería a esta que a una puta.

Everett se encogió de hombros, despreocupado de lo expresado por su sobrino.

—Te prometo que hablaré con tu prometida cuando llegue el momento oportuno, pero necesito que acates mi orden. Busca el modo —repitió— y sácale toda la información que puedas.

Jevrem asintió.

Debía –por imposición real– reconciliarse con Anna Morris.

Capítulo 11

—¿A dónde van?

Camila le inquirió a Anna y a los gemelos, cuando estos tenían intenciones de salir. Se observaba una expresión de preocupación en el rostro de la anciana, era tarde, pese a que el sol aún se mantenía en el firmamento tras el reloj de su pulsera marcar las once de la «noche». En las áreas polares los días eran muy largos.

—A la gruta —Anna le respondió y Ángel asintió, sonriente. Él iba a mostrarle su colección.

—¿Ya no te afecta *la migraña*?

—Para nada, estoy bien —Anna captó lo que la anciana le quiso decir, que ni tuvo necesidad de bañarse en perfume. Estaba lúcida.

—¿Irán solos? Ya es tarde…

—Yo los acompaño —Jevrem respondió de repente desde el ventanal de la sala, donde él observaba a los hombres que permanecían apostados afuera. Arrojó su chaqueta sastre al sillón. Camisa fuera de la pretina del pantalón y las mangas arremangadas. El maldito de Elijah se había rasurado la barba y peinado las greñas para lucir mejor. Él estaría vigilante de sus movimientos.

El ofrecimiento de Jevrem le cayó a Anna como patada en el culo. Aún tenía atragantado lo que él le dijo, estaba que le devolvía de un escupitajo sus palabras. Pero no protestó, los gemelos celebraron que Jevrem se haya ofrecido para resguardarlos del peligro; Erik expresaba a menudo que el primo era un excelente explorador y cómplice en las aventuras; de él aprendieron a hacer fogatas, a pescar, trepar árboles y manejar la moto a escondidas de Isabel. Le hicieron prometer no decirle nada a esta o pegaría un grito al cielo.

—¿Quieren venir con nosotros? —Anna convidó a Camila; así aligeraba la incomodidad de tener a Jevrem respirando sobre su nuca.

Esta hizo un mohín.

—Eh… —consultó con la mirada a Conroy, y el hombre negó con la cabeza—. Gracias, pero estamos agotados, iremos a acostarnos. Tengan cuidado. —Conroy no tenía humor para pasear. Hubo mucha tensión durante la cena. A excepción de los niños, que apaciguaron el ambiente denso, el resto de los comensales poco hablaron. Ángel bromeaba de los chapoteos en el riachuelo y las princesas reían divertidas. Fue una cena de la que los adultos sobrellevaron a duras penas, Isabel trató de colar temas casuales para contrarrestar la tensión imperante, pero ni Conroy ni Camila, mucho menos el sobrino de Everett, quien no apartó la vista de su plato, deseaba aportar sus puntos de vista. Lo que se haya dicho en el despacho ensombreció el buen ánimo de Conroy. Y Camila de esto se percató. Hablaría con su prometido a solas.

Los gemelos guiaban a los dos adultos como si estos no conociesen el camino hacia la gruta. Ángel lucía entusiasmado, charlando sin cesar y tomado de la mano de su «novia», mientras que Erik, permanecía en silencio por no saber qué decirle a la muchacha. Más bien, sonreía tímido por los comentarios de ella, de cuando él era un bebé. Se sonrojaba, ¡ella le cambió los pañales!, qué imagen tan vergonzosa tendría de él. No quería pensar en ello, lo enmudecía.

Anna era buena conversadora, pero en su fuero interno sufría por el par de ojos oscuros que debían estar clavados severos en su espalda. Sentía que le ardía, el condenado se pegó a ellos solo para fastidiarles la vida, o, más bien, a ella, porque dudaba que se haya ofrecido para protegerlos. Aun así, Anna no se amilanaba de su presencia; si le espetaba de nuevo *alguna*

mierda como la que le dijo en la cabaña, le daría un puñetazo.

El *sol de la medianoche* se filtraba entre las copas de los árboles, creando un juego de sombras y luces que hacían el trayecto aún más mágico. El sendero –años atrás cruzado por Anna– ya no tenía esa cantidad de ramajes que dificultaban el acceso a la gruta, teniendo que llegar hasta este a gatas. Los arbustos habían sido podados, lo que la hacía presumir que el lugar ya no era un escondite secreto, quizás por las decenas de hombres que vigilaban la zona.

Al llegar a la entrada de la gruta. Ángel le soltó la mano y la miró con ojos brillantes.

—Aquí es —dijo con orgullo y Erik puso los ojos en blanco ante lo obvio—. Es mi *lugá favodito*, ¿*vedad*, *Edi*? E… Erik…

—Aquí come, caga y duerme.

—¡*Cado* que no! ¡¡Tonto!! Pasa, Anna. Ven…

Anna lo siguió a través de la abertura de la gruta. Adentro, el aire era fresco y húmedo, el suelo presentaba partes pedregosas y arenosas, y las paredes con formas irregulares y porosas que lastimarían las manos si no se tenía cuidado al posarlas sobre estas, mientras avanzaban hacia las entrañas de la cavidad. La gruta no era muy profunda, como para perderse allí, pero era un buen escondite para protegerse de cualquier amenaza.

Sobre una roca de tope plano, Ángel había colocado cuidadosamente su colección de piedras angulares y de colores. Cada una brillaba de manera única bajo la luz tenue que se filtraba desde la entrada. Las mostró orgulloso, eran cuarenta y cinco en total, se lo expresó a su «novia» y a su apreciado primo, que ese día casi no hablaba. De las más vistosas contó su historia: una fue extraída del riachuelo cuando él aprendió a mirar bajo el agua, otra cuando se lastimó la nalga, al caer de un árbol e impactar sobre la que en ese momento le mostraba a la muchacha. Lloró de dolor, pero al darse cuenta de lo bonita que era la piedra, la guardó.

—Recogí esta del Glaciar Exit —conocedor de los gustos de su primo, Jevrem le entregó una piedra azul que extrajo del bolsillo lateral de su pantalón. No fue la vez en que perdió los estribos, sino semanas antes cuando viajó a Seward a visitar a una de sus aventuras. Un paseo por el glaciar después de la follada…

—¡Qué bonita, *gacias*, *Jevem*! —Lo abrazó y este correspondió cariñoso.

Quizás fue por la expresión dulce de Jevrem o el gesto que él tuvo hacia Ángel, que Anna olvidó el modo tan grosero en cómo él la trató. Pero enseguida la animosidad hacia ella volvió a dominar los rasgos viriles del moreno, cuando ella le sonrió. Su afabilidad no era para hembras malagradecidas, enturbiaba el ambiente solo con estar ahí, parada; si los acompañó, era para asegurarse de que esta no corrompiera a sus primos con sus mañas.

Ahí iba ella otra vez dándose contra el mundo…

Anna enfocó su atención en los gemelos, porque no iba a darle el gusto al otro de hacerla sentir mal. Alabó la piedra azul y la colección que con tanto celo Ángel acumulaba en la gruta. Preguntó por la historia de las que le llamaba la atención, solo para tener de qué hablar y así ignorar a Jevrem. Erik comentó que le mostraría después lo que él ha aprendido de ballet por su propia cuenta. Anna lo animó a que ahí lo hiciera, pero este miró a su primo y se cohibió.

—Mañana en la terraza. Aquí tropezaría…

—Danza bien. Yo no puedo, soy *godito* —Ángel aplaudía todo lo que su hermano mayor hacía, lo admiraba y lo quería mucho, aunque a veces a él lo hacía enojar.

—¿También puedo verte?

Erik quedó helado por el interés de su primo, que ni supo qué responder. Ninguno de los guardaespaldas de toda su familia aprobaba su interés por un arte que consideraban exclusivo

para las mujeres. Elijah y Tyson le aconsejaban practicar un deporte de combate como el boxeo o el karate, a fin de que sus músculos se fortalecieran como todo un macho.

—¿Para qué, para reírte de él?

—¡No me juzgues sin saber! —Jevrem le espetó a Anna, por acusarlo de algo que él jamás haría con la descendencia de Isabel y su tío Everett. No era esa clase de personas que lastimaban para divertirse.

—Lo mismo digo —*hipócrita*—: no me juzgues. —Anna tenía pruebas irrefutables que le daban autoridad para señalar su pésima actitud.

Jevrem apretó la mandíbula para no gritarle el odio que ahora le tenía, mientras que Ángel y Erik intercambiaron miradas, sin comprender cuál era la razón para que estos discutieran.

—Ya es tarde, vámonos.

—¡*Pedo, Jevem*, aún hay sol!

—Está por oscurecer y a tu mamá no le gusta que estén hasta altas horas de la noche por el bosque —explicó a Ángel, quien hacía pucheros—. ¡Vamos, mañana me tengo que levantar temprano! Debo volver a Kenai. —Olvidó lo de la terraza. De allí se quería largar, no se iba a prestar para endulzarle la oreja a su exnovia. Ya condujo *ese auto modesto* y se accidentó, de ahí salió rengueando y con el corazón lastimado. Los «autos defectuosos» eran un atentado, prefería los modernos, que contenían *airbags* y sistemas de freno precisos que salvarían su vida.

Los gemelos y Anna lo siguieron casi a las carreras. Jevrem caminaba rápido; cada zancada era larga y resonaba en el suelo. Un gigante cabreado que no toleraba le hablaran airado. Ángel y Erik le pedían que los esperara, pero los ignoraba, manteniendo el rumbo a su propia velocidad. Anna mascullaba por la desconsideración de este, ¡qué pendejo!, se las iba a ver con Isabel cuando ella se quejase.

—¡Espera, Ángel no se siente bien! —Se detuvo cuando reparó que jadeaba por no estar en condiciones físicas para pisarle los talones a un alfa de malas pulgas.

Jevrem retrocedió.

—¡No!, yo camino solo. ¡Soy *gande*! —Ángel se negó a que él lo alzara en brazos para llevarlo de vuelta a la cabaña.

—¿Viste lo que ocasionas? —*Por burro*. Esto último, Anna lo espetó para sus adentros para evitar que los dos se agarran de las greñas frente a los chicos.

Aguardaron unos minutos a que Ángel recuperara el aliento, y, cuando lo hizo, Jevrem ajustó su paso al de su rollizo primo. Los gemelos encabezaban la lenta marcha, Anna y Jevrem los seguían de cerca, el silencio intensificaba la tensión presente. *El sol nocturno* se despedía de su larga estadía en el cielo, opacando poco a poco el entorno. Cada crujido de las hojas bajo los pies y cada susurro del viento entre los abetos parecía amplificar la brecha entre Anna y Jevrem. Los gemelos se miraban interrogantes, ¿se enojaron por lo de la piedra azul o pasaba algo más grave? Sin embargo, no se atrevían a preguntar, por miedo a que pudieran ocasionar otra discusión.

Les tomó más tiempo en retornar a la cabaña que cuando fueron a la gruta. Anna se percató de que el señor Everett estaba en la terraza, las volutas de humo de su puro indicaban su presencia; alcanzaba a ver a Isabel, pero Anna no escuchaba a las princesas, por lo que asumía debían estar en la habitación que entre ellas compartían. Le llamó la atención que el Soberano rompiese la abstinencia de ese vicio y que Isabel le hiciera compañía, debido a que a ella le desagradaba el olor del puro; si bien, el Soberano raras veces fumaba, según Isabel, lo hacía para descargar tensiones. ¿De qué hablaron el señor Everett, Conroy y Jevrem en el despacho? Al salir de allí, cada uno de ellos lucía preocupado.

—Duerman bien —Jevrem les deseó las buenas noches a sus primos, cuando abrieron la puerta que da acceso a la cocina, y le dedicó una mirada a Anna, del cual le expresaba su desprecio. De allí, él se perdió por el bosque colindante de la parte posterior de la cabaña, aún era temprano como para acostarse, dejaría sus ropas cerca, pues por unas horas recorrería a cuatro patas la zona. Luego buscaría un pretexto para volver a Kenai, él no hacía falta en la boda; con la que pronto tendría con Roxanne sería más que suficiente. ¿Para qué torturarse con lo que pudo ser? Él y Anna de camino al altar…

En su habitación, Anna se quitó los zapatos y soltó la coleta de su cabello. El espacio que le tocó para hospedarse era la más pequeña, sin dejar de ser bonita y con unos ventanales que le permitía apreciar el paisaje nocturno de Denali. El ala oeste de la cabaña era una sección transversal, adicionada años después, al aumentar la familia de Isabel y Everett. Se construyó para hospedar las visitas que solían tener y también para el día en que Erika y Winona, Ángel y Erik quisieran tener sus propios dormitorios.

Echó un vistazo al exterior y expulsó el aire de sus pulmones, con ese desaliento en su alma, que estaba por llorar. Cielos… Él le hablaba con tanta rabia…

¿Por qué Jevrem podía seguir con su vida y ella no?

Se cimbró horrible cuando se topó con los ojos ávidos de Elijah, que había rodeado la cabaña y apostado entre los arbustos, solo para acosarla. Eran claras sus intenciones. Deslizó la cremallera de sus vaqueros y sin pudor de ser observado por la muchacha, detrás del ventanal, sacó su pene y apuntó hacia los matorrales para descargar sus orines.

Pero no lo hizo.

Se volvió hacia ella y comenzó a friccionar su virilidad. Anna agrandó los ojos. Ese hijo de… Agradecía a Licaón que ya no estuviese pasando por sus loqueras de loba fogosa, porque habría acudido a él, hambrienta de deseo. Pero antes de que ella le mostrara el dedo del medio y se fuese a dormir con las niñas, algo agarró a Elijah y lo haló hacia atrás con suma violencia.

Anna jadeó. Lo que haya sido que atrapó al gamma, debió ser más fuerte que este y de mayor tamaño.

Las ramas en la penumbra del bosque se azotaban de un lado a otro, los pájaros que descansaban en la copa de los árboles, volaron despavoridos. Anna deslizó la ventana, para escuchar si Elijah pedía ayuda o le jugaba una de sus pésimas bromas. Pero nada escuchaba y ninguno de los hombres de seguridad del señor Everett y los de Jevrem se acercaban a ese lugar para inspeccionar lo que pasaba.

Corrió fuera de la habitación, Elijah era un sujeto que debía mantener a distancia, pero no merecía que pasara por alto lo que le estuviese atacando.

—¡Señor Everett! —Se dirigió hacia la terraza y así alertarlo de lo que ella fue testigo; no obstante, Everett ya había saltado hacia abajo para dirigirse a ese lugar, sus agudos sentidos captaron al intruso. Sus hombres, salido de la nada, lo siguieron.

—¡Los niños! —Isabel se preocupó por estos, yendo juntas a protegerlos.

Las piernas de Anna e Isabel se paralizaron cuando escucharon el fuerte aullido de Everett, que barrió con la quietud de la noche. De inmediato, Camila y el señor Spencer, abandonaron la cama que compartían, como si los hubiesen espantado. A la vez en que se cruzaban los albornoces, por el pasillo se encontraron con las dos mujeres, la más joven les comentó lo que vio mientras Isabel retomó la carrera hacia el dormitorio de sus hijos, y la pareja se angustió. El aullido indicaba que algo malo había pasado.

—¿Y los gemelos? —Un ramalazo espantoso recorrió la espina dorsal de Isabel, en cuanto

entró al dormitorio de los varones, y no los halló allí acostados en la litera.

Las sábanas revueltas.

La ventana abierta.

Camila ya estaba inspeccionando a las niñas; respiró aliviada a Isabel, y esta les pidió se mantuvieran con las pequeñas, porque ella iría a buscar a los gemelos. Anna se ofreció en acompañarla, Isabel se negó, pero rápido cambió de parecer, otro par de ojos y olfato siempre era de ayuda. Así que, juntas saltaron por la ventana, por donde se supone secuestraron a los gemelos, y, a partir de allí, se dirigieron al bosque. Sea lo que haya por ahí, atacando a sus hombres, sus hijos fueron el objetivo.

Capítulo 12

La sangre contaminaba el flujo sereno del riachuelo.

El espectáculo era inquietante, una macabra mezcla de la naturaleza y la tragedia de la manada. Las hojas de los árboles susurraban al viento, como si quisieran ocultar el secreto de lo que había ocurrido, mientras la fauna del bosque observaba desde la distancia, cautelosa y alerta.

El cuerpo de Elijah yacía sumergido de la cintura para arriba en el agua. El primero en hallarlo fue Everett, quien olisqueaba la zona para captar olores y así determinar si fue atacado por un vampiro o un metamorfo. Podría sospechar de un oso grizzly, pero era poco probable que Elijah se haya dejado vencer por un animal salvaje de la zona. Tampoco el cadáver presentaba hendiduras de colmillos, y los zarpazos creados no fueron provocados por las uñas largas de esos *muertos en vida*. La sospecha recaía en su propia especie, conjeturando él de si se trataba de alguno de sus hombres. Elijah fue un sujeto problemático.

Acuclillado para olisquear la tierra cercana al borde del riachuelo; observaba con atención cada detalle en el suelo. Las hojas caídas crujían bajo sus pies descalzos mientras buscaba cualquier indicio que revelara el paradero del asesino. Si embargo, las aguas del riachuelo hicieron bien su trabajo, limpiando con su corriente las huellas impresas y los aromas que aquel haya dejado sobre el cadáver.

Aunque el ambiente estaba impregnado del olor fresco a tierra mojada y flora silvestre, nada indicaba la dirección que el asesino habría tomado.

—¡Everett! —Isabel corría hacia él, pálida y mortificada.

Él se puso en pie, temiendo que algo haya sucedido en la cabaña.

—Los gemelos no están…

Ni bien ella terminó de decirle, Everett llamó a Maxwell y a Colton, con el propósito de acompañarlo a rastrear a los lobatos. Estos no eran de salir a esas horas, nunca se le tenía permitido; el ataque a Elijah indicaba que su guardián intentó detener a los secuestradores, del cual lo liquidaron para escapar de allí antes de ser advertidos.

Isabel se negó en aguardar a que su marido y sus hombres retornaran con Erik y Ángel. Invocó a su espíritu lupino, al igual que Everett y los otros hacían lo mismo, y luego se avocó en una frenética carrera hacia las profundidades de Denali. No obstante, cuando concluyeron sus transformaciones; de entre los arbustos emergieron tres siluetas: un lobo grande y dos bípedos menudos.

Más atrás venía Luttrell, Tyson y Harper, tres de los hombres que emprendieron la cacería de atrapar al asesino, y aún se mantenían en sus formas lobunas. Isabel agrandó los ojos y Everett profirió un gruñido amedrentador *al que lideraba* la marcha.

Se interpuso en el camino.

Su mirada furibunda, pidiendo explicaciones.

—Se levantó dormido otra vez —Erik respondió al padre, mientras que la madre los olfateaba. Ella reparó que Ángel, descalzo y en pijamas, tenía algunos arañazos en los brazos y el rostro, el proceso de regeneración era muy lento en él, por lo que procedió a lamerle las heridas.

Jevrem comenzó a confinar en el fondo de su ser a su bestialidad, la parte débil ahora ocuparía el lugar en su consciencia.

—Los encontré a una milla de las tundras —comentó tras ser capaz de articular sus cuerdas

vocales; aún seguía estirando dolorosamente sus huesos y cambiando de piel.

Everett gruñó una secuencia de sonidos conocidos para que de allí todos se marcharan, menos Jevrem, a quien le mostró los colmillos. El aire se llenó de tensión mientras los otros se retiraban, dejando a los dos machos solos en la penumbra del bosque. Jevrem, con una mezcla de desafío y prevención, mantuvo la mirada fija en Everett, sus ojos reflejando una resolución incierta.

Antes de que el alfa más joven volviese a ser bípedo, Everett notó su pelaje húmedo y sus patas embarradas. Para este había sido una noche dura, por el peso que él depositó en sus hombros y del cual comenzaba a cobrarle factura. Los sonidos del bosque, usualmente reconfortantes para Jevrem, ahora parecían murmullos de juicio en su contra. Erik, a unos metros de distancia de su primo, intercambió miradas con este; en sus ojos marrones, la súplica silente de no decir nada.

La tensión en el aire era tan frágil como un hilo a punto de romperse. Los miembros de la manada, con sus sentidos agudizados y sus músculos tensos, se mantenían alerta en sus posiciones estratégicas, formando un cerco que cubría un radio de veinte metros; ni una hormiga se atrevería a cruzar el perímetro, preparados a borrar del mapa al que consideraran enemigo. La luna llena iluminaba tenue el claro del bosque, proyectando sombras inquietantes que parecían cobrar vida propia. Los alfas, líderes indiscutibles de sus respectivos grupos, intercambiaban miradas calculadoras, conscientes de que cualquier movimiento en falso desencadenaría un enfrentamiento inevitable. Everett no permitiría que ningún intruso perturbara la precaria paz mantenida a través de generaciones de pactos y enfrentamientos. Las sombras de los árboles y la vegetación circundante ofrecían un camuflaje perfecto, permitiendo a los centinelas observar sin ser vistos. El silencio se rompía de vez en cuando por el crujido de una rama bajo el peso de una pata, o el susurro del viento entre las hojas, pero ningún sonido animal se atrevía a desafiar la vigilia de estos guardianes.

Todo era absoluta tensión.

El brazo delgado y trémulo de la joven omega, rodeó los hombros de Ángel, quien lucía como si aún estuviese en trance. El lobato olía a sudor y a tierra húmeda; arrebujado él entre sus propios brazos como si tuviese frío. Anna le expresó palabras consoladoras, creyendo ella que su retraimiento se debía más a la impresión de haber visto destrozado a Elijah, que el de despertar de su sonambulismo en medio del bosque. Lo acompañó hasta la cabaña, seguida de Isabel-lobo y el resto de la guardia real. Se tuvo que contener para no darle un último vistazo a Jevrem.

Él halló a los chicos, pero…

¿De dónde venía él?

Lo vio partir después de que los acompañó hasta la cabaña. ¿Acaso…?

Cerró los ojos por un instante y luego los abrió y elevó al cielo, orando a Licaón de que no fuese lo que pensaba.

—En las tundras. Visitaba a Ma-Chail —Jevrem respondió a la pregunta que Everett le formuló, tan pronto su familia se alejó y él volvió a erguirse en sus piernas bípedas—. Vi a los gemelos por las inmediaciones del río Yukon. Eh… Erik velaba por Ángel. Lo siguió para evitar que se hiciera daño. Parece que esta vez, *eso de caminar dormido*, lo llevó lejos… ¿Por qué me olisqueas? —Ambos desnudos, una imagen del cual levantaría murmuraciones por aquellos que ignoraban sus costumbres. Pero esto no incomodaba a ninguno de los dos o a los lobos de alto rango que cuidaban a cierta distancia de las espaldas del rey. La desnudez entre los metamorfos no se censuraba, solo eran conscientes de esto en los meses en que la copulación con las hembras era más intensa. Pocos son los que aprendieron a ocultar sus partes pudendas en consideración de

las jóvenes virginales; más que todo, los viejos o los de precaria musculatura. O simplemente para evitar se escandalicen los que no son como ellos.

Everett le ordenó a su sobrino a que lo siguiera, y luego le señaló con el mentón lo que había cerca del riachuelo.

Un sentimiento parecido a la satisfacción se alojó en el pecho del bípedo al observar inmutable el cuerpo inerte del gamma. Las tripas expuestas, la carne desgarrada, la expresión de horror en el rostro del infeliz que nunca supo contener sus ganas de reproducirse con toda joven en edad de abrir las piernas.

Se lo merecía.

—¿Quién lo rebanó? —casi deja escapar una sonrisa al preguntar.

—Eso estoy investigando —los ojos de Everett enfocados en Jevrem.

—El hijo de puta nunca me agradó, pero no como para matarlo —mintió. Tantas veces en que se juró a sí mismo de elevarlo a la lista de los que faltaban pagar por lo que a él le hicieron. Elijah… Bueno, lo odiaba porque sí.

Las huellas de los pies de Everett se marcaban en la tierra fangosa en la medida en que rodeaba el cadáver de Elijah, en una actitud de detective meditabundo; el ataque fue rápido como si no le hubiera dado tiempo al asesino de arrancarle todas las extremidades. El desmembramiento solo se dio en el pene del desdichado; pantalón hasta las rodillas: lo pillaron cagando o fue un acto de venganza.

—Tócalo y dime lo que ves. —La coartada de Jevrem era fácil de confirmar con Ma-cheil y las tribus asentadas en sus dominios. Si pasó por allá, ellos le dirían a qué hora llegó y a qué hora se marchó, y si estuvo solo o acompañado. Le dio mala espina verlo con sus hijos.

Jevrem se inclinó sobre el cuerpo y posó su mano sobre el brazo inerte de Elijah. La piel estaba helada y comenzando a sufrir de *rigor mortis*. Lo que hacía era inútil, pues ningún hecho vería; el presente de este no existía. Por extensión, su clarividencia no era efectiva. Para él era imposible «posarse» en los ojos de un cadáver. Aun así, fingía que trataba de «percibir» los sucesos que acabaron con Elijah, su tío aguardaba respuestas, y Jevrem se cuidaba de dar una negativa al primer inconveniente.

Tocó una de las perneras húmedas del pantalón, y se mantuvo con los ojos cerrados un rato.

—Nada veo —por desgracia, tenía que admitir sus límites—. El agua es un bloqueador de energías residuales.

Everett profirió una palabrota por lo bajo, la posibilidad de que Jevrem averiguara quién es el asesino, le ahorraría tiempo de investigación. Ordenó a Maxwell a que recogiera el cadáver y lo llevara hasta las barricadas donde sus hombres se guarecían en sus horas de descanso. Lo quemarían al día siguiente en un funeral que le harían para honrar sus restos y sus años de servicio.

Jevrem no sentía pena por la pérdida de Elijah; más bien, maldecía los inconvenientes que se le presentarían. Su tío quería peinar cada tramo del bosque y las tundras hasta hallar algo que lo llevara a atrapar al que castró a las malas al gamma. Siendo discreto, escaneaba el entorno a ver «qué encontraba» que delatara al «sujeto». Branimir y Tyson agudizaban la vista en la oscuridad por si tenían mejor suerte que Jevrem. Sus propios hombres se aseguraban de que él no fuese emboscado por invasores, Castell, Wyatt y Esdras no lo perdían de vista; entre centinelas de ambas falanges sospechaban entre sí. Esdras le gruñó a Tyson cuando este lo olisqueó, y Branimir casi se agarra a los puños con Wyatt ante una pregunta que al último ofendió. «*¿Dónde estaba usted cuando ocurrió?*».

La noche era fría y el viento soplaba con una intensidad que hacía crujir las ramas de los árboles, creando un ambiente aún más tétrico. Jevrem sabía que su tío no se detendría ante nada para encontrar al culpable, y eso significaba que él y los hombres asignados tendrían que seguirlo sin cuestionar. Mientras avanzaban, Jevrem se preguntaba para sus adentros qué fue lo que pasó con sus primos. La incertidumbre lo carcomía, pero también lo motivaba a estar más atento a cada guardia y centinela que protegía el bosque. De repente, Tyson levantó la mano, señalando algo en el suelo. Al acercarse, Jevrem se preocupó al ver una serie de huellas que parecían frescas. Estas podrían llevarlas hasta al asesino de Elijah.

*****

La estela de humo que alcanzaba a ver desde la puerta principal de la cabaña fue un mal augurio para Camila, quien perdió las ganas de contraer nupcias en ese territorio. Un asesinato perpetrado hacía dos días, no debía anteceder la unión de dos enamorados, por lo que desistió de casarse allí por respeto a las víctimas. Se lo manifestó a Conroy, y este estuvo de acuerdo; al menos postergarlo por unas semanas y efectuarlo en otro lugar. Isabel trató de animarlos, esa mañana llegarían los ramos de rosas que encargaron desde Anchorage y ya levantaron el altar por la parte oeste –afuera de la cabaña– donde dispusieron un espacio acorde para alojar a las personas que vendrían en unas horas y pasarían la noche para la eventual boda del próximo amanecer.

Pero Camila expresó que lo dejarían para el verano.

Aún había tiempo antes de…

Desde lo alto, en la terraza, la mayoría de los residentes de la vivienda de cristal y madera, escuchaban el lamento de los lobos en la lejanía. Los gemelos permanecían silenciosos; sus manos juntas sobre el muro que rodea la terraza. Las niñas, cada una en brazos de Camila e Isabel, respectivamente. El señor Spencer tenía una expresión trasnochada, pegándole a él más el desvelamiento que a los demás, aunque cuidando siempre la pulcritud de su apariencia personal. Anna se guardó para sí de mencionar la masturbación de Elijah, la avergonzaba y también para no empañar la imagen del desdichado pretendiente. Puede que a ella le echaran la culpa por su distraimiento.

Las maletas estaban listas, Harper las había bajado y depositado en el vestíbulo; en cuanto el funeral acabara, ella y sus dos protectores se marcharían de Denali. Los ancianos tomarían el helicóptero programado para las tres de la tarde, en un vuelo hasta el aeropuerto de Anchorage, y Anna iría en auto hasta Kenai a ver a sus padres, confiando en que Maxwell la llevaría.

—Elijah: malo.

—¡Ángel! —Anna exclamó ante su desatino, sorprendida del comentario. De inmediato una serie de pensamientos la mortificaron, de lo que posiblemente, él y Erik, vieron la noche anterior. El señalamiento ominoso del lobato, lo repitió de vuelta a la cabaña, como si Elijah a alguno de estos o a los dos los hubiese agredido. De la gente, Ángel suele expresarse bien; si no les agrada, se aleja. Pero jamás hacía un comentario carente de elogio; con Elijah pasaba lo contrario—. Él fue un tonto, pero no una mala persona.

Cabeceó.

Ceño fruncido.

Espalda jorobada.

Mirada gacha.

—Malo.

—¿Por qué lo acusas de serlo: les hizo algo? ¿Se burló de ti? —preguntó en voz baja. Oraba a que no fuese así, porque ella invocaría a los demonios del averno a que arrastraran al foso, el alma de Elijah, y lo torturaran hasta que el mundo dejase de existir, como castigo de haber lastimado a un inocente.

—Es sensible —Erik le susurró para que Anna no siguiera con sus preguntas. Ángel no levantaba mirada, sus puños cerrados y pegados a su pecho en un abrazo que se hacía a sí mismo. Aún los arañazos por las ramas seguían visibles. Erik no presentaba ni un rasguño, pero se mantenía retraído.

—*¡Auuuuuuu!*

—Tú, no, guarda respeto —Isabel acalló el alegre aullido de Erika, pues la manada se despedía del guardia. Pocos aullidos resonaron por la extensión del bosque, un número inferior en comparación a la vez en que, Goran y Lazar perecieron en manos de Ranko, y la señora Mila por el hermano cobarde de Isabel. En aquel funeral acudieron hasta las tribus de otros estados; las tres víctimas fueron leales servidores al señor Everett.

Anna le sobó a Ángel la espalda para expresarle su apoyo, pero este se marchó de allí a pasos agigantados. Isabel notó su malhumor, y, angustiada pidió explicación a Erik y a Anna. La joven se encogió de hombros y el mayorcito se fue detrás de su gemelo, preocupado de que fuese incapaz de guardar el secreto.

—Aún está afectado por lo de anoche… —Anna conjeturó, en vez de comentarle sus temores a Isabel. A lo mejor era lo que Erik le había dicho: era sensible.

Mientras Isabel le entregaba la niña a Conroy, para ir a consolar a su hijo, Anna aprovechó de que Erika no quería zafarse de los brazos de la madre; allí estaba cómoda, y el señor Spencer no era diestro al cargar niños. Procuró bajar rápido a la segunda planta y cruzó el pasillo hacia la habitación de los varoncitos. Abrió la puerta, sin molestarse en tocar. Erik y Ángel se hallaban sentados al borde de la litera baja, donde dormía Ángel. Este negaba con la cabeza en respuesta de lo que sea que le hablaba su hermano. Ambos levantaron la mirada hacia ella. Ángel se limpió las lágrimas y Erik palideció al ver a su exniñera.

—Si necesitan hablar…

—¿Qué pasa, amor? ¿Estás bien? Aquí está mami —Isabel entró al dormitorio y enseguida Ángel se echó a llorar sobre ella. Erik se levantó para que su mamá ocupara su puesto; su expresión reflejaba preocupación.

Anna cerró la puerta tras de sí, para permitirles privacidad, y enseguida halló en el pasillo a la señora Blanka.

—El almuerzo está listo, avísele a la reina.

—Lo haré en cuanto ella salga —señaló con el pulgar hacia atrás—. Está ocupada, hablando con sus hijos.

La rolliza pelirroja asintió, en una expresión desdeñosa difícil de ocultar hacia la muchacha. Así que, le dio la espalda a Anna, para bajar a la cocina y procurar mantener los alimentos tibios hasta que la señora Isabel, sus hijos y sus invitados se sentaran en la mesa del comedor. Pero su pie quedó estático en el escalón del tope de las escaleras, considerando que era su deber moral velar por el bienestar de la familia real.

Mientras permanecía allí, inmóvil, la mente de la anciana se debatía entre el deseo de cumplir con su obligación y el resentimiento que sentía hacia la joven. ¡Le quería dar de bofetones y luego expulsarla a patadas de esas tierras! La consideraba una oportunista que se aprovechaba de

la nobleza de sus amos. Briserka tuvo buen olfato al percibir que Anna Morris era una mojigata, se las daba de niñita inexperta, pero tenía *campo recorrido*.

—Usted es mala influencia para los lobatos y para las princesas. La querrán como a una amiga, pero no me engaña: busca tener el apellido.

—¡¿El apellido?! ¿Qué está insinuando: que me quiero tirar a los gemelos? —Ni con celo. ¡Jamás! Eran lobatos.

—O al señor Jevrem. La he visto como lo mira…

—Mejor vaya a poner los platos en la mesa, porque no quiero causar un escándalo. A los gemelos los quiero como si fueran mis hermanos, y, al señor Jevrem…

—Es otro que se quiere follar.

La joven gruñó por lo bajo.

Sus garras afiladas.

Después de desahogar sus sentimientos personales, Blanka sonrió despectiva, poco consciente del peligro que le aguardaba si seguía fregándole la paciencia a la omega. ¿Se había enojado? ¡Con qué cara fingía estar indignada! Le cantó una gran verdad. Además, que ni se las diera de superior a ella, eran de la misma casta; ni una era más fuerte que la otra, ni el dinero o los estudios las hacían más «distinguidas». La pobreza a ambas les respiraba en la nuca.

¿Estaba empuñando las manos?

Rio por la actitud altiva de Anna. Blanka era vieja, pero no manca. Los años de estar trozando los animales de gran tamaño que le llevaban para prepararlos, le endurecieron los puños y fortalecieron los músculos de sus brazos gordos. Una paliza merecía esa muchacha por trepadora.

Capítulo 13

De los tres que llegaron, dos partieron a Nueva York.

Anna aún permanecía frente a la cabaña, su maleta al lado, su morral terciado a su espalda. Maxwell se disculpó con ella, ya que debía acompañar al Soberano hasta las tundras. El amo pasaría un rato por allá y luego iría a cazar para liberar tensiones. Branimir la llevaría hasta Kenai, y esto sería tras desocuparse; pasaría por la aldea donde residen los familiares de Elijah; la incineración del cuerpo fue un momento solemne y doloroso, como para terminar de desgarrar el corazón de la progenitora, al entregarle las ropas y los objetos de este en bolsas de plástico. Lo haría en privado y con palabras de consuelo. Elijah fue su amigo.

—Anna no te vayas, no estoy *bavo* contigo —Ángel le suplicó, apesadumbrado, pugnando en aferrarse a ella para retenerla.

—Lo sé, pero tengo que visitar a mis padres. Cómo los extraño...

—¿Y vas a *vol*… volver? —se esforzó por hablar bien, y Anna negó con la cabeza—. ¿*Po* qué?

—Estoy de permiso, debo hacer mis tareas…

El jovencito hizo pucheros. ¿Cuándo la volvería a ver? Le había pedido a Blanka de sacar el tarro de la harina leudante y el azúcar; ese día dispuso hornear galletas.

—Quiero *id* contigo.

—No se puede.

—¡Sí, Anna!

—Ángel, no seas fastidioso. Anna tiene que ver a sus padres —Isabel lo increpó sin gritarlo—. Volverá cuando pueda. Así que, dale un abrazo y deséale un feliz viaje.

Él obedeció y le expresó a su «novia» lo mucho que la quería.

—También yo.

—¿*Pro*… prometes que vas a llamar al celular de mamá? —cuando hablaba lento, la «ere» le salía bien—. Ella no *qui*… quiere que yo tenga el mío. *¡Jum!* —Se enfurruñó en sus brazos, en una pose enojada, pero adorable para la muchacha.

—Aún no estás en edad para tener uno —Isabel le explicó por enésima vez. Hasta que fuese razonablemente maduro para comprender y tolerar algunos aspectos en las redes, evitaría que diera ese salto a ese mundo tecnológico. Y era un dolor de cabeza en aumento, Erik era el que más insistía en tener su propio móvil.

—¡Soy *gande*! —Adiós consonante dificultosa, él estaba enojado.

—Hasta que te salgan bigotes.

Ángel infló más los cachetes.

Un beso en la mejilla obtuvo de Anna. Se despidió una vez más y esta vez Erik le tocó el hombro a su gemelo para que la soltara. Ángel buscó refugio en los brazos de su madre, porque la alegría a él le duró muy poco. Mientras tanto, Erik le entregó a su exniñera una pulsera tejida por él mismo, ella sonrió, la apurruñó en su pecho, conmovida por el bonito gesto del lobato, y, de inmediato se la puso en la muñeca izquierda. Erik la ayudó a anudarla con delicadeza y luego recibió un beso en ambas mejillas que lo ruborizó hasta las orejas. Jevrem había acabado de terminar la video-llamada que Roxanne le hizo, quien escuchó el rumor de lo sucedido en Denali. Pero esto fue más que todo para averiguar qué día él retornaría a casa, ella tenía *muchas*

ganas de enseñarle la nueva lencería que compró en línea. Su prometida dependía de sus emociones, necesitando temerlo a él siempre cerca, que, cuando lo hacía lejos, la atacaban las inseguridades.

Castell, su hombre de confianza, le informó que todos sus guardianes esperaban órdenes, y que en cuanto estuviese listo podían marcharse. Jevrem asintió, sus ojos clavados en la pulsera de Anna y en el abrazo cariñoso que esta le daba a su primo.

Se sentó en el asiento posterior del Hummer platinado, después de haberse despedido de Isabel, de Ángel y las niñas. De Erik, hasta Blanka notó la frialdad que Jevrem le demostró.

—Lleva a Anna, ¿no van los dos al mismo lugar? —Isabel sugirió en esa malicia fraguada desde temprano por la mañana para que ese par se reconciliara así fuese en plan de amistad.

Anna esbozó una expresión a su amiga de «por favor, no me obligues a ir con él», y el otro cerró un instante sus ojos negros, para respirar profundo. Eso seguro era obra de su tío. ¡Maldición!

—Sube rápido, tengo prisas.

Echando madrazos en su fuero interno, Anna intentó subirse al asiento del copiloto, pero Castell le informó que ahí él se sentaría, y que ella debía acompañar al alfa durante el trayecto. La joven dio adioses con la mano a los niños y a Isabel, esta última esbozaba una sonrisita que, para Anna, había gato encerrado. Procuró estar lo más pegada posible a la puerta de su costado derecho, de modo que estuviese lo más alejada posible del idiota con el que compartiría el asiento.

—Gracias por el avent…

—¡Arranca! —Jevrem le ordenó con hosquedad al chofer para poner en marcha la camioneta, y del que Anna se sintió como una hormiguita cohibida por verse en esos predicamentos; fue como si a él le hubiesen pedido que la llevara a la luna y luego al sol. Jevrem se puso los espejuelos que, para Anna, no tenía caso usarlos allí dentro, estaban protegidos de las inclemencias del sol; aun así, el accesorio era una especie de barrera; no la miraba, su atención más allá de la ventanilla a su izquierda.

El chofer –Langdon– encendió el aire acondicionado y elevó el panel central que divide la cabina del todoterreno, lo cual, para la joven, el aislamiento era asfixiante e intimidatorio. Ninguno de los dos hacía lo posible por iniciar conversación, cada uno en su propio mundo. Jevrem se increpaba en su fuero interno por no haber llegado en la moto que compró, tras recuperar la azul cerúleo a su tío Everett, y Anna meditaba que para la próxima en que se las viera incómoda, llamaba un taxi. Transformarse no era aconsejable para una loba solitaria y joven, la región estaba plagada de muchos lobos que irían tras ella.

Los abetos pasaban rápido por su ventanilla. *¡Zum! ¡Zum! ¡Zum!* Uno tras otro, con una carrera frenética, pero que en realidad el todoterreno volaba sobre la carretera. La gravilla y la velocidad del vehículo hacían que Anna rebotara sobre su asiento. Echó un vistazo de refilón hacia Jevrem, y este apenas se movía, sus largas piernas lo mantenían en su sitio. Él percibió que lo observaba y volvió su rostro hacia la morena, quien enseguida apartó su mirada, maldiciéndose por estar pendiente de su acompañante. Ocho horas… Caramba, el trayecto sería eterno; la incomodidad, el silencio, el perfume masculino invadiendo sus fosas nasales, recordándole su presencia.

La duda la asaltaba una y otra vez: ¿debía ceder y hablarle? Sabía que no sería fácil, no después de lo que sucedió en la cabaña y en la gruta. Él fue injusto, hiriente, y su actitud distante no ayudaba en lo más mínimo. Esa pose de «para mí, tú no existes», era un muro invisible que

parecía imposible de atravesar. Sin embargo, en el fondo, una pequeña llama de esperanza titilaba, sugiriendo que tal vez, *solo tal vez*, una conversación cambiaría las cosas. Pero no era sencillo… Había orgullo y dolor de por medio, y la morena no estaba segura de querer ser la primera en ceder. El tiempo se estiraba y encogía a la vez, cada minuto una eternidad. Mientras tanto, el paisaje seguía su curso, ajeno a la batalla silenciosa que se libraba en el interior del Hummer. El tiempo obligatorio que compartirían sería una prueba de resistencia, donde las decisiones tomadas o evitadas, marcarían la diferencia entre odiarse por siempre o concederse volver a ser amigos.

Acarició la pulsera como si le diera fortaleza de soportar ese viaje infernal. Sin embargo, Jevrem se volvió hacia ella justo en ese instante. Sus ojos, oscuros y penetrantes, parecían capaces de ver a través de su alma.

—¿Es amistad o algo más? Porque es muy joven para ti —preguntó con una voz que no admitía dudas.

Anna le gruñó.

Qué hijo de pu…

—¡Qué mente tan sucia la tuya! Erik es un lobato, le limpié el culo cuando era un bebé.

—Pues, *ese bebé*, está atravesando cambios hormonales. Y te agradecería me respetes, soy tu alfa.

Anna contuvo una risotada.

¡Payaso!

—Le ofrezco mi perdón, señor –*maldito*– Alfa de Kenai, por aceptar el obsequio de su primo –contestó avinagrada—, pero no hay nada turbio entre él y yo. Solo amistad. —De la que ellos dos fueron incapaces de mantener.

—Erik se ha fijado en ti, porque te has mostrado accesible.

Ahora sí que se formó la batalla campal de las lobas cabreadas.

—¡¿ACCESIBLE?! —rugió, valiéndole un carajo sí por altanera se ganaba unos latigazos—. ¡Yo no soy accesible para nadie! —Más bien cuando las ganas por un macho la superaban, y ahí se entregaba a la pareja con la que estuviese ella saliendo.

Jevrem era consciente de que Erik no representaba ser un rival para él, dada su inexperiencia, y que era una estupidez de su parte celar a Anna con un larguirucho que pensaba más en danza que en chicas. ¿Qué le iba a reclamar a ella? ¿Infidelidad? Jamás la hubo, solo olvido…

Las miradas ceñudas volvieron a sus respectivas ventanillas, ya rodaban por la autopista, por lo que Anna dejó de rebotar como lavadora automática descontrolada; le hervía la sangre, ¿cómo se atrevió a acusarla de coquetear con un adolescente de doce años? Era casi un infante, pese a su estatura. Erik hasta hacía poco se trepaba en los árboles y jugaba con Ivalu, la nieta del jefe de los yakaramath. Lo que sentía el primogénito del señor Everett, por ella, era superficial. Nada de qué preocuparse, se le pasará en cuanto conozca a alguna jovencita de su edad.

«¿Quién es él?», Anna recordó la vez en que conoció a Jevrem en la casa patriarcal de los Brankovic.

«Es el hijo de la señora Radojka —susurró Briserka—, *no debes fijarte en él, porque te pondrán de patitas en la calle».*

Y se fijó…

Y sufrió como una tonta.

El motor del Hummer, ronroneaba, el paisaje por el horizonte atrapaba su mirada y el silencio en la cabina posterior era imperante. ¿Quién sería capaz de culpar a Erik por enamorarse?

Recordaba con claridad cómo ella, a sus trece años, sintió ese mismo flechazo por Jevrem. Fue un amor puro y lleno de sueños. Ahora ni podían mirarse sin reñir.

—Tendré cuidado de no lastimarlo —admitía que no supo reconocer las señales que el chico le mandaba. ¡Hasta le pidió ser su novia! Bueno, los dos.

¡Ay, madre de Licaón!

Esperaba que Ángel no estuviese igual de flechado, porque Isabel la mataría. Tenía que haber sido un juego, no algo en serio.

Jevrem la miró, esta seguía enfocada en la ventanilla. No replicó con sus acostumbradas mordacidades, mantuvo sus labios sellados, ¿para qué discutir? Todo acabó desde que ella se subió en aquella aeronave.

Muchos kilómetros faltaban por recorrer y ellos dos, ahí, tratándose como si fuesen enemigos que tuvieron que compartir un «tanque blindado» para sobrevivir. Jevrem se quitó sus espejuelos y los guardó en el bolsillo interno de su chaqueta sastre, e inclinó su cabeza hacia atrás para reposar sobre el respaldo de su asiento. Sus celos fueron ridículos, ya estaba comprometido en matrimonio, Roxanne era lo que todo macho esperaba de una hembra: fogosa, obediente y de buena casta. En cuanto se casasen, la preñaría. Los cachorros serían su proyecto de vida; por ellos, él se centraría, y no en nadie más. Los amaría y protegería; aguantaría el matrimonio hasta que ellos formasen su propia familia.

«*¿Estás nerviosa por ser tu primera vez?*» —Jevrem pensó en la noche en que ambos festejaron a lo grande sus cumpleaños—. «*Bueno, también lo es para mí*» —jamás olvidaría la expresión de incredulidad de ella hacia él—. «*Es mi primera vez con un hada*».

«*Eres un tonto*» —le causó gracia. Lucía tan dulce, tan inocente…

«*¡No te miento!*» —se carcajeaba y ella asentía de que así era—. «*Jamás he sido más sincero. Me abruma* hacerlo *con un hada. He escuchado que*, el que ama a una, *la ama para toda la vida*».

O quedaba maldito.

Consideraba que él le había entregado el corazón, pero que fue devuelto como un objeto defectuoso.

Anna se cansó de estar mirando hacia afuera y recostó la cabeza del mismo modo que Jevrem. Cerró los ojos y deseó dormirse, de modo que el viaje se le hiciera corto. Pero ni una pizca de sueño tenía en plena tarde y más que se acercaba la hora para merendar; nada llevaba en su morral, ni siquiera una barra de chocolate para engañar a su estómago. El hormigueo le recorría la piel de una manera extraña, entreabrió un ojo y luego los dos, al darse cuenta de que Jevrem tenía puesta su atención en ella.

Él no apartó la mirada al verse atrapado, estudiándola detenidamente; sus irises oscuros recorrieron su rostro, como si en su mente grabara a detalle cada defecto o rasgo que ella tuviese. El «deja de mirarme» se le atoró en la garganta a la muchacha, la atrapó con su magnetismo hipnótico; tenía que ser eso, porque ella era omega, fácil de hipnotizar, y él un alfa que sería capaz de medírsele hasta al mismo Soberano.

—¿Por qué, Anna?

La aludida podría hacerse la desentendida, la pregunta parecía no estar ligada a lo que antes discutieron; bien que comprendía *a lo que él se refería*, se la formuló un par de veces en la que a él no le importó demostrar a través de la línea telefónica, lo profundamente decepcionado de las promesas que quedaron rotas.

—La gente cambia. —Al instante se arrepintió por darle a entender de que sí era cierto lo que

otros de ella especulaban.

Si hubo algún resto del corazón de Jevrem que se salvó en su pecho lastimado, ahora nada quedaba de este, porque se había desintegrado. La gente cambiaba, la distancia los obligaba a mutar en seres que ya no albergaban esperanzas. Solo un hueco vacío, en la que sería llenado con el tiempo de rencores y desconfianza hacia los que se le acercara con una sonrisa afable. Su padre estaría expresándole: «El amor es una mierda, solo los idiotas se enamoran».

Tenía que ser práctico.

—Eh… La gente madura —Anna se apuró en explicar lo que quiso decir—, en un momento dado en la vida de cada quien, las metas concretas toman más relevancia que soñar despierta.

—¿Eso fue lo que hubo entre los dos?, ¿un sueño infantil? —la cuestionó dolido, él la quiso como hombre, impuso su noviazgo a su familia, del cual no apostaron por las diferencias sociales. Él les hizo ver que se amaban y que se apoyaban en todos los sueños y metas que aspiraban, que eran tan razonables como ellos, con una felicidad digna de admiración. Vaya pendejo—. Perdóname, Anna, aquí jamás hubo madurez, solo capricho de niña.

—¡Jamás actué de esa manera!

—Apenas pusiste un pie en Nueva York, y te volviste loca —sin ser consciente, se deslizó un poco hacia ella; sus ojos furibundos—. Te cerraste a lo que sentíamos, lo menospreciaste para irte de *jerga* con púberes de pito alegre.

—No soy una… ¡No lo soy! Terminamos porque…

—Antepusiste tus diversiones, te gustó el libertinaje —un centímetro más de aproximación. Pese al aire acondicionado, en la cabina hacía calor—. Me habría enfrentado a quien fuese por ti. ¿Por qué, si te amaba tanto, me diste ese final? No lo merecía… —le cortó las patas por teléfono.

Ella bajó la mirada. Por supuesto que él no lo mereció, pero la respuesta que le daría lo enfurecería, porque no le creería. ¿Era tan complicado de comprender que prefería estudiar?

—Seamos sinceros, Jevrem. Si fueras tú, el que hubiese tenido la oportunidad de realizar lo que siempre has deseado… ¿Lo habrías arriesgado?

Un impulso rápido hacia ella, aplastándola contra el respaldo del asiento.

—¡SÍ! —exclamó contundente—. Daría hasta la vida por ti, Anna. Pero el sentimiento jamás fue compartido, por lo que me doy cuenta, solo fui un medio para lograr tus objetivos.

—¡NO SOY UNA TREPADORA! Y ¡apártate que me estás robando el oxígeno!

—Eso es lo que eres: me utilizaste para salir del lodo donde te hallabas. Qué buena actriz fuiste, te felicito, aparentaste ser tan… ¡Ni te atrevas! —le atajó las manos en el instante en que Anna intentó golpearlo con sus puños. La lanzó a lo largo del asiento, posándose dominante sobre ella, de esa manera le indicaba «no puedes contra mí»; le perfiló los dientes mientras él gruñía; sus ojos se tornaron de un amarillo demonizado; inspiraba temor, siendo esa su intención para reducirla—. Ni-te-atrevas —cada palabra escupida con mucho veneno. Sus labios cerca de los de Anna, quien trataba de no recibir su aliento masculino; su fuerza era nimia en comparación al feroz agarre del alfa—. ¿Acaso no sabes lo que le sucede a los que me irrespetan? Les va mal, muy mal…

—Expúlseme, entonces —lo lamentaba por sus padres, pero estos tendrían que mudarse a otra ciudad para estar lejos de ese patán.

Jevrem rio de una manera que a Anna le heló la sangre.

—Eso sería premiar tus groserías y darte vía libre para esparcir tu mala semilla —siseó amedrentador—. No. Mientras esté bajo mi mando, obedecerás. —Y pagaría cada lágrima que a él le hizo derramar. Los machos jamás debían llorar por una hembra.

La joven abandonó todo esfuerzo por liberarse del agarre poderoso de Jevrem, estando él aún sobre ella, a horcajadas y aguardando a que le replicara, intransigente, pero Anna no era capaz, perdió el habla por la abrumadora posición en la que se hallaba; su atención puesta en los labios de su alfa, jadeando este por el enojo a punto de desbordarse. Si le daba motivos, podría lastimarla. ¿Quién lo castigaría por ese hecho? ¿El gobernador? El señor Damir la aborrecía. ¿El Soberano? Tenía muchas preocupaciones como para ocuparse de la ex de su sobrino. ¿Isabel? Tal vez, aunque ella no solía meterse en los asuntos de otros líderes. El poder de la reina consorte era limitado. ¿La señora Camila?, ¿el señor Spencer?... Sus buenos protectores eran humanos del cual nadie escucharía.

—Como usted ordene, amo —expresó en contra de todo lo que ha logrado desde que se marchó.

En vez de estar satisfecho por demostrarle que ella aún le pertenecía, esto a Jevrem le produjo agrieras en el estómago. Anna lucía atemorizada.

Y él se vio reflejado en ella.

«Qué culito tan apretadito. Terminará por gustarte, lo tienes de familia, a tu papá le gusta mucho… Acomódalo, Kroz, quiero correrme en su boca».

La soltó y se acomodó en el asiento donde antes Anna estuvo sentada. Esta se pegó a la puerta del otro extremo del Hummer, llorando de rabia, una vez más aguantaba humillaciones por parte de ese maldito. Sin embargo, los dos sufrían por separado. El mundo de Jevrem flaqueaba por las risas perniciosas que escuchaba en su cabeza. Se sentía asqueado, de lo que, entre varios le hicieron en aquel fortín canadiense. Despertaba en él las ganas de ir por los que aún seguían impunes, había jurado olvidarse de estos y ser feliz, dejando que la justicia de su pueblo los alcanzara. Pero nadie hacía nada por aplicar la ley, más allá de la frontera estadounidense; solo Vladan y Kroz fueron los únicos, cuyas cabezas rodaron por el suelo en un duelo a muerte. Y, con estos, todo reclamo llegaba a su fin. Los que se salvaron de ser enjuiciados, ahora lideraban naciones humanas.

—Visita a tus padres y luego te largas. Ya no eres parte de Kenai. —Se las arreglaría para acceder a la mente de Conroy Spencer y obtener sus secretos. Su clarividencia se ha desarrollado, de modo que era capaz de desdoblar su alma y posarse en cada cuerpo que quisiera; los conjuros protectores de los Portadores no serían el inconveniente; así fuese con otro conjuro que lo contrarrestara, buscaría el modo de emplearlo. Si Conroy era un espía de Kerenor, y este estaba implicado en la muerte de David Colbert, él mismo lo averiguaría a través de los ojos del humano. Pero a Anna no la quería tener por más tiempo cerca.

La joven lloró en silencio, su frente pegada en el cristal de la ventanilla; no es que la afectara no poder volver más al pueblo, ella tenía años fuera de la península, convirtiéndose en una persona diferente. Más bien, lo que la afligía era que ese lazo que la unía a sus orígenes fuese cortado con tanta frialdad. Lo peor para un metamorfo era el destierro; la tierra donde nació y creció le sería vetada; ya no la reconocerían como una de los suyos, sería en adelante una paria de la cual cortaron de raíz para no corromper a los demás. Anna, al ser una loba rebelde, era un mal ejemplo para las jóvenes que comenzaban a cuestionar sus propias existencias. Ella prefirió los estudios al matrimonio.

Al marcharse de Alaska a Nueva York, fue para ella como un viaje hacia lo desconocido que estuvo lleno de incertidumbre, pero que Anna no pudo evitar sentir una mezcla de liberación y tristeza. La universidad le abrió un mundo nuevo, lleno de conocimientos y experiencias que jamás habría obtenido en su pueblo. En la ciudad metropolitana encontró personas que la

comprendieron y protegieron; mentes abiertas que la aceptaban por lo que era, sin juzgarla por su naturaleza de metamorfo. Sin embargo, la sombra del exilio pesaba sobre ella, un constante recordatorio de que su deseo de aprender tuvo un alto costo.

Anna se prometió que, en la distancia encontraría la manera de honrar sus raíces sin dejar que estas la ataran. La vida le había dado una segunda oportunidad, un camino diferente que aún ha estado recorriendo con valentía, su corazón siempre llevaría la cicatriz de la separación, pero que seguía dispuesta a escribir su propia historia en un mundo que aún tenía mucho que ofrecerle.

Capítulo 14

Emilia no cabía en su dicha.

Preparó una cena suculenta para dar la bienvenida a su hija. George cerró su restaurante temprano, porque esa noche lo dedicaría a su familia, había emprendido en un restaurante para los turistas humanos, que degustaban de un buen filete de búfalo o una trucha, según la temporada para servir dichos platos. Le iba bien; criticado por otros como él, pero que, al final del día, la caja cerraba con ganancias. Al retornar Anna a casa, esta se asombró de la remodelación en su estructura; tanto ella como los padres, por fin vivían con ciertas comodidades que antes no gozaban. George compró un auto nuevo; no del año, pero de un modelo que lo hacía sentir orgulloso al conducirlo por las calles del pueblo.

Anna sería consentida y descansaría de su ajetreado día a día en la gran ciudad; tantas cosas que Emilia le preguntaría: «¿Viste momias?, ¿lucen igual de conservadas como las muestran en las películas?». «¿Has descubierto tesoros?». «Por cierto… ¿Aún sigues de novia con el universitario o conociste a alguien más? Estos días un hombre ha llamado mucho a la casa, preguntando por ti. No dice cuál es su nombre, cuelga, y al otro día vuelve a llamar. ¿Quién es?».

De momento, Emilia se contenía de asaltarla con ese exhaustivo interrogatorio; Anna lucía cansada, sus ojeras le daban ese aire melancólico que a la buena madre la preocupaba. La mesa estaba rebosante de comida: pollo y papas fritas; lo que solía prepararle para levantarle el ánimo. Había pensado en un menú más sofisticado, quizás Anna se acostumbró a la exquisita gastronomía de la ciudad. Aun así, ella lo probaba agradecida.

—¡Oh, estás tan bonita!... No pongas esa cara, porque es la verdad. Te has convertido en una bonita mujer.

—Eres parcial por ser mi mamá.

La otra resopló.

—Si yo tuviera tu edad y la mitad de tu belleza, tendría a todos los solteros de la península detrás de mí.

George miró a su mujer con una expresión de «¿eh?».

—No necesitas ser más joven ni más bella, porque me tienes a mí, y así te amo.

—¿Vieja y fea?

—Interesante y bonachona —respondió él en el acto. Para algunas mujeres, el tema del físico era sensible. Emilia y Anna eran muy parecidas en sus inseguridades.

La mujer se llevó una mano al pecho, más enamorada que nunca de su esposo, que tenía con ella una paciencia celestial. Con su servilleta se limpió los labios, de la grasa de pollo frito, y luego le dio a él un casto beso; pocas veces gruñían, eran buenos amigos y se querían mucho. Por otro lado, Anna deseó hallar a un hombre que la amara y ella corresponderle de igual manera, como Emilia y George lo hacían. Ninguno de las relaciones que sostuvo ella cumplió sus expectativas: Jack fue un niñato que le gustaba tener siempre la razón, Spike un *misógino* insoportable, Édgar, con este se acostó varias veces para calmar las ansias. Y Jevrem…

Suspiró para sus adentros.

Un rencoroso que no comprendió sus sueños y se vengaba de ella de la peor manera. ¿Cómo les decía a sus padres que le cerraron las puertas de Kenai?

Se llevó un cuadril de pollo a la boca y desgarró con rudeza un buen trozo de la carne blanca

por dentro y crujiente por fuera. ¿Cómo decirles?... En el Hummer no midió el alcance de sus propias palabras; sus padres eran felices allí y no merecían cargar con su culpa.

—¿Qué pasa? —Roxanne preguntó un tanto molesta de que a Jevrem no se le levantara el pene. Por horas aguardó en el dormitorio de este, ataviada con un juego de lencería erótica de cuero, de color negro, capaz de envalentonar a cualquier hombre; la parte de arriba no tenía tela que cubriese los pezones y su tanga apenas eran tiras con remaches dorados que se metían por sus hendiduras y, del que, insinuaban a su prometido, la podía atar y follar duro. Pero este tenía la cabeza en otra parte, porque ni se esmeraba en excitarla con sus caricias. ¡Vaya frustración!

—Estoy agotado —explicó mientras se dejaba caer a un lado, sin molestarse en cubrir sus partes íntimas. *Él la echó*… Estaría poco tiempo en el pueblo y luego nunca más la volvería a ver.

—¿De cazar o de follar? —lo cuestionó, Jevrem estaba en pleno apogeo de sus treintas como para estar con achaques de viejo. Más bien sospechaba que las aldeanas en Denali debieron satisfacer sus necesidades de varón, quitándole las ganas de estar con otra hembra hasta por el resto del mes.

—De lo que quieras pensar —igual no le iba a creer. Esa noche nada le apetecía.

Roxanne jadeó ofendida por el comentario de su prometido, que saltó fuera de la cama, para vestirse. ¡Qué descarado!, ella procurando no levantar habladurías entre la gente, llevando una correcta actitud y fidelidad, y este se revolcaba con perras pulgosas de matorral.

—¡Mírame, Jevrem! —Se plantó frente a él y mostró su escultural desnudez cruzada con la lencería BDSM. Sus vellos púbicos sobresalían del triangulito que marcaba la línea de su vagina, del cual por ahí la podría penetrar sin bajarle la «tanga»—. Soy sexy, hermosa y dispuesta a que *me hagas lo que quieras*, y, aun así, parece que no soy suficiente para ti. ¿Qué te agota? ¿No te gusta mi atuendo de chica mala? ¿Me quieres angelical o de colegiala? Seré lo que tú quieras. ¿O estás aburrido de lo mismo? La timidez no forma parte de mi vocabulario —le comentó—, si quieres un trío, trae una chica y gozaremos juntos. Pero no acepto que de mí estés cansado.

—No dije que fuese de ti. —En otras circunstancias habría aceptado encantado de invitar a una fémina fogosa que quisiera pasar una alocada noche de pasión con él y su futura esposa. Maya o Jasna serían ideales para darles placer a ellos, las *escort* no se amilanaban si había otra mujer en la cama.

—¡Entonces, ¿por qué?!

—Ser alfa es agotador —contestó como si este fuese el verdadero motivo de su inapetencia sexual—. Solo quiero dormir hasta recuperar fuerzas. Disculpa si hoy mi pito no saltó feliz por ti.

—Eres un…

—Cuida lo que dices —le advirtió—, no estoy para aguantar berrinches. —Aún lo agriaba la discusión con Anna.

Roxanne tomó su vestido del sillón colindante a la chimenea, y se lo terció con ademanes toscos, ofendida por tratarla como si fuese una chiquilla de barrio que le chilla a su amo millonario a que le dé cariñitos. Su cuenta bancaria era tan abultada como la de él, su apellido tan importante como la de él, su linaje tan fino como la de él; despreciarla sería su más grande error, ninguna loba en la región se le comparaba, ella era una alfa entre estas. Era superior.

—Está bien, Jevrem —concedió, dando su brazo a torcer—. «Descansa», duerme feliz y mañana nos vemos. Quizás para ese entonces estés de mejor humor para apreciar *mis prendas*

íntimas.

Se calzó sus tacones y luego se marchó del dormitorio. Ni había revisado su maquillaje, seguro que su labial estaba corrido y su cabello lucía greñudo. Lo que tenía que aguantar para garantizar la argolla nupcial; una vez que ella fuese reconocida ante los Ancianos, como la hembra legal de Jevrem Brankovic, ejercería su derecho en el matrimonio. Y que Licaón lo protegiera.

El proyector, en su cómoda, reflejaba animalitos y aves en las paredes de su dormitorio. Anna los observaba mientras permanecía acostada en la cama, tratando de conciliar el sueño sin conseguirlo. La fauna silvestre giraba en torno a ella, la distraían momentáneo de sus pesares. Por más que la angustiara, tenía que decirles a sus padres, de su expulsión, porque algún idiota les llegaría primero con la cotilla y esto lo empeoraría. Su papá recurriría al señor Everett o a Isabel, y estos le expresarían que cada alfa era amo y señor de sus dominios; el rey no metía su hocico en todo lo que sus líderes hacían. Ya una vez él les dio la espalda con lo de la deuda a Nemat. En caso de que fuese así, dada la amistad o los años de conocerse, estarían en la mira de Jevrem Brankovic, por quejicas.

Tuvo la imperiosa necesidad de salir de su dormitorio, se sentía sofocada y con unas ganas de gritar por la rabia acumulada. Así que, se levantó y luego abrió la ventana que da hacia la llanura; el cielo estaba cubierto por densas nubes negras que impedían apreciar a la luna y las estrellas. Soltó el aire de sus pulmones, apesadumbrada de la vista que el firmamento le ofrecía. Nunca más volvería a pisar esas tierras, nunca más recorrería los bosques cercanos al pueblo; si acusaba al Alfa de Kenai, era factible que ellos perderían el poco respeto que tenían ante los demás. Estos se comportarían más crueles que *el otro*, peor que el señor Damir o el señor Ranko, en su tiempo, que no perdonaba a los insubordinados.

Una loca idea se alojó en su cabeza. ¿Y si daba un último recorrido? No iría lejos para evitar ser captada por centinelas del sector y sería prudente en tragarse los aullidos, pues la escucharían hasta los pingüinos en el Ártico.

Lo pensó: ¿Sola por ahí y a esas horas? Mejor el patio.

Sus pies se posaron en la grama fría tras salir furtiva por la ventana y luego apreció su entorno, asegurándose de que ningún vecino estuviese despierto. Se sentó en el suelo, en medio del millar de plantas sembradas por su progenitora. Era lo más lejos que podría estar del refugio que representaba su casa, lástima no tuviese esa seguridad sin el temor de ser poseída a las malas por un macho, a pesar de las nuevas leyes que las protegían de estas circunstancias. El patio no era cercado, a unos veinte metros estaba la línea de árboles que marcaba el inicio del bosque; un acceso rápido a los alimentos de menor tamaño que por allá merodeaban; si los omegas se alejaban eran lastimados por los que tenían derechos a mejores presas. A menudo se organizaban entre manadas comunales para cazar; ellos acorralaban a los rebaños que deseaban devorar, y los más veloces se encargaban de atraparlos. Así solía suceder en las riñas entre manadas, donde los omegas eran la carne de cañón.

—El reflejo de la luna aumenta tu belleza.

La voz masculina y terriblemente conocida, angustió a la muchacha, quien se levantó enseguida, rodando sus ojos de un lado a otro y también hacia el cerco de árboles, de donde nada vislumbraba, salvo sombras.

—¿Spike? —lo llamó sin dar con su escondite, y esto la hizo maldecir en su fuero interno; a los demonios no se les debía mencionar ni recordar, porque era como si los invocara.

—¿A cuántos tienes a tus pies, para retarlos a muerte?

—¿Qué haces aquí? —Se giró rápido, fue como si le hubiese hablado a su espalda. Pero se halló sola.

—Odio tener que compartir mis manjares —aún no se hacía visible para ella—. La succión, los lametones… La fricción de mi pito en tu vagi…

—Basta, Spike —lo interrumpió; sus ojos aterrados.

—Si gritas, asesinaré a tus viejos —adivinó sus intenciones—. He venido a visitarte, porque no atiendes a mis llamadas. Esto me enfurece, me hace pensar en lastimar…

—He estado ocupada.

—No mientas o te golpeo —su voz se tornó gruesa—. ¿No te das cuenta lo que me preocupo por ti? ¿Lo que me haces falta? Te extraño, mi verga extraña ese culito apretadito cuando lo perforaba —sentía deliciosas pulsaciones en su glande—, me dan ganas de follarte aquí mismo, convertido en lobo mientras tú aún permaneces bípeda. Será excitante.

—Tú y yo *t-terminamos*.

Salió desnudo de las sombras y le dio un bofetón de revés.

—¡ME ABANDONASTE, PUTA INMUNDA! —gritó. Anna cayó hacia atrás, su mejilla ardía—. ¡Tuviste la dicha de que me fijara en ti y así me pagas!

En el acto las luces de la casa se encendieron.

Anna temió que Spike matara a sus padres, por lo que prefirió huir de allí con el propósito de que él la persiguiera.

De un impulso se puso en pie y, con todas las fuerzas que les adjudicó a sus piernas, huyó hacia su salvación; el bosque representaba otros peligros, pero no le quedaba más remedio que correr el riesgo, Spike cuando estaba enloquecido no medía sus acciones, a ella la lastimó muchas veces: una bofetada, un empujón tosco, malas palabras… Fue un error que ahora se lamentaba por haberse dejado impresionar por su elegante auto y su sonrisa coqueta. Lo creyó un hombre cargado de ilusiones, pero resultó ser un déspota.

—*¡Argh!* —Las uñas de Jevrem se enterraron en el apoyabrazos del sillón, al ser halado para estar en los ojos de una mujer que gritaba. Lo invadió la zozobra, ¿por qué estaba allí?, su clarividencia no se efectuaba así porque sí, él tenía más control sobre su don, años de adiestramiento y práctica. A menos que fuese una pesadilla de las que lo transportaban a eventos irreales producto de las preocupaciones o cosas tontas que vivió durante el día. Sin embargo, no se trataba de ser un títere del dios del sueño, sino que su don lo hacía partícipe de un crimen a punto de efectuarse. La mujer gritaba, él dentro de ella, miraba constante hacia atrás por algo que la perseguía. Escuchó gruñidos y esto le permitió a Jevrem que se trataba de un animal salvaje; lo más probable, un lobo. Los gruñidos tenían unos decibeles que los diferenciaban de los emitidos por un oso o un lobo. Pero este, definitivamente, era un metamorfo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Jevrem salió al balcón de su dormitorio; la brisa nocturna no erizaba su piel ni era consciente de que aún se hallaba desnudo. La visión aún lo mantenía conectado a la mujer, ¿quién era?, ¿de qué huía? Esta cayó al tropezar con una piedra encajada en medio del camino; el terror la hacía torpe, se volvió hacia su persecutor. Aquí Jevrem saltó a la parte frontal de la casa; sus hombres acudieron a él; ya sabían lo que pasaba en su mente. El metamorfo, un sujeto que vio antes en sus visiones le revolvió las tripas. Era uno de los exnovios de Anna. Oh, no… Esto no eran simples coincidencias. La mujer era Anna Morris.

En esa fracción de segundo en que ella quedó paralizada, el neoyorquino completaba su transformación lupina. Las hebras de su cabello se alargaban y cubrían cada folículo piloso de la

piel de todo su cuerpo, el volumen de sus músculos no era tan poderoso, pero sí como para destrozar a la víctima que eligió.

De ella se quería cobrar algunas deudas, ¿lo engañó?, ¿también le ofreció amor y luego le puso los libros de estudio en la nariz para expresarle que eso era lo más importante para ella? A Jevrem aún lo amargaba, pero él nunca hizo nada por lastimarla.

—¡Cambia, no lo lograrás si estás erguida en tus dos piernas! ¡Cambia, Anna! ¡¡Cambia!!

Gruñidos feroces y quiebres de huesos causaban una cacofonía de la que un experto en efectos audiovisuales le habría encantado escuchar por ser tan dramático. Jevrem y sus guardianes se retorcían de dolor por la metamorfosis del cual pasaban. El aullido del alfa sobresaltó a Briserka y a las muchachas del servicio doméstico, quienes en unas cuantas zancadas corrieron por los pasillos de la mansión para averiguar lo que pasaba. Briserka les advirtió a las sirvientas de no salir, pues ignoraban el motivo por el cual el amo convocaba a sus hombres, quizás algunos clanes de otras regiones deseaban expandir sus dominios.

Algo bueno salió de las veces en que Anna atravesó las etapas de celo: sus transformaciones eran cada vez más rápidas por el desespero de aparearse. En esta ocasión, su loba interna respondía a esa voz que retumbó en su cabeza. Era vital que en esa «competencia metamórfica» le ganara a Spike, para sobrevivir, quien al parecer tenía meses que no lo hacía debido a su sufrimiento. Ella desgarró sus pijamas, ni tiempo tenía para quitárselos; perfiló los dientes y crispó las manos en una evolución continua de su organismo. La pulsera obsequiada por Erik se reventó en cuanto sus muñecas engrosaron, y cayó a la grama sin que la joven se diese cuenta. Anna afanaba a sus células a cambiar, ¡vamos!, él ya estaba por terminar y a ella aún le faltaba mucho para postrarse sobre sus cuatro patas.

Optó por correr mientras sus brazos se alineaban para después ser capaz de soportar el peso corporal de su nueva constitución ósea y muscular, pero las piernas se fracturaron por sí solas y Anna cayó al suelo con un grito desgarrador; le tomaría más años para alcanzar el nivel de rapidez que los veteranos.

Gruñó al ver que la silueta animal de Spike saltó sobre ella de un impulso. Anna intentó luchar; por desgracia, Spike la acomodó con rudeza en una pose que a este se le hiciera fácil de violarla primero por el trasero. El rostro de Anna lucía entre loba y humana, restando mucho a su belleza. Lloraba, gritaba, ¿acabaría igual que Elijah? Spike fue el invasor que lo asesinó. Por eso le arrancó el pito, lo castigaba por intentar seducir a la que él consideraba de su propiedad.

El condenado enterró las uñas en las caderas de la muchacha y la obligó a permanecer quieta, sus colmillos se enterraron en el hombro, así la inmovilizaría para poseerla: sus patas enormes la encarcelaron y su pecho aplastó el cuerpo semitransformado de Anna contra el suelo, quien gritaba y se removía desesperada pese a las heridas producidas en sus carnes blandas. Sentía que estaba siendo invadida, lo sacudía y Spike volvía a intentarlo hasta que logró meterse completo. Anna lloró. Spike empujaba, jadeaba en su oreja. La saliva de este caía sobre su hombro herido; era rudo, la dominaba para recordarle que su culo estaría siempre a su servicio; antes la quiso para que fuese su compañera, ahora la rebajaría a ser su esclava.

El suplicio de la joven apenas se prolongó por un minuto, porque enseguida un bulto se abalanzó sobre el gamma, librándola de su violador.

Anna reconoció que el salvador era su padre.

La muerte brillaba en los ojos de Jevrem, sus patas volaban por sobre el suelo y los matorrales.

El gruñido que reverberaba en su garganta era una mezcla de impotencia humana y ferocidad animal; lo vivió de nuevo y en el cuerpo ultrajado de su exnovia; despedazaría al maldito con sus propios colmillos. Este no se conformó con lo poco que ella le dio, porque no supo desarrollar ese bonito sentimiento que hasta él mismo disfrutó con Anna.

Lo último que George vio antes de impactar contra el tronco de un árbol, fueron los colmillos del metamorfo que se clavaron en su cuello. Anna gritó llorosa, si no hacía algo, en brave la cabeza de su papá rodaría. Así que, adolorida por las heridas y *la invasión*, se puso en pie; su fisonomía retrocediendo hasta devolverle su antigua forma. Cojeó temblorosa, desnuda y magullada por todas partes. Una roca, un tronco, ¡algo!, pero que le sirviera para salvar a su papá y a ella misma. Eran dos omegas débiles contra un gamma de fuerte complexión. ¿Con qué lo detendría? Spike volvió a tomar a George de la pierna, lo sacudió con ferocidad; los huesos del viejo lobo se fracturaban cada vez con un paso más hacia la muerte.

Entre lágrimas, Anna se fijó en una piedra del tamaño de una pelota de tenis; tenía que llamar la atención de Spike, atraerlo hacia ella y así librar al otro de su furia.

Le lanzó la piedra con todas sus fuerzas, golpeándolo certero en la cabeza. El impacto provocó que las fauces de Spike soltaran el cuerpo desmadejado de George, del cual Anna no sabía si aún seguía con vida. Spike se tambaleó, creyendo perdería el conocimiento, por lo que enseguida sacudió su cabeza lobuna para quitarse el aturdimiento, y luego se volvió hacia la muchacha que en ese momento la veía doble. Le gruñó, la pedrada le dolió, meditando que lo dejaría con migraña durante un buen tiempo. De momento, ignoraría su propio dolor y se lanzó veloz hacia esta; estúpida chica, la arrastraría hasta donde se hallaba el viejo moribundo y allí le haría a ella de todo.

Capítulo 15

En pleno salto hacia la muchacha…

Spike fue impactado por otro que salió de entre los árboles, como si fuese un espíritu guerrero dispuesto a confrontarlo. El lobo agresor lanzó dentelladas al del pelaje pardo y de una complexión que le indicaba la pelea no se libraría por más de cinco minutos. Supo de inmediato que disputarse a la omega le costaría la cabeza, el recién llegado era un alfa de gran poderío, ni siquiera Spike era capaz de asestar sus colmillos en el lomo de este; más bien, a él le producían todas las heridas.

Esdras y Castell se plantaron en su forma de lobo, en torno a Anna, para velar por ella mientras el alfa le daba su merecido al bastardo que no pertenecía a esas tierras. La joven vio a su padre, quien no reaccionaba, sollozó con amargura, de que alguien tan bueno como él lo hayan golpeado. Intentó ponerse en pie, sin avergonzarse de su desnudez con los hombres de Jevrem. Estos le bloquearon el paso, pues al querer auxiliar al progenitor, el agresor tendría la oportunidad de atraparla para escudarse con ella. La sangre del maldito salpicaba el suelo, las ramas de los arbustos, el mismo pelaje del lobo gris, del cual este en un desgarramiento feroz que hacía con sus propias fauces, sacudían al gamma hasta quebrarle todos los huesos. Spike vomitaba espumarajos sanguinolentos, orando a que lo matara de una vez, el dolor en su lomo y extremidades era insoportable, sin ser capaz de levantarse ni tener fuerzas para chillar. ¡Se rendía! Asumía la cárcel y pagaría los años que le impusieran. Pero para Jevrem no era suficiente.

¡Quería su cabeza!

Spike emitió un chillido ahogado cuando los colmillos del alfa se cerraron en torno a su cuello; esta vez el lobo más grande lo sacudía y aventaba contra el suelo en repetidas ocasiones, para luego posar sobre este, sus patas delanteras, en una presión que ejercía mientras que sus dientes desgarraban la cabeza del que profanó a Anna.

El aullido de victoria resonó en el bosque y fue secundado por los lobos de menor rango, a excepción de la joven hembra que solo tenía ojos para *el que partiría* al más allá. Tambaleante, corrió hacia su padre, quien no se movía ni se quejaba adolorido en su forma bípeda. Sus ojos ligeramente abiertos y desenfocados; su cuello y brazos con las carnes rojas expuestas. Esdras y Castell intercambiaron miradas al notar el hilillo de sangre que se deslizaba por la parte interna de las piernas de la muchacha hasta los tobillos, como si tuviese la menstruación, pero que no se trataba de esto, sino que fue violentada.

Jevrem también se dio cuenta.

Obligó a su lobo a volver a su fuero interno y el proceso de erguirse sobre sus piernas bípedas fue solo para él, su manada conservaría su anatomía lobuna por si el agresor estuvo acompañado de otros que estarían escondidos para emboscarlos. Sintió pena por el señor George, pero lo sentía más por Anna que lloraba sobre este que yacía inconsciente. Ordenó a Esdras de llevarlo a una morada cercana y allí atender sus heridas; un hospital de humanos de nada serviría, las enfermeras y los médicos se espantarían de lo que verían. Los sanadores eran los más apropiados para atender al señor Morris y a la hija, ellos conocían de hierbas curativas capaces de acelerar la regeneración en los metamorfos a punto de morir.

—¡No te acerques! —Anna rechazó el abrazo de Jevrem para reconfortarla, le asqueaba que

un macho la tocara; los odiaba por las veces en que se dejaban llevar por los instintos, que hasta asco sentía de ella misma.

En su terquedad de no aceptar ayuda, siguió bastante rezagada a Castell, quien ya tenía saldada una buena distancia en sentido hacia la ensenada. Pero su tobillo lastimado le mandaba oleadas de dolor, impidiendo alcanzar al beta que llevaba a su padre en vilo.

Jevrem ignoró el rechazo y la levantó en sus brazos, ella se resistió: pataleó, gritó y lo arañó para que la soltara. Pero Jevrem aguantó la furiosa descarga contra él, trataba de calmarla, le expresaba dulces palabras de las que eran desoídas por la joven.

—¡Por qué tiene que ser siempre así! —chilló mientras empleaba todas sus fuerzas para liberarse de su agarre. No soportaba ni su aroma, apestaba a sudor y muerte.

Jevrem cayó de rodillas, y, aún él sosteniéndola contra su pecho, la acunaba apesadumbrado.

—Perdón, Anna. ¡Perdón! ¡Perdón!... —la terrible culpa de lo que a ella le pasó, lo embargaba —. No debí echarte… No debí…

Ella seguía golpeándolo en la cabeza y los hombros, aunque menos fuerte.

—¡Trágate tus lamentos! —gruñó—. ¡Suéltame!, mi papá…

Él levantó el rostro hacia ella, surcos de arañazos comenzaban a regenerarse a una velocidad que, ni las de Anna daban indicios de sanar.

—Lamento que hayas pasado por lo mismo. De haberlo sabido, te habría protegido. —La hubiese refugiado en su casa, mientras cazaba al maldito.

«Pasado por lo mismo», esas palabras captaron la atención de Anna y mermaron la rabia que la envenenaba, porque Jevrem le expresaba su propia aflicción. Él también pasó por aquello y fue mil veces peor a lo sufrido por ella; sin embargo, no dejaba de producirle esa impotencia por no haberlo podido detener.

—¿Mi papá? —preguntó, lo que menos deseaba era hablar sobre Spike—. ¿Adónde lo llevaron?

—Con lo sanadores del sector. —Se puso en pie, Anna aún cargada en los brazos de este como un hada del bosque, herida.

Jevrem aceleró sus pisadas hacia la dirección que tomaron sus hombres. Anna no opuso más resistencia y permitió de manera reticente que él la llevara, para ahorrar tiempo, ya que en sus condiciones les tomaría una eternidad llegar hasta donde su padre. Lo único que le causaba *cringe* era la sangre en el pecho de Jevrem; no era de él, sino la de Spike que le salpicó al ser destrozado. Esto a ella le causó satisfacción, porque era lo que merecía un desgraciado como Spike; jamás la dejó en paz, siempre acosándola, recordándole a cada momento en los audios o textos que lograba mandar a su móvil, de que ella debía volver, que él la perdonaba por dejarlo y todas las idioteces narcisistas que solía escribirle para hacerla sentir mal.

De repente, una manta cubrió la desnudez de Anna, teniendo cuidado de no lastimar el hombro. Una de las aldeanas acudió de inmediato, le pidió al alfa de acomodar a la joven en un camastro. Anna se sentó. ¿Le dolería el tratamiento? A veces las heridas requerían puntadas y sin anestesia, ya que, por desgracia, el efecto en ellos se desvanecía con rapidez. Inquieta, alcanzó a ver que llevaron a su padre a otra habitación y cerraron la puerta.

—Respira lento —Jevrem le sostenía la mano, sentado él al lado del camastro. Anna hiperventilaba como si le faltara el aire, pálida con sus labios azules, sus pupilas dilatadas y las mejillas húmedas por las lágrimas.

—¡Anna! ¡Anna!

—¡Mamá! —la joven lloró al ver a la progenitora entrar a la casa de bareque de la sanadora.

Revisó a su hija, se horrorizó de los magullones y raspones en la cara y en los brazos; con la mirada le preguntó por qué estaba apenas cubierta con una manta.

—Fue una mordida, pero estoy bien —no aclaró lo otro—. Es solo papá que… —enmudeció, los omegas eran lo más próximo a un ser humano, en ellos, cualquier accidente o herida los mandaba al cementerio.

La mujer asintió llorosa, Langdon fue a su casa para alertarla, pero ella ya permanecía a la espera de su esposo y su hija. Habían escuchado a un sujeto que discutía en el patio; se levantaron y corrieron al dormitorio de Anna, para saber si estaba bien. Pero hallaron la cama vacía y la ventana abierta. George no pudo atrapar al sujeto que corría detrás de su hija. Se transformó y se internó en el bosque por donde se perdieron.

—Licaón lo sacará de esta —expresó con su férrea fe en el dios de los metamorfos—. No nos dejará solas. —Luego Emilia Morris fue llevada hasta la habitación donde curaban a su marido. Anna buscó el apoyo en Jevrem cuando la sanadora preparó aguja e hilo; *la remendarían* a lo primitivo y sin delicadezas. Tomó ambos extremos de la herida del hombro y los juntó como si fuese a cerrar una «jeta parlanchina». Anna chilló, Jevrem la contenía para que no se retorciera; ella le enterraba las uñas en sus brazos; no lo hacía consciente, solo trataba de no desmayarse.

—Lo haces bien, eres fuerte —Jevrem le expresaba aliento para que se mantuviera inquebrantable—. Más fuerte que Ryder y Emmet que son unos llorones.

—Estoy llorando.

—También yo lo hago. —Y lo ha hecho por ella y por los que ahora *abonan las plantas* en Canadá.

—No lo haces —replicó como si le hubiese dicho una mentira descarada, pese a que los ojos de Jevrem lucían enrojecidos y cristalinos.

—Mi alma llora por ti, Anna. Llora por lo de esta noche… —evitó terminar su comentario. La sonadora zurcía la piel de la joven, enterada ella de lo que a esta le pasó.

—Por favor, no le digan a mamá —miró a Jevrem y a la mujer de unos cuarenta años—. Sufrirá mucho.

La sanadora untó una mota de algodón y esparció antiséptico para evitar bacterias por la mordedura. Anna se quejó; Jevrem le expresaba que era un hecho del que tarde o temprano la gente se enteraría; muchos ya estaban al tanto de la noticia, Emmett fue un bruto al buscar a los sanadores, comentándoles a *voz populi* los pacientes que tendrían.

—No podré verla a los ojos —Anna, lloró.

—¿Por qué?, ¡tú no lo provocaste!

—¡Salí al patio! Era tarde.

—Ese hijo de puta invadió tus predios, era un asesino, un violador. No tenía derecho de poseerte. Así tú no hayas salido, a él se le hubiese hecho fácil patear la puerta de tu casa o irrumpir por una ventana. El que se propone hacer daño, busca el modo de hacerlo. —Como echar drogas a la cerveza, para luego sodomizar a su víctima.

Faltaban dos por ajustar cuentas.

Dos…

La sanadora le entregó un paño húmedo a Jevrem para que se limpiara la piel. Anna –envuelta en la manta– pidió usar el baño, deseaba ferviente asear su ano; claro que no tenía semen, a Spike no le dio tiempo de *correrse* dentro de ella, pero la rudeza de sus estocadas la lastimaron.

—¿Necesitas ayuda? —Jevrem se ofrecía sin esa intención maliciosa de follarla en la ducha; la observaba tan débil, y la sanadora de nuevo se ocupó con el señor George, que a él le preocupaba

que Anna cayera a lo largo en el baño.

Ella echó un vistazo hacia la puerta de la habitación donde tenían a su progenitor; su mamá la hubiese asistido, pero ya era mucho con la angustia que soportaba, nadie más había en la casa, así que aceptó la ayuda de Jevrem.

La hija de la sanadora, una pequeña de siete años, fue diligente en entregarle al alfa, un par de toallas y una bata de la mamá para que la muchacha se vistiera. En la privacidad del baño, Jevrem dejó esto sobre la tapa del inodoro, mientras que Anna cojeaba lento hacia el área de la ducha. La manta en el piso. El baño era exiguo, los dos allí estaban apretados; tenían que arreglárselas para no golpear sus codos con las paredes.

—Creo que podría sola, tú aguarda allí —señaló el diminuto pasillo del baño. Deslizó la cortina de plástico que dividía los espacios y abrió el grifo de la ducha, la cascada de agua cayó de inmediato sobre ella.

El alivio fue instantáneo, ya que por fin se quitaría el hedor de Spike. Tomó el bote del champú y vertió en la palma de su mano una generosa cantidad que enseguida esparció por su cuerpo, teniendo cuidado de no mojar las puntadas ni la gasa pegada en su hombro. Se restregaba adolorida los brazos, los muslos, la hendidura de entre sus nalgas; ahí le dolió mucho más; maldijo para sus adentros y soltó el llanto. Las mordidas, los insultos, los golpes, las risas… La penetración, una y otra vez, una y otra vez…, le costó quitárselo de encima, ¡ella luchó!, gritó, pidió ayuda.

Jevrem descorrió la cortina de un tirón y se introdujo en la ducha en cuanto la escuchó llorar y restregarse como si tuviese una infección que luchaba por eliminar de su piel. La abrazó a riesgo de sufrir golpes, pero ella se pegó a su pecho, en un mar de lágrimas. ¿Por qué le pasaba eso a la gente? Hombres, mujeres, niños… Para las escorias como Spike, el sometimiento sexual les era excitante.

Pese a la desnudez de los dos, bajo la regadera, la pasión en ese instante no tenía cabida. Tanto el alma de Anna como el de Jevrem, quien comprendía por lo que ella pasaba, estaba roto. La entereza de ella fue pisoteada, él bien que sabía lo que era implorar para que detuvieran el martirio: los reducían a ser solo objetos de placer, las partes íntimas magreadas por manos asquerosas, los labios besando otros no deseados; arrodillados o postrados en poses que ni querían recordar en un millón de años.

—Dime qué puedo hacer para quitarte este sufrimiento —le expresó angustiado de verla tan destrozada, que con gusto juntaba los restos de aquel maldito y les prendía fuego.

—Abrázame —se apretaba más al torso masculino. La regadera seguía bañándolos como si purificara sus cuerpos de la inmundicia. La gasa que cubría la herida del hombro se había empapado, aunque en ese momento no importaba. Las lágrimas en ambos corrían libres por sus mejillas, entremezcladas con el agua. Jevrem se lamentaba, esta no debió ser la forma de reconciliarse, sino más alegre, más emotiva en donde se dijeran frases cargadas de amor, no de pesares.

Acunó el rostro de Anna y lo levantó hacia él.

—Eres una mujer aguerrida, has superado obstáculos y situaciones que otros no podrían. Esto que te pasó no te va a definir en adelante, porque eres fuerte.

—No lo soy.

—¡Lo eres! Lo superarás. Por supuesto, no te miento, Anna. Habrá días en que serán difíciles y querrás desaparecer. Pero esos días cada vez serán menos oscuros, volverás a sonreír. ¡Lo harás, créeme! —Si bien, era cierto lo que le expresaba, pues sus pensamientos se ensombrecían

de vez en cuando, a él aún lo impulsaba la sed de venganza. Se aseguraría de hacer sonreír a Anna cada día.

Como si una fuerza imantada lo halara, Jevrem poco a poco acercó sus labios a los de Anna; fue cauteloso de no impulsarse para no espantarla; le hicieron daño y él tendría que ayudarla a recuperar la seguridad que le arrebataron. La hipnosis solo se aplicaba para casos temporales en los que modificaban la conducta por un instante, pero después de librarse del control mental, eran conscientes de sus actos. El primer contacto fue cadencioso, procurando hacerla sentir cómoda con la muestra de afecto; lo ha mantenido intacto, anclado en su corazón; le demostraría que ella podía llevar a cabo sus sueños y amar al mismo tiempo. Imploró a los dioses de mantenerlo en la cordura, la besaba tan suave y lento, que era lo más considerado que haría por Anna.

Ella interrumpió el beso.

Sacudió su rostro para liberarse de sus manos.

—Perdona, me dejé llevar —Jevrem salió de la ducha y deslizó la cortina para permitirle que se terminara de duchar. La toalla cubrió su desnudez, no abandonó el baño, él seguía ahí para evitar que Anna sufriera un accidente o se desvaneciera. Sus oídos se afinaron para escuchar sus sollozos; sin embargo, su hada malherida no se ahogó en llanto.

La envolvió con la otra toalla, al momento de salir de la ducha, y la ayudó a secar el cabello y remover la humedad de su cuerpo. Anna se miraba en el espejo de la pared, de cara a ella; lucía triste, ni ánimos tenía para respirar, su corazón hecho trizas, pisoteado y escupido. ¿A quién lo ofrecería así de roto? ¿A Jevrem? Demasiado tarde para los dos, él ya estaba comprometido con una chica del cual el señor Damir y la señora Radojka debían estar satisfechos de la buena elección del hijo. ¿A Édgar? El desánimo por este no la motivaba a tomarlo en consideración, tampoco por los próximo que conociera, prefería mantenerse lejos de todos los hombres.

—Hay que volver a cambiar la gasa —Jevrem se percató de este hecho.

Enseguida abrió la puerta.

—Alcánzame la cajita —le pidió a la niña que aguardaba sentada en el camastro, para que le entregara unos de los botiquines que usó la sanadora. Ella obedeció, al tomarla de la mesa del comedor, y luego él cerró la puerta del baño—. Déjame que… Ya va… —retiraba con cuidado las cintas adhesivas que mantenían a las gasas en su lugar, ya estaban despegándose a causa de la humedad.

Aplicó un poco más de antiséptico a las puntadas enrojecidas y la cubrió con dos capas de gasas que ya venían cortadas con antelación en paquetitos individuales.

—Gracias —Anna medio le sonrió.

Tuvo problemas para ponerse la bata, el hombro le dolía cuando ejecutaba ciertos movimientos con su brazo. Jevrem la ayudó, deslizando la prenda con cuidado por sobre su cabeza, y ensanchaba las mangas cortas, de modo que Anna –por el orificio de estas– deslizara los brazos sin levantarlos mucho. La ropa interior se la quedaron debiendo, por obvias razones, pero la bata cumplía la finalidad de tapar su intimidad.

Notó que no tenía la pulsera tejida y de inmediato la albergó una profunda tristeza.

Perdió el obsequio de Erik.

—Quiero hacer *pis*… —esperó a que él saliera del baño, pero no lo hacía—. Necesito que me des un minuto. Estoy bien, no me voy a caer de cabeza en el inodoro —esbozó una sonrisa que ni ella creyó para tranquilizarlo—. Es solo que se me contrae la vejiga si me están observando. ¡Jevrem, déjame sola que es muy incómodo orinar frente a otro! —exclamó en el acto cuando él

hizo el amague de darle la espalda.

—Cuando termines, me esperas afuera en el sillón. Hablaré un asunto con los muchachos. —Le permitió esa privacidad que muchos necesitan para hacer sus necesidades fisiológicas. Así que, envuelto con la toalla en sus caderas, le pidió a la niña que estaba cerca, de permanecer al lado de la puerta y estar pendiente por si escuchaba algún golpe allí dentro; en caso de pasar, debía avisarle enseguida.

Él a Anna le concedería ese minuto.

La joven se sentó sobre la tapa del inodoro, no tenía ganas de orinar, solo de estar un rato a solas. Pensar y lamentarse. Las paredes del baño ofrecían un refugio temporal, le permitían ser vulnerable sin que nadie la juzgara. Había contenido el llanto, esperaban entereza por parte de ella; si flaqueaba, los demás se angustiaban. Pero era muy pronto para actuar como si nada le hubiese pasado, todo era reciente, aún lo sentía…

«Te extraño, mi verga extraña ese culito apretadito cuando lo perforaba, me dan ganas de follarte aquí mismo, convertido en lobo mientras tú aún permaneces bípeda. Será excitante».

Anna lloró con rabia.

Del otro lado de la puerta, la niña mantenía la oreja pegada a la madera; nadie la reprendería por estar allí, de curiosa, vigilaba a la muchacha de mirada triste; pero la pequeña no se daba cuenta de que el alfa no fue capaz de abandonar la casa; uno de sus hombres atendió al llamado del amo y luego desapareció para cumplir con su pedido. Jevrem posó su palma en la puerta del baño, abatido por haber sido expulsado de allí dentro. ¡Oh, Anna!... Si él lo hubiese sabido le habría ahorrado todas esas lágrimas. Ella lloraba desconsolada.

Capítulo 16

Anna no tuvo más remedio que aceptar que a su papá lo llevaran a la mansión.

Jevrem puso en marcha a tres empleados para que tuviesen todo listo para cuando los huéspedes llegaran. Emilia estaba encantada con las consideraciones del alfa hacia ellos, que fue la que apoyó el favor de este, pues allá tendrían a los mejores sanadores que velarían por su esposo. George no era consciente de la disyuntiva por la que pasaba su hija; él seguía en un coma profundo que lo mantenía entre la vida y la muerte; los politraumatismos y las mordeduras en un lobo viejo como él, tardarían días o semanas en completar la regeneración. Anna cedió a su reticencia, todo fuese por el bien de su padre, las próximas horas de su recuperación serían vitales, por lo que, optó por dejar que Jevrem se hiciera cargo.

Una vagoneta que fungía de ambulancia trasladó al omega a la elegante residencia. Había un centro de salud para estos casos, erigido a unos kilómetros a las afueras de Kenai. Pero Jevrem consideraba que era más práctico que el señor Morris pasara su convalecencia en su casa, donde tendría a su personal pendiente de él, y Jevrem de Anna. La tendría cerca, a su alcance.

Anna viajaba en el Hummer platinado de Jevrem. Langdon manejaba y Castell ocupaba el asiento del copiloto y en su labor de guardaespaldas. A ella le tocó una vez más acompañar al alfa en los asientos traseros del todoterreno. Su mamá pidió viajar en la ambulancia; del lado de George jamás se apartaría, siendo una evidente incomodidad para la muchacha, ya que cada vez más estaba a solas con su exnovio. Pasaba de nuevo por esa situación de mirar los dos en su respectiva ventanilla, separados ellos apenas por un escueto espacio. Anna seguía con su bata y unas pantuflas que la niña le entregó, tras ella salir del baño. Estaba greñuda y alicaída, sus ojos opacos.

Las risas perniciosas.

Los golpes.

Las mordidas.

La penetración forzada…

Su rostro inclinado en el cristal de la ventanilla; no había nada que ver o qué admirar. Los árboles pasaban ante sus ojos, el todoterreno rodaba casi silencioso por la autopista. Qué ironía, hasta hacía unas horas atrás ella se lamentaba de haber sido expulsada del pueblo, y, ahora, de no ser por la condición de su papá, ella estaría montada en un avión que la llevaría a otro estado. Kenai le traía malos recuerdos.

Jevrem tenía un aspecto mucho mejor a la muchacha; esa mañana, a primera hora del día, su chofer cumplió con la lista de pedido del amo: ropa y calzado para él y para Anna. Sin embargo, ella los rechazó; no por captar el aroma de las hermanas menores de Jevrem en las finas prendas de vestir, sino por no estar de ánimos para cambiarse. El hombro aún le dolía.

—Él ya no te va a lastimar más.

—Lo sé —contestó con parquedad y sin volverse hacia Jevrem. Lo único que la mantenía cuerda era rememorar esa parte en la que él le arrancó la cabeza a Spike. El gesto de terror que este esbozó, la sangre salpicada, las convulsiones de su cuerpo decapitado y la posterior rigidez para siempre.

—Abrázame si quieres —Jevrem extendió la mano hacia el hombro sano de la muchacha, para que supiera que tenía permitido recostarse sobre él y sentirse protegida del demonio que aún

acechaba en su mente, pero Anna sacudió con rudeza su hombro, aún sensible de que la tocaran.

Él suspiró para sus adentros. Lo que daría por ser capaz de retroceder el tiempo. Perdió una gran oportunidad en Denali por estar celando a Anna con un idiota y demostrando también una absurda inseguridad por un chiquillo. Ya no tenía caso reprenderse, debía actuar como un hombre, afrontaría su parte de responsabilidad y haría todo lo que estuviese en sus manos por compensar el daño causado. Anna se elevó a su lista de prioridades.

Vaya… Anna observó la mansión que se alzaba majestuosa en ese punto alto de la colina. La fachada blanca le confería un aspecto elegante y distinguida; los grandes ventanales permitían la luz natural del sol que iluminaba las estancias de la mansión. El pórtico le añadía un toque de grandiosidad a la construcción, evocando la arquitectura clásica griega. Las columnas sostenían una cornisa decorada con detalles intrincados que contrastaban con la simplicidad y la pureza del blanco predominante de la fachada.

Pese a tener que hospedarse allí, Anna no iría en plan de vacaciones o invitada para ser engalanada por sus ocupantes, más bien, lo que antes fueron sus odiosos compañeros de trabajo, tendrían que prepararle alimentos y limpiar la habitación donde ella y sus padres dormirían. No sería una estadía divertida.

Esbozó un mohín. ¿Por qué aceptó? La sanadora habría cuidado bien a su padre en su propia casa.

El primer vehículo en aparcar en torno a la fuente de la mansión, fue la vagoneta-ambulancia. A Jevrem para nada le molestaba no encabezar la caravana, como a otros de su mismo linaje que hubiesen gruñido por estar relegados. El chofer y Castell se bajaron rápido de la camioneta; Jevrem no esperó a que le abrieran la puerta, en un segundo estaba fuera y luego rodeó la camioneta, de modo que fuese su mano la que ayudara a Anna a salir. Se quitó su chaqueta sastre, para abrigar a la joven, pero el hombro lastimado de Anna impedía que lo colocara sobre estos, dando pena y causando murmullos entre los empleados domésticos que salieron a recibirlos. Anna se cruzó de brazos como abrazándose a sí misma y aguardó al lado de la ambulancia a que sacaran en la camilla a su papá y lo ingresaran a la mansión.

Briserka azuzó a las muchachas de volver a la cocina; preguntó a Langdon por indicaciones sobre el varón de edad madura que allí se hospedaría; por lo visto, aumentaría la carga laboral. Doris miró desdeñosa a Anna que parecía tener aires de superioridad, evaluando su descuidada apariencia. ¿Se fue de fiesta con los machos?, ¿o por su culpa al sujeto de la camilla le dieron una paliza?

Jevrem caminó a la velocidad de Anna, yendo detrás del señor Morris y de la esposa que lo tomaba de la mano, sin que este lo notara por estar aún sumido en la inconsciencia.

Los condujeron hasta la habitación asignada para el convaleciente en el área de los huéspedes. Allí, en la cama ancha, los camilleros acomodaron con cuidado al hombre. Durante la recuperación, el señor Morris contaría con los cuidados de dos sanadoras que estarían doce horas cada una monitoreando alternativamente el avance del paciente.

La señora Emilia se negó a descansar en otra habitación; ella reposaría en el sofá que allí había, luego se las arreglaría para cuando necesitara ducharse; no empacó ropa de cambio ni trajo consigo un cepillo de dientes. Pero, ¿quién tenía cabeza para esas menudencias? Además, ninguno de sus conocidos fue amable de proporcionarle siquiera una manta a su hija. Solo una extraña.

Se fijó en ella y la abrumó ese halo lúgubre que la envolvía.

—Acuéstate para que descanses —señaló el sofá, de modo que no estuviese de pie por más

tiempo.

Anna hizo el amague de acercarse, pero Jevrem comentó:

—Hay una cama disponible para ella. —Ante la expresión inquisitiva de la muchacha y las cejas arqueadas de la progenitora, él añadió—: En la habitación de al lado.

—El sofá está bien.

—Anna —Emilia la increpó por llevar la contraria—. El señor Jevrem está siendo amable, no rechaces su hospitalidad.

—Pero…

—Debes descansar —la instó—. Ve. —Emilia sentía que, si se alejaba de George, este la dejaba para siempre. Tenía que estar allí.

Anna apretó la mandíbula para evitar gruñir. No quería estar a solar con él, sabía que en algún momento sucedería.

Briserka se encargó de abrir la puerta de la habitación contigua, aunque, claro, dicha habitación no se hallaba a escasos metro, sino al final de un largo pasillo. Se contuvo de preguntarle qué le sucedió al señor Morris y porqué lo trajeron a la casa en esas condiciones, pues el amo Jevrem no dejaba de pisarle los talones a la joven, como si fuese su sombra. ¿Qué pasaba con ella? Qué cosa tan rara: años separados, del que ni ella misma sabía qué pensar, ¿volvían a estar juntos? Caramba… Por ahí venía el asunto. ¿El amo la disputó al padre?

Y, de ser así, ¿por qué se preocupaba por *ese cocinero* de humanos?, ¿lo pidió Anna?

Días oscuros ellos aguantarán si el amo no entraba en razón; él se iba a casar con la señorita Roxanne. Y la familia de esta era allegada al señor Damir y a la señora Grubana. Por extensión, Anna se arrepentirá de haber vuelto a Kenai.

—Gracias, Briserka, se puede marchar. Tráenos el almuerzo; de preferencia, carnes.

—No tengo hambre —Anna intervino mientras se dirigía a la cama para recostarse.

—La comida te ayudará a sanar más rápido, a menos que prefieras quedarte aquí por un mes —Jevrem replicó, yendo a descorrer el cobertor de la cama para que la morena no hiciera ningún esfuerzo.

Anna puso los ojos en blanco.

—Que no sea mucho, por favor.

—¿Y usted, amo, desea almorzar? —Briserka le preguntó.

—Sí, tráelo aquí. No me gusta comer solo —comentó. Aunque esto no era cierto, él solía atragantarse sin que nadie le hiciera compañía en el comedor.

El ama de llaves se marchó del dormitorio de huéspedes, causándole una animosidad que le retorcía las tripas, ya que era evidente que Anna manipulaba al amo con su supuesto desamparo.

Anna trataba de quitarse la bata y Jevrem la ayudó a despojarse de la prenda, la tela lastimaba su hombro; quizás en días pasados o en el futuro, ella no estaría incómoda con su desnudez, pero en ese instante no quería que él la mirara. Se deslizó bajo el cobertor y se cubrió hasta los senos. Jevrem dispuso cuidadosamente las almohadas dobles, así Anna estaría semisentada. Ella se acomodó en su costado izquierdo, su mirada al fondo del dormitorio, observando que era amplia y bonita. Había una mesita desayunadera junto a la ventana que da hacia el área de la piscina; lo sabía bien sin necesidad de asomarse, reconocía la habitación de las veces en que ella la limpió. La luz natural se filtraba por esta e iluminaba buena parte de los espacios.

—No la cierres —le pidió a Jevrem en cuanto él se dirigió a soltar las cortinas para sumir el dormitorio en las sombras. Él acató y luego abrió un mueble de madera tallado donde se ocultaba una televisión HD—. Prefiero dormir, no tengo ánimos de mirar la televisión. ¿Vas a estar aquí

conmigo todo el día? —Él asintió—. Pero quiero estar sola.

—Hoy no —él sería su paño de lágrimas.

—¿Qué te preocupa? —No se iba a cortar las venas, porque regeneran.

—Que llores sola.

Ella rompió en llanto. ¿Qué caso tenía contenerse? Ya no aguantaba fingir fortaleza.

Los brazos de Jevrem enseguida la acunaron, se hizo a su lado y le brindó el calor de un amigo. Se recuperaría primero el señor Morris y las mismas heridas de Anna, pero *no lo que acabó* con su felicidad; se recriminaba el no haber sido más veloz y detener a tiempo a ese maldito; todo esto desencadenándose por unos celos que ahora a él lo avergonzaban. El proceso de sanación sería más lento para Anna.

—Te comprendo, ¡te comprendo! —era lo único que atinaba a decir, las palabras se agolpaban en su garganta, ineficaces para dar aliento—. Llora sobre mí las veces que quieras. Te comprendo.

—Con su per… ¡Ay, lo siento!, enseguida nos marchamos… —Briserka y una de las sirvientas entraron sin anunciarse, en un terrible error de haber asumido que podían pasar sin tener que tocar a la puerta. Esto les valdría una regañada por imprudentes.

La joven secó sus lágrimas con el cobertor y lo subió un poco más para no mostrar sus moretones y mordidas. Jevrem se levantó de la cama e indicó donde dejar las bandejas; no reprendió a las mujeres, pero lamentó no seguir acunando a Anna.

—¿Quieres comer en la mesa o en la cama? —preguntó tan pronto quedaron a solas.

Ella prefirió en la mesa para evitar ensuciar las sábanas.

De inmediato cayó en la cuenta de que tendría que volver a ataviarse con la bata.

—Hay una toalla en el baño. Te la traeré. —Segundos bastaron para él ir por esta y entregársela. Anna le dedicó una expresión de «no mires», ya que se iba a levantar de la cama. Jevrem sonrió, ya la había visto *encuerada* muchas veces, pero no le haría pasar por otra penosa situación—. Huele a búfalo guisado, mi favorito.

—¿Hay algo que no te guste? —inquirió con una leve sonrisa en los labios, mientras cojeaba a causa de su tobillo lastimado—. Todo lo devoras.

Se encogió de hombros.

—La leche me da diarrea.

—Eso fue muy gráfico —Anna, rio.

—¿Y a ti qué te cae mal? —La silla descorrida para que ella se sentara.

—Eh… El café recalentado.

—Eso da gases.

—¡No me pedorreo!

—¿Te da diarrea?

—Me cae mal. ¡Punto!

Las charolas destapadas, el humo de los filetes calientes y el aroma de la carne eran un excelente reparador de la moral de la joven, que hasta ensalivaba. La bandeja de Jevrem contenía casi el triple de lo servido para Anna, quien no ocultó su sorpresa por lo glotón. Tanto tiempo ella comiendo en la frugalidad con sus padres o en las veces en que compartía mesa con los humanos, que olvidó el apetito voraz de los machos.

Observaba a Jevrem devorar su comida con una mezcla de asombro y diversión. Él la habría pasado mal si en su niñez hubiese vivido como ella, en el que hubo veces en que se acostó con el estómago vacío por su papá no poder cazar nada, y no pudo evitar sentir una punzada de envidia

por la abundancia alimenticia con la que Jevrem creció.

—¡Estoy bien así! Es mucho… —protestó, su plato comenzaba a tener el mismo nivel de comida que el de Jevrem.

—Tienes que consumir bastantes calorías, te fortalecerán. ¿Quieres sanar rápido? Entonces, a zamparte los filetes.

—Si vomito será por tu culpa.

—Le diré a las muchachas para que limpien.

Y Doris y Amelia la odiarían por eso.

—Con dos son suficiente, el resto te los *zampas* tú. Tienes cara de que lamerás hasta el plato por el hambre. Mira cómo comes…

Fingió ofenderse.

—Me parece recordar que *cierta personita* es de buen colmillo. Así que, deja de hacerte la melindrosa y abócate a lo que te serví. Si quedo insatisfecho, pido más. Asunto resuelto.

Anna puso los ojos en blanco.

Este Jevrem…

Almorzaron de buen ánimo; el humor de Jevrem contagió a Anna; la tristeza y los malos recuerdos desaparecieron mientras charlaban y devoraban el contenido en las bandejas. Jevrem se felicitaba en su fuero interno por mantenerla sonriente; los ojos de la morena irradiaban cuando nada la afligía; qué cercano se sentía a ella como si jamás hubiesen terminado. Su mano se extendió hacia Anna, en su afán de entrelazar sus dedos, pero, ¡oh, tonto él por fantasear en cosas que no son! Anna ocultó su mano en su regazo y se enfocó en su plato como si no se hubiese dado cuenta de lo que Jevrem pretendía. Él tragó un improperio por presionar un romance que solo en su mente ocurría, ella accedió a almorzar allí porque no tenía más alternativa; de lo contrario, le habría puesto la bandeja en la cabeza por aprovechado.

Los platos quedaron vacíos en la mesa, Jevrem oprimió el timbre que comunica el dormitorio con la cocina; la señal advertía de la retirada de las bandejas. Anna se tomó unos minutos para enjuagarse la boca y él de revisar su móvil.

—*¿A quién llevaste a tu casa?* —el audio de Roxanne, demandaba explicación de la persona que él le dio alojamiento por unos días y sin consultarle. El que le fue con la cotilla, al parecer, no le informó bien.

Apagó el móvil y lo dejó en la mesa. Anna salía del baño; su indumentaria: la toalla.

—¡No me alces, puedo sola! —lo detuvo al momento en que Jevrem estuvo a punto de cargarla de nuevo en sus brazos para ahorrarle la molesta de cojear hasta la cama.

Verla así, tan vulnerable, lo impulsó a tomar una decisión: anularía el compromiso con Roxanne. No podía seguir engañándose a sí mismo ni complacer a los demás, amaba a Anna, y no daría lugar a nadie más en su corazón. La relación con Roxanne ha sido complicada desde el principio. Si bien, la conquistó solo para *los revolcones*, siempre la sombra de la insatisfacción nublaba su felicidad. Con Anna, todo era diferente. ¡Había chispas! ¡Pasión! ¡Alegría! Le hacía arder la sangre, lo cuestionaba. La vida, a su lado, jamás sería aburrida.

Era hora de ser honesto y seguir lo que su corazón dictaba.

—Te…

—Necesito ropa, no puedo estar así todo el día. Quiero ver a papá —Anna interrumpió lo que Jevrem estuvo a punto de expresar desde el fondo de su corazón. De haberse dado cuenta de la calidez que reflejaban los ojos de este, lo habría dejado hablar, pero ella ni tenía sueño ni deseaba estar recostada en la cama, mirando la televisión, y dejar transcurrir las horas mientras su papá

yacía en otra habitación.

—Están las de mis hermanas… A menos que quieras las de mamá.

—Prefiero las mías. —¡Ni muerta usaría las de esa mujer!

—Iré por ellas. ¿Qué te traigo?

—Yo puedo ir. —Jevrem sacudió la cabeza—. ¡No vas a tocar mis calzones! —Él puso cara de apuesta a que sí—. No, definitivamente no.

—Están *las que ya te dije*.

—¿Y mis calzones? Me da asco ponerme los de otra.

—¿Cuáles te traigo?

—¡Que no las vas a tocas! ¡¡Menos los gorilas!! —agregó por si proponía a que fuesen los guardias por el mandado.

—¿Prefieres que sea yo? A ver… ¿Cuál de *tus calzones* te traigo y qué ropa? —La cara de mortificación de Anna lo hizo desistir—. ¿Le digo a Briserka?

—No. Ni a las muchachas. —Capaz le echan *algo* a su ropa interior.

Jevrem meditó que solo quedaba una solución, y, para ello, no habría negativa por parte de la morena.

—Acuéstate.

—Dije que…

—Te acuestas —la orden fue tajante e hipnótica. Y actuando «robotizada», Anna se acostó en la cama.

Jevrem la arropó; la toalla enrollada en el cuerpo de la joven. No la removió; en cuanto saliera del letargo, era mejor que ella comprobara que él no se propasó. Se abstuvo de darle un beso, porque no tendría voluntad de abandonar el dormitorio. La dejó allí, sumergida en un sueño que él le forzó a estar. Tomó su móvil y bajó hacia su despacho, pues se las tendría que ver para averiguar las boutiques de Kenai. Googleó y halló un sitio que resolvería el problema. Marcó el número telefónico que en el portal *web* publicaban y carraspeó ante la voz femenina que atendió la llamada.

—Ni idea, pero es delgada y sus, eh… son pequeños —dijo cuando la interlocutora preguntó por las tallas de la braga y el sujetador de la mujer a quien le harían el obsequio.

—*¿Qué tipo de juego desea, señor?*

—¿Juego?

—*Las prendas íntimas.*

—¡Ah! Bueno… —pensativo, se rascó la cabeza—, que sean discretos y bonitos. *Muy bonitos*. Blancos, negros, eh… ¡de todos los colores! —Ni de coña le entregaría a Anna unas bragas sexys que se le metan por el trasero, aunque a él le encantaban verlos puestos en los de sus conquistas, pero Anna se los arrojaría a la cabeza—. Necesito el envío a domicilio y en una hora a más tardar.

—*Para usted, señor Brankovic, en un segundo. Empacaremos el pedido y yo misma se lo entrego en sus manos* —ronroneó del otro lado de la línea telefónica.

Jevrem agradeció y colgó.

En otra ocasión, la voz sensual de *la operadora*, le habría parado el pito por escucharla, pero en ese instante solo tenía cabeza para un hada hermosa.

—¿Una docena será suficiente o debo comprar más? —Meditó de si debía volver a marcar a la boutique. Su experiencia en el campo femenino le indicaba que la cantidad de lencería dependía de la actividad de la mujer. Sus hermanas y su mamá se cambiaban una vez al día. Roxanne dos

veces; de sus amantes pasajeras ni usaban calzones; se subían las faldas o se bajaban el pantalón, y tenían sexo hasta que él se quedaba sin semen. Las *escort*… Ellas cada vez que un cliente las pedía. ¡Y eran muchas veces por día!

Capítulo 17

Emilia le besó las manos a Jevrem como muestra de agradecimiento por todo lo que hacía por su esposo y su hija.

Él pasó a consultar de si a la señora ya la atendieron como a Anna, y esta asintió sonriente y con lágrimas en sus ojos. Charlaron un rato de trivialidades, pues a Emilia le cohibía entrar en confianza con el alfa; este le pidió no lo llamara «amo» o «señor», sino por su nombre de pila, a lo que Emilia no era capaz de tutearlo, le parecía irrespetuoso no anteceder dichas deferencias. Aun así, mantuvieron una cercanía agradable; a Jevrem le recordaba a su mamá, a quien extrañaba, una dama que pondría su vida a cambio de sus seres queridos.

—Le debemos mucho, señor. Ha hecho tanto por nosotros… Procuraremos no estorbarle. Tan pronto, George abra los ojos, lo llevaré de vuelta a casa.

—No estorban —replicó—, son mis invitados, los aprecio como si fuesen mi familia. Permanezcan aquí hasta que el señor Morris se haya recuperado por completo. Nada me deben, yo les debo a ustedes, permítanme saldar esa deuda.

Emilia acariciaba la mano de su esposo, como si le estuviese demostrando a este de «aquí estoy». Sonreía tímida; sus ojos anegados en lágrimas y nostalgia. El hombre respiraba cadencioso y ajeno a la vigilia de su compañera. Nadie tendría el poder de sacarlo de ese coma prolongado, solo él debía hacerlo por su propia cuenta. Aún le faltaban décadas por vivir juntos; disfrutar de las venideras estaciones, de los éxitos que Anna ha estado logrando y los de ellos con lo invertido en el restaurante. Además, algún día, quizás pronto, Anna les daría la alegría de ser abuelos. ¿Cómo él se lo iba a perder? Un cachorrito juguetón al que ellos consentirían.

—Nosotros también lo apreciamos, señor —dijo con sinceridad—, usted es como el Soberano: íntegro y bueno. —Aún lamentaba que Anna lo haya dejado por un sujeto desalmado.

Jevrem medio sonrió. Él no lo era, le faltaba mucho para ser comparado con su tío Everett.

Cuando se dispuso a marcharse de la habitación, Emilia creyó pertinente formularle otra pregunta:

—¿Qué le pasó a Anna? La observé… y lo que escuché…

—¿Qué escuchó? —se tensó. Anna no quería que ella se enterara. Él le arrancaría la lengua al que fue indiscreto.

—Que alguien que conoció en Nueva York, la buscó para lastimarla. Ella parecía…

—La golpeó, pero le di su merecido.

Emilia pensaba que pasó algo más.

—¿Fue solo eso: golpes y mordidas?

Jevrem esquivó su mirada y asintió con la cabeza. La progenitora era intuitiva.

—Está apaleada —dijo—, no se preocupe, ahora descansa. Mañana estará mejor.

La mujer esbozó una expresión de «esperemos que así sea». Su pecho se oprimía cada vez que pensaba en las condiciones en cómo hallaron a su hija.

Al igual que a Anna, Jevrem dejó a Emilia, para él ir a descansar. La sanadora notificaría los cambios en la regeneración del señor Morris; equipada ella de ungüentos, gasas y suturas por si las heridas del paciente se infectaban o abrían. Briserka se encargaría de suministrarles a los invitados y al personal médico, de alimentos y lo que necesitaran para su estadía; presentía que pronto una tormenta se libraría, pero a Jevrem no le importaba. Anna estaba allí con él.

El ambiente se cargó de tensión de repente, Briserka le anunció justo en medio de las escaleras dobles, de que la señorita Roxanne lo esperaba en la Sala Azul, y que estaba enojada con ella porque, como ama de llaves, se tomó la atrevida decisión de no permitirle subir a la planta alta.

—Hiciste bien —Jevrem respondió. De subir su prometida, le formaría un escándalo de proporciones épicas.

Al entrar a la sala, Roxanne Chandler se dio la vuelta hacia él, estando esta frente a la ventana con vistas a la parte frontal de la mansión. Sus ojos verdes, normalmente cálidos para su prometido, ahora relucían con una intensidad feroz. La luz vespertina que entraba por la ventana resaltaba sus aristocráticas facciones, dándole una apariencia más etérea, pero que no ocultaba el enojo en su rostro.

—¿Es cierto? —le inquirió en el acto. Sus tacones repiqueteaban pesados en el piso de mármol, no tenía intención de saludarlo con un beso en los labios como lo acostumbrado cuando se visitaban. Quería respuestas inmediatas.

—¿En referencia a qué? —Jevrem fingió ignorar lo que la disgustaba, pero que bien él intuía de qué se trataba.

—¿Tienes a tu ex aquí? —Sus alas nasales aleteaban y sus ojos echaban fuego—. ¡Ya sé que le has dado hospedaje como buen samaritano!

—¿Y para qué preguntas?

—¡¿Cómo pudiste?! —Se ofendió—. ¡¿A tu ex?!... ¿Qué van a comentar mis padres y los tuyos de esto?

—Qué me importa lo que digan los demás —espetó y sin invitarla a sentarse en los mullidos sillones azules—. Mis invitados necesitan refugio y cuidados.

Roxanne puso las manos en la cintura y esbozó una sonrisa sarcástica por su desfachatez. ¿Invitados? ¿Refugia y cuida al exsuegro y a la exnovia? ¿Acaso estaban en guerra contra otras manadas del que nadie le advirtió a ella de ese suceso?

—Los pueden atender en un centro comunitario o en un hospital —sugirió en su esfuerzo de no estallar su voz—. No en la casa del hombre con el que me voy a casar. Supe que la violaron. ¿Por eso la tienes aquí?

Jevrem gruñó.

—¿De quién lo escuchaste? —Antes de mandarla a volar, averiguaría primero cómo Roxanne tuvo acceso a esa información.

—La cotilla corre.

—¿De quién? —Malditos guardianes, hijos de puta, eran unos deslenguados que les costaba guardar un secreto. ¿Cómo garantizaba su propia seguridad si todo lo revelaban? Averiguaría si fue uno o varios que esparcieron la cotilla y luego los despediría. Estos son los que vendían información al que les mostrase los billetes.

—Al padre lo hirieron por defenderla. Lo que yo haya tenido en el pasado con la hija, no impide que los socorra. Son amigos.

Roxanne lo miró incrédula. Vaya mentiroso: «amigos». Por lo visto, aún Jevrem sentía algo por esa chica que se ha acostado con cuanto lobo se le cruza por el camino. A Roxanne no la engañaban. ¿Violación?, se carcajeó para sus adentros. Qué puta tan inteligente y qué familia tan sinvergüenza. A los tontos como Jevrem les gustaba rescatar damiselas en apuros, y, más si son sus examantes. A esa la eliminaría si pretendía arrebatarle el anillo para postularse como Primera Esposa. Roxanne tendría que llevarla al campo de batalla. Ella era mejor estratega que una omega recién aparecida.

—Está bien, amor —expresó conciliadora, yendo hacia él para colmarlo de mimos—. *Pobrecita*, lo que le pasó, y *pobrecito* el señor: ver cómo a la hija la deshonraron de esa manera. Aunque, claro —sonrió desdeñosa—, tampoco es que haya sido una pérdida irreparable, el sujeto fue uno de sus amantes…

—Así sea el marido: ¡la forzó!

Roxanne fingió un puchero de «comprender».

—¿Y permanecerán aquí hasta cuándo? Digo, para presentarme adecuadamente ante ellos. Los «amigos» de mi prometido son mis amigos —que mandaría pronto al infierno.

Ahí Jevrem consideró era hora de zanjar la relación.

Se desembarazó de Roxanne, su garganta urgía beber alcohol; por cada sala y hasta en el despacho siempre había al alcance una buena botella de whisky. Pero no nublaría sus sentidos.

—Siéntate, por favor —su mano extendida hacia los sillones.

—¿Para qué? No me apetece estar más tiempo en esta sala tan fea. —Todo era azul: cortinas, sillones, alfombras, esculturas. Hasta los horrendos lienzos colgados en las paredes de tapiz azul marino, eran de temática de dicha tonalidad. Ella se encargaría de cambiar las salas cuando se casaran.

A Jevrem no le molestó la crítica a la decoración de la casa, a él tampoco le gustaba, fueron tendencias que hacía cien años las matriarcas de los clanes más importantes imponían en sus hogares como símbolo de prestigio y buen gusto, y, del que ahora el pesado mobiliario estaba pasado de moda. Sentía que su hogar parecía una cápsula del tiempo, y aunque apreciaba el valor sentimental de los objetos de sus antepasados, anhelaba un espacio moderno que reflejara su personalidad.

—Siéntate.

La insistencia de Jevrem, la preocupó.

—¿Por qué? —No lo hizo—, ¿hasta cuándo ellos van a permanecer acá? No me digas que los vas a acobijar por meses… Ni lo hagas, los omegas son como los parásitos: infectarán todo.

—Anularé el compromiso.

Roxanne dejó de respirar.

—¡¿Qué?! ¡Por qué! ¿Te ofendiste por lo que dije? ¡Ay, por favor, Jevrem!, *¡discúlpame!* —exclamó mordaz—. O en realidad lo de la «violación» es un pretexto para meter en tu casa a una de tus amantes. ¿Aún no te quieres casar? ¡Bien, aplacemos la boda!, y goza de la omega hasta que te hartes. ¿Para cuándo quieres, entonces? ¿Para el otoño o el invierno?

—No me quiero casar.

Pero sí con la maldita que metió a la casa, pensó Roxanne, a punto de llorar. Sus ojos le escocían de rabia.

—Estás confundido —temía escuchar las palabras que zanjaría definitiva la relación—. Otorguémonos unos días y verás que se te pasará el capricho.

Jevrem metió las manos a los bolsillos laterales de su pantalón y se mantuvo en silencio por unos segundos.

—Yo no te…

—¡NO! —lo interrumpió enérgica—. ¡Diste tu palabra ante toda la comunidad! ¡¿Cómo me vas a salir con eso?!

—¡¡No te amo!! —Debía comprender que un matrimonio entre dos personas que no se amaban no podía llevarse a cabo, por más que las circunstancias sociales o familiares lo presionaran—. Lo siento si te defraudo, pero merecemos algo mejor.

—Tú con la omega, y yo llorándote sola.

—Eres libre de amar a otra persona.

—¡TE AMO A TI! —lo gritó. Las lágrimas caían raudas de sus ojos furiosos—. Esto será humillante: me reemplazas por una puta que fue la sirvienta de esta casa. Mis padres me acusarán de haberte descuidado, ¡y no fue así! Siempre estuve pendiente de ti, hacía todo lo que me pedías, ¡hasta en la cama! Incluso, te perdonaba las tipas con las que te acostabas, porque estaba segura que tú al final te casarías conmigo. ¡Y mira cómo me pagas!

—Un matrimonio sin amor será un infierno para los dos.

—Haré que me ames.

—Es mi última palabra: no.

Dándose cuenta de la inutilidad de sus ruegos, Roxanne corrió hasta el sofá y se arrojó allí para soltar un llanto que ablandara el corazón de Jevrem. ¡No se iba a hacer a un lado y que la otra triunfara sobre sus lágrimas! Ella iba a dar batalla hasta que él se convenciera de cuál hembra era la que más lo representaba frente a su manada. Las omegas eran inútiles, enfermizas, promiscuas y bastante brutas. Roxanne no tenía necesidad de resaltar sus propios atributos, porque eran conocidos hasta en la Corte Real. Era lo contrario a la puta que le quería quitar al hombre que amaba.

Mientras ellos discutían, Briserka atendió al timbre en la puerta principal de la casa; uno de los guardias anunciaba la llegada de cuatro humanos que traían compras pedidas por el alfa. Entre ellos había una mujer muy bonita que sonreía como si fuese a ver a un artista de cine, muy conocedora ella de los adinerados señores. Sostenía unas bolsas que Briserka se fijó –a juzgar por el logo impreso– de que era lencería para dama y que fueron adquiridos en grandes cantidades. Wyatt y Kai recibieron el cargamento de los humanos del cual dichas compras abastecerían el guardarropa de un ejército de mujeres.

—¿Y esto?

—El señor Jevrem lo pidió por teléfono. Vinimos a entregárselo personalmente.

Y, tal vez ella a modelarlo al cliente, pensó Briserka.

—¿Las compras han sido pagadas?

—Sí, solo….

—Wyatt, deles a todos, una propina, y acompáñalos hasta la salida. Gracias por traer el pedio a domicilio.

—Pero… —la humana se quedaba con las ganas de conocer a ese hombre sexy del que tanto en el pueblo se comentaba.

Los dos guardianes ayudaron a Briserka a subir las compras hasta la puerta de la habitación de Anna Morris, mientras mantenían las orejas apuntando hacia la parte donde su amo y la señorita Chandler hablaban del compromiso. No entraron en el dormitorio de la joven, tuvieron que dejar las bolsas en el piso y luego bajar, ya que ningún macho tenía permitido estar por esa parte de la casa. Briserka abrió la puerta y, siendo sigilosa, depositaba las bolsas sobre la mesa del desayunadero. Por esa chica, no habría boda.

Pese a que la anciana trataba de hacer el menor ruido posible, Anna se sobresaltó por su presencia. Preguntó por lo que trajo, sus ojos posados en la mesa, y, curiosa se levantó de la cama. Se vistió rápido con la bata que reposaba sobre un sillón. Briserka reparó en que esta se había quedado dormida con la toalla y censuró para sus adentros sus costumbres raras.

—Ya no cojea, descansar le ha sentado bien —comentó al fijarse en que la joven caminaba sin

dificultad. Esta giró suave los tobillos y sonrió porque cada vez estaba mejor.

—¿Qué es todo eso?

—El amo lo compró para que usted no siga en esas… fachas…

¡Ay, ese Jevrem!

—¡¿Compró?! —jadeó—. ¿Por qué?

Briserka aguardaba a que Anna sacara lo que el amo le compró, pero la joven ni se atrevió a esparcir los artículos sobre la cama. Le agradeció a la anciana por llevarlos hasta su dormitorio y esperó a que se marchara para poder pasar el cerrojo del picaporte y así nadie la tomara desprevenida. Al final, Jevrem hizo lo que le dio la gana y sacó su tarjeta de crédito para comprar un buen surtido de vestidos de diseñador, pijamas, sandalias y ropa interior.

—Pero si solo estaré unos días, no viajar a Paris… ¡Cuánta ropa lujosa! —A ella se le caería la cara de la vergüenza si su mamá se enteraba de las atribuciones que a Jevrem no le correspondían. No era su mujer. Pero no le quedaba más remedio que vestirse con uno de esos atuendos; así que escogió el más «sencillo», junto con unas sandalias planas, de cual fue amable de abastecerla, a causa de su tobillo. Se recogió el cabello en una coleta. El vendaje protegía el roce de la tela.

Su primera acción fue salir del dormitorio e ir directo a donde sus padres; su mamá le sonrió, notaba algo diferente en ella, y rápido se dio cuenta de la ropa elegante que usaba.

—El señor Jevrem es un hombre considerado. ¡Mira lo que me compró!

—¡¿Todo eso?! —Docenas de bolsas había sobre el sofá. La sanadora sonreía. A ella y a *la del otro turno* les obsequiaron un par de cosas que las tendrían felices todo el día.

—Me gusta tu vestido, Anna, te queda bien. Veo que te surtió bastante, ya no tienes que andar por ahí en bata… ¿Cómo sigue tu hombro?

—Mejorado, ya está formando cicatriz.

—Para mañana comenzarán a borrarse. Hoy te quito las puntadas —comentó la sanadora.

—¿Y papá?

—El señor Morris tardará un poco más, por la conmoción en la cabeza y lo del cuello, pero lo está sobrellevando.

Anna se sentó al borde de la cama y le dio un beso a su padre en la frente.

—Gracias por salvarme —le susurró al oído—. Eres el mejor padre del mundo. ¡El mejor!

—Señorita Morris —Amelia de repente metió la nariz a la habitación—. Tiene llamada telefónica.

La joven se secó las lágrimas y miró a la empleada doméstica.

—¿Quién? —¿Sería la policía o los Ancianos que urgían interrogarla para averiguar los hechos?

—La reina —contestó y esto causó que hasta la sanadora agrandara los ojos por la sorpresa—. Ha intentado comunicarse a su móvil y la del amo Jevrem, pero ninguno la ha atendido…

—¿En qué teléfono está?

—En el del despacho.

—¿Pueden trasferir la llamada a la habitación? —Su móvil quedó olvidado en su casa.

—Es una línea independiente, debe ir hasta allá.

—Ve, Anna. No hagas esperar a la reina —Emilia le ordenó, reflejando en su semblante el gran aprecio que sentía por la consorte del Soberano. Ella fue una bendición que Licaón les mandó en un momento en que más lo necesitaron.

La joven no opuso resistencia para esto, era evidente de que Isabel se había enterado de lo

sucedido. Se levantó de la cama y, con aplomo, siguió a Amelia hasta la planta baja. Ni siquiera estaba preparada para contar a otros lo que le hizo Spike: titubearía, lloraría, se avergonzaría. ¿Le increparía por haber salido al patio para mirar las estrellas? Isabel era sobreprotectora como si fuese su hermana mayor. Seguro le iba a *jalar* de las orejas por tomarse a la ligera su seguridad como loba soltera.

De camino al despacho, Anna oraba para sus adentros para que Isabel no la presionara a contar a detalle el horror sufrido; Amelia le hablaba, pero ella no la escuchaba, solo pensaba en cómo debía sonar su propia voz: ¿fuerte?, ¿entristecida? Nada de eso… Mas bien, calmada, no se trataba de una audición en la que le otorgarían el papel de un personaje en una película, ¡se trataba de su vida!

Le contaría, se desahogaría con…

¡Auch!

Un golpe seco con una persona que de repente apareció de la nada, sacó abrupto a la muchacha de sus atribulados pensamientos. Amelia jadeó por la colisión de las dos mujeres, que ni quería ella estar ahí para cuando *la loba de perfume cítrico y ojos llorosos* estallara de rabia. Pobre Anna Morris, su torpeza era legendaria.

Capítulo 18

—¡Ay, me has golpeado, idiota!

Roxanne chilló tan pronto salió de la Sala Azul, justo en el momento en que Anna pasaba por ahí para atender la llamada de Isabel.

—Discúlpeme, no la vi. Iba al despacho.

—¿Para qué? —la mujer le inquirió a la vez en que la escaneaba de arriba abajo: tenía pinta de sirvienta.

—La señora Isabel aguarda en la línea privada del despacho.

Roxanne se mosqueó.

—¿Qué «señora Isabel»? ¡¿Se refiere a…?! —jadeó—. ¡¿La reina?! —Anna y Amelia asintieron, y a Roxanne le dio una punzada de envidia. En el tiempo en que fue novia de Jevrem, no tuvo oportunidad de conocer a los reyes de América. Ni siquiera asistieron al anuncio del compromiso, donde hasta el gobernador de Alaska se presentó. ¿Y a esa sirvienta la llamaban por teléfono?

La volvió a escanear: joven, bonita, de apariencia «inocente». Por supuesto que lo era, la cara de mojigata la delataba. La puta.

—Así que eres Anna Morris... —pronunció su nombre de la manera más desdeñosa—. Te felicito, eres buena para disputar macho —sonrió venenosa, y Amelia agrandó los ojos escandalizada de lo que se enteraba—. Pero, tendrás que esforzarte más, porque aún sigo en pie. La señora Grubana vendrá esta noche y traerá el vestido de novia. ¡Qué contenta estoy! —comentó como si el compromiso con Jevrem estuviese vigente. Este se cansó de sus lloriqueos y la dejó sola en la sala, le había dado una orden hipnótica de abandonar la casa, pero ella fue ágil de esquivar la mirada y permanecer quieta.

Anna se paralizó, la mujer no era una de las amantes recurrentes de Jevrem, sino la prometida que la acusaba de un hecho que no ha cometido. Miró a Amelia para que las dejara a solas, y esta, torciendo la boca en una sonrisita peor a la señorita Chandler, se dirigió hacia la cocina, donde a todas les contaría de lo que presenció.

—¿Qué está insinuando? —Anna le preguntó indignada a Roxanne—, ¿disputarme al alfa? Él solo ha sido amable…

—¡No me cuentes la historia, ya me la sé! —la interrumpió al alzar la voz—. Aquí la *primera* y *única* esposa seré yo —expresó para que la *putilla* que parecía mosca que revolotea a la miel no la creyese derrotada—. Jevrem es mío, y, *si te metes*, te arranco los ojos.

Anna casi le escupe: «también fue mío y lo disfruté muchas veces», pero se tragó la rabia.

—No se preocupe; si él la ama, dé por seguro que la hará su esposa. Ahora, si me disculpa, debo atender la llamada de *la reina*. —Giró sobre sus talones y de allí se dirigió hacia el despacho, con actitud pretenciosa. *Camina con seguridad, ni se te ocurra torcer las patas*, se pidió para que la otra se amargara al verla alejarse como toda una diva. La tipa la tenía en la mira.

Se encerró y tomó un respiro para calmar su angustia, antes de levantar el auricular del teléfono fijo. La llamada que atendería tal vez cambiaría el curso de su vida, fue imprudente al salir sola al bosque: a su padre lo hirieron, un lobo neoyorquino murió a causa de su obsesión por ella, provocó una gran movilización de guardianes y causado un revuelo por todo el pueblo.

—Hola, Isa —su mano temblaba al mantener el auricular pegado a su oreja—. Disculpa la tardanza…

—*¡Anna!* —sollozó—. *Amiga, lo lamento tanto…*

La joven cerró los ojos, estando ella de pie al lado del escritorio de ébano. Los libros clásicos la rodeaban en las estanterías de madera pulida a su espalda. Isabel lo sabía.

—Estoy bien.

—*No, no lo estás* —captó su mentira—. *Y me entristece que yo no pueda estar allá contigo. Erik…*

—¿Qué pasa con él? —el tono de voz de Isabel se había apagado y esto a Anna la alarmó.

Una leve risa como para restar importancia resonó del otro lado de la línea.

—*De momento te diré que les dará una sorpresa. Sus hormonas…*

—¿Su primera transformación?, ¡apenas tiene cinco años! —Y en un cuerpo de un chico que aparenta doce.

—*Sí, ha sido…* —enmudeció. A través del auricular, Anna escuchó un suspiro entristecido— *un poco agitado. Perdona por enfocarme en mí. ¿Qué podemos hacer por ti?*

—Estoy bien, descuida. Es solo papá que… —Y ahí lloró.

Veinte minutos después, Isabel tuvo que cortar la llamada, porque otros urgían su presencia a causa de uno de los gemelos, y, del cual, Anna alcanzó a escuchar a Luttrell que lo comentaba. Su buena amiga pidió que Jevrem se comunicara con Everett y le diera un informe detallado de todo lo que aconteció el día anterior.

Al salir, Anna sintió alivio de no hallar a la mujer en el pasillo o por alguna de las salas aledañas. De las escaleras dobles, subió la del lado derecho, de vuelta al dormitorio de sus padres, pues ella no estaría paseando por ahí como si fuese una de los propietarios o saludando aquí y allá a sus antiguos compañeros de trabajo. Jamás la apreciaron, así que, ¿qué caso tenía entrar al área de la cocina y saludarlos? «¡Hola!, ¿cómo están: troceando verduras y limpiando pisos? Ya me gradué en Bellas Artes. Me va bien. Estuve en Perú, desenterrando tumbas…».

Mejor ahorrase las malas caras. Lo más probable, le espetarían un: «¿Y a nosotros qué nos importa?».

Se detuvo en la galería donde Jevrem la esperaba y del cual él aprobaba de buena gana los atuendos elegidos en línea. Acertó con la talla, conocía muy bien ese cuerpo delgado que amó en las mejores noches de su vida.

—Isabel pide que te comuniques con el Soberano —Anna le dijo mientras ella miraba de refilón por si *la otra* estaba cerca, pero su periferia no la mostraba.

—Ya lo hice —sus ojos escrutándola sin ser estrictos. Él había cometido la torpeza de no comunicar al Soberano, sobre el ataque, y también de haber apagado su móvil. La cotilla corrió rápido—. ¿Estás bien? —Ella asintió—. ¿Qué quieres hacer?

—No comprendo.

—¿Isabel te pidió volver a Denali? —Había cierta angustia en el tono de su voz.

—No es posible por lo de papá y por Erik.

La miró con cautela.

Sus celos bullendo de nuevo.

—¿Qué pasa con Erik?

—Sus hormonas cambian.

Arqueó las cejas.

—Mierda… ¡¿Tan joven?! —La genética de los gemelos era una revolución constante; todo

lobo entre los quince y los diecisiete años pasaría por la primera transformación, siendo esta la más dolorosa de las que sufrirían en adelante. Hasta el momento, Erik era el más joven de los metamorfos adolescentes que cambiaban de bípedo a lobo animal, siendo dominado al principio por motivos externos como una discusión con otro sujeto, defensa personal por un peligro inminente, hambre voraz o el enamoramiento por una hembra. Luego lo hacía a voluntad y las veces que quisiera. ¿Cuál de todos estos motivos alborotó sus hormonas?

—Isabel está preocupada. Trató de no demostrarlo, pero lo está…

—¿Y Ángel? —Everett nada le comentó al respecto.

—Aún no ha sido afectado. Aunque el doctor Pavlovic presume que él pueda tardar, por *lo de su condición*...

—Esto se vislumbraba, pero no tan rápido… —Tras permanecer un instante pensativo, sus ojos negros retornaron hacia la morena, quien ese día irradiaba como toda un hada encantada—. Estás hermosa.

Anna siguió por su camino.

Que se ahorrara el cumplido.

—Perdona, no lo dije para incomodarte. Esas ropas resaltan tu belleza.

—No te pedí que las compraras —espetó sin detenerse—. ¿Cuánto gastaste por ellas?

—Poco.

Se detuvo.

—Mamá y yo no repetiremos muda de ropa por un mes. ¡Fue mucho lo que gastaste! Dime cuánto y te pagaré. —Su cuenta bancaria lloraría por dejarla en cero.

—No recibiré tu dinero.

—Abajo conocí a tu prometida —señaló hacia el fondo de las escaleras dobles—. ¿Te imaginas el cabreo que ella tendrá si descubre que *su futuro esposo* les abastece a otras el guardarropa? Si no vas a recibir mi dinero, entonces te devolveré todo lo que compraste, porque no soy nada tuyo.

—Roxanne ya no…

—¡Déjame en paz! —exclamó cansada de la manera en cómo la trataba. ¿Ahora qué pretendía, cobrarle la estadía en la casa? No sería la amante—. Sé feliz con esa mujer que sueña con los ojos abiertos con ser tu esposa. No la defraudes por estar en tu papel de *alfa benefactor*. Te agradezco lo que has hecho por mí y por papá, pero no cruzaré esa línea.

—¿Qué línea?

—No soy ni Maya ni Jasna.

—Eres Anna —la arropó con la mirada—, la mujer que una vez amé y me rompió el corazón.

Ella sintió el peso de su acusación.

—Espero obtener algún día tu perdón, lamento haberlo hecho.

—Está bien, ya no importa. Ahora…

—Estás con Roxanne —que ocupa su lugar.

Fue duro para Anna tener que marcharse de allí y no dejarlo replicar, porque le dolería que Jevrem le expresara rencor o lástima. Le volvió a hablar, *por lo de Spike*, pero era cuestión del correr de los días para que él a ella le recordara su inestabilidad emocional.

Jevrem no supo cómo tomar la actitud de Anna.

¿Estaba celosa? ¿Ella aún sentía algo por él?

Esto alimentó sus esperanzas perdidas; de ser así, lo que otros planificaron, para él y Roxanne, lo concretaría junto con Anna. Soportaría las increpaciones de su padre y su abuela Grubana;

ellos le cerraron las puertas, pero Anna le abrió una ventana, y Jevrem aprovecharía de colarse por ahí para estar de nuevo en su corazón.

*****

Escuché que pusiste en orden tu vida.
Que encontraste una chica y que estás casado.
Escuché que tus sueños se hicieron realidad.
Supongo que ella te dio cosas que yo no te di.

Anna tarareaba en su mente, *Alguien como tú*, de Adele. Una forma de pasar el tiempo. Su mamá no le permitió encender la televisión de esa habitación, consideraba molestaría los oídos de George, así estuviese bajo volumen. Ansió tener un libro; de hecho, en el despacho de Jevrem había miles, pero ella ni se atrevía a poner un pie fuera del dormitorio ni solicitaría el favor a Amelia o a Doris, de traerle uno, sin importar la temática que fuese. Tampoco se iría a la otra habitación a descansar, y eso que contaba con la consideración de su mamá. No obstante, le preocupaba volver a estar a solas con Jevrem o que la señora Grubana la viese.

Acurrucada en el piso, su cabeza apoyada hacia atrás en el borde del asiento del sofá. Emilia tomaba la siesta, de vez en cuanto despertaba sobresaltada e inspeccionaba a su marido, pese a ser monitoreado por la sanadora del turno nocturno.

Nada se compara, ninguna preocupación o cuidado.
Lamentos y errores son productos de la memoria.
¿Quién podría haber adivinado lo amargo que esto sabría?

La canción se repetía en la cabeza de la joven, como disco rayado. La tarareaba por tercera vez sin que ninguno de los que se hallaban en la habitación la increpasen.

Bostezó, ahora sí que el sueño comenzaba a vencerla. La sanadora la animó a que se fuese a dormir a la otra habitación; ya bastante se había fatigado y ella aún seguía en proceso de curación. Anna se negó a marcharse de allí, pero la mujer la amenazó con acusarla ante el alfa. Anna le esbozó una mirada hosca y, como niña regañada, no le quedó más que obedecer.

Las sandalias planas colgaban de sus manos, correría hasta su habitación y se encerraría para que nadie la molestara. Por desgracia, se encontró con el ama de llaves. Los ojos de esta enfocados en los pies descalzos de la muchacha. Una ceja despectiva, sus labios tiesos, ciertas costumbres jamás se quitarían.

—Preséntese en la Sala Negra. La señora Grubana la requiere.

Anna palideció. Esa señora odiosa ya estaba en la casa.

—No —la negativa provino por parte de otra persona.

—La señora Grubana…

—Dije que no —Jevrem interrumpió a Briserka—. Tengo que hablar con la señorita Morris.

—Sí, amo. —El ama de llaves se retiró, tras hacerle una venia al alfa, yendo ella escaleras abajo hacia el sitio en cuestión.

Jevrem tomó de la mano a Anna y la haló hacia las escaleras posteriores que conectan con el área de la piscina. Anna no se opuso, prefería discutir con él que enfrentarse a la matriarca, que era como si fuese la abuela de los demonios del inframundo. Una vez fuera, Jevrem no se detuvo

a conversar en medio de los rosales, sino que siguió llevando a la joven más allá de los terrenos de la propiedad.

Los zapatos y las medias de Jevrem quedaron depositados en la arena, junto a las sandalias de Anna. Él la había llevado hasta el punto más distante de la playa, para evitar que lo rastrearan, pese a que sus hombres conocían su paradero. Pero ninguno de ellos iría con la cotilla a la señora Grubana; tres de ellos estaban en la cuerda floja, por sospecha de ser los que pecaron de indiscretos con lo del bosque, que, si un incidente así se repitiese, ni los lobos expulsados los querría como sus guardaespaldas.

—Estamos muy retirados. ¿Qué sucede que requiere tanta privacidad? ¿Es sobre papá o nuestra estadía? Si es por eso que la señora Grubana, me mandó a llamar, mañana mismo solicitaré una ambulancia para llevar a papá hasta Snowdrift Hollow. —Apostaría a que fue Roxanne que llamó a la vieja con su oscuro propósito de ayudarla a deshacerse de la ex de su prometido.

—Lo que opine mi abuela o quien sea, me tiene sin cuidado. Solo quiero me confirmes algo y te pido sinceridad.

—Tú dirás…

—¿Aún me amas?

La joven agrandó los ojos. Debió estar preparada para esa pregunta, pero ni siquiera tenía el valor para responderle, prolongando la mortificación de Jevrem.

—Anna —acunó su rostro; la mejor forma de atrapar su mirada—. ¿Me amas? ¿Hay esperanzas de volver? Porque, si las hay…, me caso contigo hoy mismo. Pero necesito saber — aguardaba impaciente a que le expresara esa felicidad que ansiaba; en caso contrario, el amor que tuvieron se transformó en «cariño o amistad». Entonces, él volvía con Roxanne y proseguía con sus planes conyugales, porque ya estaba cansado de esperar por una joven escurridiza.

Anna solo atinó a cerrar los ojos. ¿Qué expresarle cuando ni ella misma era capaz de sostener ese amor?

—Dame tiempo.

—Ya lo tuviste: ¡cinco años! —exclamó molesto—. Perdona que te presione en estos momentos, en los que necesitas paz, pero no aguanto más, Anna. ¿Qué sientes por mí? ¿Me amas? —Sus dedos ejercían presión en el rostro de la chica, sin ser tosco.

—No —mintió. Sus palabras se ahogaron por el nudo en la garganta. Le habría gustado ser más elocuente para no lastimarlo; no obstante, apenas de sus labios trémulos salió la negativa. Ella sabía muy bien el terreno minado que pisaba, cada bomba enterrada explotaría con insultos y humillaciones por parte del gobernador y su señora madre. Anna podría estar ligada de manera amistosa con los reyes, pero los parientes de Jevrem serían eternos conspiradores para que la relación de los dos fuese un infierno. Dudaba llegar al altar; apenas él, le dé el anillo de compromiso, a ella la desaparecerían.

Él la soltó.

Se volvió hacia la ensenada y se limpió las lágrimas.

No lo amaba.

A pesar de la profunda decepción que sentía, Jevrem tuvo que morderse la lengua para no expresarle desesperado que él aún la tenía en su corazón, y que la pensaba a cada instante, que hasta planificó en un minuto una vida juntos. Ese «no» fue contundente, sin estar adornado con frases vacías como: «Eres bueno, pero…», «no eres tú, soy yo», «te amo como amigo», «otra te amará más que yo». Agradecía la sinceridad de Anna, desgarrando sus esperanzas de una vez por

todas. No era cruel; en ella no radicaba ese tipo de maldad, pero se había tornado tan fría…

La acompañó hasta el área de la piscina, a partir de allí, ella estaría bajo la seguridad de sus hombres. Él no quería seguirla; ya no más. Cambiaría, volvería a ser el Jevrem de antes de conocerla: tendría en su cama a una *escort* por noche y acudiría a subastas para disfrutar de las mieles de una virgen. Su padre tenía razón: solo los estúpidos se enamoraban.

Capítulo 19

La distancia que Anna recorrió hasta su dormitorio se le hizo larga.

Azotó la puerta, llevada ella por el coraje a sí misma. Lo rechazó…, tuvo que hacerlo una vez más, aunque con una excusa diferente, y esta superaba en importancia a la anterior, por lo cual ella colocó un muro entre los dos. Sus sandalias cayeron al piso, rebotando, una un poco más lejos que la otra, por la rudeza con que las arrojó. El vestido lo desgarró para quitárselo, esa no era ella que debía lucir bonita a toda hora, sino la que usaba vaqueros y camiseta desteñida para sus exploraciones arqueológicas. Jevrem no figuraba en su destino, las estrellas en el firmamento le trazaban una solitaria si deseaba conseguir todo lo que se proponía. A él lo amaba, pero dicho sentimiento le producía tristeza. ¿De qué valía ser correspondida si otros maquinarían desde las sombras?

El albornoz que tomó del baño, la envolvió enseguida, prepararía la tina y se daría un baño tibio, pues necesitaba relajarse. Quería y no quería llorar; las lágrimas seguían contenidas; el pecho oprimido, el corazón latiendo fuerte, su cara ardiendo, su cuerpo temblando.

La puerta de su dormitorio se abrió y luego se cerró abrupto, indicando la presencia de una persona. Las fosas nasales de la muchacha percibieron un perfume penetrante, era femenino e invasivo, contaminando con su estela el oxígeno del ambiente.

Anna salió del baño y se paralizó al ver a la mujer que la miraba con severidad, se había metido a la habitación sin pedir permiso.

Y, en un parpadeo…

Ésta la abofeteó.

—Cuando *las llamo*, deben acudir de inmediato —Grubana la reprendió con una soberbia marcada en su fuerte acento balcánico; sus ojos destilaban odio, sus joyas marcando la diferencia entre ambas.

—Yo no soy su sirvienta para que me trate así —la joven replicó mientras su mano cubría su mejilla abofeteada.

—Para mí lo serás siempre: naciste de entre la servidumbre y morirás siendo una de ellos.

—¡De mis padres ni se atreva a menospreciarlos! —la gritó—. ¡Y yo no tengo por qué tolerarla! ¡¡Lárguese de mi habitación!!

Grubana jadeó escandalizada de la insubordinación de la omega y expresó unas palabras furiosas en serbio, del cual Anna asumía eran un cúmulo de vulgaridades todas dedicadas a ella.

—¡¿Cómo osas alzarme la voz?! ¡IRRESPETUOSA! —Esta vez las garras de la anciana se clavaron en el hombro que seguía en proceso de cicatrización. Las rodillas de Anna se doblaron ante el dolor que la anciana le producía—. Nadie me habla de esa manera y vive para contarlo —espetó; sus uñas enterrándose más en las carnes de la muchacha—. ¿Te crees intocable? —Apretó más y Anna chilló—. Ni *el bastardo* ni *su ordinaria* mujer, te salvarán, si sigues coqueteándole a mi nieto. Empaquen sus mugrosos trapos y se largan de esta casa, para mañana a primera hora, o ve preparando con antelación el funeral para tu querido padre. Por cada día que permanezcan aquí, uno de los tuyos morirá. —La sangre manchaba el albornoz de Anna, quien cayó de rodillas en el piso; Grubana era más fuerte que ella por ser una loba de clase beta—. Y ni se te ocurra en acusarme con *aquellos* o con mi nieto, porque ni tus huesos encontrarán para identificarte *post mortem*. ¿Entendido?

La joven lloraba adolorida y asintió sin más remedio que aceptar a causa de sus amenazas. Grubana la soltó y luego se acomodó con ademanes engreídos, el mechón que caía sobre su frente, retocando su peinado tieso por los geles. Sus tacones resonaron hacia la salida y ella azotó la puerta, tras de sí, dando por concluida su molesta visita a la sirvienta. Afuera en el pasillo, la esperaba Roxanne, cuya sonrisa desdeñosa desfiguraba sus carnosos labios pintados de rojo; cuando llamó a la abuela de Jevrem, para quejarse llorando de la anulación del compromiso, esta le ordenó mantenerse en la casa, ya estaba por llegar; por lo que, Roxanne tuvo que esconderse en el baño de debajo de las escaleras dobles del vestíbulo.

Habría pagado lo que fuese con tal de ver cómo la señora Grubana ponía a la otra en su lugar; el alivio no se comparaba al placer de haber escuchado sus chillidos detrás de la puerta; tendría que estar loca si esa no se largaba de allí cuanto antes.

—Gracias por acudir a mis ruegos, eso le enseñará…

—¡Cállate! —la gritó, camino a su dormitorio—. Aún no has demostrado ser digna para la familia —le hizo ver—, no solucionas por tu propia cuenta, te vuelves insegura de una insignificante sirvienta. Mi aprecio por ti se ganará cuando seas la esposa de Jevrem y le des una camada de lobeznos machos, sanos y fuertes. Hasta entonces, solo eres una aspirante. —La escaneó con desdén—. Ni eso… —Su nieto la había terminado. Ya se encargaría de ello.

La puerta del dormitorio se azotó en la cara de Roxanne. Allí ella comprendió que no era nadie para los Brankovic hasta que cumpliera con sus exigencias; el prestigio de su apellido y la posición económica que gozaba, no obraba a su favor. ¿Quién era ella en comparación a la sangre noble y la fortuna de los que gobernaban miles de manadas? Era como comparar centavos ahorrados en un tarro de familias pobres con los millones de dólares acumulados en cuentas bancarias de los adinerados.

Del piso Anna no se levantaba, aovillada y llorando desconsolada. Maldita vieja prepotente, maldito Spike que la violó y que casi acaba con su papá, malditos sean todos los que se aprovechaban de mujeres como ella, maldita la injusticia. Suspiró por Jevrem. Hizo bien en rechazarlo. Hizo bien… Sus padres habrían sido asesinados, por ella haber aceptado el amor que era prohibido para los de su linaje. A los omegas solo se les permitía casarse con otro igual a ellos, y, en caso extraordinario, con un gamma. Más arriba de la pirámide social les cortarían la cabeza por ambiciosos.

«Amarte duele, Anna».

La joven se levantó rápido y se secó las lágrimas para que Jevrem no la atosigara con preguntas, del porqué la halló en esas condiciones. Sin embargo, este no se hallaba en el dormitorio.

De inmediato, sus ojos rodaron por su entorno, pensando que él estaba ebrio –lo que dudaba por el escaso tiempo que había pasado desde que charlaron en la playa– o su voz provenía de afuera. Así que, adolorida de las uñas de la vieja, Anna se asomó por el pasillo, Jevrem no estaba allí. Miró a través de la ventana con vistas al jardín posterior y tampoco lo vislumbró como un Romeo despechado por su Julieta. Entonces, ¿desde dónde le recriminaba entristecido?

La abordó la incertidumbre.

¿La vigilaba con cámaras de video y micrófonos que le servían para quejarse sin dar la cara, quién sabe desde cuál ubicación?

Disipándose el mal momento sufrido por la señora Grubana, Anna se abocó en buscar los aparatos de vigilancia. Eso era inaudito, ¿por qué lo hacía? ¿Por morbo o desconfianza? No era una ladrona; entonces, ¿para qué él ofreció su casa si le preocupaba sus objetos costosos?

—Morbo —masculló. Tenía que ser por eso. Si bien, Anna podría marcharse de allí y dormir en la habitación de sus padres, a riesgo de que allá también los vigilaban, revisó cada rincón y gaveta de la habitación, sin hallar nada que a Jevrem lo señalaran.

Sopesó mientras se sentaba en la cama. ¿Y si lo escuchó, estando él de pasada por el pasillo?

—Pero lo escuché aquí… —como si él se lo hubiese dicho al oído.

Una vez más revisó el baño, el armario, debajo de la cama, bajo el colchón, incluso, dentro de la funda de la almohada. Alzó la mirada al techo e inspeccionó cada centímetro cuadrado hasta que se topara con algo sospechoso. Alineó los ojos hacia la lámpara que allí colgaba, y, enseguida se paró sobre la cama, para observarla mejor. *Hum*…, desenroscó las bombillas y ladeó los cristalitos colgantes que embellecían la lámpara de araña. Caramba…, nada aseguraba que ahí se ocultaba la minúscula lente de una cámara o micrófono.

O acaso…

Se llevó la mano al pecho.

¿Hasta dónde llegaban las habilidades psíquicas de Jevrem?

—¡Eh! —exclamó hacia la nada— ¿Me acabas de hablar? —Aguardó a que le respondiera; sus ojos oscilando de un punto a otro en el dormitorio, creyendo aún que era vigilada por las cámaras —. Jevrem —lo llamó, su tono molesto—. Me cabrea esto, dímelo de frente, pero deja de comportarte como un idiota. También… —carraspeó—, también me duele amarte…

Un minuto transcurrió y la réplica de Jevrem no se efectuó.

—¿Estás castigándome? ¡Pues no lograrás intimidarme! —mintió, ya lo estaba—. *Lo que sea que haces*, con tus poderes, no va a lograr que vuelva contigo. —Ella que lo hacía y Grubana cumplía su amenaza. No valía la pena arriesgarse a sufrir dicha pérdida—. Jevrem. ¡Jevrem! ¡¡Contesta, coño!!

¿Y si su propio subconsciente se manifestó?

Muchas historias le han contado desde niña, de hechos paranormales o psicológicos de personas que ansían tanto una cosa y esto se materializa. Aunque «el reproche» de Jevrem probablemente surgió del fuero interno de ella: Anna a él, le hacía daño. Era tóxica.

Dándose por vencida en su búsqueda y aceptando que, quizás, fue una alucinación auditiva, se quitó el albornoz. Ahí las perforaciones sanguinolentas en su hombro avivaron el dolor que ignoró minutos atrás por la impresión de ser vigilada. Sollozó y masculló unas increpaciones, dedicadas todas a la hiena pomposa; estaría otro día más lastimada y esta vez no podría recurrir a la sanadora. Así que, sin más opción, se dirigió al baño para limpiar sus heridas en la tina, cuya agua jabonosa ya debía estar fría. En cuanto amaneciera se llevaría a su padre, así sea cargado sobre su espalda. Pero de esa casa tenían que marcharse. Pedía a Licaón que su mamá y Jevrem no la retuvieran, sus labios quedaron sellados por la matriarca, por lo que no era posible darles explicaciones.

El albornoz manchado de sangre en el piso.

Ella sentándose en la tina llena.

Sí…, el agua fría.

Era lo de menos, en comparación a las precariedades que antes vivió, pensando en aquel entonces que dichos lujos eran exclusivos para otros. Isabel, Camila y el mismo Jevrem le hicieron ver que ella también tenía derecho a disfrutarlos. Las espumas acariciaban su maltrecho cuerpo, las esencias de lavanda agradaban a su olfato y perfumaban su piel; el área del baño confabulaba para su relajación. A pesar de todo, se sentía bien.

Las risas de Spike la asaltaron para aumentar su mortificación. Anna se reprendió por dejar

que ese espectro siguiera afectándola. Torció su cuello y movió su hombro lastimado hacia su boca, y, en una posición bastante incómoda, lamió sus heridas. La saliva solía ser más efectiva para la cicatrización en los metamorfos, pese a los ungüentos que recurrían. En siglos pasados se bañaban en ríos y arroyos, comían directo de animales cazados, dormían en el suelo y rodeados de la naturaleza silvestre, y andaban desnudos sin que las ropas y los calzados los asemejaran a los humanos. En la modernidad, se tornaron blandos en sus estilos de vida: se bañaban en tinas espumosas, dependientes de la tecnología, la comodidad de los mobiliarios y superficiales con las modas impuestas en las pasarelas de las grandes urbes. Si a Anna le quitaran todo eso, no sufriría tanto como los demás: ha pasado por la pobreza y ha seguido el mando de líderes implacables; por lo tanto, se adaptaría mejor a cómo sus ancestros vivieron en estado salvaje.

Por estar analizando dichos pensamientos, las risas perniciosas de Spike, las amenazas de la señora Grubana y las miradas desdeñosas de Roxanne Chandler, se esfumaron de su cabeza. Bostezó de agotamiento, apenas procesaba que hasta el día siguiente ella estaría a unos pasos del hombre que amaba. La declaración de Jevrem aún le hacía palpitar su corazón; por desgracia, solo le quedaba soñar, la realidad no era benevolente para los Morris.

Volvió a bostezar, señal de que debía salir de la tina o allí se quedaba dormida. Y ya había pasado por un mal rato en un hotel donde ella, ebria y relajada, no tuvo la previsión de irse a la cama, llevándose el susto de su vida al despertar que se ahogaba. Sosteniéndose de cada borde de la tina, la joven se puso en pie y luego se dirigió –envuelta en la toalla– hacia el dormitorio. Lloró lo suficiente, se marcharía…

—Perdiste. —No estuvo en ninguna batalla, pero las brujas ganaron.

Se dejó caer en la cama; la toalla en el respaldo de la silla de la mesa desayunadera, el alma dolida, los ojos le escocían por las lágrimas derramadas, el sueño cada vez venciéndola.

Suspiró y nada más importó.

Y…, de repente…

¡*Huy*!

—¿Hola? ¡Hola! —Anna se halló en un lugar oscuro, no podía percibir si el espacio era exiguo o extenso, si estaba dentro o fuera, o en la parte baja o alta de una edificación. Era un vacío que le causaba zozobra, pues meditaba que la encerraron, sin saber ella dónde y el motivo—. ¡Hola! —exclamaba al que la escuchara. Por más que caminara y extendiera las manos hacia adelante, nada alcanzaba ni se golpeaba con los «mobiliarios». ¿Dónde se hallaba? Avanzaba a paso lento para evitar un golpe fuerte con lo que sea que estuviese por ahí obstaculizando el camino; sus ojos abiertos, mirando hacia la oscuridad misma. Ni una brisa percibía, ni sentía que el calor o el frío laceraba su cuerpo con los cambios climáticos, tampoco su pecho se oprimía por la mortificación; de hecho… Se puso una mano al corazón, no lo sentía. Reparó en sus pies descalzos y su desnudes; su cabello lo tenía suelto; un mechón cayendo sobre su seno y el resto en su espalda. Enseguida se arrepintió por no haber hurgado más las bolsas que Jevrem le envió, para buscar un pijama.

Acojonada por esto, cruzó sus brazos para taparse, si es que alguien lograba verla en aquella celda infinita y lóbrega. Temió ser observada por otros desde algún punto del cual a ella le era imposible verlos. ¿Era un experimento? ¿Un juego macabro o la exhibían para subastarla?

—¡Hola! ¡HOLA! —Lanzaba manotazos al frente. ¿Dónde estaba ella? Ni el eco revotaba en las paredes o valle, porque Anna seguía avanzando sin que algún mueble, tronco o lo que estuviese por ahí la hiciera tropezar.

Fue consciente de un hecho.

Se acuclilló para tocar el piso y nada palpó como si ella estuviese al borde de un abismo.

Se mantuvo quieta para evitar una caída fatal, si daba un paso a un lado, tal vez ahí mismo encontraría la muerte. ¡Ese era el obstáculo a afrontar! Lanzó su mano hacia sus talones, en busca del piso donde estaba acurrucada, pero sus dedos no se detuvieron por la dureza del mármol o el granito, o de un suelo pedregoso o arenoso, o una alfombra de grama, sino que las yemas oscilaban hacia abajo, desamparados por la falta de solidez bajo los pies.

—¿Qué mierda es esta? —¿Flotaba?

Sus intestinos se contrajeron por la intrépida ingravidez, la halaban hacia abajo cada vez más veloz. Anna luchaba por asirse con lo que fuese que detuviera la caída. Gritaba, sus manos procurando que alguien la ayudara; el hombro no le dolía, su desnudez visible para los que la tenían atrapada, divirtiéndose a sus expensas.

Ni supo por cuánto tiempo estuvo cayendo por ese «abismo», pero por fin su espalda tocó el fondo. Anna respiraba acelerada, miraba hacia arriba sin ver nada. No sufría de dolor, ningún hueso se fracturó; sonrió aliviada, pero rápido dejó de hacerlo, ahí sus palmas percibieron que estaba tirada sobre una tela sedosa; extendió más los brazos para determinar qué tan extensa era la tela, parecía que eran sábanas y el lecho donde se hallaba resultó confortable. O sea que…

Las puntas de sus dedos puyaron lo que amortiguó su caída. *Una cama*, pensó. Aunque no hubo tal «amortiguación», solo la depositaron allí.

¿Y para qué?

Hizo el amague de levantarse.

La espalda pegada al colchón.

Anna intentó de nuevo ponerse en pie, pero seguía inmóvil.

Su respiración se agitó.

—¿Por qué hacen esto? ¡Por favor, déjenme ir! —gritaba para que la persona que la tenía cautiva se apiadara de ella, pero ninguna voz resonó en altavoces, ni los reflectores se encendieron para mostrar ante los demás su vulnerabilidad. Al parecer, no estaba allí para descansar a la fuerza, por empeñarse de estar fuera de la cama. La halaron para algo más…

El colchó comenzó a hundirse por partes, primero a la altura de sus pies, luego avanzaba lento como si alguien gateara sobre ella. Anna se petrificó, sus senos subían y bajaban rápido por la respiración agitada; su garganta se secó y ella perdió el habla por el temor.

Jadeó cuando unas manos calientes le abrieron las piernas. Anna luchó, pero era como si estuviese atada a la cama con grilletes invisibles; sus brazos y piernas pesaban toneladas, ella no era capaz de mover su propio cuerpo. *Las manos calientes* se deslizaban suave por sus muslos hasta que una de ellas se detuvo justo en la ingle; allí acariciaba esa línea que unía la pierna con la pelvis; lo hacía cadencioso, sin prisas. Anna trataba de emitir sonido para expresarle a ese extraño de que se alejara, pero ella seguía muda. Petrificada.

Las manos palparon sus labios vaginales; desde que era sexualmente activa, Anna se rasuraba. El sujeto no le hablaba, continuaba acariciándola. Le abrió la vagina, exponiendo de manera vergonzosa su clítoris. Anna apretó los párpados. ¡Oh, Licaón! ¡Oh!...

Gimió en el instante en que la lengua del hombre lamía su carnosidad sensible; no pensó en que estaba siendo sometida por otro para su goce personal. Tampoco pensó en Spike ni en ninguno de sus examantes, su atención se centró en el que a ella le daba placer.

Las manos calientes la levantaron para sentarla sobre el regazo de este; la penetración se dio a continuación; sus senos pegados al torso masculino, sus piernas flexionadas en una pose de cabalgar al amante incógnito. Ella tendría que efectuar los envites, quiera o no, la dejó en una

posición de poder; le gustó; no era rudo ni exigente. Anna comenzó a mover suave su pelvis, adaptándose poco a poco al miembro empalmado dentro de ella. Gemía, él también lo hacía; ronco, viril, le erizaba la piel.

Los sentidos de Anna se nublaron, sus senos bamboleaban al ritmo del vaivén de sus caderas; el extraño la tenía abrazada; una mano posada en sus nalgas, presionándola más hacia él, y la otra sosteniendo su espalda, plantando un límite cuando ella pretendía arquearse hacia atrás. La retenía para que sus caderas se contonearan más rápido; las rodillas de Anna presionando contra el colchón, sosteniendo su peso; el amante aún sentado y jadeante.

Anna llegó al clímax y este le permitió que se retorciera sobre él, pero enseguida sus dedos magrearon las nalgas de la muchacha, y, en un rápido movimiento, la sujetó fuerte, y, así pegados de la cintura para abajo, él se giró para posarse sobre ella. Halló los labios de Anna y la besó apasionado; ella aún jadeaba acalorada por el orgasmo que le sobrevino. El amante buscaba el suyo, y, para ello, Anna ahora era la sumisa y él, el dominante.

La acomodó en una pose en la que el trasero de esta estuviese apuntando arriba. Con las rodillas, el hombre empujó sus muslos a los lados, para él acomodarse desde atrás hacia la vagina.

«Serás mi servidora, mi desahogo».

Anna se retorció, su amante le jugó una trastada porque la erótica posición le hizo recordar a Spike. Sollozó, retorciéndose para que el amante la soltara, pero este la penetró sin reparar en sus ruegos; empujaba cada vez más demoledor; duro, duro, muy duro… Anna chillaba, ¿qué pasó con el amante cariñoso?, ¿en qué se transformó? La trataba con brusquedad como si estuviese desesperado por conseguir su propio orgasmo o como si desde hacía mucho no ha tenido sexo.

Anna se aferraba a la almohada. Chillaba, sus ojos apretados, soportando sus estocadas. La cama se movía, el cabecero golpeaba la pared. Ahí Anna supo que se hallaban en una edificación. *Las manos calientes* la sujetaban de los muslos y los levantó de tal modo, que Anna apenas se sostenía de sus antebrazos, su torso y caderas elevados a la altura del miembro de este. Le hacía la carretilla.

Gemía, apenas con fuerzas para articular el sonido del placer; su amante era tosco, pero un animal en la cama. Ni Spike –cuando novios– pudo apaciguar su fuego interno, las fricciones en sus labios vaginales la excitaron de nuevo; el agarre la hacía chillar adolorida, las uñas de este se enterraban en sus carnes; una bestia, una apasionante bestia que la hizo suya y ella quería ser siempre de él, sea quien sea. Los empellones la golpeaban, él estaba por alcanzar el clímax, le daba como si la estuviese castigando. ¿Por qué? Era inocente de lo que sea que la acusara. O… Sí, era culpable, que la castigara de esa manera cada noche.

Un golpe seco y un porrazo en la cabeza, la despertó abrupto del delicioso sueño que tuvo. Anna abrió los ojos, y, para su sorpresa, se halló en el piso, envuelta en sábanas y adolorida por haberse caído de la cama. Se tocó la vagina y sonrió desconcertada porque le daba la impresión de haber sido follada. Se relamió los labios y pasó saliva, sus sueños mojados cada vez se hacían más lúcidos, hasta le dolían los muslos y las rodillas. De seguir sus sueños así, no querría despertar jamás. Este fue muy bueno.

Jevrem despertó como si lo hubieran arrojado con rudeza a la cama. El sobresalto que dio, fue de tal modo, que hasta arrancó a Abby Rose de los brazos de Morfeo. Ella, soñolienta, alzó el rostro hacia él y le esbozó una mirada interrogante de qué le pasaba. Una vez más la había visitado al apartamento, para disfrutar de lo que solo las amantes ofrecían a machos como él;

ingenua ella de que, a través del sexo, lo conquistaría. Pero Jevrem se ahogó en el licor que ella le ofreció para entrar en ambiente; no paró de beber hasta que se bajó la botella de whisky. Menos mal que él fue capaz de llegar a la cama, porque donde hubiese caído por su borrachera, ahí ella lo dejaba tirado, pasando la noche. ¡Pesaba mucho!

—Duerme —Jevrem le ordenó hipnótico, porque no quería dar explicaciones. Lo acabado de soñar, lo atolondraba, le dolía la cabeza, fue tan real…

Abby obedeció como un androide sexual que desconectan, cerró sus ojos y posó su cabeza en la almohada. Una sonrisa se dibujaba en sus labios, satisfecha de su noche con su amante oculto.

¿Y ese aroma floral? Jevrem levantó la parte de la abotonadura de su camisa, tenía el aroma impreso de Anna. Vaya… Él ese día no la abrazó, aunque quiso muchas veces.

Se fijó que seguía con sus ropas puestas, pero sin sus zapatos. Estos estaban acomodados cerca de la cama, Abby debió habérselos quitado, porque él era desordenado. El brazo de esta se mantenía lánguido sobre el torso de Jevrem; lo dejó así mientras seguía sumido en sus propios pensamientos. ¿Por cuánto tiempo la estaría soñando? Este otro sueño con Anna fue más erótico *al que tuvo* la noche del compromiso con Roxanne, lo que causó que el enojo de sí mismo incrementara. ¿De qué le valía acostarse con otras si su propia mente lo traicionaba?

Rio consternado. ¿En realidad estuvo con Abby o con…?

Esa sensación tan extraña de que, *sí lo hizo*, pero no con la que yacía dormida en la cama, lo impulsó a saldar distancia con la rubia. Le retiró el brazo que parecía querer retenerlo allí, para que no la abandonara mientras la obligaban a dormir por unas horas más. Se levantó enseguida, inquieto de la pregunta que se formuló así mismo y del cual carecía de respuestas. Era como si se repitiera lo que antes vivió, cuando estuvo en los «ojos» de los depredadores de humanos que a él casi lo vuelven loco. Un títere, así se sintió.

—No estabas poseyendo a nadie —meditó a la vez en que se calzaba los zapatos—. Era yo —follando a Anna Morris.

«¿Qué sientes por mí? ¿Me amas?».

«No».

El rechazo a él le seguía doliendo, porque hasta en sueños la castigó. Fue rudo.

—Ya no más, Jevrem. Debes rehacer tu vida junto a una hembra que te ayude a olvidar a Anna. Ella ya a ti te olvidó —razonó sin preocuparse de ser escuchado por Abby Ross. Esta no era la indicada, solo le daba placer como si fuese una *escort* más. Anna, pudo ser su esposa; por desgracia, no se dio como él pensó. Metas propuestas, amores nuevos, amores fallidos, amores que ilusionaban; tanto ella como él, intentaban avanzar a lo que sea que los hicieran felices y realizados. Sorteaban dificultades, pasaban penurias, pero seguían adelante…

No la abandonaría con lo que ella sufre, la consolaría, contrataría médicos especialistas que la ayudaran a superar la violación. Pero, él guardaría su corazón para otra mujer.

Agradeció a la loba gamma de estar siempre disponible cada vez que él la buscaba, y abandonó el dormitorio, cerrando con cuidado la puerta tras de sí. Un ruido era capaz de anular una orden hipnótica de dormir. Su chaqueta sastre estaba sobre el apoyabrazos del sofá de la sala; se la terció y luego pasó sus dedos por su ondulada cabellera sin lograr acomodar ninguna de sus hebras alborotadas. Tenía que rehacer su vida. Sí, tenía que…

Capítulo 20

Roxanne se adelantó al ama de llaves para abrir la puerta a Jevrem.

Al igual que ella, ambos lucían con las mismas ropas del día anterior. Roxanne lo miró entristecida y rogando silenciosa a volver juntos, dispuesta a perdonar su fijación con la sirvienta y sus tendencias a buscar los brazos de otra hembra. La cara de trasnocho y su aliento alicorado, delataban que Jevrem estuvo pasándola bien en otra parte. Él se sorprendió verla allí, pero no la increpó ni la echó de la casa; aún no cruzaba la puerta, como si fuese un sexy vendedor foráneo y ella una hermosa ama de casa que quedó flechada por su virilidad.

—Las expectativas del matrimonio suelen hacernos dudar de lo que sentimos —Roxanne expresó a riesgo de ser de nuevo rechazada—. Ponderamos el pasado y el futuro, y nos asustamos. También lo estoy, porque muchos esperan que no los decepcionemos. Desde que tengo memoria me han educado para ser la esposa perfecta; sé cuál es mi lugar y lo que tu familia espera de mí. ¡Y lo acepto! Por ti Jevrem, acepto todo. Te amo, acepto las reglas que me impongas.

Él no replicó con un: «Qué fastidiosa eres, ¡ya te dije que no te amo!». En cambio, su sonrisa tenue la desprotegió del escudo invisible que ella tuvo levantado en su pecho, aprensiva de los golpes contundentes que acabarían con sus esperanzas de estar con él. Jadeó al ser abrazada por Jevrem; de inmediato sus lágrimas de felicidad brotaron.

Mientras manejó de retorno a casa, Jevrem estuvo meditando en cómo encarrilar su vida, después de haber amado tanto a Anna. Roxanne era la mejor opción, lo amaba, y él haría lo posible por corresponderle. No sería un amor épico, como el que quiso tener con su hada, pero Roxanne le brindaría estabilidad emocional. Cuando despertó en la cama de Abby Rose, se dio cuenta de que no deseaba ser como su padre o sus tíos abuelos, en la que no les bastaba el cariño de su pareja formal. Él ansiaba tener su propia familia. Envidiaba de la manera más sana a su tío Everett, se había sobrepuesto a sus limitaciones físicas y mentales, y se unió a una hembra que lo mantiene feliz y cuerdo.

¿Por qué él no obtenerlo con Roxanne?

Anna ya no lo amaba.

—Mis reglas son: dame muchos hijos.

—¡Te daré una docena si así lo deseas! Te amo, Jevrem. ¡Te amo!

Él no le respondió a la declaración de amor de la mujer, pero la besó en los labios con la pasión que lo caracteriza. A Langdon –ocupándose este de llevar el Hummer de Jevrem hasta el puesto donde solían aparcarlo en el terreno privado– le plació que se hayan reconciliado. La hija de los Obrenovic jamás sería aceptada por los Brankovic, y Anna Morris cayó en desgracia. La señorita Chandler tenía el porte y el nivel social para ser la compañera de vida del alfa.

Briserka se enjugó las lágrimas en el pañuelo blanco que mantenía en el bolsillo de su uniforme reglamentario. El arco que divide el amplio vestíbulo y el área del comedor le permitían no ser vista por la pareja que se besaba en el umbral de la puerta principal. ¡Cuánta felicidad comprobar que la razón, *y no la lujuria,* prevalecía! Esto pondría de buen humor a la señora Grubana, que ha estado gruñendo desde que se enteró lo de la ruptura de estos dos; el nieto no se dejó atrapar por una omega ambiciosa. Todo volvía a su cauce, y, para final de mes, celebrarían la boda.

Rascó su nariz.

Hum… Ese aroma…

Alzó la mirada ante el perfume floral que captó. Provenía de la planta alta y pertenecía a una persona en particular.

Ahora sabes cuál va a ser tu papel en adelante: amante de otros, porque del joven amo no lo serás, Briserka comentó para sus adentros; aunque le hubiera encantado escupírselo a esa infame muchacha.

Sin embargo, *la que estaba arriba*, presenciaba lo que la afligía. El beso de Jevrem a Roxanne, era lo más duro que Anna soportaría. Él ya no era suyo, ella así lo dispuso.

A la hora del desayuno, Amelia y Doris servían los platos a los amos. Jevrem, en cuanto se sentó a la cabeza del comedor, notó la ausencia de dos personas que, desde el día anterior no las veía. No por extrañar a la más joven, pese a que aún la aflicción la tenía alojada en su corazón, sino por cortesía. Briserka le comentó que, tanto la madre como la hija, permanecían en la habitación del convaleciente, y que no tenían intenciones de bajar a desayunar; en especial, la hija, cuya animosidad a ella la sorprendió.

—¡¿Pretendes que coman aquí?! —Grubana protestó—. ¡Me niego rotundamente!, ¡que lo haga en la cocina con la servidumbre, no con nosotros!

—Anna y sus padres son mis invitados, abuela —Jevrem le aclaró con el respeto que procuraba hacia la matriarca, pero del que cada vez le costaba demostrarlo—. Las personas que se hospeden en mi casa serán bien atendidas.

La anciana masculló palabras ininteligibles y en serbio.

Jevrem ni las quería traducir.

—¡¿Y sentarás a tu amante al lado de tu prometida?! —espetó, ella sentada en el cabecero del otro extremo del comedor—. No seas como tu abuelo Stanislav que nos hacía compartir con mujerzuelas. Respeta a tu futura esposa. ¿Acaso deseas tener más? Cásate primero con una y préñala, y si no te da la talla —miró a Roxanne que permanecía callada en su asiento, a la izquierda de Jevrem, y luego retornó sus ojos severos hacia este—, organiza una selección con todas las solteras disponibles. Y para esa ocasión nosotros escogeremos a la más apta.

Jevrem estampó el vaso de jugo de naranja en la mesa, la gota del líquido salpicó el mantel blanco por su rudeza. Podría ser el líder de la península, pero los ancianos seguían tratándolo como a un chiquillo.

—¿Aún no me he casado y ya planean otra boda? —increpó—. ¡Yo seré el que decida con cuántas hembras me enredo en la vida y de qué linaje!

—Siempre y cuando no seas un insensato de contaminar la sangre de los Brankovic con una omega de bragas ligeras.

—¡ANNA NO ES UNA PUTA! —Dio un porrazo a la mesa, sobresaltando a las dos mujeres. Roxanne se mordía la lengua para no escupir palabrotas de aquella que pretendía colarse de primera en el corazón del alfa. Recién se habían reconciliado. La noche anterior ella se cansó de esperar a Jevrem en la habitación de este y jamás llegó; estuvo a punto de chillarle a la señora Grubana, de que podría estar revolcándose con la putilla mientras ella lo esperaba en su cama, y resultó que estuvo con otra tipa. Qué bueno que se contuvo de hacerlo, pudo haber quedado como una idiota al irrumpir en la habitación de la omega y descubrir que él, allí no estaba. De nada le habría valido causar escándalo, la señora Grubana hubiese comprendido que Roxanne no tenía carácter para eliminar a sus rivales por su propia cuenta.

—Ya quisiera algunas ser como ella —graznó él—: es profesional, inteligente, independiente.

Salió de abajo por su propio esfuerzo.

—Y se acuesta con muchos —Grubana no se dejaba convencer por su nieto, del cual Roxanne asintió para darle la razón—. ¿Te enumero los hombres con los que se ha acostado? Esa carita de niña inocente a nadie engaña. Solo a ti, Jevrem, que sigues por ella encandilado.

Para él fue suficiente el desayuno. Arrojó con rudeza la servilleta de seda sobre el plato y se levantó de su silla, era infructuoso discutir con su abuela paterna, de mente cuadrada, acostumbrada a manejar a todo el mundo a su antojo. Roxanne lo llamó, Jevrem la ignoró, yéndose al despacho en un parpadeo. La toxicidad de su abuela comenzaba a surtir efecto, por más que él defendiera a Anna, una vocecilla en su interior le susurraba que tal vez la matriarca tenía razón. Él vio a Anna muchas veces…

La joven castaña perdió el apetito y sollozó. Confirmado: pese a que él le aseguraba de que sería fiel a sus votos matrimoniales, estaría por siempre enamorado de esa maldita. No era un capricho sexual, y, si Roxanne no se espabilaba, perdería la sortija que, a él, por fortuna, no le devolvió. Doris y Amelia intercambiaron miradas, ¡*huy*, va a correr sangre omega! Anna Morris no tenía idea de las lobas con las que se metía.

Grubana sorbió de su bebida y meditó que debían tomar medidas drásticas, conocían las debilidades de los Morris y los antiguos amores de la casquivana, por lo que, no representaba problema si actuaban a tiempo.

—¡Limpia esas lágrimas, tonta! Y ve a arreglarte que vienen a entallarte el vestido —lo que menos sentía por la hija de Rudolf Chandler era empatía; nadie lo tuvo por ella cuando sus padres la ofrecieron siendo una párvula de catorce años, a un hombre que levantaba resquemor en Serbia, por su afilada lengua. De sus lloriqueos nadie se apiadó, el joven que amaba no le garantizaba estabilidad económica y seguridad, como la que ofrecía el descendiente mayor de Dragan Brankovic—. ¡Y ni se te ocurra chillarle a Jevrem! —agregó severa—. ¡¡Demuestra dignidad y actúa como una dama!! Anna Morris no es lo que a Jevrem le conviene, él no es tonto y lo sabe. La tendrá para su goce carnal como todos los machos que han vivido en esta casa y de los que amasan poder. Sé más inteligente que esa omega o en adelante tendrás que compartir la mesa con las amantes. —Grubana por años tuvo que soportar la presencia de Maya y Jasna, y la estúpida de la tercera esposa: Winona Rogers, la maldita madre de Everett. El bastardo.

La sanadora salió a toda prisa de la habitación a buscar al alfa. Bajó las escaleras curvas del lado derecho, y fue prudente evitar el área del comedor, porque alcanzó a vislumbrar a la matriarca y a la prometida del señor de la casa, que parecía increpada por la anciana. Estaba por dirigirse hacia la cocina cuando captó el aroma del alfa provenir del área de las salas; consideró informarle lo que la joven Anna se proponía.

Su olfato la guio hasta el despacho y tocó despacio a la puerta, esperando no causar enojo en el alfa por ella no ir primero con el ama de llaves. Del fondo del recinto, la voz grave de Jevrem le permitió entrar; la sanadora se disculpó por interrumpir su descanso y luego comentó la discusión sostenida entre madre e hija.

Jevrem se puso en pie del sofá donde permaneció tendido, y, dejando botada a la sanadora, por su velocidad, subió a prisa hacia el lugar del conflicto.

Al entrar al dormitorio de los Morris, halló a la señora Emilia, cruzada de brazos y con el ceño fruncido, y a Anna siendo interrumpida por su abrupta llegada.

—¿Por qué quieres llevarte a tu padre, si aún está recuperándose? —le inquirió a esta, dolido por su ingratitud y a la vez esforzándose por controlar las sensaciones que sentía por lo del sueño

erótico. Fue tan candente, tan real, que juraría sí pasó.

—No sé por qué Anna se ha empeñado en que tenemos que marcharnos. Por favor, señor Jevrem, al menos hasta que mi marido abra los ojos —Emilia pidió desesperada, contrariando a la hija.

Él miró a Anna, pero ella se adelantó a replicar:

—Ya abusamos suficiente.

—*Lo que te propuse ayer*, no sea lo que perjudique a tu padre —le hizo ver—. ¿O es por mi abuela? ¿Te ha dicho algo? —Anna negó con la cabeza; sus ojos esquivos—. ¿Roxanne? —Volvió a cabecear—. ¿Y por qué te arriesgas a entorpecer los cuidados de la sanadora? En mi casa no abusan. Anna, yo ya acepté mi destino y no te odio por eso; sé consciente de lo que haces, porque después lo lamentarás.

¿Y cómo evitar a las víboras que aguardaba en clavar su veneno? El señor Damir era menos poderoso al señor Everett, pero más terrible en sus maquinaciones, Anna meditó.

A Emilia le llamó la atención lo dicho por el alfa: ¿Qué propuesta fue para que Anna se incomodara?

—Papá ya está cicatrizando y pronto despertará; no le gustará hallarse en otra casa.

—Tomaré esa responsabilidad —dijo—. Mientras tenga los medios para cuidar del señor Morris, ustedes acá permanecerán. ¡No admito réplica! —alzó la voz cuando Anna intentó protestar—. Me ofenderán si desprecian mi ayuda.

—¡No, señor Jevrem! —Emilia intervino apenada de la terquedad de Anna—. Estamos agradecidos. Aquí permaneceremos bajo su favor. Disculpe a mi hija, anoche no durmió bien. El agotamiento no la hace razonar…

Jevrem observó el rostro demacrado de Anna.

—¿El hombro? —Ahí intercambió miradas con la sanadora, parada ésta en el umbral de la puerta.

—La he revisado puntual, señor. La mordida ya ni se nota. Ha sanado bien. —Aunque esa mañana la joven no se dejó revisar.

Jevrem pensó en lo otro.

La progenitora aún no lo sabía.

Miró a Anna y le expresó un silencioso: *«Ella tiene derecho a saber lo que te pasó»*.

Pero esta palideció y Emilia creyó que su hija se desmayaría.

Jevrem rápido la sostuvo. Temblaba.

—No ha desayunado y creo que anoche tampoco cenó. ¡Muchacha, debes alimentarte!

—Estoy bien, mamá. —Lo escuchó, sus labios no se movieron—. Sé que lo tiene, pero aún no —susurró solo para los oídos de Jevrem, pero él la miró cauteloso.

—¿Sobre qué?

Anna se incorporó y, aturdida, le pidió con un gesto de que saliera con ella de la habitación.

Él le exigió explicaciones en el pasillo, pero Anna puso un dedo en sus labios, los oídos de los lobos eran agudos, así que ambos se dirigieron al otro lado del área de los huéspedes. Entraron al dormitorio asignado para ella, consciente de que era un riesgo, pero mejor hablar de todo de una vez y aclarar los malentendidos y lo que sea que la espeluznó.

—¿Por qué lo expresaste delante de mamá y la sanadora? —lo increpó y él no comprendió—. ¡Te escuché, no te hagas el desentendido! No sé cómo lo hiciste, *que ni moviste los labios*, pero fuiste indiscreto.

—¿Y qué fue lo que dije? —inquirió desconcertado.

—¡No me presiones, Jevrem! Se lo diré a mamá cuando esté preparada.

—Decirle… ¿qué? —¿Acaso…?

—¡Que me violaron! —Sus lágrimas derramándose, molesta de estar abriendo de nuevo esa herida reciente.

Jevrem jadeó.

—¡¿Me escuchaste?!

—Sí, estúpido. Y gracias a Licaón que mamá y la sanadora, no, porque te habría dado un puñetazo.

El reclamo de la morena era injusto porque no fue su propósito. Solo lo pensó. Tuvo que sentarse en el sillón colindante a la cama y elevó los ojos hacia Anna, quien lucía cabreada por ponerla en aprietos; tenía que ser una coincidencia o él fue en realidad estúpido de hacer el comentario, sin percatarse de que lo susurraba. De otro modo, ¿ella cómo supo lo que él pensó?

A menos…

—Dime lo que dije con exactitud.

—¿Para qué?

—Quiero escuchar.

—Que me violo...

—Eso no: lo que escuchaste. Repítelo.

Anna suspiró cansina y luego, como si llevara el peso del mundo sobre su espalda, se sentó al borde la cama.

—Dijiste: «Ella tiene derecho a saber lo que te pasó».

Jevrem ni parpadeó. Anna esbozó una expresión de «¿qué pasa?», pero Jevrem se inclinó hacia ella, y enseguida la miró como si quisiera hipnotizarla.

—¿Qué estoy pensando?

—¿Qué voy a saber?

—Estoy pensando en algo. ¿Qué es?

—¡No soy como tú, de adivina!

—Soy clarividente, no telépata. ¿Y tú?

—Si lo fuese, me habrían quemado en la hoguera. Te has salvado porque tu papá y el Soberano te han ayudado a guardar el secreto.

—¿Lo eres?

—¡No, coño! ¿Estás jugando conmigo?

—No. —Se levantó. Él debió de haberlo susurrado sin darse cuenta. Fue extraño cómo la decepción lo embargó, creyó por un instante que un lazo mágico lo unía a Anna, pero fue una indiscreción de su parte, del cual más adelante tendría cuidado de sus propios pensamientos; se concentraba tanto que no reparaba que lo hacía a oídos de los demás.

—Entonces, no vuelvas a presionarme. Agradezco lo que haces por nosotros.

—Esto ya lo hablamos, Anna: que no se haga repetitivo. Mi amistad es genuina, valora lo que te ofrezco.

—¡Y lo hago! —replicó—, pero estamos en una situación tan incómoda con la señora Grubana y tu prometida, que es mejor marcharnos para no molestar más.

Él entrecerró los ojos.

—¿Abuela ha hablado contigo?

—No.

La estudió, los irises de la muchacha, esquivos y asustadizos.

Mentía.

—¿Sabes? Uno de los aspectos que hizo que me enamorara de ti, es que eras mala para mentir. ¿Por qué todo te lo callas? —«Amarte duele».

Ella frunció el ceño. De nuevo el reproche, pero esta vez él estaba presente.

—Hasta que me lo dices a la cara —sus ojos negros lo atravesaron, enojada—. Disculpa que te *duela amarme*, pero tu prometida pronto hará que ya no sientas esa pena.

Los brazos del lobo se erizaron.

Ella…

Toques desesperados a la puerta.

Jevrem abrió rápido y se encontró con el rostro jadeante de la sanadora.

—El señor Morris…

Anna ni esperó a que la mujer terminara de hablar, salió como un cohete del dormitorio, aprensiva de esperar lo peor. Se paralizó al cruzar la puerta, su mamá lloraba sobre el cuerpo de su esposo; los hombros de esta se agitaban; a Anna se le inundaron los ojos de lágrimas, ¿qué pasó?, ¡él iba en franca mejoría! Esto debió ser obra de esa vieja desalmada que cumplió con su palabra, desquitándose con su…

Jadeó.

La mano de su papá acariciaba el brazo de su esposa.

—¡Papi!

—Anna… —George alargó la mano hacia su hija. Emilia se hizo a un lado para que Anna abrazara a su padre; el alivio era maravilloso, ¡por fin salió de ese limbo! George apenas tenía aliento para sonreír, aún aletargado por el coma profundo del cual estuvo sumido por casi dos días. La sed, el hambre, el dolor en sus articulaciones, todo le daba plena conciencia de que aún seguía entre los vivos.

Jevrem y la sanadora permanecían a los pies de la cama, observando el amor que los Morris se profesaban. Jevrem en pocas ocasiones lo ha experimentado, pero de manera individual por cada miembro de su familia; jamás grupal como estos que le causaba admiración. Según los Brankovic más longevos, ellos debían ser magnánimos ante los demás, manifestando que dichas muestras de afecto eran para los débiles.

Aun así, comprendía que sus invitados pronto se marcharían. Él prometió que los retendría hasta que el progenitor se recuperase, y, al parecer, en cuestión de horas estaría fuera de la cama.

Y Anna…

Lejos de su vida.

Capítulo 21

La gruta era el lugar de contención para Erik, a falta de un sitio más apropiado para no dejarlo escapar.

Luttrell, Maxwell y el mismo Everett, permanecían en la entrada, pendientes del jovencito. El bunker aún estaba en construcción, habiendo sido todos tomados por sorpresa. Pese a que el crecimiento acelerado de los lobatos, los mantenían en constante vigilia, ninguno previno que las hormonas de Erik se desataran antes de lo pensado. Cada vez que incrementaban las estaturas de los gemelos, había un lapso estable de dos años en la que se comportaban como otros chicos de su edad. En esta ocasión, la segunda *maduración* de Erik, preocupó a Everett y mortificó a Isabel. ¿Sería como la hija de aquella Grigori alemana?

Los alaridos del primogénito eran acallados por la estridencia de los relámpagos en el cielo del atardecer, llevaba días en su sufrimiento constante, bañado en sudor y desnudo por el calor excesivo que lo sofocaba. Aún no lograba cambiar su fisonomía por completo; el proceso era lento y doloroso. Erik lloraba y se quejaba de las punzadas que sentía en la cabeza, como si le estuviesen clavando ahí un puñal o taladrando el cráneo; las yemas de sus dedos masajeaban desesperadamente sus neuronas, ¿cómo pensar por lo que pasaba, si solo sentía dolor, dolor y más dolor? En las cuencas de sus ojos se alojó una llamarada que lo hacía ver todo en rojo y del que se extendía hacia su columna vertebral. Se quemaba, sus venas se marcaban más en sus brazos y en sus piernas, dándole la impresión de que dentro de estas corría ácido en vez de sangre. Gritó, en una voz entremezclada en la de un bípedo y un ser furioso a punto de emerger de las profundidades de su ser. ¡Estaba enloqueciendo! Sus ojos se derretían, su piel, sus huesos…

—¡Mátenme! —imploró a los guardias que lo observaban en silencio, cual espectáculo grotesco de circo—. ¡Mátenme! *¡MATÉNMEEEEEE!*

—¡¡Aguanta, hijo, todos pasamos por lo mismo!! —Everett retumbó su voz por encima del martirizado muchacho y los relámpagos. Gotas gruesas salpicaban el suelo fuera de la gruta, la lluvia arrecía semi inclinada como si fuesen millones de flechas filosas que caían veloces desde el firmamento. Hasta los santos se tapaban los oídos por las ganas de morir del lobato. ¿Cuánta resistencia podría tener Ángel al dolor?

Si Erik, desde que nació ha sido nervudo y gozado de una salud inquebrantable, el menor era todo lo contrario. Se infartaría.

—No puedo más… —Erik lloró, agotado. ¿Por qué tardaba tanto en convertirse? Su padre lo hacía rápido, hasta su mamá que no era asidua a recorrer el bosque como una loba más, tenía su propio récord. Observó sus manos y no las reconoció, parecían pertenecerle a las de un hombre y no las de él que eran más estilizadas. Entre sus convulsiones notó el volumen de sus piernas, la tonicidad de sus brazos y abdomen. Él no se sentía más grande, sino reducido a causa del padecimiento que, por cuestiones ancestrales, debía enfrentar para ser como los demás machos de la manada.

Manos cálidas en su espalda.

Everett se acercó en contra de las advertencias de sus hombres.

¡Tenía que ayudarlo!

—La primera transformación es la peor de todas, porque nunca antes experimentamos algo

semejante —le comentó mientras lo reconfortaba—. Después de superada, se hará más llevadera.

—Duele…

—Lo sabemos, hijo, también lloramos por lo mismo —reveló empático—. Tus músculos se están adaptando a otro tipo de cuerpo. No te asustes, es parte de tu crecimiento. —Aunque el cambio de su hijo era un paso más en su evolución como metamorfo, su edad era motivo de alarma; debería tener la imagen de un chiquillo de cinco años, y, ahora, ni sabían en qué «edad» se levantaría; dejó de aparentar ser un «adolescente», ¿para convertirse en qué?

¿Un veinteañero?

¿Un adulto?

¿Un anciano?

A la princesa vampira se le cayeron los dientes por su prematura vejez.

—*¡Arrrgghhtt!* —El codo del brazo derecho de Erik se zafó de sus ligamentos.

Everett trató de insuflarle valor, pero recibió un golpe con el otro brazo de su hijo, que lo estampó de espaldas contra la porosa pared de la gruta.

Del techo cayó tierra, el movimiento telúrico a causa del impacto fue suave, pero inquietante para el resto de los que resguardaban el lugar.

Luttrell –convertido ya en lobo– gruñó a Branimir y a Maxwell, quienes comprendieron lo que el otro intentaba decir. De allí el lobato no se podía marchar. Ambos betas y el gamma repelieron a Erik, quien intentó escapar. Luttrell lo mordió en una de sus piernas bípedas, Maxwell le lanzaba dentelladas para atemorizarlo y Branimir, siendo el de menor rango y el único de los tres guardias que se mantenía erguido en sus piernas bípedas, le pedía al muchacho de no dejarse llevar por el salvajismo. Everett se incorporó enseguida y se abalanzó sobre su hijo, justo cuando este pretendió embestir a Branimir. Los gritos de Erik, erizaban el pelaje y la piel a los guardias, porque les recordaban viejas leyendas de las primeras generaciones de hombres lobo.

—¡Mami! ¡Mami! *Edi*… *Edi sufe*. ¡*Edi sufe* mucho! —Ángel sollozaba a su progenitora, abrazado a ella mientras estaba recostado en la litera baja de su dormitorio. Los gritos desgarradores de su hermano hacían vibrar los ventanales de la cabaña. Durante el día, Ángel no probó bocado alguno, quería estar junto a Erik para que dejara de sufrir, pero nadie lo escuchaba. ¡Le prohibían salir! Su papá fue enérgico, por él insistir en acompañarlos; sus hermanitas ni se asomaban, porque temían que Erik les pegara. Nashua y Sakari las cuidaban hasta que la emergencia pasara.

—Será por poco tiempo, mi corazón —Isabel le comentó, a la vez en que ella luchaba por no llorar y correr hasta donde tenían a su otro retoño—. Tu hermano se está haciendo un lobo grande.

—¿Yo también *sedé* como él?

A Isabel se le oprimió el pecho, y asintió.

Dios…

¿Ángel pasando por lo mismo?

—¡No *quiedo quesé*!

—Es… —inevitable— algo natural. —Recordó ella la vez en que tuvo un ataque de pánico al enterarse de estar embarazada de un hombre lobo—. Como un dolor de muelas.

—¿A *Edi* le duelen?

—Un poco…

Ángel necesitó que su mamá lo abrazara más fuerte, los alaridos de Erik lo sobresaltaron. En

esos días lluviosos en que las nubes tronaban de un modo que a él le hacían temblar las piernas, buscaba refugio en los brazos de su madre. Pero no temía por el mal clima, sino por su hermano. ¿Por qué no llamaban al doctor que siempre los visitaba para que lo sanara? Qué horrible era crecer…

Un relámpago estalló tan poderoso que causó un apagón del sistema eléctrico del área de la cabaña. Ángel chilló y se apretujó a Isabel, temiendo salieran monstruos de debajo de la cama o que entraran por la ventana de su dormitorio. Los gritos lejanos de Erik conferían un aumento a la volátil imaginación del menor, pues era como si al otro lo estuviesen devorando vivo. Debían de estar saliéndole dientes muy largos para que sufriera tanto.

A Everett se le estrujó el corazón, comprendiendo que su hijo ya no era un lobato; lo más probable, pasarían por la misma circunstancia que *la descendiente* de Amara von Dielmissen. ¿Por cuántos meses estaría Erik en esa forma y luego el proceso de envejecimiento lo aniquilaría? Malditos vampiros que nada revelaban; de aquella chica nacida del vientre de un ángel caído, los hubiese preparado para paliar el anormal proceso de crecimiento de sus hijos.

Ella se salvó.

Pero, ¿cómo?

Una súbita preocupación le hizo pensar en David Colbert: ¿él murió a causa de qué?... ¿Qué supo al respecto?

Luttrell y Maxwell se preguntaban en su fuero interno, si el muchacho sería después problemático, queriendo apropiarse del liderazgo del padre. Era frecuente que un vástago se alzara contra el que lo ha procreado.

Los tres hombres respiraron aliviados ante el descenso de las violentas convulsiones de Erik; según lo que observaban fue más un estiramiento de huesos que una transformación. Branimir sugirió llevarlo a cuesta, de vuelta a la cabaña, y así de paso aprovechar el aguacero para darle un duchazo, puesto que el muchacho apestaba a zorrillo muerto. Sin embargo, ni terminó de hablar, cuando Erik abrió los ojos tan desmesurados, que Everett pensó su hijo se estaba muriendo.

—¿Ángel? —Isabel se preocupó por el estado catatónico de su hijo. Las luces de emergencia en el pasillo iluminaban parte del dormitorio; aunque su visión nocturna le permitía observar algunos detalles de la noche misma, de la que un humano jamás podría percatarse de las condiciones de dicho entorno—. Bebé, ¿qué tienes? —lo zarandeaba; Ángel no reaccionaba, su vista fija sin ver nada en específico—. ¡Ángel! ¡Ángel! —La angustia de la madre, alarmaron a los guardias. Tyson llegó enseguida; sus garras afiladas, sus ojos rodando por el dormitorio—. ¡Nashua! ¡¡Nashua!! —Isabel llamó a la otrora nodriza de sus gemelos, sus conocimientos curativos y su experiencia con dolencias extrañas en los niños lobos, sería primordial para ayudarla a sacar a Ángel de ese «trance» en el que se ha sumergido. Tanto temor… y el pobre no vio otra salida que encerrarse en su propia mente.

—¡Resiste, pasará pronto! —Everett le exclamaba a Erik, quien se retorcía en el suelo como si se estuviese quemando vivo.

El joven no hallaba sosiego a su dolor. ¡Aunque fuese por un minuto que le permitieran descansar, lo agradecía! Pero los dioses de sus padres se empeñaban en castigarlo por lo que hizo. ¡Perdón!, confesaría su crimen si esto lo liberaba del martirio. Su visión se enturbiaba con las lágrimas derramadas; el hecho de llorar sería otra burla sobre él, de parte de los trogloditas.

«Los machos no lloran, solo las hembras». Pero prefería que esos idiotas se burlaran de él por la eternidad, con tal de calmar su organismo. Entraba en una segunda fase del que pasaría de *la nueva apariencia* a otra que causaba más expectativas. Esta era peor.

—*¡Arghhh!* No puedo más… —su propia voz extraña.

—Ya está por finalizar, resiste un minuto más —Everett no se apartaba de su lado, había recibido varios zarpazos que el muchacho le dio de manera inconsciente, pero que el curso de la regeneración en su cara y brazos se efectuaba rápido. Los metacarpos de ambas manos y las falanges que permiten el movimiento de cada dedo, de Erik, se deformaban en dedos humanoides mucho más largos a los del tamaño «original» de su cuerpo masculino. La espalda se curvaba hacia arriba como si le estuviese creciendo una joroba, pero que era solo un paso de las múltiples mutaciones por la que pasaba su estructura ósea. Los omoplatos se separaron y se abrieron por la parte central, para luego aumentar de tamaño. Esto obligó a Erik en tomar una posición en la que sus extremidades superiores e inferiores se adaptaran a la fisonomía animal y del que progresivamente adquiría forma. Los hombros se extendieron hacia afuera; sus brazos dejaron de ser humanos, sino piernas delanteras que soportaban el peso de un torso que cada vez más se cubría con una capa de pelos marrones y grises.

Lo invadió el terror ante el sangrado de sus encías y el estiramiento progresivo de su mandíbula. Chilló como cachorrito lastimado, pues notaba que su nariz se deformaba y también percibía, mil veces más intenso, los aromas corporales de los que presenciaban su transformación. Miró a su padre, este y los demás se fijaron en la coloración de sus ojos: negro absoluto. Pocos lobos tenían esa oscura mirada, desde ya indicaba que no sería manso…

Ángel se levantó de la litera baja, y, sin salir de su trance, caminó hacia la ventana del dormitorio. Isabel trató de detenerlo, temiendo que se escapara por ahí, pero Nashua la aconsejó de dejarlo, el chico no lo haría, no parecía tener esas intenciones, solo miraba hacia afuera como si estuviese esperando.

—*Edi,* no *sufa* más. —Alargó la mano hacia el cristal de la ventana, como si alguien estuviese escuchándolo del otro lado. Hizo la mímica de acariciar a un animalito que nadie veía. Nashua e Isabel fruncieron el ceño, lo observaron muchas veces jugar con amiguitos invisibles, solía ser «el veterinario» que les curaba las heridas.

Erik percibió que una entidad entró a la gruta y se acercó a él sin que su padre y los guardias se dieran cuenta. No estaba seguro de lo que sus agudizados sentidos le alertaban. ¿Ahora tenía la capacidad de percibir fantasmas? Nunca le comentaron algo de esto, quizás para no asustarlo. Aunque, una vez Luttrell le dijo que muchos espíritus de animales rondaban los bosques.

Su lomo se erizó al sentir que le acariciaban el costado izquierdo.

Eso no era una pata, sino una mano…

—¡Vas bien! —Everett le inyectaba valor y los guardias le expresaban que se estaba convirtiendo en un espectacular lobo.

Erik tragó saliva y movió su cabeza lobuna hacia su costado para comprobar si allí había alguien acariciándolo. No gruñó ni retrocedió asustado, porque nada vio. Aun así, le pareció curioso que ya no sintiera dolor. Su papá le comentaba que entraba en la etapa final, por lo que, Erik, se esforzó por completar la transformación.

Luego el joven obtuvo el anhelado descanso.

Jadeaba como si hubiese dado la vuelta al mundo tres veces y con un enorme peso en la

espalda, mientras que otros le daban de latigazos. Branimir felicitó al lobato transformado y Everett acarició su cabeza, el pelaje de su primogénito se asemejaba al de Isabel, pero la robustez de sus formas, salió a la de él.

La lengua de Erik descansaba fuera de sus fauces, la saliva escurriéndose en el suelo, respiraba agitado; la próxima vez que salieran de cacería, él lo haría en su forma bípeda, ¡fue un tormento! Ángel se mearía en los calzones cuando le contase.

Sobre todo, lo del fantasma.

Le diría que tenía colmillos.

Ahí fue consciente de los suyos en su enorme boca. Con la punta de la lengua, los tocó. Vaya tamaño tenían… Podría clavarlos en un búfalo y derribarlo en segundos.

—Vamos, dé tu primer aullido —Everett, como el orgulloso padre de su progenie, lo animaba a levantarse, pero este se hacía el desentendido, quería estar recostado por un rato más—. ¡Párate, flojo! —le dio una palmada por la cadera que lo espabiló.

Reticente, Erik-lobo se puso sobre sus cuatro patas. Tenía hambre, le picaba el pelaje por donde lo tocaron, pero evitó quejarse para no echar a perder el momento.

Quiso carraspear para aclarar la voz, pero no pudo, los lobos no carraspeaban. Esperaba no desafinar.

En una bocanada de aire, aulló fuerte.

Everett sonrió, porque, si Licaón le permitía a su amado hijo de vivir lo suficiente, tendría su propia manada. ¡Cuánta vitalidad!

En respuesta al aullido del lobato, tanto el padre como los tres guardias, respondieron igual de atronadores dentro de la gruta; el sonido feroz recorrió el bosque lluvioso y obtuvo como eco el de los lobos comunes que habitan Denali.

Capítulo 22

La figura alta cruzó las puertas automáticas del aeropuerto para tomar un taxi que lo llevara hasta el pueblo.

Carecía de dirección para llegarle, y el móvil, Anna no lo contestaba. Aun así, Édgar se propuso hallarla; no la soltaría así nomás, la eligió como su compañera; tenían química en la cama y en muchos aspectos compartían los mismos gustos. Repasaba en su mente el discurso grandilocuente que expresaría sobre lo que ambos lograrían de conformar unión marital.

Le fastidió su chaqueta de mezclilla, creyendo que el frío de Alaska lo afectaría, pero se le hizo semejante a las montañas en Perú, donde él solía pasar las temporadas invernales. Del botón automático, deslizó hacia abajo el cristal de su ventanilla, sentado él al lado del chofer. Le preguntó si conocía a una tal «Anna Morris o a la familia Morris, pero el humano le respondió que había muchos con ese apellido, y que ignoraba quién era esa mujer. Édgar no le formuló más preguntas y se enfocó en el paisaje que apreciaba durante el recorrido: bosques extensos, pocas viviendas, humanos dispersos; hallar una bonita metamorfa no sería pan comido.

Así que, estrujó sus neuronas. ¿En qué parte del poblado, una chica como Anna vivía?

—En la zona de los omegas...

—¿Perdón? —el chofer se volvió hacia el pasajero, sin comprender lo que este dijo.

—¿Cuál es la comunidad o barrio humilde de Kenai? —Su expresión, expectante.

El chofer adelantó un vehículo y luego respondió:

—¿Se refiere a Snowdrift Hollow? Está a unas millas del pueblo. ¿Desea que lo lleve? —Édgar asintió—. Debo advertirle que allá no hay hotel, sino en Kenai.

—Me las arreglaré —replicó sin extender en su explicación del por qué optó por cambiar su destino.

George se apoyaba en el bastón que le entregaron para que no perdiera el equilibrio. Caminaba despacio fuera de la habitación; sus pantalones y camisa holgada reflejaban el peso perdido durante su recuperación. Emilia peinó su cabello y lo afeitó, su rostro se había ensombrecido con una barba incipiente. Apretaba la mandíbula para no quejarse; si los demás se daban cuenta de los dolores que padecía, lo mandaban de retorno a la cama, y George no pensaba pasar un minuto más en esa mansión; estarían en deuda con esa gente, por lo tanto, era declararse por siempre sus esclavos.

—No se moleste, mi señor, puedo bajar las escaleras por mi propia cuenta —le expresó a Jevrem, quien desoyó su negativa y lo alzó en vilo para llevarlo hasta el comedor—. Qué vergüenza con usted, todas estas atenciones hacia nosotros… —lo acomodaban en una de las sillas del cual, Emilia descorrió de inmediato para su marido—. No lo merecemos.

—Son como mi familia política —miró a Anna—. Para ustedes las mejores atenciones. Por favor —extendió la mano a que las tres mujeres, incluyendo la sanadora, se sentaran en sus respectivos asientos en torno a la mesa. Emilia se ubicó junto a George, la sanadora por el lateral opuesto de la mesa, Anna a la derecha de Jevrem; dos platos más indicaban que dos personas faltaban por unirse a ellos: el de la izquierda de Jevrem y el del cabecero del sentido contrario a este. Y del que el joven amo le hizo un gesto a Briserka de acercarse; le preguntó en voz baja del porqué su prometida y su abuela no estaban presentes.

—Migraña, señor —susurró.

—¿Las dos? —El ama de llaves asintió—. Entonces, retira los platos. —No se molestó, mejor para ellos que ninguna de estas los acompañara durante el desayuno, escupiendo veneno. Él no les rogaría, evitaba comer con gente amargada.

Las ventanas y puertas de las viviendas se cerraban de golpe conforme Édgar avanzaba por la calle donde lo dejó el taxista. El aroma que percibía en el aire le brindaba toda la información que necesitaba de que se hallaba en la comunidad de los omegas y estos no eran sociables con los extraños. Algunos corrieron a refugiarse en sus hogares, otros se asomaban curiosos desde las ventanas, pero en cuanto cruzaban miradas, las cortinas tapaban la visión de estos y del sujeto con su morral acuesta. Ni los cachorros que jugaban en una plaza, le dirigieron palabra, huyeron despavoridos como si él fuese el ogro que los robaría para comérselos.

—Qué gente tan pendeja —masculló avinagrado. Por lo visto, tendría que afinar el olfato para rastrear la morada de la alasqueña, en esa comunidad donde nadie prestaba ayuda a nadie—. Buenos días, señora. ¡Eh! —saludó a una mujer que tuvo el infortunio de toparse con él—. ¿Por dónde hacia la familia Morris? —En esta ocasión Édgar dominó la mente de la residente, quien, apabullada alzó la mano hacia un punto por donde él debía dirigirse.

Satisfecho de lograr obtener esa información, movió sus pies hacia el camino que se curvaba hacia su derecha. Nada lo detendría de estar con Anna.

El caribú en salsa agridulce casi ni cabía en el plato de Jevrem, de la cantidad que le sirvieron. George tenía la misma ración, las dos mujeres en menor cantidad por no ser tan tragonas como los machos. Pese a que disponían de cubiertos, no los usaban; según Jevrem, la comida se disfrutaba mejor si utilizaban los dedos. Emilia se impresionaba del apetito del alfa; el animal era recién cazado, la carne fresca era jugosa y deliciosa. Jevrem tenía los cachetes inflados por la cantidad que ingería en su boca; las comisuras de sus labios untados de salsa. Si su abuela o su padre lo viese cómo se comportaba en la mesa, lo increpaban. Pero era su casa y comía como le diera la gana.

—Come más, Anna —la instó, pero ella esbozó un mohín—. Te conozco: eres de las que les gusta llenar la panza.

Fingió ofenderse.

—¿Cuándo me has visto tragar como loba salvaje? Ese eres tú…

—¡Anna! —George le llamó la atención—. ¿Qué manera es esa de dirigirte al alfa?

Jevrem rio.

—Descuide, señor Morris, su hija no me molestó con su comentario. Soy capaz de *zamparme* un caribú completo si tengo rato sin alimentarme. Pero… —hizo que lo pensó—, si mal recuerdo: Anna no se queda atrás.

—Apenas puedo con dos filetes, no me compares con tu estómago cuya capacidad es el triple al mío.

—Serás de contextura delgada, pero eres tragona. —Anna puso cara de «¡¿yo?!», y Jevrem agregó socarrón—: te chupas hasta los dedos.

—¡No es cierto! —exclamó como niña del cual le señalaban sus travesuras—. No hago eso, mamá —la miró cuando esta agrandó los ojos y le expresó un silente: «¿cómo es posible que me dejes quedar mal, si te enseñé modales?».

Lo cierto es que, para Emilia, era un placer que Anna y el señor Jevrem por fin hayan limado

asperezas. Le habría encantado un acercamiento mayor, pero ni este ni su hija daban muestras de ser cariñosos; aun así, se conformaba con que fuesen amigos. Por desgracia, George no estaba de acuerdo con esto; otros interpretarían lo del bosque como una sucia treta para atrapar al alfa. Si alguien a él le comentaran sobre una chica lejana que pasó por lo mismo, hasta él lo dudaría.

El olfato de Édgar lo guiaba por la vereda que transitaba. Cada tanto se detenía para concentrarse en el aroma floral que se percibía en el aire y del que parecía provenir a unas manzanas al fondo de donde se hallaba. Su presencia por el barrio originó temor, ningún macho lo enfrentaba; los que desaparecían de su vista eran debiluchos o de baja estatura, como para medírsele a una mole que les fracturaría la espalda con un abrazo de oso o los rebanaría en dos de un zarpazo. De por sí, él como extranjero, cometía una infracción: lo primero que debía hacer era presentarse ante el líder del pueblo y explicar su presencia. Sin embargo, la ansiedad lo comandaba, presentía que debía darse prisa en pedir al padre la mano de la hija. La quería como su mujer.

El aroma floral se hizo más intenso frente a una modesta casa de paredes blancas y tejado terracota. Estaba bien cuidada, a pesar del lugar. Olfateó la fachada, y, llevado por la alegría de dar con el hogar de su lobita, tocó un tanto fuerte a la puerta. Medio rostro se asomó en la ventana del vecino; Édgar se giró para preguntarle si los Morris se hallaban, pero una vez más, los integrantes de las casas cercanas, cerraban las cortinas, para no darle a él información.

Édgar se puso de rodillas y pegó la nariz en el bordillo de la puerta; aspiró para captar si, en efecto, dicha familia no ha reparado en el visitante.

—Lo más probable, están ocupados con… —Se levantó y se golpeó la frente, por lo cabezota. Los padres de Anna administraban un restaurante. ¿Dónde dijo ella que lo tenían ubicado?—. La zona comercial, idiota. ¿Por dónde más?

Meditó en cómo proceder al respecto, si esperaba allí, quizás los omegas alertarían a los centinelas de la zona, por la presencia de un metamorfo extraño, y esto a él le acarrearía problemas. Pero si se dirigía al pueblo, tendría primero que desviar su destino hacia donde vivía el líder. Lo que no era conveniente, pues lo retendrían según la apreciación que él a ellos les diera.

A Jevrem le fue imposible convencer al señor Morris, sin emplear la hipnosis de permanecer unos días más en la casa. Esto se le complicó, al contar este con el apoyo de Anna, quien expresó debía enfocarse cuanto antes en su postgrado y que no lo lograría de continuar allí hospedada; ya las habladurías llegaban a sus oídos y esto le producía congoja; por lo que, agradecían la benevolencia de Jevrem, pero era hora de volver a Snowdrift Hollow.

—¡Cuántas molestias hemos causado, mi señor! En un taxi nos podemos marchar.

—Los he traído: los llevaré —replicó al progenitor de Anna, al momento en que Langdon abría la puerta de los asientos traseros de la camioneta. Jevrem trataba de estirar el tiempo con Anna; un minuto más…

El pobre hombre palideció por tener que estirar y encoger las piernas para acomodarse. Kai y Wyatt procuraron en no hacerlo sufrir por el esfuerzo, pero las rodillas de George aún lo hacían dependiente de otros para movilizarse. Emilia se sentó a su lado, el contingente de bolsas, tanto las de Anna como las de ella, ocupaban el maletero de la camioneta. La sanadora del turno diurno aún tenía trabajo por hacer en cuanto a fisioterapias; viajaba en el asiento del copiloto. Razón por la cual, Jevrem y Anna viajarían en el Hummer.

Ellos dos.

—Allá estaban bien.

—En casa también —Anna le replicó, encabezando ellos la caravana.

—Lo que necesite tu papá. Lo que sea: me llamas.

—Lo haré, gracias.

—Y tú.

Lo miró.

—¿Yo?

—Si me necesitas…, Anna, estaré para ti.

Jevrem no se hacía a la idea de lo que sus palabras reconfortaban a la joven, y del que a la vez la afligía. Solo le bastaba a ella expresarle: ¡te necesito! ¡Abrázame!, ¡bésame! Pero la amenaza de Grubana resonaba en su cabeza. Ella sería culpable de lo que les sucediera a sus padres si volvía con Jevrem. *«Empaquen sus mugrosos trapos y se largan de esta casa, para mañana a primera hora, o ve preparando con antelación el funeral para tu querido padre. Por cada día que permanezcan aquí, uno de los tuyos morirá».*

—Ya no debes sentirte comprometido por lo que pasó —le expresó—. Nos has salvado, nos has cuidado, nos has consentido más de lo que nadie hará por nosotros. Lloraré por unos días, pero después me encargaré de seguir adelante. Spike no me va a acabar como mujer; le demostraré, *dónde sea que en el infierno lo tengan*, que ese instante no me marcará para siempre.

Él le esbozó una sutil sonrisa y asintió, porque lo dicho encerraba una fehaciente verdad: se deprimirían por un tiempo, pero los días transcurrirían, haciendo cada vez más borrosos esos amargos recuerdos.

—Lo lograrás antes de que te des cuenta, Anna —le comentó mientras manejaba—. Eres más fuerte que yo…

Ella buscó su mano y la apretó con suavidad, ambos pasaron por lo mismo y sobrevivieron para alzarse sobre los huesos de los que quebrantaron por un rato sus cuerpos y sus espíritus. Jevrem se contuvo de expresarle que la amaba, ella solo se solidarizaba con él, comprendiendo dicho dolor.

Giró el volante hacia la ruta que conduce a la comunidad de los omegas, las primeras viviendas humildes comenzaban a vislumbrarse; los abetos flanqueaban la carretera; ahora de gravilla; había pieles tendidas sobre los cercos, expuestas al sol para que se curtieran. Se preparaban para las venideras temporadas invernales; la venta y distribución de especies permitidas para la caza les otorgaban ingresos extras en su economía.

Anna suspiró, ya estaban por llegar, y esa sería la última vez en que a él lo vería, porque se encargaría de sacar a sus padres del estado; allí no los dejaría desamparados. Miró a Jevrem y este volvió su rostro hacia ella, presintiendo que, por más que le ofreciera su corazón y su amistad, ella no lo aceptaría. Sus ojos se cristalizaron, también los de Anna; unas cuantas calles restaban por saldar y la oportunidad de estar juntos se perdería por siempre.

Entonces, a través de la ventanilla de Jevrem, Anna vio a un hombre que le hizo agrandar los ojos. Jevrem notó su semblante y rápido miró hacia la dirección que ella observaba.

Frenó abrupto.

Los vehículos que venían atrás hicieron lo mismo.

—Espera. ¡Oh, Licaón! —Anna se bajó de la camioneta, mortificada porque Jevrem se proponía interceptar el paso al sujeto que iba en sentido hacia ellos.

El extranjero se tensó y perfiló los dientes al que le buscaba bronca.

—¿Quién eres? —Jevrem lo encaró, el sujeto era más alto y fuerte que él, listo a medírsele de ser necesario.

—¡Es un amigo! —Anna trataba de que no se desatara una riña en medio de la calle. Los hombres de Jevrem estaban en fase de transformación, enajenados por el invasor. Emilia y George llamaban a la muchacha, esta los ignoraba—. Es un protector: cuidó de mí en Perú.

—¿Y por qué está aquí? —Jevrem inquirió con sus dientes severamente apretados. A juzgar por la contextura y su temple, el sujeto era un alfa.

Édgar tomó del brazo a Anna y la haló hacia él, pero Jevrem no le gustó el sentido de pertenencia del extranjero, y se la arrebató de un tirón.

Édgar le gruñó.

Jevrem le mostró la hilera de sus feroces dientes. Su tamaño comenzaba a crecer.

—Vine por Anna.

—No es tuya.

—¡Lo es!

Anna trató de aplacarlos, pero Emilia había corrido hacia ella para llevarla a la camioneta; de un momento a otro se iban a matar.

Los dos hombres se plantaron cara, aún sin invocar al lobo interno; gruñían, sus uñas alargándose en garras, sus ojos tornándose amarillos. Édgar perdió su raciocinio, la rabia que lo comandaba no le hacía darse cuenta de la desventaja en la que se hallaba; si se aventuraba a cambiar su anatomía, lo despedazaban antes de estirar las orejas y sacar la cola. El alfa alasqueño, bien que lo demostraba, lo sepultaría al término del día. Por este motivo y *no por cobardía*, agachó la cabeza para que los pulgosos aplacaran sus ánimos caldeados; le tocaba hacerlo, de lo contrario, en el menor de los casos, sería expulsado de allí sin antes haber hablado con Anna. Y ese alfa la tenía marcada.

—Permítame explicarle las razones por la cual, Anna es mía.

—¡¿Qué?! —la aludida se sorprendió y Jevrem le gruñó al maldito.

—Soy Édgar Ruíz, Alfa del Clan Inca. Protector de la señorita en cuestión y escogido por el Soberano.

—¿Y por eso te crees su dueño?

—Somos pareja. Nos unimos en ceremonia hace un mes.

—¡Claro que no! —Anna exclamó mientras sacudía la cabeza a su mamá, negando que ella haya dado ese paso tan grande sin antes haberles informado—. Jamás me has propuesto nada, eres mentiroso.

—Fuiste mía, Anna.

—No funcionó —replicó ruborizada por exponerla a sus padres y los demás lobos. Jevrem parecía contrariado que ni la miró, pero no fue motivo de pretender cederla al otro con facilidad. Si ella se negaba, él no la iba a desamparar.

—Anna —Emilia la llamó—. ¿Hubo enlace nupcial?

—Te juro por Licaón y sus huestes licántropas que jamás acepté su propuesta. Sigo soltera.

—Ya la oyó. Márchese —Jevrem le ordenó a Édgar, y este se envaró.

—De Alaska me marcharé con mi mujer.

Hubo un gruñido feroz.

—¡LO HARÁS POR LAS BUENAS O TE ENVÍO A TU CASA POR PARTES! —lo destrozaría si insistía en hacerse de una esposa contra la voluntad de la hembra.

Édgar no estaba en posición de enfrentarse al alasqueño, eran ocho a uno, contando solamente

a este y sus guardaespaldas, porque los omegas no representaban amenaza. Así que, siendo prudente, consideró que debía proceder a cómo las leyes lobunas lo dictaminaban. En caso de ganar y obtener su premio, sería castigado por el Alfa Mayor de su país, él planeó un secuestro; por esto le cortarían la cabeza antes de presentar a Anna a los suyos como su mujer.

—Muy bien, usted disculpe, *señor de los lobos alasqueños*. Me retiro de su territorio, pero le advierto que volveré por Anna. Hablaré con los Antiguos de la región y obtendré el permiso para un duelo. Porque…, supongo que tendrá el coraje de enfrentar mi reclamo, ¿cierto? Lo reto a muerte.

Anna y Emilia jadearon.

Jevrem se envaró.

—Por mi parte: reto aceptado. —También él debía informar a su padre y a su tío Everett. Los duelos eran considerados ilegales si no había motivos de peso, por lo que, procedería similar a cómo ellos lo hicieron cuando Vladan y Kroz a él lo violaron.

Qué rabia sintió Édgar que tuvo que acceder a que Anna se subiera al Hummer del alasqueño, mientras a él lo escoltaban hacia las tundras, donde los yakaramath lo vigilarían hasta que los líderes regionales dieran su aprobación para el enfrentamiento del que ambos ansiaban reventarse con sus garras.

Capítulo 23

—¡No!, ¡no!, ¡no!

Damir gritó a todo pulmón mientras su puño golpeaba una y otra vez el tope de su escritorio. Sus asistentes desaparecieron de su despacho tan pronto el primogénito del gobernador hizo acto de presencia.

—¡Mil veces no! ¡Me niego a que disputas a una zorra en un pueril duelo público!

—No te estoy pidiendo permiso, te estoy informando —Jevrem en actitud fría le replicó. Había volado en helicóptero hasta Anchorage, para participarle a su padre, y no a través de terceros, de lo que iba a hacer.

—Como tu Alfa Regional: te lo prohíbo —su voz resonó contundente a través de la puerta, siendo escuchada su molestia por parte de todos lo que trabajaban en la edificación.

Jevrem empuñó sus manos y se pidió control en su fuero interno, ya que estaba a punto de expresarle que no le importaba su cargo ni el suyo si esto desamparaba a Anna.

—Ya acepté, solo tuve la consideración de informarte.

—Pues, gracias por la «consideración». Ahora estaré más «tranquilo» —graznó sarcástico, y luego rodeó el escritorio para confrontar al cabezota de su hijo—. ¡Estúpido! —lo insultó—. Provocarás un incidente internacional, del que yo ni te podré ayudar. Crowell no tolerará que no le hayan consultado. No me busques problemas con ese imbécil que critica mis funciones; le estaré demostrando que ni mi primogénito me obedece.

—No entregaré a Anna.

—¡Lo harás porque es lo más conveniente para todos! Crowell y otros Alfas Mayores le pusieron el ojo a ese suramericano para que sea uno de los suyos. Encabronarlo, sería perjudicial para el reinado de Everett, muchas naciones se alinearían en su contra.

—¡¿Por un puto duelo?!

—¡POR UNA PUTA!

—¡¡No la llames así!!

—La llamaré como quiera —lo encaró, apenas unos centímetros más bajo que Jevrem, pero igual de enojado—. Estás enceguecido por ella, no ves lo que es y esto nos condenará: serás la burla de tu manada por lloriquear a una loba de mala reputación, y mi gobernación tambaleará por el irrespeto que esto generará. Crowell bastante se divierte a mis expensas en sus cenas de gala, de la que nunca me invita, como, para que *mi propio hijo*, el Alfa de Kenai y Denali, sea un mequetrefe. Te ordeno declinar el duelo y entregar a esa hembra al peruano; ya no es tuya, *es de otros*… —recalcó esto último con su firme intención de que Jevrem fuese consciente de la lujuria de la muchacha.

Cada vez que enlodaban a Anna, a él le provocaba mandar a todos a la mierda y marcharse con ella para que los dejaran en paz. Todo el mundo era miserable si ellos eran felices.

—Lo siento, no podrá ser. Antes de venir a verte, volé a Denali.

Damir palideció.

—¡¿Hablaste con Everett?! ¡¡Acaso eres…!! —La alarma de uno de los tres móviles que el estilizado hombre tenía sobre el escritorio, se activó, interrumpiendo así la increpación a punto de escupir de sus labios.

Entre palabrotas ininteligibles, tomó el aparato que repicaba, sin ser capaz de desatenderlo,

este era el que Damir utilizaba exclusivo para hablar con el Soberano. Los otros dos: uno para los asuntos de la gobernación y el otro para sus amantes y su familia.

Adivinando de qué iba la llamada, se pegó el móvil a la oreja, y apretó la mandíbula para no estallar cual volcán en erupción. Mientras tanto, Jevrem aguardaba en su sitio, sintiéndose como lobato rebelde regañado; tuvo que ser inteligente para moverse en la cadena de mando, yendo directo con el que comprendería sus motivos; le costó convencer a Everett, pues este estaba un tanto inquieto por alguna circunstancia que Jevrem desconocía. Por fortuna, su tío aceptó, no sin antes, él tener que seguir ciertas pautas para evitar futuras riñas entre los clanes. Del resultado que del duelo se obtuviera –si ambos quedaban en pie– sería tomado por los Ancianos o los Alfas Mayores que allí estuviesen presente. Y el que saliera desfavorecido debía aceptar la derrota.

El rostro de Damir se tornó rojo, su mirada se enfocó severa en su hijo, y, de forma silente, le lanzaba dagas invisibles mientras escuchaba a su hermano. Protestó a lo que Everett le comentaba desde el otro lado de la línea telefónica; llamada que aquel planificó para esa hora, calculando de antemano que su sobrino ya había hablado con su padre.

Estampó el móvil en el escritorio, tras colgar la llamada.

—Parece que, según Everett: si no te mides con el peruano, tu hombría quedará en entredicho por haberte retractado. Carlos Cruz también opina lo mismo de su ciudadano, por lo que ambos se medirán en la reserva de los yakaramath, en tres días. Prepara documentos y testigos, y más te vale que ganes, porque Crowell hará una fiesta de la vergüenza que nos causarás si te dan una paliza.

—Ganaré.

—De no ser porque no tengo manera de eliminar a ese *amanerado* que dirige el país, oraría a Licaón para que pierdas.

Las duras palabras de Damir fueron demoledoras para Jevrem.

—¡¿Prefieres que yo muera?! —Si su abuelo se lo hubiese comentado, lo habría creído. Pero jamás de su propio padre.

—Licaón sabe que no es mi deseo, aunque lo parezca. Esos suramericanos son guerreros natos; te darán una paliza. El duelo se ejecutará No-A-Muerte, lo pidió el Soberano, de lo que por fin los dos en algo concordamos. Al primero que caiga, se dará por terminado el duelo. Ahora, ¡lárgate! En tres días nos volvemos a ver. Hasta entonces aguardarás el castigo que reservaré para ti por estúpido. ¡Largo!

Jevrem hizo una reverencia a su padre y luego se marchó de allí sin despedirse. En el trayecto desde la planta alta hasta la puerta principal, los empleados lo seguían con la mirada. Menudo lío en la que se metió por una hembra; será la cotilla del país por varios días; desde ya las apuestas se pautaban entre los que se acabaron de enterar: Billy Jones, lacayo de Charles Cox, de la parte septentrional de Alaska, apostó cien mil dólares a que Jevrem Brankovic le patearía el trasero al extranjero. Pero Paul Bell, secretario de Asuntos Internos, dudaba de la fuerza del muchacho, pues si era igual de «refinado» al padre, del primer *round* no pasaría. Así que, apostaba al bando contrario. Era una pena que ese tipo de lucha no fuese televisada, porque *el ranking* se catapultaría al primer puesto de los programas más vistos. Tampoco ellos podrían ausentarse de sus días laborales, el gobernador no permitiría que después comentaran lo pésimo que al hijo le fue por ser incapaz de dar un zarpazo como los machos.

Durante el vuelo de retorno a Kenai, Jevrem apagó el móvil debido a los lloriqueos de Roxanne y las increpaciones de su abuela Grubana. La tarde avanzaba y él, desde que Édgar

Ruíz se le atravesó en el camino, no se ha tomado un minuto para descansar.

Los audífonos lo aislaban del ruido del rotor del helicóptero, pero no de sus propios pensamientos que eran más ensordecedores. Tenía que vencer a ese sujeto, Anna contaba con él para que la protegiera; su rostro atemorizado imploraba que le creyeran. No era la mujer de este, estaba libre para amar a otro.

La camioneta aguardaba en el estacionamiento dentro de la zona de la pista, habiéndose aproximado tras el aterrizaje del helicóptero. Langdon recibió en su móvil, un millar de llamadas telefónicas, pues, cuando Jevrem no contestaba el suyo, a los pobres guardaespaldas los martirizaban para obtener información de los pasos del alfa. La señora Grubana exigía que la contactaran con este, ya que para ella era inaudito que su nieto se rebajara a disputar a una omega. Langdon aguantaba los insultos de la anciana y respondía con un «le extenderé los mensajes» bastante contenido para no contestarle de igual modo.

Jevrem estaba por desobedecer la orden de su tío, de no ir hasta Snowdrift Hollow. Tenía horas sin ver a Anna y ya la extrañaba; sus manos quedaban atadas de llevarla de vuelta a Kenai, pero Everett le aconsejó mantenerse a distancia; rondar a Anna era agravar la situación con la comitiva que vendría en representación del maldito que se la disputaba. Anna permanecía custodiada en su hogar para evitar que otros la agredieran o la secuestraran.

«Jevrem, ¿dónde estás? Por favor, responde a mi llamado».

—¡Detente! —pidió al chofer y este obedeció, pisando el pedal hasta el fondo. ¿Acaso fue un llamado telepático?

Rápido consultó su móvil y comprobó que tenía varios audios y llamadas perdidas de Anna.

Se contactó.

—El número que usted marcó…

—¡Argh! —Arrojó el móvil al asiento. Las llamadas entraban en masa si eran de personas que a él no le interesaban, pero si deseaba contactarse con *la que quería*, la señal se esfumaba.

Desesperado, salió del Hummer.

—¿Qué sucede, señor? —Langdon se preparaba por si acaso estaban siendo emboscados.

—Denme un minuto, necesito pensar —caminaba en círculos. Él la escuchó…

Como ella cuando él la pensaba.

«¿Anna?» —Su respiración acelerada no pasaba desapercibida para sus hombres que lo observaban desde el todoterreno. ¿Qué le pasaba al alfa? ¿Sufría de ansiedad?

Jevrem esperaba a que su hada le contestara, pero el silencio se prolongaba.

«¿Anna?». —¿Ese tipo de comunicación existía entre los metamorfos? Jamás ha escuchado que entre seres sobrenaturales exista la telepatía, a menos que sean Portadores.

—Señor, si no se encuentra bien, lo llevamos con una sanadora, ella aliviará lo que…

—¡Estoy bien, solo estoy pensando! —gruñó a Castell, quien asomaba la nariz a través de la ventanilla del copiloto.

«Anna, trato de comunicarme telepáticamente contigo. ¿Me escuchas? ¿Anna?» —Nunca aclaró con ella si había una conexión entre los dos. O si tenía antecedentes familiares como la suya, del que la clarividencia era el don que se heredaba de generación en generación por el lado materno—. *«Anna, ¿me escuchas?»*.

Suspiró.

Por lo visto, no.

Entonces, ¿qué carajos fue eso? ¿Algún chiste de los dioses?

—Sí, un chiste…

Cabizbajo, volvió al Hummer. Habría sido maravilloso sostener conversaciones con Anna y delante de otros sin que estos se diesen cuenta. Pero no sucedía, ese lazo jamás se daría.

Palpó su traje y se lamentó no traer nada consigo que le perteneciera a ella para espiarla. Ser sus ojos, su voz, sus manos, sus piernas, su conciencia… Aunque, agradecía haberse desecho del gancho de pelo, se volvió adicto a estar dentro de Anna, una manera de poseerla, y del que después él pagó caro al verla amar a otro hombre.

Por otro lado, en el hogar de los Morris. Emilia le daba palmaditas a la cara de Anna, esta de repente quedó tendida en el piso cuando lavaba los platos.

—¡Anna, despierta, Anna! ¡¡George, Anna se desmayó, ven pronto!! —lo llamó, él estaba leyendo el periódico en el dormitorio; acudió rápido, y, entre los dos, levantaron a la muchacha que seguía inconsciente. Uno de los guardias miró al interior de la vivienda y observó lo que sucedía; esbozó un mohín, esa mujer era rara: hablaba sola y luego caía patas arriba. Le hizo el comentario a su compañero de vigilancia y este arguyó que a lo mejor le faltaba un tornillo. La conocía desde que usaba pañales y nunca fue como las demás niñas que eran desenvueltas y se preparaban desde pequeñas para cuando les tocase marido. Esta solo pensaba en tragar libros.

Capítulo 24

Había más gente de lo que Jevrem pensó asistirían al duelo.

Los Ancianos impusieron límites para evitar el desborde de emociones entre los bandos de los contendientes. Los yakaramath serían los guardianes que pondrían en cintura a los buscapleitos. El licor y las apuestas estarían prohibidos; por supuesto, siempre y cuando no los atraparan. Una plataforma se irguió para que allí estuviesen elevados los asientos del Soberano y otros líderes. Estos dictaminarían el resultado, según lo que observasen de la lucha que se libraría en unos minutos. Isabel no acompañó a Everett, no podría ver cómo Jevrem y el otro sujeto se destrozaban entre sí. Las normas eran claras: No-A-Muerte. Esto se diferenciaba de otros duelos, del cual debían aniquilar al que cometió una afrenta penada por las leyes. El reclamo de Édgar no era porque Jevrem Brankovic le haya quitado a él, la mujer a las malas, sino que esta tenía dos dueños. Y a ninguna loba se le permitía brincar de macho en macho, cual libertina. Las leyes les daban ciertas libertades y derechos, pero no para causar conflictos amorosos. De declararse empate, Anna Morris sería ajusticiada. ¿Quién originó todo? Ella.

El duelo se regiría bajo ciertos lineamientos: lo primero fue la presencia de los testigos de dicha boda. Édgar contó con el Prior de su pueblo, un amigo cercano y dos parientes que les «procuraron» los trajes y los anillos. Anna negó todo esto y acusó a esa gente de confabular en su contra, pero los parientes de Édgar entregaron el anillo que le «pertenecía» a Anna, cuyas pruebas epiteliales confirmaban que esta lo usó; por extensión, la «boda» se había efectuado.

Alrededor de un claro, que los aldeanos limpiaron de maleza previamente, se acomodaron las personas que brindarían apoyo moral tanto a Édgar como a Jevrem. Este último se había desnudado; la transformación se efectuaría en cualquier momento, así que, mejor librarse de las vestiduras que lo entorpecerían. Damir se abrió paso entre los amigos que a su hijo aconsejaban y les ordenó les diera espacio para ellos hablar sin estar sofocados por el sudor.

—Aún estás a tiempo de entregar a esa hembra. Fíjate en los músculos de ese peruano: debe tener fuerza como para hacer comer tierra a Everett.

—Ranko era igual de fuerte, y mira cómo terminó.

—¡Porque tu tío lo acabó! ¡¡No tú!!

—Así tenga que escupir los dientes y arrastrarme por tener las patas partidas, de ese hijo de puta me encargaré de mandarlo al hoyo. —Echó un avinagrado vistazo de refilón hacia el mencionado, y se juró a sí mismo que cumpliría con su palabra de no entregarle a Anna.

De inmediato la buscó entre los presentes, la menuda figura de la muchacha casi estaba oculta por las espaldas de los nativos que la contenían a unos metros de la plataforma de Everett. Sus ojos negros se posaron con los de ella, quien captó su mirada, y le esbozó una sonrisa entristecida. Ganase o perdiese, Anna sería igual de señalada.

—¡Necio! —Damir lo reprendió, nervioso él de que su hijo se tuviese que enfrentar una vez más en un terreno sangriento—. No vale la pena arriesgar tu vida. Recapacita antes de que sea demasiado tarde.

—Lo siento, papá. Estoy decidido.

—¡Jevrem! ¡Jevrem!

Al llamado de una mujer, este se volvió en su dirección. Arqueó las cejas, sorprendido de ver allí a su mamá, tras la línea que marcaban los yakaramath apostados como barreras

infranqueables. Radojka tenía sus mejillas húmedas por las lágrimas, ataviada ella en un vestido elegante que desentonaba con el polvo y la pedregosidad de la zona, siendo notable que llegó directo desde Serbia, en su intención de detener el duelo.

—Al menos, hazlo por ella —Damir le habló, estando detrás de su hijo, dándose cuenta también de la imprevista presencia de su exesposa. No la saludó, pero se alinearía con esta con tal de que Jevrem no fuese capaz de tener los cojones de hacerse matar por el otro delante de su madre.

Hizo señas a los nativos a que le dieran paso a Radojka, pero estos lo ignoraron; obedecían al Alfa de los Alfas, no a un lacayo. La mujer blanca no tenía permitido moverse de allí o la sacarían a rastras. Jevrem no replicó a su padre ni esbozó a su progenitora algún gesto tranquilizador, le rompía el corazón de verla sufrir por él. Tenía que armarse de valor y enfrentar al sujeto que declaraba ser el «esposo» de Anna.

—Mi nieto es tonto, pero valiente. Si queda en pie, se anotará otra victoria. Pero llevará a casa a esa zorra, no lo podemos permitir —Grubana comentó a Radojka, de lo que pasaría si Jevrem vencía al fortachón.

Recogió a su exnuera en el aeropuerto municipal de Kenai en cuanto Damir le avisó, pues, días atrás le había dado a esta la noticia. Si él no lograba convencer a Jevrem, de no luchar, entonces lo haría Radojka.

No obstante, no contaron que Everett plantó guerreros para que nadie se acercara a los contendientes.

—¡Jevrem! ¡Jevrem! —Radojka chilló por no hacer razonar a su hijo. Le suplicaba desesperada; sus palmas juntas en un ruego de apiadarse de su sufrimiento—. Tenemos que detenerlo.

—¿Y que después lo tilden de cobarde? —Grubana replicó con frialdad. Las progenitoras en la actualidad carecían del aplomo de antes, que despedían al hijo a la guerra y después los enterraban sin lágrimas en los ojos. Llorar no los traerían de vuelta, avergonzarían su partida—. Más bien —agregó autoritaria—, limpia tu cara y ora a Licaón para que esta noche podamos cenar con él, no quemarlo en la pira funeraria.

Radojka detestaba a la matriarca, pero le daba la razón: Jevrem no tendría vida si su manada ya no confiaba en él como líder.

Desde la plataforma, Everett se levantó de su asiento.

El resto de los metamorfos guardaron silencio para escucharlo.

—La alianza entre un macho y una hembra jamás debería ser cuestionada ni disputada por terceros —dijo en tono serio—. Tampoco intimidar a nuestras compañeras. El afecto y el respeto debe prevalecer entre los que dieron la palabra de permanecer juntos. Si por cuestiones equivocadas, los caminos se separan, para unirse a otros, que la agresividad no influya por los cambios de parecer. Por desgracia, hoy la razón no se tomará en cuenta, sino la confrontación. Los involucrados reclaman su derecho a apareamiento y convivencia con una hembra en cuestión; el vencedor se la quedará y ejercerá sus funciones exigidas. Nada más se disputará ni habrá compensaciones monetarias ni titularidades territoriales. Tampoco podrán apelar ni recurrir a otros reinos o instancias gubernamentales para ejercer presión; si lo hacen, se atienen a los castigos pertinentes al cual serán sometidos.

»Al centro: señor Jevrem Brankovic, señor Édgar Ruíz —los convocó a ubicarse en el punto señalado donde se enfrentarían.

Estos acataron al mandato del Soberano, ambos desnudos y con expresiones agresivas.

Ninguno de los presentes –hombres o mujeres– hacían comentarios de doble sentido sobre los órganos sexuales de los alfas comunales. *«A la omega le gusta los lobos grandes. ¡Miren cómo les cuelga los pitos de entre las piernas!»*. Ese tipo de humillación no se permitía, por respeto a los involucrados y porque, los que se las daban de chistosos, serían sometido a padecer lo que expresaban tan repudiable. *«¿No les incomoda enrollar* la serpiente *en los calzoncillos?»*. La respuesta de los Ancianos: *«Entonces, a ti te lo estiramos con cables para que compruebes que no»*. Y si se burla de que lo tienen chiquito; al chistoso le cortan el suyo a la mitad.

Los ánimos comenzaban a avivarse entre los bandos. Los testigos del peruano le expresaban a este, de matar al otro, de ser preciso. La mano de Radojka se aferraba a su collar de perlas que colgaba de su cuello, orando a los dioses de ayudar a su hijo. Grubana permanecía impasible, criticando los hedores de los locales y los visitantes, y de la incomodidad en la que ella se hallaba, ni una silla le dieron para sentarse. *El bastardo,* de Winona, estaba bien campante junto a esos nativos iletrados y extranjeros ordinarios. Damir le expresó a su primogénito que no tuviera piedad por *el retador* y que él lo amaba. Anna intercambió miradas con Jevrem, y en su fuero interno le deseó fuerza y resistencia para aguantar el combate. Ella oraba para que ninguno de los dos muriese, pero de escoger quién viviría, sería su eterno amor.

—¿Están de acuerdo con lo acabado de expresar? —Everett consultó para evitar futuros reclamos por malentendidos por parte de los implicados o de otros.

—Sí, mi señor —ambos respondieron a la vez.

—Entonces: sean dignos oponentes. —Se sentó de nuevo en su asiento, y la audiencia aupaba a los contendientes a que ofreciesen una pelea del cual se comentara por años.

Derrick Bryant –de Arkansas– se deslizaba sigiloso detrás de la gente, para recibir el dinero que Raúl Torrenegra, del Clan Miami, le daba de manera disimulada. Las apuestas iban a favor del Alfa de Kenai, quien antes en Canadá se bajó a un *luchador* de gran tamaño. Podrá con este. Pero la mayoría de los que se hallaban allí aún no arriesgaban su dinero. Édgar Ruíz daba la impresión de ser de los que no caían al primer zarpazo; esperarían a ver cómo se desenvolvía el sobrino del Soberano, quien era más «delgado».

Jevrem y Édgar se retaban silentes, rodeándose amedrentadores, atentos al que iniciara la contienda. Los ojos en ambos cambiaron de coloración; sus garras se alargaron como cuchillos que desgarrarían extremidades, sus colmillos prometían sangre por doquier. El Alfa Mayor de Perú los instó a matarse entre sí; Everett lo atravesó con la mirada, y este –amilanado– volvió a su asiento, comprendiendo cuál era el favorito del Soberano.

Jevrem y Édgar iniciaron su fase de transformación. Entre estos no hubo cruce de palabras ofensivas o comentarios desdeñosos sobre cómo ellos *se lo hicieron* a Anna en la cama. Muchos ojos puestos como para comportarse con tal vileza; les exigieron reventarse la *jeta* sin provocaciones infantiles, eran dos alfas, cuya autoridad debía demostrarse en el terreno.

Los gruñidos adoloridos a causa de la realineación de los huesos, se efectuó rápido. El dolor jamás desaparecería, pero se hacía más soportable con el número de veces en que cambiaban. La columna vertebral de ambos, ya no se sostenía en su forma bípeda, sus piernas los obligaban a posarse en el suelo como un animal poseedor de cuatro patas. Las manos de Jevrem se expandían, ya no eran las de un hombre, el dorso se arqueaba, los nudillos se ensanchaban; los dedos se encogían y engrosaban, las palmas ahora eran almohadillas que soportaban el suelo pedregoso y el peso del voluminoso cuerpo de los lobos.

El pelaje pardo de Jevrem era notablemente más claro al negro oscuro de Édgar, cuyo tamaño demencial superaba con creces al contrincante.

Las apuestas se multiplicaron; esta vez a favor del extranjero; el dinero importaba más que la lealtad a un tonto que fue puesto en su cargo por nepotismo. Por supuesto, pensamientos albergados por los miembros de clanes no pertenecientes a Kenai o Denali, porque los locales eran capaces de hacerse matar por su alfa.

Las voces airadas de la muchedumbre estallaron tan pronto los dos lobos se abalanzaron entre sí, en un choque brutal de dos bestias feroces que harían lo que fuese por apropiarse de la hermosa hembra. Édgar se había valido de artimañas para comprar a los testigos –aprueba de hipnosis– que respaldarían su mentira de haberse casado con Anna Morris.

Le arrancaría el pito de un zarpazo y la cabeza a Jevrem Brankovic, y la patearía lejos de allí; el cuerpo lo arrojaría a los carroñeros, negándole a este un funeral apropiado. Y también para que a otros ni se les ocurriera que la lobita debía formar parte de su manada; él la escogió; la primera noche en que estuvieron juntos, ella lo cautivó. Una vez que él eliminase a ese Brankovic, se follaría por horas a Anna en la casa de los alcahuetes de los padres, para que escucharan cómo su hija chillaba por ser perforada por un macho dotado. A él no le pasó por alto que ellos iban en uno de los vehículos de su adversario.

Al tiempo en que se desataba la pelea, Jevrem se pedía a sí mismo en dejar hasta su alma en la arena, con tal de librar a su hada de las garras de un sujeto que se creía su dueño. Las dentelladas arrancaban pelaje y piel de las patas traseras y de los costados de Édgar; gimiendo este adolorido por subestimarlo; aun así, lanzó las suyas en un salto que tumbó al lobo más joven. La sangre escurría de su lomo, aturdido por el dolor; se tambaleó, perdía la visión.

Pero cuando estaba por desvanecerse…

«Te amo, Jevrem. ¡Resiste!».

Este se volvió hacia Anna, bastante apartada ella de donde él se hallaba. Por más que le gritara; su voz se habría escuchado a distancia y no como si estuviese a su lado.

Los segundos de distracción le permitieron a Édgar de tomar por el cuello a Jevrem. Sus fauces se cerraron, sacudiéndolo con tanta fuerza para arrancarle la cabeza; los colmillos penetraban la carne y la tráquea de la anatomía animal del alasqueño; el extranjero lo tenía en una posición de la que era imposible librarse.

Anna se paralizó, sus lágrimas cayendo a borbotones, el mundo le daba vueltas, las náuseas de nuevo la acuciaban. No Jevrem…, no él… Radojka gritaba, Damir le exigía a Everett que detuviera la pelea porque era evidente el propósito del peruano. Jevrem había perdido; lo prefería derrotado a que lo mataran. Ma-cheil lamentaba en su fuero interno por cómo se desarrollaban los eventos, honraría al joven Brankovic como a un guerrero caído. Everett cerró los ojos, conocedor de la decisión de su sobrino: no intervenir; si debía perder a Anna, que fuese sobre su cadáver. Él hubiese hecho lo mismo por Isabel, no la habría cedido a menos que otro le sesgara a él la vida.

—¡NO! —Radojka saltó a la arena. Everett ordenó a Ma-cheil de detenerla. La audiencia exclamaba asombrada por la hembra, lanzando estos, consignas machistas de que se fuese a lavar platos.

Sin embargo, el arrojo de la madre impulsó a Anna de también meterse en el área de enfrentamiento; todo fuese por salvarlo, era lo menos que podía hacer; aguantaría el castigo que el Soberano le impusiera por intervenir.

—¡Iré contigo, Édgar! Suéltalo. Me inclino ante ti y te obedezco como mi pareja.

«¡Anna, no!», el pensamiento se coló en la mente de la joven; esta lo desoyó, creyendo que sus desvaríos aún la enloquecían. Bajó la mirada; su postura postrada, sus lágrimas surcando sus

mejillas.

—Soy tuya, Édgar. Soy tuya. —*«Perdóname, por mí no vas a morir»*.

El lobo peruano soltó al lobo alasqueño, y caminó soberbio hacia la hembra. Ella ya era suya, y se lo demostraría apenas les permitieran llevársela de allí. La haría chillar de tanto que le daría por el culo.

Radojka agradeció el valiente sacrificio a Anna, sin pasarle por alto el extraño aroma que expelía. Corrió hacia Jevrem, quien agonizaba, su forma lobuna retrocedía a la bípeda. Jevrem perdió las fuerzas para levantarse, sangraba profuso por el cuello, siendo rodeado por los solícitos brazos de su progenitora. Damir también acudió hacia ellos y levantó rápido a su hijo antes de que el otro le diese por volverse para acabarlo, o que el maldito de Everett exigiese que el duelo debía llegar hasta las últimas consecuencias. Huyó de allí, nadie los detendría, el retador obtuvo lo que quería.

Pero antes de seguirlos, Radojka le devolvería el favor a la muchacha.

—Ella no le pertenece. Está embarazada y no es tuyo.

En todo el perímetro ni un rasguño o jadeo se escuchó. Todos quedaron congelados en su sitio, impactados por lo que reveló la madre del alfa. Por más que la hembra estuviese dispuesta a seguir a un macho en cuestión, si esperaba un lobezno o ya lo había parido de otro, de este estaba atada por siempre.

Ley lobuna.

Capítulo 25

Édgar olfateó a Anna y no le parecía que el aroma corporal en esta haya cambiado, salvo su perfume floral que estaba menos intenso.

Aunque no sabía determinar si lo dicho por la mujer se debía a una treta ideada para salvar a Anna, él no podía desestimar la posibilidad de que el lobezno sea suyo. Ellos estuvieron juntos varias veces y él una vez *se descargó* dentro de ella en una noche apasionada.

Señaló el abdomen plano de Anna y, mirando a los regentes en la plataforma, expresó:

—¡Ella aceptó sumisión!

—Ha sido de otro antes.

—¿Cómo sabe ella que no es mío? —cuestionó a Radojka—. Fui su pareja por un tiempo.

—Estuvo con mi hijo —le explicó sin revelar que ella era clarividente. Sus visiones no revelaban al feto dentro del vientre materno, nadando en el líquido amniótico y formándose apenas como una molécula, sino que los vio amándose más allá de lo carnal.

—¡Manipuladora!

—¡Vergüenza de tu casta!

La gente insultaba y reprochaba con la mirada a Anna, las omegas carecían de control cuando se acaloraban. La joven no era capaz de alzar su rostro hacía Édgar o hacia los que la juzgaban con dureza; de hecho, ella no comprendía cómo era posible de estar esperando un lobezno, si tenía años de no acostarse con Jevrem y, con los otros, se cuidó con preservativos de alta calidad. ¿Acaso era una broma de mal gusto?, le parecía inaudito que confundieran su perfume con el aroma de una embarazada.

Te embriagaste antes de abordar el vuelo, se dijo a sí misma. *Lo hiciste con Édgar hasta el amanecer. Y no recuerdas si usaste protección. Ahí está tu metida de pata.*

¿Cómo negarlo si ha presentado los síntomas de embarazo?

Hambre voraz.

Sueños extraños.

Mareos.

Desmayos…

Por lo tanto, Édgar tenía todos los derechos sobre ella.

—¡Estuvo primero conmigo! —la exclamación de este fue contundente—. Bien que pude haberla preñado. ¿No es así, Anna?

La aludida vaciló y esto fue motivo de más murmuraciones. A causa de la vergüenza, Emilia y George, rogaban para que los yakaramath los dejasen ir hasta el claro y llevarse de allí a su hija, pero no los escuchaban, férreas murallas de carne y hueso. Everett saltó de la plataforma y se acercó hasta la muchacha mientras que sus súbditos se reverenciaban a su paso. Ma-cheil y los dos Alfas Mayores –Crowell y Cruz– lo siguieron. Emilia y George oraban por su hija. Radojka levantó la mandíbula una pulgada; temblaba, pero no demostraba temor a su excuñado.

Este olfateó a la joven de aspecto débil y pálido. Nada extraño percibía en ella.

—¿De quién es, Anna? —Aun así, inquirió a la joven, pero esta ni sabía qué responder. ¿Seguía el juego de la mamá de Jevrem? Era claro que pretendía salvarle el pellejo.

—Eso confirma que soy el padre —Édgar saboreaba de nuevo la victoria sobre el debilucho alasqueño.

—Aún no —Everett lo rebatió, detectaba en este a un sujeto del que mantendría vigilado en adelante—. El aroma en ella no indica que sea suyo. Hasta dentro de dos meses, cuando nazca la criatura, sabremos quién es el verdadero padre. De momento, la señorita Morris estará bajo mi protección.

—¿Y qué debo hacer durante ese tiempo, mi señor? —Édgar no se amilanaba ante el rey como lo hacían los de alto rango.

—Regresará a su país, y, tras el término del embarazo de la señorita Morris, volverá para las pruebas pertinentes. —Así los genes saltasen como luces de león, de que Jevrem es el padre, debían descartar al otro para evitar toda duda sobre los resultados.

Grubana lanzaba para sus adentros mil maldiciones a su exnuera, pues asumieron en que esta favorecería a Roxanne, pero a todos les dio la desagradable sorpresa de hacer de madre abnegada. Si esa insignificante sirvienta se había preñado de su nieto, su linaje quedaría por siempre enlodado.

Siguió con la mirada al peruano, siendo escoltado con su comitiva fuera de las tundras. Sus sentimientos ambivalentes: los odiaba por la paliza que le dio a su contrincante, pero Grubana meditaba que este era el aliado que necesitaba para poner todo en orden.

—El duelo queda sin efecto —Everett se dirigió a los espectadores y acalló las voces airadas cuando chiflaban e insultaban la moral de la muchacha.

Emilia rodeaba con sus brazos a Anna y la consolaba, expresándole que la amaba a pesar de las circunstancias. George –aún apoyado de un bastón– le ordenó a su hija de volver a casa. Esta se negó, deseaba seguir al señor Damir que se alejaba con Jevrem hasta las camionetas.

—¡No pondrás tus mugrosas patas en mi propiedad! —Grubana gruñó al percatarse de la intención de Anna.

—Permítame corregirla —Radojka replicó al instante—: la casa es de mi hijo, por su derecho de Alfa de Kenai. Y estoy segura de que él querría a la joven a su lado.

Grubana abrió la boca para imponer autoridad, pero Everett, harto de la anciana, intercedió a favor de la muchacha.

—Iré contigo —Emilia no dejaría a su hija sola en aquel nido de hienas. George ya podía valerse por sí mismo, en un par de días estaría como nuevo y atendiendo el restaurante.

Crowell se regodeaba en su fuero interno por la ganancia obtenida en la apuesta que hizo en secreto con otros dirigentes. Lo investigado sobre el peruano le confirmó que era un contendiente al que él procuraría mantener en contacto. Le ofertaría una jugosa cantidad de dinero a que fuese su guardaespaldas, devengando diez veces más a los que este ganaba en aquel pueblo polvoriento. Fue un día que recordaría con satisfacción: al sobrino del Soberano le dieron en la jeta, la humillación de Damir por la derrota de su hijo, y el dinero que Crowell obtuvo con todo esto. Organizaría una cacería en los Apalaches para celebrar la espinita que se quitó al presenciar cómo los Brankovic se iban con la cola metida entre las patas y el orgullo bajo un cúmulo de mierda.

El azote de la puerta trasera de la limusina aparcada a un lado de la carretera, sobresaltó a Roxanne, quien estaba sumida en sus propios pensamientos. La anciana cruzó la mitad de las tundras, en una carrera enojada por cómo todo dio un nefasto vuelco. Ordenó a la muchacha que fungía en ese instante de chofer, de arrancar el vehículo. Roxanne preguntó por Jevrem, pero Grubana –cabreada– le gritó que se diera prisas.

No faltó explicaciones para que la castaña asumiera que Jevrem ganó la pelea, pero que debía estar malherido, pues alcanzó a ver algunas camionetas enfilarse a toda mecha rumbo a Kenai.

Ella prefirió aguardar allí, en la limusina, hasta que el duelo haya terminado. Grubana la tildó de cobarde, pero Roxanne no quería ver cómo su prometido se medía con otro por una hembra de insignificante linaje. Hubiese sido humillante ser la burla de todos.

—¿Habrá boda? —preguntó a la matriarca mientras manejaba. La señora Radojka no retornó con esta, lo que a Roxanne la ponía nerviosa.

—Claro que la va a haber, y, más te vale que sea la tuya con mi nieto, porque mi frustración la pagaré contigo.

—Sí, señora. Amo a su nieto, haré lo que esté en mis ma…

—¡Cállate y conduce! —la gritó—. Vas a escuchar lo que te voy a decir por el bien de tu compromiso con mi nieto. Lo primero que…

Roxanne era todo oídos a lo que la anciana la instruía, sin pelos en la lengua y sin el temor de ser acusada por quebrantar algunas leyes. El vehículo transitaba la vía en sentido sur, hacia el nuevo campo de batalla, en donde en esta ocasión las hembras serían las contendientes, y serían más feroces y sanguinarias a cómo lo fueron los que se batieron en las tundras.

Briserka jadeó cuando al alfa lo llevaban a su dormitorio, seguido de una veintena de sujetos, entre estos Anna y Emilia Morris. Langdon la puso al tanto de los acontecimientos y de la disposición del Soberano con respecto a la joven omega. En Kenai permanecerían algunos guardias reales que velarían por ella hasta que Jevrem tuviese las fuerzas para ponerse en pie.

Se desató un revuelo de proporciones bíblicas en la mansión. Las empleadas se pusieron en marcha para preparar una buena comida que revitalizara al alfa y aplacara el hambre a todos los que estarían allí a vigilar su convalecencia. Amelia envidiaba a Anna, por ser disputada por dos machos vigorosos, mientras que Doris le deseaba a esta, mil infortunios por ser tan puta. A la condenada le gustaban bien altos y de pito grande…

Emilia era la sombra de su hija en esa residencia que se había convertido para ellas en un lugar de sufrimiento y humillaciones. Era una pena que el Soberano se haya tenido que marchar en Helicóptero a Montana, dejándolas a ellas en manos de un joven casi moribundo y en la mira de otros que deseaban aniquilarlas. Pero los asuntos de los reinos canidae pesaban más que la misma familia.

Las toallas húmedas no serían suficientes para limpiar la piel curtida de sangre y polvo a Jevrem. Damir llevó a su hijo al baño, Radojka ya tenía preparada la tina, lo asistiría durante el aseo; hacía tanto que no lo bañaba, ¿cuándo fue la última vez? Recordaba que cuando Jevrem cumplió cinco años se le exigió asearse por su propia cuenta. Las heridas ya estaban cicatrizando al igual que la del cuello que fue la más grave; aún él permanecía en la inconsciencia, quizás hasta el día siguiente o hasta que ni un rastro de estas estuviesen visibles.

Damir depositó a Jevrem en la tina. Radojka lo bañó, Emilia se mantenía cerca, pero Briserka le aconsejó aguardar fuera del dormitorio. Ella y la sanadora colaborarían con los progenitores.

—Casi le destrozan el cuello —Damir comentó mientras observaba la línea cicatrizada que se extendía como ramillete por el contorno del cuello de su primogénito—. De no ser por… —rodó los ojos enrojecidos hacia Anna, ocasionando que esta se le encogiera el estómago, se sentía culpable—. Gracias.

Anna parpadeó.

¡¿Qué acabó de expresar el gobernador?!

—Tu sumisión le salvó la vida a Jevrem.

—Lo amo, haría lo que sea por él.

Radojka la abrazó en una muestra de agradecimiento que desconcertó a Emilia.

—Y lo hiciste, te sacrificaste por el hombre que amas. Ruego a Licaón para que sus caminos de nuevo se crucen.

El reconocimiento por parte de Radojka y de Damir fue la mayor prueba de respeto hacia un miembro inferior del Clan Kenai. Por desgracia, el sacrificio de Anna no fue valorado por Grubana, quien llegó a la mansión, treinta minutos después que los demás, lanzando manotazos a los que se le cruzaban por el camino. Roxanne la seguía a paso ligero, esperando la oportunidad de darle su merecido a la oportunista que pretendía endilgarle el lobezno a su prometido. Esto era lo que se interponía entre él y ella; porque, de no estar la omega embarazada, el extranjero se la habría llevado a su cueva y de allá jamás saldría.

—¡Oh, amor!, ¡mi amor! —Se arrojó sobre Jevrem, colmándolo de besos y mimos, y revisando las cicatrices que cerraban a un ritmo que se esperaba de su casta. Por el rabillo del ojo observaba a la maldita al lado de la cama, sin intenciones de apartarse.

—Ustedes: ¡largo! —Grubana le ordenó a Anna y a su progenitora, antes de que ella misma las echara de la casa a patadas.

—Madre, déjalas —Damir intercedió por las mujeres, lo que para la anciana le cayó como cubeta de agua fría.

—¡Por esa sirvienta, tu hijo casi muere!

—Por ella, mi Jevrem está vivo.

La réplica de Damir la hizo reír avinagrada.

—¿Acaso la inútil de tu exesposa te ha aconsejado mal o te contagió su estupidez?

—¡Grubana! —la aludida se ofendió; ni cuando parió a Jevrem ésta la felicitó. Sus desprecios y críticas fueron constantes y cada vez más hirientes.

Emilia oraba para que esa vieja se muriera con el veneno que escupía; en cambio, Anna no pensaba moverse de allí. No sería la primera que él vería al momento de despertar, pero sabría que ella estuvo atenta. Los celos hacían estragos en sus tripas, todo se le revolvía de ver cómo Roxanne Chandler estaba en el lugar que a ella le correspondía. Lo besaba en los labios, le susurraba palabras melosas que a Anna le producían arcadas; casi esta se restregaba sobre él para dejarle impregnado el efluvio de su intimidad.

—Madre, estoy muy agotado para discutir contigo. La señorita Morris y su señora madre no se marcharán a ninguna parte. Quizás después me arrepienta por mis acciones, pero ahora no. Lo menos que soy es malagradecido. Y las damas permanecerán hasta que Jevrem considere lo que desea hacer con ellas.

—¿Qué va a considerar: adoptar a un mocoso que es de otro? La presencia de *este par* acarrea más problemas.

—Everett aí lo dispuso.

—¡A expensas de nuestra vergüenza! ¡¡Aquí no deben estar!!

—Anna… Anna…

Las voces airadas que replicaron a la anciana, se silenciaron al instante al escuchar que Jevrem recobraba la consciencia.

A Roxanne le provocó abofetearlo para que no dijera más ese nombre. Damir y Radojka sonrieron de la mejoría del hijo. Grubana, pese a su ojeriza por las omegas, sintió alegría por su nieto favorito. Emilia y Anna agradecían al cielo que les devolvieran a Jevrem.

—Anna…

—Estoy aquí.

—¡Ni lo toques! —Roxanne le gruñó, a punto de lanzarle una dentellada para arrancarle la

cara. Emilia retuvo a su hija, debía ser prudente; unos recapacitaron y otros aún se consideraban dioses por su linaje.

—Tengo la nariz atrofiada por sus apestosos olores. ¡Salgan del dormitorio!

—¡¡Madre, basta!!

Emilia estaba por escupirle a Grubana: «salga usted, pendeja, si no aguanta nuestra presencia», pero no se atrevía por temor a que el gobernador se volcase contra ellas por ofender a la progenitora. Mordió su lengua y apretaba los brazos de su hija, para retenerla en su sitio: Anna que se arroja a la cama a llorarle al alfa, y la prometida le arranca los ojos.

—Vamos. Él ya está bien —la animó a que juntas abandonaran la casa. Lo más aconsejable era estar fuera del alcance de esas mujeres que daban la impresión de tener pensamientos asesinos.

«Jevrem, te amo», Anna expresó sus sentimientos para sus adentros, de modo que no fuesen escuchados por las dos hienas carroñeras.

Y, en el instante en que las omegas rodeaban la cama, para abandonar el dormitorio…

Jevrem abrió los ojos.

Capítulo 26

—¡Mi vida!, ¡Oh, mi amor!

Roxanne tapaba la visión de Jevrem mientras ella lo colmaba con castos besos cargados de anhelo. Sin embargo, él solo trataba de seguir con la mirada a Anna que parecía alejarse.

—Anna… —le costaba hablar y moverse para retenerla de no cometer la locura de aceptar ser la mujer de un sujeto que la maltrataría.

—Déjalo respirar, Roxanne —Damir le ordenó, feliz de tener a su hijo de vuelta.

—¡Largo, ¿qué esperas?! —Grubana ya tomaba del brazo a la chica, para sacarla de allí, decidida a impedir que esos dos estuviesen juntos.

—Anna… —Jevrem lucía más angustiado; muchas caras sobre él, pero no la que deseaba ver —. ¡Anna! «*¡No me dejes!*».

—Jamás lo haré, aquí estoy.

—¡¿Cómo te atreves a imponerte?!, ¡él es mi prometido! —Roxanne le gritó a la omega, apenas visible entre los que se hallaban apiñados en la habitación. Levantó la mano para agredirla, pero un gruñido reverberó detrás de ella.

—Será mejor que salgas o tendré que explicar a tus padres, por qué les entregamos a su hija rebanada en dos —Damir le advirtió a la joven Chandler ante el enojo *del que estaba postrado* en la cama.

—¡Soy la prometida!

—Ya no —Jevrem respondió, y esto causó que Roxanne se volviese a él, incrédula.

—¡¿Me terminas por una maldita omega?!

Jevrem tosió y, en un gesto adolorido en su cuello, procuró sentarse, siendo rápido ayudado por Radojka, quien lo besó en la frente y arregló su cabello húmedo y desordenado.

—Ella es todo lo que siempre he deseado —se esforzó por hablar—. La amo.

«No eres el padre de mi lobezno…», Anna se lamentó de este hecho y se arrepintió de no haber sido cuidadosa cuando se creyó empoderada.

Jevrem arqueó las cejas y su respiración se agitó. Ella le habló telepático y…

Su mente se detuvo en lo expresado por Anna.

¡¿Dijo lobezno?!

¿Acaso está…?

Sus aletas nasales se movieron para captar el aroma propio de las gestantes, pero nada captaba, solo una mezcolanza de perfumes por los que se hallaban presente.

—Déjenme a solas con Anna. —Le preguntaría, ya que el olfato de los varones no tendía a ser tan agudo como el de las hembras para detectar olores casi imperceptibles.

—¡No! —Roxanne protestó.

—Vamos —Damir azuzó a las mujeres, sin él estar molesto. Presionó suave la pierna de su hijo, tapada bajo la cobija, y le sonrió afable para que supiera que lo apoyaba en sus decisiones, y, enseguida se encargó de sacar a todas del dormitorio, menos a la mencionada. Cerró la puerta tras de sí; desde el pasillo Grubana vociferaba, Roxanne chillaba, Emilia y Radojka sonreían, y el mismo Damir admitía que el amor era más poderoso que la ambición o la razón.

Jevrem palmó el espacio en el colchón en su deseo de que ella se sentara a su lado. Anna estaba en un rincón, tan disminuida, que vacilaba en obedecer.

«¿Estás embarazada?» —Él se había prometido formar una familia con Roxanne, en cuanto se casasen. Pero saber que Anna le dio a otro hombre lo que, a él le negó, lo lastimaba.

La joven jadeó y se llevó las manos a los oídos.

¡¿Qué fue eso?!

La voz de Jevrem sonó en su cabeza y él ni siquiera movió los labios. Ella estaba enloqueciendo.

—¿Escuchaste lo que te dije en mi mente? —preguntó y Anna, empalidecida, no sabía qué responder—. ¡¿Me escuchaste?! ¡Anna! —Angustiado por el mareo que esta sufrió, él se levantó, e ignorando el dolor en su cuerpo desnudo, logró atraparla antes de que cayera de bruces en el piso.

Anna sentía que todo le daba vueltas y cerró los ojos mientras él la levantaba para sentarla en la cama.

—¡¿Cómo lo haces?! ¿Es un nuevo poder? —su voz ahogada por la impresión.

Esto sí que a Jevrem lo tomó por sorpresa.

—Creí que eras tú…

Lo miró desconcertada.

—Te escucho y tú me escuchas. ¿Esto es…? ¿Telepatía?

Después de acomodarla en la cama, él adoptó la misma postura que ella, uno al lado del otro, y cubrió su hombría con la cobija. Ambos se contemplaban estupefactos.

—No soy telépata —dijo entre el asombro y la curiosidad—. No me siento diferente y tampoco adivino lo que otros piensan. Solo cuando estoy cerca de ti. ¿Desde cuándo te sucede esto, Anna?

—Hace unas noches en mi habitación de huéspedes. Tú… —De inmediato sus recuerdos viajaron más atrás—. No… Esa noche no… —corrigió, pensativa—. Fue en el bosque, cuando Spike me perseguía. Tú me hablaste; te escuché, pero el temor de ser lastimada por él, creí eran alucinaciones auditivas. Pedías que cambiara, porque estando erguida en mis dos piernas no lograría salvarme.

A Jevrem se le cayó la mandíbula, él le pidió eso, pero fue una exclamación involuntaria por el desespero que le produjo la clarividencia.

—En tu familia hay…

—Ni siquiera sabemos leer las cartas del tarot. Somos nulos en lo místico.

Los ojos de Jevrem se desviaron hacia el vientre de la joven y en su rostro se dibujó una sonrisa triste, desprovista de reproches. Una vez albergó falsas ilusiones y de ahí en adelante todo cambió.

—¿El lobezno es de Édgar Ruíz o de Spike?

Ella bajó la mirada.

La iba a recriminar.

—De Édgar —dijo trémula—. *Del otro*… hacía mucho que terminamos.

¡Obvio que era del peruano!, espetó Jevrem sin demostrar sus avinagrados sentimientos. Ninguna hembra se preñaba por pensamientos impúdicos o por sueños candentes. Si así fuese, él habría buscado el modo de colarse en los sueños de Anna para engendrarle una camada.

—¿Y por qué estás aquí y no de camino a Perú? Ese imbécil me venció en el duelo y estás de él embarazada.

Ella no fue capaz de levantar la mirada.

—Fue por tu mamá —reveló—. Declaró ante todos que mi lobezno era tuyo.

—¡¿Mamá?! —Se extrañó—. ¡¿Por qué lo hizo, si…?! —la odiaba.

—Al parecer, por agradecimiento…

La sumisión de Anna frente al retador, para salvar a Jevrem, tuvo que haber conmovido a Radojka, quien siempre demostró animosidad hacia las personas inferiores o de casta impura. A pesar de todo los aspectos negativos de su progenitora, Jevrem le debía a ella, el de haber convencido al Soberano y a los Alfas Mayores, porque, de otro modo, ¿cómo se explicaba que Anna estuviese allí con él? Édgar Ruíz no lo hubiese permitido, habría protestado. Tenía todos los derechos sobre ella.

Su mano se dirigió atrevida hacia el vientre de Anna.

Ella se paralizó por un instante y luego su propia mano se posó sobre la de Jevrem.

—¿Lo ves?

—No, qué raro…

—Bueno —se encogió de hombros—, los fetos metamorfos no se pueden ver por ningún aparato médico, porque la placenta no lo permite. ¿Tendrá eso qué ver? —De repente, esto le causó congoja; por muy retorcido que pareciera, se había hecho a la idea de gestar un lobezno.

—Tal vez. Nunca he tocado la barriga a una embarazada. —Retiró la mano y se apesadumbró —. Cómo me hubiese gustado que el lobezno fuese mío…

Una lluvia de garrotes invisibles, caían violento sobre la cabeza de Anna, moliéndola a golpes por haber sido tan idiota de perseguir sueños que para ella no estaban destinados.

—Lo siento, no fue algo planificado. Fui torpe…

—Al menos mamá logró una prórroga. ¿Cierto? —Anna asintió—. ¿Por cuánto tiempo?

—Hasta el día del parto. Lo estableció el señor Everett.

—Eso quiere decir que, el mismo lobezno determinará la prueba de paternidad. Y ese es Édgar…

Anna se tapó el rostro y rompió en llanto. *¡Idiota! ¡Idiota!* ¿Por qué no se contuvo cuando le picaba la vagina? Tantos consejos que le dieron, tantas medidas adoptadas para no preñarse, y se embarazó de alguien que no amaba.

Brazos masculinos la rodearon enseguida, el calor corporal del lobo la reconfortaba y le brindaba la fortaleza que necesitaba para afrontar los nuevos retos que vendrían.

—Si tuviese la oportunidad de disputarlo, amaría a tu hijo *no-nato* como si fuese mío.

La joven esbozó la misma pesadumbre, su rostro recostado en el pecho de Jevrem. Ojalá tuviesen esa oportunidad…

—Eres buen hombre, pero te pido no lo disputas más. Es un caso perdido. Los Ancianos y los Alfas Mayores le darán la razón a Édgar; incluso, el Soberano. ¡Estoy atada a él!

Jevrem se negaba a este hecho.

—Y yo de ti en todas las formas posibles. Me has marcado.

A ella le pareció curioso el comentario y deshizo el abrazo para estudiarlo con la mirada. No parecía querer burlarse de ella.

—Las lobas no marcan…

—Sí que lo hacen —confirmó—. Te cruzaste en mi camino, me atrapaste con tu dulzura, tu inocencia y después con tu pasión. Además, existe una conexión que lo confirma: *«hasta en los pensamientos estamos atados»* —lo último lo expresó sin utilizar sus cuerdas vocales.

Al escucharlo de ese modo, Anna se estremeció y su corazón palpitó por la esperanza que de nuevo cobraba vigor en su pecho. Era un lazo especial más allá de la sangre.

—Jevrem…

—Te amo, Anna. Antes renuncié a ti porque pensaba que no me correspondías, pero tendrán que matarme para que te lleven lejos de mí. Si debo pelear de nuevo contra ese sujeto, lo haré. Así sea contra el mismo Soberano.

—¡No tiene caso! La ley ampara a Édgar, pronto le daré un hijo.

Él frunció el ceño.

—¿Deseas estar con él?

—¡No! Te hago razonar, te arrancará la cabeza si lo vuelves a confrontar.

—Me tomó desprevenido —excusó su derrota—. No dejaré que te haga su esposa.

—El duelo implicaba que no se puede apelar ni recurrir a otras instancias o reinos. Estamos solos en esto. Ni el mejor abogado del mundo rebatirá la ley más antigua.

—Pero podemos apelar a una de las nuevas leyes: ninguna hembra debe ser intimidada por algún macho.

—¡Debió establecerse antes del duelo!

—¡¡Por Licaón, Anna, tiene que haber algún modo!!

Los ojos negros de la joven, se cristalizaron, ellos no la tendrían fácil si salían del dormitorio tomados de la mano. La señora Radojka le había lanzado un salvavidas momentáneo, al mentir ante los demás. Pero el hecho de que Jevrem se estuviese arriesgando por asumir una paternidad que no era suya, no le iba a agradar al señor Damir. Él no escuchó lo que la otra dijo.

—Aunque todos acepten y permitan que yo esté contigo. ¿Qué va a suceder con Roxanne? No te quiero compartir. —Como alfa, él tendría derechos a tener tres esposas, pero Anna no toleraría que otra hembra lo besara y le pariera lobeznos.

La llamarada de celos de la muchacha fue un aliciente al orgullo tonto de Jevrem, quien se sintió halagado por su reacción. Puede que otros interpretasen su satisfacción como un signo de control sobre el más débil o un reflejo de supremacía. Pero era solo un hombre que confirmaba que su amor no caía en saco roto, ¡él le importaba a ella! ¡Lo amaba!

—Seré solo tuyo —acercaba sus labios a los de Anna, deseoso de sellar la solemne manifestación y porque ardía de deseos de fundirse en su cuerpo hasta quedar sin aliento—. Habrá cambios de planes. No te preocupes —casi la rozaba; un poco más y volvían a ser un solo.

—¿El cambio?

—Ahora serás la que ocupe el lugar de Roxanne.

Ella palideció.

—¿Te refieres a…?

Jevrem ahogó la mortificada pregunta de Anna al darse cuenta de lo que esto conllevaba. Su mente erupcionó en mil pensamientos que oscilaban entre la incertidumbre y la alegría extrema. ¿Qué hubiera sido Roxanne para Jevrem de seguir su curso normal? Nada más y nada menos que su esposa. El cambio implicaba que Anna sería la que dijera el «sí acepto».

—Hay que esperar —expresó en cuanto él le liberó sus labios.

—Tenemos que aprovechar estos días y casarnos. Solo así aseguramos que no seamos separados por terceros.

—Pero, Jevrem…

—¿Quieres unirte a mí? —Ella asintió a pesar de todo y él sonrió emocionado—. No me importa si el lobezno que engendras es de otro hombre, yo seré un padre para él: lo cuidaré y educaré…

—Serás expulsado por esto. O… —temió—, te matarán como castigo.

—Lo prefiero a perderte.

—Jevrem… —Anna sollozó—, tengo miedo de lo que pueda pasar.

Él prefirió responderle con un beso apasionado, porque la respuesta que le daría no la calmaría. También estaba igual de atemorizado, no eran imbatibles frente a la manada o los que se negaran en aceptar la decisión que ellos tomaron. Quizás los dos –los tres contando al feto– morirían ajusticiados por desobedecer las leyes.

—Te amo, Anna. Lo que sea que nos depare el destino, espero que tú seas feliz.

—*Seamos* —corrigió sin que la alegría llegase a sus ojos—. Estarás conmigo siempre, ¿no?

—Siempre.

Las manos pequeñas de Anna se posaron en el pecho caliente del lobo, que tembló de excitación tan pronto las sintió sobre él. El aumento de temperatura en su ser aceleró el proceso de cicatrización en las líneas que aún faltaban por cerrarse, borrando toda herida que indicara haber sido tomado por su adversario con la guardia baja. Su piel ardía, su corazón palpitaba y su pene se endurecía para amar a la menuda loba que, a sus ojos, era divina.

Anna cayó en la cuenta de que las manos calientes –ese tipo de calor ardiente en las palmas de un metamorfo– correspondían a la de Jevrem, y la excitó sobremanera, porque había sido un recuerdo que se mantuvo en su subconsciente y del que salió a flote para que él la poseyera en sueños. Tomó sus manos que la tenían aferrada a él y las llevó hacia sus senos para que las magreara por encima de la blusa. Jevrem sonrió malicioso. ¡Claro que obedecería a cabalidad! De un tirón la despojó de la prenda de vestir, maravillado del bonito cuerpo que ésta aún mantenía.

La acomodó en la cama; ella semidesnuda de la cintura para arriba y él por completo desnudo, listo para hacerla gemir sonoro. Sus ojos cambiaron de coloración, sus colmillos se alargaron al igual que sus garras, pero sin la intención de destrozar; una vez más, él haría suya a esa hada de senos pequeños, del cual le quitó el sujetador que los contenía.

—Aprovechemos que aún no *estás avanzada*, porque tendremos que esperar hasta que hayas parido. Dos meses es una eternidad.

Anna asintió y en sus ojos brilló la lujuria. Se tocó los senos endureciendo ella misma sus pezones. A Jevrem le encantó y enseguida fue por el pantalón y el panty de la muchacha, ¿cómo soportar cuando Anna esté con la panza inflada? Tendría que encerrarse en el baño y *pensar mucho* en ella.

Emilia subió el volumen del televisor en la habitación donde antes estuvo hospedada, pues los demás desaparecieron del radar en cuanto los gemidos en la habitación del alfa se escuchaban hasta en el área del estacionamiento. Radojka optó por dar una vuelta por el pueblo, Damir se encerró en el despacho a embotar sus sentidos con whisky, las empleadas paraban las orejas desde la cocina; Briserka las increpaba, igual de incómoda a las damas de la casa.

—¡Sucios! ¡¡Inmorales!! —exclamó Grubana en su habitación, pese a estar bastante apartada de la zona de los «caballeros». Su nieto era un tonto que solo pensaba con lo que le colgaba de entre las piernas, y la condenada sirvienta sabía para qué le servía la vagina. Que luego Damir y Radojka no se quejaran por los escándalos sociales que estos causaran.

Las fricciones llevaban a Anna a un punto de no retorno. ¿Cómo librarse del dios sexual?

Si ella fue capaz de caer postrada a Édgar, para salvar a su amado; esta vez lo volvería a hacer ante Jevrem, solo para que la poseyera infinidad de veces.

Qué placer.

Qué posición.

Jevrem la hizo sentarse sobre su regazo y de manera que estuviese de espaldas a él. Hacía de «silla» para ella; sus piernas musculosas se alzaron ligeramente sobre la cama, y sus antebrazos sostenían el peso de su cuerpo. Las caderas se elevaron hasta un punto en el que Anna apenas se equilibraba de la punta de sus pies. Jevrem movía su pelvis contra la de ella; los golpes la hacían como si Anna fuese la que lo cabalgaba, pero solo soportaba las deliciosas estocadas que le sacaban innumerables gemidos.

*****

Hacia las tres de la mañana, Anna tuvo una repentina urgencia por asaltar la nevera. Siendo sigilosa, se dirigió de puntillas al baño y se duchó rápido para quitarse los olores íntimos. Se vistió con las mismas ropas, esparcidas en el piso, y abandonó la habitación, sin hacer ruidos. Jevrem dormía plácidamente, espatarrado en la cama y roncando como nunca lo ha escuchado; motivo por el cual le bromearía cuando despertara. Bajó por las escaleras del lado derecho, de las dobles, y, ahí el dolor en los muslos y en su vientre la preocupó. Aunque fue por un leve instante, Jevrem no se comportó como un bruto; disfrutaron amarse y quizás, si todo iba bien, lo harían hasta que el embarazo lo permitiese.

El *déjà vu* que experimentó mientras se dirigía a la cocina fue muy extraño. A pesar de que estaba en un lugar diferente e iba en una dirección distinta, la sensación de soledad era la misma que ella sintió cinco años atrás en Nueva York. En aquella ocasión, salió del sótano para buscar algo de comer ya que no había cenado, pero se confundió de camino al no conocer la casona y terminó en la biblioteca donde Jevrem tenía una pesadilla.

A pesar de las dificultades por las que ella pasó en dicho momento, Anna sonrió al recordar cómo aquella noche ambos entablaron amistad, charlando y preparando emparedados, con sus corazones alineándose hacia el futuro. Ahí Jevrem se atrevió a dar su primer avance cuando se enteró de su virginidad, ofreciéndose él para ser el primero en que la hiciera mujer.

Sus tripas se retorcieron, su organismo era un caos, por pasar en segundos del hambre a las náuseas; estaba mal que fuese abusiva, en cuanto amaneciera se disculparía con Briserka, pero le urgía hincar los colmillos en un buen trozo de carne cruda; a ver qué tenían en la nevera, de lo que haya quedado preparado, porque comería hasta lo que estuviese congelado.

Extrajo un tupperware donde observaba a simple vista que contenía parte del guiso del almuerzo; en esa casa nada botaban a la basura, las sobras se las repartían las empleadas domésticas. La encimera se cubría por los recipientes de plástico que colocaba a lo largo del granito; abrió la gaveta de los cubiertos y sacó un tenedor, y, cuando procedió a devorarse la comida refrigerada, sus ojos se alzaron hacia la puerta que conecta con el área del comedor.

Una silueta masculina se hallaba allí, silenciosa, observándola.

A Anna le recorrió un escalofrío en la columna vertebral, sin dar crédito a lo que su olfato captaba.

Con ademanes lentos, dejó el recipiente y el tenedor sobre la encimera, y se enfocó sobre la base de cuchillos que tenía al alcance. Pero la silueta se movió como si fuese el mismo viento, para quitar de su alcance las armas blancas con las que podría defenderse.

—*¡JEVREEEEEEEEM! ¡JE…!* —Un puñetazo noqueó a Anna, para callarla. Esta golpeó su espalda contra la nevera y luego cayó sentada en el piso. La silueta se cernió sobre ella como una sombra maldita.

El grito de la joven llegó a oídos de varios integrantes de la casa: Jevrem se sobresaltó en su cama, Emilia –adormilada– tomó el control remoto para apagar la televisión, creyendo era la película, pero descubrió la pantalla en negro. Damir levantó la cabeza del escritorio, allí se quedó dormido de tanto leer mientras bebía; Radojka se paralizó sobre su almohada, y, los guardaespaldas que vigilaban las inmediaciones, irrumpieron a través de las diversas puertas que dan acceso a la casa. Algo pasó con el alfa.

Este salió del dormitorio, como Licaón lo trajo al mundo, y, de un salto, brincó la barda de la planta alta para caer hasta el vestíbulo, ahorrando tiempo de bajar las escaleras. Siguió el rastro de Anna; el grito provino desde abajo; la llamó, pero no le contestaba. Los centinelas, al igual que las empleadas y la señora Briserka pedían airadas explicaciones entre ellos. Las luces estaban encendidas, captando rápido una leve abolladura en las puertas de la nevera.

Olisqueó el ambiente. A parte de los que allí se hallaban, otro olor de entre estos resaltaba.

—Él la tiene —la ira que lo invadió fue tan grande, que ahí mismo su cuerpo comenzó a convulsionar para transformarse. Las empleadas y el ama de llaves retrocedieron, admirando por qué este era considerado Alfa de Kenai: el espacio de la cocina quedó reducida por el tamaño del lobo gris que tenía una expresión demonizada; sus hombres también habían iniciado el cambio, ensordeciendo a las empeladas con sus gruñidos.

La ventana de la mesa desayunadera se partió a causa de la salida violenta de las bestias. Briserka imploraba al dios lobuno para que los protegiera de lo que pretendía el secuestrador. Emilia lloraba por su hija, Radojka exigía explicaciones al ama de llaves, y Damir corrió a través del hueco de la destrozada ventana para llamar a su hijo, pero este y sus hombres ya estaban lejos.

Ordenó enseguida a los suyos de mantenerse en guardia; habría severos castigos, porque, a pesar de la cantidad de hombres apostados por las inmediaciones de la propiedad, Édgar Ruíz entró sin ser detectado y secuestró a Anna Morris.

Capítulo 27

La carrera de Jevrem y sus lobos era frenética.

El rastro de Anna los conducía hacia los glaciares; transitaban la autopista sin que los vehículos a esas horas de la madrugada se toparan con ellos. La noche era clara, la jauría era visible al ojo humano; los cuartos delanteros y los cuartos traseros se encogían y expandían sobre el asfalto, casi volando rasante por la velocidad que llevaban. Jevrem encabezaba la carrera; el temor de no volver a ver a Anna lo impulsaba a superar con creces a los que lo seguían bastante rezagados; sus heridas y magulladuras desaparecieron horas atrás mientras a ella la amaba; él no podía sacar su alma y volar hacia el cuerpo de Anna, pues el suyo se daría contra los árboles o desviaría sin querer el camino. Pero su mente sí que era capaz de ponerse en contacto con ella y, desde que salió de la mansión, la llamaba angustiado.

«¡Anna! ¡Anna! Voy por ti, aguarda. No lo enfurezcas, mantente calmada», se lo repetía por si el lazo telepático era intermitente por estar adolorida, prometiendo Jevrem que a Édgar Ruíz le arrancaría las tripas por habérsela llevado y por pelear sucio en la arena. No fue un oponente digno. *¡Argh!* Toda la contingencia que se estaba fraguando para hacer pasar por suyo, al lobezno de Anna, se echó a perder por la preocupación de Édgar de la decisión del Soberano.

Los *canis lupus* aullaron desde las montañas nevadas, como canción de guerra para la batalla; los *hermanos mayores* estremecían la tierra con sus poderosas pisadas; los rebaños de caribúes se esparcían espantados por los temidos depredadores; animales grandes y pequeños, aves e insectos… Cada espécimen que habita la biósfera de esa región huía despavorido de las bestias. Los glaciares se erigían paulatinamente en la medida en que la jauría se acercaba; el aroma de Anna era inconfundible para Jevrem, ella era su brújula, su mapa…, lo guiaba.

«Voy por ti, amor». No era hombre de rezar, pero haría una promesa de orar algunas plegarias a los santos lobunos con tal de rescatar intacta a Anna. Si no lo lograba, si aquel maldito la lastimaba y al no-nato…, su tío Everett tendría que matarlo, porque él aniquilaría al clan que a este lo protegiera. *«¡Anna! ¡Anna! ¿Me escuchas? Voy por ti. ¡Anna!»*.

La voz de Jevrem explotó en la cabeza de la muchacha. Esta abrió de golpe los ojos y se halló acostada y encadenada, de pies y manos, en el asiento trasero de un vehículo. La mejilla posada sobre el asiento –por la manera en cómo allí a ella la dejaron– le dolía una barbaridad; aguantó el dolor, sentía que le ardía, controlando con todas sus fuerzas de no llorar. Intentó soltarse, pero las cadenas eran gruesas y ella era débil como para expandir sus brazos para reventarlas.

Aterrada, Anna rodó los ojos hacia la cabina, Édgar manejaba, y esto provocó que a ella casi se le paralizara el corazón, él pudo haberse dado cuenta que recobró la conciencia. Por fortuna, estaba distraído, tarareaba una canción y tamborileaba los dedos de su mano libre, en lo que Anna suponía lo hacía en su regazo mientras mantenía su atención puesta en la carretera. Por sus actitudes, lucía nervioso, hablaba solo en voz baja como si estuviese meditando; Anna no lograba comprender qué decía para descubrir hacia dónde la llevaba contra su voluntad, aunque el tono de su voz era recriminatorio, casi amenazador. La escasa información obtenida se limitaba al ruido que producía el motor del auto al ir a máxima velocidad. Esto la hacía conjeturar de qué tipo de marca sería el vehículo, tal vez un modelo antiguo; su visión nocturna le permitía notar que el tapizado del techo y de la parte posterior del asiento delantero estaba en óptimas

condiciones. El auto debía ser rentado o robado. Una de dos…

Aunque, a juzgar por la irracionalidad de Édgar: robado.

Alzó un poco la cabeza para ver mejor la ruta por donde iban, pero de repente Édgar posó los ojos en el espejo retrovisor del parabrisas, por lo que ella tuvo que fingir que seguía inconsciente.

«¡Anna!».

Dio un respingo.

¡Huy! Fue como si un fantasma le hubiese hablado. Había olvidado esa extraordinaria facultad de Jevrem. El alivio que le produjo, al escucharlo, la hizo sonreír.

«Jevrem, ¡Édgar me secuestró!, estamos en un auto. No sé la marca ni el color, ni por dónde vamos…».

«Lo sé. Aguanta, te voy a rescatar».

Cinco minutos después, Édgar giró el volante hacia un destino donde el salitre se percibía en el aire. Tras frenar, se bajó del auto, y lanzó miradas por los alrededores, asegurándose no haber sido seguido por otros. Abrió la puerta de los asientos posteriores, y, como si fuese un bulto, extrajo a su cautiva inmovilizada a causa de las cadenas. Anna no daba muestras de nerviosismo, actuando de una manera que Édgar, por ella, se despreocupaba. La echó a su hombro y cruzó a paso acelerado el puerto. Anna apenas observaba de revés los botes anclados en los muelles, siendo claro el medio a utilizar para abandonar Alaska. Se comunicó telepáticamente con Jevrem, pero esta vez él no le respondió. Trató de no desesperarse, nada lograba con chillar o rogarle a Édgar de liberarla; el golpe que este le propinó, bastó para indicarle que no se andaría con delicadezas; sobrevoló el continente para llevársela de vuelta a Perú.

Desde el muelle, él dio un salto largo y cayó justo en medio de la cubierta de un bote, cuyas luces estaban apagadas. La embarcación se ladeó un poco por el peso enorme que cayó sobre esta, allí unos hombres aguardaban órdenes, no reaccionaron ni se preocuparon de la joven que era depositada encadenada a los pies del sujeto; por lo visto, la raptaron para venderla o disfrutarla hasta el hartazgo.

—Ya sabe el monto. —La palma de la mano del que parecía ser el capitán del bote, se extendió hacia arriba a la espera de los billetes que finiquitarían el acuerdo entre los dos. Édgar se quejó en voz baja y pagó a continuación, plantando de mala gana la cifra en la mano del humano. No hubo hipnosis de por medio, puede que al emplearla le habría valido a Édgar un viaje gratis hacia su país, pero los humanos tenían aspecto de relacionarse con gente peligrosa.

De inmediato se soltaron amarras, el bote surcó el canal hacia aguas más profundas; la luna se reflejaba en las olas espumosas; los marineros –dos cómplices– se encargaban de lo concerniente a la navegación; estaban armados y malencarados, no eran hombres de entablar amistad o conversación con extraños, actuaban según las órdenes y sin formular preguntas capciosas.

Anna, a punto de alcanzar su quiebre emocional, se preguntaba por Jevrem y del porqué no le volvió a hablar. Aun así, ella no paraba de describirle cómo era la embarcación y el puerto por donde zarparon; lloraba silenciosa, y del que, en cuestión de minutos, Édgar se daría cuenta que recobró la conciencia.

La marea le pegó en su estómago, las náuseas la acuciaron; cerró los ojos para lograr distraerse del malestar. Las tripas las tenía revueltas, pese a hallarse tirada en la cubierta; fingir estar desconectada del mundo era cada vez más difícil, porque estaba por vomitar.

Los brazos y las piernas encadenados los tenía entumecidos; la incómoda posición la hacía lucir como un gusano inmóvil, siendo el único aliciente de que la mejilla ya no le dolía. Rodó los

ojos al cielo, y ni una estrella titilaba para ella indicarle a Jevrem: «¡Eh!, sigue la más brillante», o, «la más pequeñita». El firmamento era más negro que el corazón de Grubana, que no sentía empatía ni cariño por sus propios familiares. El prolongado silencio de Jevrem preocupaba a la joven. ¿Será que ya no podía comunicarse?, ¿se debía por la ubicación? El bote mantenía su rumbo desconocido, sin Anna vislumbrar si se dirigían al norte o al sur; el clima no variaba como para conjeturar que iban hacia tierras con un trópico más acogedor.

¡Ouch! Las náuseas se tornaron martirizantes tras un rato largo; el oleaje comenzó a sacudir el bote con más rudeza cuando el clima anunciaba una venidera tormenta. Los humanos se sostenían de las cajas de madera que llevaban, cuyo contenido asumía era contrabando. Édgar consultaba su reloj y alzó su muñeca para mostrarle al capitán, el correr del minutero.

Anna vomitó. Hasta ahí le duró su aparente inconsciencia.

—¡Henderson, ve por agua! —el capitán le ordenó a uno de sus hombres. Édgar miró a Anna y sonrió desdeñoso.

—En una hora estaremos en un navío mejor. Allá nos alojaremos en un camarote donde podremos *perrear*…

Las carcajadas de los humanos tronaron por el jocoso comentario del fortachón.

Anna jadeaba por el esfuerzo de haber vomitado hasta la bilis; su rostro cerca de los malolientes desechos estomacales; gruñó por lo bajo, y, cuando tuvo el aliento suficiente para espetarle al pulgoso, fue abruptamente bañada por una cubeta de agua que Henderson le arrojó sin previa advertencia, haciendo que casi se ahogara por pillarla a punto de vociferar una palabrota. El vómito se diluyó de la cubierta; el humano lanzó por segunda vez la cubeta al mar, la tenía atada con una soga, y luego la recogió cargada de agua.

Anna cerró los ojos.

El maldito le dio otro baño.

Y, cuando este fue por tercera vez y volvía a recoger la soga… Un repentino jalón lo expulsó fuera del bote.

—¡Hombre al agua! —el compañero dio parte de lo sucedido al capitán. Édgar rio y el capitán masculló la torpeza del marinero.

—¿Por dónde cayó ese idiota?

—Por estribor, señor.

El capitán giró el timón para devolverse.

—Déjelo, estamos contrarreloj —Édgar golpeaba demandante las manecillas del reloj.

—¡No abandono a mis hombres!

—Ahora sí —la hipnosis fue efectiva al instante, esta vez no se mantendría al margen, un humano no le echaría a perder los planes. En cuanto llegara al barco, zarparía hacia Europa, donde ya tenía un contacto que lo ayudaría a desaparecer junto con la alasqueña, del olfato de los Brankovic.

El otro marinero no daba crédito a que el capitán se girase en sus talones, sin levantar objeciones al extranjero. Le provocaba golpearlo en la cabeza, parecía haber entrado en transe, no lo escuchaba ni los gritos de auxilio de Henderson, que braceaba para alcanzar el bote. Fue por la soga para recogerla y luego volver a lanzarla hacia su amigo, pero de repente este desapareció.

—¡Henderson!, ¡Henderson! —Sus manos enmarcaba sus labios para aumentar el sonido de su voz—. ¡Henderson!

Tomó el salvavidas colgado en la pared externa de la cabina del bote, esperando que su

compañero alzara los brazos o gritara por ayuda. El extranjero se acomodó sobre una de las cajas de madera, la chica tiritaba de frío entre sus cadenas, el capitán indiferente al infortunio de uno de sus hombres.

Llevado por el enojo, Maximiliano intentó que el capitán no encendiera el motor, pero sintió que lo halaban del cuello de la camisa, hacia atrás, dándose de bruces contra las cajas. La sangre brotó de su cabeza, matándolo en el acto.

Esto impactó a Anna, Édgar a ella le había vendido una imagen caballeresca que no existía. No tenía piedad del prójimo ni de las especies inferiores, era desalmado y cruel. Cerró los ojos cuando él lanzó el cadáver al mar, se sacudió las manos como limpiándose el polvo y volvió a su sitio. El bote ya emprendía el rumbo trazado con anterioridad, atrás quedaban Henderson, tragado por las aguas y, el otro que, en su afán de salvar a su compañero, pereció a manos de un bastardo.

—Ese lobezno que esperas te lo arrancaré de las entrañas cuando estemos en tierra firme.

—¡¿A tu propio hijo?! —Anna se escandalizó de lo que pretendía hacer Édgar contra su propia descendencia.

Rio como un lunático.

—¿Ahora es mío? —la cuestionó sin creer la estupefacción de la muchacha—. En las tundras aseguraron que era de aquel malnacido.

—¡ES TUYO!

A él le provocó matar el feto a patadas.

—Existen hierbas que detienen la gestación del crío de un lobo. Pagaré para que te cuiden, luego te preñaré una docena de veces. Te follaré tan seguido que… —calló *ipso facto* al percibir un aroma que lo puso de inmediato en alerta. Anna también se dio cuenta y su corazón palpitó mortificado.

La anatomía de Édgar se transformó en la de un lobo descomunal. El pelaje negro cubrió su cuerpo; sus fauces se plegaron, mostrando sus caninos; el ambiente apestaba a perro mojado, el cielo tronó y la marea comenzaba a agitarse con más contundencia.

Bordeó la cabina, el capitán seguía bajo el influjo de Édgar; faltaba unas millas náuticas para alcanzar al barco, y, de allí en adelante, viviría como le placiera. Avanzaba sigiloso hacia la proa, su olfato siguiendo el rastro. Era uno, él podría con este, le desgarraría el cuello y luego lo daría a los tiburones a que devorasen sus restos.

Anna se mantenía a la expectativa, ¿quién logró subirse al bote, que Édgar se puso nervioso? El salitre distorsionaba el aroma corporal del «polizón», pero no ocultó su condición, porque bien que ella sabía que se trataba de un metamorfo. La figura de Édgar se perdió de vista, al cruzar por la parte de atrás de la cabina; allá gruñó feroz, se escuchó un golpe seco como si algo pesado hubiese caído de cierta altura; el bote se ladeó abrupto, rodando Anna a un extremo, golpeó su espalda contra una de las cajas, provocándole dolor.

Comprendió que debía librarse de sus ataduras, estaba vulnerable a lo que ocurriese. Apretó la mandíbula y tensó sus brazos para reventar las cadenas, pero se agotaba con el esfuerzo. El bote se movía como si fuese azotado por un ciclón; el corazón estaba por explotarle, vaya lugar para el combate de dos lobos.

Jadeó cuando el lobo negro apareció sobre ella, le gruñó en una clara intención de querer matarla, pero un lobo gris lo apartó violento de su campo visual. Ahí la joven descubrió de quién se trataba, sonrió aliviada y oró a que este lo venciera.

Los colmillos de Jevrem se clavaron en el lomo de Édgar, este trataba de sacudírselo; lanzaba

su cuerpo contra los extremos del bote para que el otro se desprendiera de sus carnes. El bote era diminuto para albergar a dos colosos; el capitán despertó de su hipnosis; escupió una increpación por lo que veía, conocedor de los seres con los que a menudo hacía negocios turbios.

Pero fue ineficaz de controlar la embarcación, el bote se ladeó con tal magnitud, que algunas cajas, los lobos y la chica encadenada, cayeron al mar.

«¡JEVREM!», Anna gritaba en su mente, se hundía en las profundidades. Él la escuchó, su rostro lobuno oteando entre las cajas que flotaban como corcho y las olas que las empujaba cada vez más lejos del bote. Nadie gritaba «hombre al agua», el capitán no pedía ayuda a los guardacostas a través del radiotransmisor ni hacía nada por lanzar a las víctimas algún salvavidas. Se aferró al timón y su vista se mantuvo fijo en el horizonte.

El lobo gris se sumergió para rescatar a su amada, sin darse cuenta de que el otro pataleaba con sus patas delanteras y traseras hacia él. La divisó muy al fondo, ella contenía la respiración, pero lucía como si le quedara poco aire en los pulmones. Retrocedió su conversión; siendo lobo no sería capaz de reventar las cadenas, y con los dientes terminaría por destrozar a Anna. Así que, apenas en su forma bípeda, la liberó; las cadenas desaparecieron en la negrura del fondo marino.

Tuvo que darle de su aliento, parecía que fuese a perder el sentido por no poder respirar. Sus labios se pegaron a los de ella, en un beso que no era un beso, sino el regalo de unos segundos más de vida.

Los dos comenzaron a bracear hacia arriba, Jevrem ascendía más rápido de lo que se aconsejaba en esos casos; jadearon en busca de bocanadas de aire tan pronto sus rostros salieron a la superficie; se dieron cuenta de las condiciones en cómo se hallaban; el bote marcaba cierta distancia náutica, pero no lo suficiente lejano como para ellos quedar allí abandonados a su suerte.

—Jevrem… —la mano temblorosa de Anna señalaba por detrás de este, quien se fijó que una aleta venía veloz hacia ellos.

—¡Nada lo más rápido que puedas hacia el bote! ¡¡No esperes por mí, vete!! —La sangre de los cadáveres humanos y la del maldito extranjero alertaron a los tiburones de darse un buen festín.

Ella lloró, él se iba a sacrificar como carnada.

—¡NADA HACIA EL BOTE! —la aupó—. Por tu hijo… Te amo, Anna —y se hundió ante sus ojos.

—¡Jevrem!

En un instinto de supervivencia, motivada por lo que crecía en su vientre, la joven braceó a tal punto que le dolían los músculos. El bote estuvo a su alance, pero no lograba subir; la soga se hallaba del otro lado de la embarcación y ella no aguantaba mantenerse a flote por el agotamiento. Así que, sus garras se alargaron y las enterró en el casco, como si fuese una gata que trepaba un árbol. Al llegar a cubierta, cayó de bruces, el esfuerzo superó sus capacidades motrices, le costaba ralentizar el ritmo de su corazón y respiración. Sin embargo, Anna no podía yacer allí por más tiempo; enseguida se puso en pie, descalza, empapada y aturdida. Se enfocó en el humano que no reparaba en ella, y, cuando este se dio cuenta recibió un puñetazo que lo sacó de combate.

Anna tomó el mando del timón y dio la vuelta para rescatar a Jevrem. El cielo daba indicios de esclarecer, los matices naranjas anunciaban la salida de los primeros rayos solares. Habían pasado varias horas desde que Édgar se la llevó de la mansión.

Una vez allí, apagó el bote y corrió hasta el borde.

—¡Jevrem! —lo llamó. De las cajas que cayeron al agua, solo dos seguían flotando—. *¡Jevreeeeeeeem!*

El llamado de la joven se escuchaba amortiguado bajo el agua, Jevrem logró ahuyentar a los tiburones que se acercaron para devorarlos. A unos los pateó y a otros los hirió con zarpazos; aventó su brazo en la superficie para indicarle a Anna de que estaba bien y que nadaría hacia ella, pero, justo cuando lo hacía… Édgar lo atacó desde abajo.

Anna se desesperó. ¿Qué hacía?, ¿cómo lo salvaba? ¿Saltaba para ayudarlo? Los tiburones… Habían mucho; su lobezno…

—¡Un arma! —En un pestañeo corrió hasta la cabina del capitán, en busca de una pistola o escopeta. Ella creció en una comunidad donde era imperativo saber disparar, su abuelo paterno le enseñó, ya que los omegas no eran tan veloces ni diestros para la cacería tradicional. Al menos, «del modo humano», tenían más probabilidades de obtener un buen alimento.

Las uñas afiladas de Jevrem desgarraban los muslos de Édgar, quien lo tenía inmovilizado con el brazo alrededor de su cuello y los colmillos clavados en su hombro. Solo se requería de una gota de sangre para que, desde kilómetros de distancia, las fosas nasales de los máximos depredadores de los océanos y mares, los captaran. Ellos emanaban un torrente; si Édgar no podía ser feliz junto a la alasqueña, tampoco el maldito sobrino del Soberano.

Jevrem se desesperó por librarse de las garras de su agresor; a su alrededor todo era burbujas y penumbras, estando ambos a unas cuantas braceadas de la superficie. Lanzaba codazos en las costillas de Édgar, sus garras lo herían hasta el hueso de los omoplatos cuando lanzaba los brazos hacia atrás, buscando el modo de quitárselo de encima; pero la adrenalina de este lo enardecía, porque no temía morir devorado por los tiburones. Jevrem gritaba bajo el agua, no aceptaba que ese fuese su final, quería llegar a la ancianidad con su preciosa Anna que en su adolescencia usó trenzas; la amaba y también a ese lobezno que pronto nacería. ¿Cómo perderse su crecimiento? Sus primeros pasos, su primera palabra, su primera transformación.

La fuerza descomunal de Édgar lo tenía atrapado; grandes sombras los rodeaban; esta vez la muerte no estaba representada en la furia de los lobos, sino en otro tipo de depredador. El corazón de Jevrem se afligió, por ese breve instante le habría gustado tener el don de la precognición: ver cómo sería ese lobezno en el futuro y cómo estaría Anna con respecto a su vida profesional y amorosa. Ya no estaría con él, eso era seguro. Las fauces de los tiburones se abrían en sus ansias de comer, entregó su alma a Licaón cuando Édgar fue halado con extrema violencia hacia abajo; por más que Jevrem nadase veloz, no llegaría a tiempo hasta el bote; muchos dientes afilados lo rodeaban.

«Te amo, Anna», expresó antes de sentir un terrible dolor en su pierna izquierda.

Anna por poco se desmaya, el burbujeo de sangre teñía las aguas. Gritaba, llorosa, *la voz* de Jevrem se apagó en su cabeza sin más que decirse entre los dos.

—¡JEVREM! —lo llamaba con sus cuerdas vocales y con su mente, y de ninguna de las dos formas él le contestaba; las aletas de los tiburones danzaban en círculos en torno a la sangre; ni los humanos, ni Édgar, ni Jevrem daban señales de vida—. ¡JEVREM! ¡JE…! —Un disparo resonó detrás de ella. El capitán había recobrado el sentido y se hizo de un arma que estaba escondida en la cabina. Anna se agarró el brazo, la bala la rozó, pero no causó una herida mayor; evadió un segundo disparo y desgarró el cuello del humano de un zarpazo. El charco de sangre se esparció al desplomarse el cadáver. Los ojos vidriosos del capitán, manifestaban aún la sorpresa de no haber podido salvarse de los demonios de cuatro patas. Anna descargó más su llanto, a lo

lejos venían dos lanchas. Amigas o enemigas, ya no le importaba.

¿Y su hijo?

Pensó en Jevrem, él habría deseado que ellos se salvaran. Tenía que alejarse de allí por si no eran personas que pretendían ayudarla. Encendió el motor del bote; sus lágrimas bañando su rostro; esa sensación desagradable de zarpar sin el hombre que amaba, dejaría en el mar su corazón, ella no se volvería a enamorar jamás.

Se sobresaltó al escuchar que algo con cierto peso cayó por la popa. Alzó la mirada hacia allá, con súbito acceso de emoción de que todo haya sido un susto, pero quedó congelada en su sitio en cuanto sus ojos cristalinos se posaron sobre el que logró escapar de la muerte.

Édgar jadeaba, tendido desnudo y boca abajo en la cubierta; se tomó unos segundos para recobrar el aliento; lucía aturdido, oteando a los lados como esperando ser atacado. Luego rodó los ojos hacia ella, y Anna sollozó sin dar crédito a lo que contemplaba. La mirada precavida de Édgar cambió a una esperanzada al percatarse de que nadie más se interpondría entre los dos; parpadeó y medio sonrió en su victoria. Trató de levantar su torso con la ayuda de sus brazos, pero le costó, así que se arrastró hacia la joven omega; detrás de él dejaba un rastro de sangre; no tenía piernas, arrancadas hasta arriba de las rodillas. Él no se quejaba de dolor, quizás en *shock* por lo sufrido, buscaba refugio en la joven, junto a ella todo habría valido la pena.

Anna era incapaz de moverse, Édgar se acercaba. El rostro de este pálido, su mano estirándose para alcanzarla. Se arrastró. Anna lloraba, retrocedió un paso, su espalda chocó con la pared de la cabina, quedando atrapada; él se esforzó un poco más y logró aferrarse a uno de los pies paralizados. Por fin la tenía, era suya, ya todo estaba bien…

Con ese último pensamiento, murió desangrado frente a la loba que le robó el corazón.

—¡Anna! ¿Estás bien? ¡Anna! —Castell sacudía su hombro para hacerla reaccionar, lloraba desconsolada—. ¿Y Jevrem? —preguntó a la vez en que retiraba con rudeza la mano inerte, del pie de la muchacha—. Busquen por todos lados —se dirigió a sus hombres y luego se volvió hacia Anna—. Oye, ¡eh! —La sacudió—. ¿Y Jevrem? —Los lloros de la joven, el extranjero sin piernas, el alfa desaparecido—. ¿Lo ven? ¡Busquen a ver si hay rastros de él!

Desde el bote, los hombres se abocaron en vislumbrar cualquier figura que se asemejara a una cabeza bípeda o lobuna. Emmet bordeó la embarcación con la lancha, para moverse más allá del perímetro de búsqueda visual, ya que ninguno se atrevía a lanzarse al mar porque también serían devorados. Ante los tiburones, ellos carecían de defensa.

—Oye, Anna. ¿Jevrem cayó al agua? —Las greñas húmedas del extranjero indicaba que lo más probable—¡Eh, reacciona, coño! ¿Jevrem cayó al agua? —Ella apenas asintió—. ¿Hace cuánto?

—Minutos…

—Eso bichos se tragan una ballena entera en segundos.

—¡Cállate! —Castell reprendió a Esdras por impertinente, pero que, por desgracia, había dicho una gran verdad. Se requería un segundo…

Al igual que el maldito que yacía a los pies de la omega, el alfa tuvo un final que sería comentado por décadas. Que Licaón lo recibiera en el cielo como todo un héroe.

Se lo merecía.

Epílogo

Radojka cayó de rodillas al enterarse del destino que padeció su hijo. Nadie en el mundo podría comprender el dolor que sentía su corazón. ¿Por qué se lo arrebataron?, le iba también en la vida y era tan joven…, que el llanto desgarrador se convirtió en rabia.

—¡Todo es por tu culpa! —gritó a Anna, siendo esta consolada por Emilia, que la tenía rodeada con sus brazos en la Sala Negra. Allí se hallaban Damir junto a Radojka, los Morris, Castell, Langdon, Wyatt, Esdras, y el personal de servicio en el umbral del arco divisorio. Aún no superaban el impacto que repercutió en ellos, se quedaron sin un buen alfa.

A la mansión llegaban metamorfos de toda la península de Kenai; el rumor de la muerte trágica de Jevrem Brankovic, los dejó estupefactos. Desde los betas hasta los omegas, aullaban apesadumbrados, teniendo como eco lamentoso el de los lobos comunes de los bosques cercanos. Algunos familiares se apersonaron; entre ellos, los tíos abuelos: Teodor y Emir, quienes se han mantenido apartados a raíz de que Slobodan y el extinto Zoran, intentaron derrocar a Everett, para iniciar una guerra contra los vampiros apostados en Nueva York.

—Anna no fue la que provocó esto, señora Radojka —Emilia comentó—, fue aquel hombre…

—¡PARA BUSCARLA A ELLA! —exclamó a todo pulmón—. Y *mi Jevrem* fue tras aquel para salvarla.

—¿Por qué regresaste a Alaska? —Grubana cuestionó a la joven—. ¿Se te había acabado el dinero o tu amante no te concedía tus gustos?

—No le hable así a mi hi…

—Usted no me va a decir cómo debo dirigirme hacia esa zorra desvergonzada —replicó a George—. No es más que un cocinero insignificante. ¡Lárguense de aquí y ni se atrevan a reclamar nada, creyendo tener derechos de sucesión *con eso* que, se supone, esa sirvienta engendra, porque yo misma se lo arrancaré del vientre!

Emilia y George se asustaron de las amenazas de la matriarca, y Anna lloró más, pues tendría un duro camino por recorrer. Su lobezno sería odiado y rechazado por ser hijo de la mujer que ocasionó la desgracia del Alfa de Kenai.

Apretó los dientes para no replicarle a la anciana y levantó a Anna, del sillón, para marcharse juntos de esa mansión. El gobernador no increpaba a su progenitora por la forma tan vil en cómo los trataba; él se hallaba acurrucado, sosteniendo a Radojka y compartiendo con esta el mismo dolor. El ama de llaves le dedicó una mirada severa a la muchacha, nunca confió en esa carita angelical, solo era una fachada que ocultaba el rostro de una manipuladora de hombres.

El personal doméstico se abrió a los lados para permitirle el paso a los Morris. Amelia le escupió los pies a Anna; el señor George se contuvo de cruzarle la cara a la sirvienta de un bofetón, pero a cambio habría recibido una paliza grupal por parte de estas y, quizás, de los guardaespaldas. Ellos se convirtieron en algo peor a los lobos expulsados de la manada; en adelante serían tratados como basura. Alaska ya no era su hogar, se convirtió en un lugar peligroso.

Continuará…

Glosario según el libro

Alfa: metamorfo regente de un clan con varias manadas.

Alfa Mayor: regente de un país.

Alfa Municipal: estos son los que rigen aldeas o una zona determinada no muy extensa.

Alfa Regional: líder que representa uno de los estados que con-forman un país determinado.

Alfa Supremo: metamorfo regente de varias naciones o de un continente. Su rango de importancia se compara al de un emperador o rey humano.

Bípedo: ser que camina en dos piernas. Por lo general, humanos.

Casa del León: Reino de vampiros, perteneciente a David Colbert.

Casa Real de América: reino lobuno que conforma todas las naciones del continente americano, regido bajo pacto con los reinos vampiros establecidos en dichos terrenos para convivir ambas especies sin confrontaciones bélicas.

Cachorro: son las crías de los hombres lobo, en edad comprendida entre las primeras etapas de la infancia hasta los quince años.

Canidae: Mamíferos carnívoros del que se hallan los perros, lobos, chacales, coyotes, zorros, entre otros.

Canis lupus: lobo gris, cuya naturaleza común no sufre ningún tipo de transformación. Esta raza es de las más grandes en el reino animal de los lobos.
Casta de lobos: en la jerarquía de los hombres lobo, se catalogan según su capacidad muscular, fuerza y ferocidad.

- Alfa: destinados al liderazgo de toda manada. Son grandes reproductores, llegando a tener varias camadas con hembras diferentes. Por lo general, tres.
- Beta: son los segundos al mando y su fuerza es apenas inferior a los alfas. La mayoría son pertenecientes a la milicia o de altas posiciones socioeconómicas.
- Gamma: son fuertes, aunque en menor medida a los alfa y beta, con mejores oportunidades laborales y económicas a los lobos delta y omega.
- Delta: forman parte del vulgo. O el grueso de la manada misma.
- Omega: clase obrera. Son débiles, manipulables.

Centinelas: hombres al servicio de los alfas de mayor rango.

Ciclo estral: período anual o por estación en el que una metamor-fa entra en estado de

receptividad sexual hacia cualquier macho.

Clanes: existen agrupaciones grandes que llegan a catalogarse como tales, puesto que cuentan con varias manadas que obedecen órdenes a un mismo líder. Estas se hallan cercanas o lejanas, ubicadas por regiones de un mismo estado. Un Alfa Regional es quien los rige, puesto que cada manada a su vez es liderada por un alfa municipal.

Clarividencia: capacidad para ver el presente oculto.

Escort: mujer (sea humana o loba) que ofrece su compañía a hombres adinerados en eventos o ceremonias de alto nivel. No es frecuente que haya relaciones sexuales.

Frontera Norte: zona geográfica en la que se dividen los territorios de Gedeon Lessard y Abraham Crowell, entre Canadá y Esta-dos Unidos.

Grigori: ángel que abandonó su divinidad por amor o lujuria, y luego fue convertido en vampiro por la maldición de Dios. Tiene más de 2500 años y es el rey de los vampiros de uno o varios países, cuyos terrenos son dominados bajo el nombre de una Casa específica. Según la trilogía de Los Eternos: 144 ángeles caídos con-formaron dicho poderío.

Híbrido: descendencia producida por la unión entre un lobo y un humano, o aquel humano que fue mordido por un lobo. Estos son seres repudiables entre los metamorfos, puesto que son manipulables, débiles, impuros, carecen de la habilidad de hipnotizar, pero son muy rebeldes y contaminantes. Tienden a esparcir el gen lobuno a todo aquel humano que se les cruza por el camino.

Homo canidae: hombre lobo. Raza lobuna.

Homo lupus: el mismo hombre lobo.

Humano: raza considerada por los hombres lobo como inferior. Llegando estos a llamarlos «humanos-omegas» por su debilidad y manipulación mental.

Licaón: rey de Arcadia en la antigua Grecia. Según la creencia lo-buna: es el dios de los hombres lobo por haber originado la especie. Pero estudios arqueológicos recientes, determinaron que su condición sobrenatural data 20 mil años antes de Licaón.

Lobata (o): loba adolescente.

Lobezno: recién nacido de una mujer lobo.

Manada: grupo de hombres lobo que habitan en una misma aldea o poblado y siguiendo el mandato de un alfa.

Mastrangelo: hotel de vampiros, de categoría cinco estrellas, ubicado en Manhattan, Nueva

York.

Metamorfo: llamado también «cambiaformas». Es todo aquel ser que tiene la capacidad de transformar su cuerpo en otro. En este caso, en lobos.

Nativo: término que se refiere a miembros de comunidades exóticas o primitivas.

Nodriza: mujer encargada de amamantar al bebé (lobezno) de su patrona.

Patriarca: es el mismo alfa-padre, pero con la diferencia de que este posee un mayor número de hijos con varias hembras.

Portador: humanos con poderes sobrenaturales que fueron mordidos por vampiros en vidas pasadas.

Precognitivo: capacidad de ver eventos del futuro.

Reino canidae: Reino de metamorfos u hombres lobo.

Tribu: comunidades de nativos que se declararon independientes de seguir manadas regidas por el hombre blanco.

- Yakaramath: dentro de la historia de la novela, esta tribu es ficticia. Son muy orgullosos y fuertes. Viven en armonía con las tribus humanas que se asentaron por los alrededores. Sobre todo, ubicados en las cercanías del Monte Denali. Está conformado por siete pueblos.
- Peaux noires: al igual que los yakaramath, es una de las ocho tribus lobunas que habitan en Alaska.
- Cayuwall: tercera tribu leal al Clan Kenai.

Vampiro: seres nocturnos que beben sangre humana, del cual fue-ron convertidos en un principio por ángeles caídos.

Personajes

Cadena de mando de lobos

Alfa Supremo
Everett Brankovic (Casa Real de América)

Alfas Mayores
Abraham Crowell (Estados Unidos)
Carlos Cruz (Perú)

Alfas Regionales
Damir Brankovic (Alaska)

Alfas Municipales
Raúl Torrenegra (Clan Miami – Miami, Florida)
Derrick Bryant (Clan de Arkansas)
Édgar Ruíz (Clan Inca – Perú)
Ma-cheil (Jefe tribu Yakaramath – Alaska)
Kamiakim (Jefe tribu Peaux noires – Alaska)
Jevrem Brankovic (Clan Brankovic – Kenai y Denali)

Guardaespaldas al servicio de Jevrem

Castell (líder del grupo)
Langdon (chofer)
Kai
Esdras
Wyatt
Bowman
Parker
Emmett
Ryder

Guardaespaldas al servicio de Damir
Vernon (jefe de seguridad)

Guardaespaldas al servicio de Everett
Luttrell (beta y líder del grupo)

Tyson (beta)
Maxwell (beta)
Colton (gamma)

Elijah (gamma)
Harper (gamma)
Branimir (chofer - gamma)

Sobre la Autora

Síguela a través de sus redes sociales

Instagram: @marthamolinaautora
Facebook: Martha Molina (Autora)
Pinterest: MarthaMolina07

Índice

Sinopsis
Derechos de Autor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Glosario según el libro
Personajes
Sobre la Autora